



FABIANA PERALTA

*Todo lo que
jamás imaginé*

Índice

Portada
Dedicatoria
Agradecimientos
Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve

Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Epílogo
Cita
Referencias a las canciones
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para Lola, mi anhelo convertido en realidad.

Agradecimientos

A cada uno de mis lectores que me animó a abordar esta novela, que no estaba en mis planes escribir.

A mi familia, los pilares de mi vida. Héctor, Luciano, Antonella, Nicolás, Roxana, gracias por completarme, como mamá, como esposa y como amiga.

A mis lectoras cero; son unas santas que leen cada párrafo mil veces, y en ocasiones me acompañan hasta altas horas de la madrugada, aunque al día siguiente tengan que levantarse temprano. Gracias por esos dolores de panza que agarramos juntas cuando algo no sale como esperábamos. Vayan pensando si ahora vamos con Iron Man, Thor o Capitán América. Cecy, Kari y Silvi, gracias por estar cada día a mi lado.

A las chicas que me ayudan con el grupo de Facebook: Cecilia, Claudia, Diana, Lorena, Karina, Silvina y Verónica.

A los grupos de Instagram y los blogs de lectura y grupos de Facebook que difunden mi obra.

Jess, ha sido muy lindo conocerte.

Pau, Gaby, Cele, Ruth, gracias por entusiasmarse con cada parte que pudieron leer y por permitirme conocerlas.

Muchas gracias a todos los que se emocionaron cuando les conté que habría una continuación; con sus peticiones, lo hicieron posible, porque los personajes se les metieron en la piel y como yo no sé decir que no terminaron convenciéndome.

A mi editora, a mi hacedora de sueños; me encanta escribir este párrafo en esta parte de mis novelas, porque significa que lo hemos hecho juntas una vez más. Esther, me cumples los sueños, además de darme las mejores noticias por teléfono y hacerme llorar de alegría.

Estoy sumamente agradecida de que siempre les guardes un lugarcito a mis novelas para que salgan en Zafiro, en Esencia o en Booket. Cuando hablamos te digo que espero de todo corazón escribir estas palabras muchísimas veces más

en mis agradecimientos. Gracias enormes por esperarme hasta lo último. Siempre tienes paciencia. Me haces sentir cuidada y consentida.

También se lo agradezco al equipo de corrección y edición que trabajan junto a mí: Mireia Ibañez, Dèlia García, que siempre ponen a punto mis novelas para que lleguen a mis lectores perfectas y adaptadas al mercado. Gracias también al equipo de diseño de Editorial Planeta, y a la editorial que me dio su acogida hace ya algunos años y aún continúa poniendo su sello en mis novelas.

Gracias a ti, que me acompañas una vez más. Nos volveremos a encontrar muy pronto en una nueva aventura.

Prólogo

Nicole

Luz y oscuridad, vida y muerte son simplemente dos partes inseparables de la vida. Sin la oscuridad no conoceríamos la luz y sin la maldad no conoceríamos la bondad. Lo bueno y lo malo van de la mano, no se los puede separar.

MARILYN MANSON

Eran como chisporroteos de sutiles reflejos de luz en los adormecidos recovecos de mi mente, pero luego todo se apagó, volviéndose oscuro.

Hasta que, de pronto, un resplandor me cegó; era una luz muy fuerte que no podía soportar mirar, porque me quemaba los ojos, pero por alguna razón, y aunque me dañaba la vista, la intriga era muy poderosa y quería ir hacia ella, cruzarla, pues creía que, si lo hacía, dejaría de dolerme; estaba segura de que al otro lado todo, por fin, sería calma.

De repente, y no sé a ciencia cierta cómo ocurrió, me encontré corriendo en un interminable camino hacia esa luz. Estaba jadeante por el esfuerzo, pero no conseguía llegar nunca al final para alcanzarla; ansiaba hacerlo, perseveraba en el intento, pero todo parecía inútil, mis pasos se ralentizaban. Agotada, a mitad de trayecto me paré en seco e intenté tomar aliento para seguir avanzando; no obstante, cuando quise retomar mi carrera, detuve la marcha porque creí oír una voz que llamaba a alguien; por un instante dudé de si era a mí a quien se dirigía, y luego me percaté de que sí, de que efectivamente esa persona estaba gritando mi nombre. Era la voz de un hombre que me llamaba con desesperación... «¡Un momento! Conozco esa voz.» Sí, la conocía muy bien. Volví a prestar atención y noté que esos gritos me llegaban desde la negrura; confusa, decidí correr hacia esa voz, pero me detuve nuevamente cuando caí en la cuenta de que le temía demasiado a la oscuridad. Ésta era un sitio donde nunca más quería volver a estar, demasiados años había habitado ya en ella; la tiniebla me recordaba mi

pasado, y no quería regresar jamás a esos días en los que todo era oscuro y muy cruel. Sin embargo, ese resplandor resultaba demasiado cegador y también me asustaba cruzarlo.

Estaba indecisa y no sabía hacia dónde ir; además, por alguna razón sentía que no tenía demasiado tiempo para decidirme, así que debía tomar una determinación con rapidez.

Comencé a desandar mis pasos, dilucidando que quizá, en el otro extremo, todo se veía demasiado oscuro porque esa luz era brillante en exceso. Una vez más me detuve de improviso, inhalé y exhalé lentamente en una tentativa de ordenar mis pensamientos y calmar las náuseas que sentía, pero, a pesar de mis esfuerzos por mantener mi juicio a raya, la duda resultaba demasiado fuerte y la luz empezaba a apagarse, así que volví a correr hacia ella, porque no quería dejar que se fuera, temía quedarme atrapada en la oscuridad.

Una violenta sacudida en mi cuerpo me hizo saltar, y oí de nuevo esa voz, que también se diluía; quería ir hacia esa voz, ya que por alguna razón intuía que, si iba con esa persona que me estaba llamando, estaría a salvo, pero no podía moverme, y no podía hacerlo porque la confusión había invadido todo mi cerebro y no sabía hacia dónde dirigirme...

El pensamiento corría en mi cabeza una y otra vez, de ida y vuelta, y entonces una película en vívidos colores empezó a proyectarse en mi mente... estaba sonriendo cuando unos ojos de un azul grisáceo me miraron, y quedé hipnotizada, sin poder apartar la vista de ellos, y no era de extrañar, porque eran los ojos más hermosos y más raros que había visto en mi vida; el izquierdo tenía una manchita marrón que lo hacía único. Me gustaba mirarme en ellos, me gustaba sentir el calor que irradiaban, me gustaba el amor que trasmitían.

Las imágenes de pronto se tornaron confusas: una mano que sostenía otra mano mientras le colocaba un anillo, flores, música; creo que era una ceremonia... «Un momento, ¿ésa soy yo?» Sí, y estaba en una boda; no, no era una boda cualquiera, era mi boda; claro, me estaba casando con Luka. «¿Cómo he podido olvidarlo?» Miré hacia atrás, la luz se había extinguido. Bajé una mano y la apoyé en mi prominente vientre, y sonreí; mi tigre no había querido esperar a que naciera nuestro bebé y, aunque mi barriga era enorme porque ya estaba de casi ocho meses, por lo que no me sentía nada atractiva así y resultó un caos verme a gusto con algún vestido, él terminó convenciéndome para que nos casáramos, aunque estuviera embarazadísima; quería ser mi esposo antes que nuestro hijo naciera.

Miré a mi derecha, y vi a Mila, que estaba muy feliz. Sostenía mi ramo, ambas llevábamos vestidos muy parecidos y no pude dejar de sonreír cuando la vi maquillada. Mi pequeño diablillo, a ella siempre le encantaba imitarme y a mí me encantaba que quisiera parecerse a mí.

Entonces fue imposible no recordar los momentos antes de partir hacia la ceremonia.

* * *

—Eres una niña, no puedes ir toda pintarrajeada a nuestra boda —gritó Luka cuando entró en nuestra habitación.

Mila y yo estábamos sentadas frente al tocador, en bata, y fingíamos que estábamos acabando de arreglarnos; el pobre había estado todo el día con los nervios a flor de piel, y eso me hacía gracia, pues se supone que la novia es quien siempre está más inquieta, pero en este caso mi hombre estaba insoportable.

—Papá, pero si sólo es una sombra de color muy claro, un brillito en los labios y un poquito de rubor en las mejillas; no seas exagerado, es una fiesta y hay que arreglarse de forma especial, Nicole y tú no os casáis todos los días.

Él la miró asombrado, y es que esa niña, a veces, nos dejaba sin palabras con los planteamientos que nos soltaba; incluso nos llevaba a preguntarnos si realmente tenía sólo cuatro años o bien se trataba de un adulto reencarnado en el cuerpo de una cría.

—No me parece correcto —sentenció él, manteniéndose en sus trece—. Nicole —me miró con un cabreo de puta madre, pero yo sabía muy bien que él era siempre pura cháchara y que en verdad no estaba tan cabreado como quería aparentar—, quítale eso ya mismo de la cara.

—¿Por qué no te calmas, cariño? —le dije con pasmosa tranquilidad—. Negociemos; ella también quiere verse diferente, hoy es un día especial para todos.

—¡Y una mierda! De aquí, pintada como una puerta, no saldrá.

—Papá, esa grosería no se dice.

La miró fulminándola y luego dirigió sus ojos hacia mí.

—Nicole...

Lo miré esperando que terminase la frase, pero, manteniendo el silencio, nos observó a ambas y entonces, finalmente, dijo clavando sus ojazos color plata en mí.

—Sólo el brillo en los labios.

Miré a Mila; sabía que mi pequeña era buena negociadora porque por sus venas corrían los genes de su padre, pero también tenía claro que ella sabía muy bien cuándo su padre no iba a ceder y, calculando los chispazos que salían en aquel momento de los ojos de Luka, y la tensión que veía en su cuello, estaba segura de que ese día mi grandullón no lo haría; con todo, por supuesto, ella era una Bandini de pura cepa, y era testaruda al igual que él, así que, poniendo los brazos en jarra, replicó:

—No es justo, yo también quiero verme hermosa como Nicole. Mira, nos peinaron a las dos iguales, con rizos.

«Mila, cállate —quería advertirla—, o te lo hará sacar todo», pero, cuando los Bandini se enfrentaban, era mejor no meterse y que arreglasen las cosas entre ellos. No obstante, y aunque sabía que era mejor mantener mi pico cerrado, no pude, pues esa niña lograba darme la vuelta como a una media y, por lo tanto, o salíamos victoriosas o las dos terminábamos quemadas en la hoguera; así que me metí de todas formas, aunque le había prometido a Luka que nunca más lo iba a desautorizar. En fin, en realidad no lo estaba haciendo, eso no era desautorizarlo, era bregar porque todos quedáramos conformes.

—Le quito la sombra, y un poquito menos de rubor para que sus mejillas se vean con un sonrojo más natural, ¿de acuerdo? —Le guiñé un ojo y le tiré un beso, a ver si así conseguía ablandarlo.

»Auuu... —Me llevé una mano al vientre y la otra a la espalda, pues no sabía dónde agarrarme primero. Mi pequeño se había movido y me había pateado muy fuerte, haciéndome pegar un grito. El dolor no remitió de inmediato, duró algunos instantes, hasta que finalmente menguó—. Ves, estás enfadado, Bandini, y a tu hijo no le gusta y la pago yo.

—Joder, con vosotras dos es imposible o, mejor dicho, con vosotros tres, porque ese niño ya manda desde tu panza —gruñó rendido, y añadió—: Sin la sombra y con mucho menos rubor.

Mi tigre era un grandullón cascarrabias, pero lo adoraba; cuando entró en la habitación y encontró a su hija ahí escondida, puso el grito en el cielo; sin embargo, entre los tres lo habíamos convencido y me encantaba que se dejase

convencer, que se dejase domesticar de esa manera, tan fácilmente; bueno, en realidad no siempre era así de sencillo, pero a menudo nos consentía.

* * *

De pronto un escalofrío me recorrió el cuerpo, y sentí miles de alfileres clavándose en mi piel cuando me di cuenta de que estaba viendo esas imágenes como espectadora.

Grité...

Sin embargo, mi voz no alcanzó a salir. Me llevé una mano a la garganta porque sentía algo atascado justo ahí, que no me permitía hablar, al tiempo que continuaba oyendo a Luka que me llamaba... todo era muy confuso, pero sí, era él quien me hablaba.

—Nicole... Nicole... nena, por favor, mi amor, no me dejes; por favor, lucha, no te entregues.

Me sentía aturdida, ¿cómo podía creer que quería dejarlo?, si él, Mila y nuestro hijo eran mi vida entera. Quería decirle que no se angustiara, que no me iría a ninguna parte, pero seguía sin poder hablar, seguía sin poder hacerlo. De repente sentí que mi cuerpo no quería otra cosa que rendirse, y entonces comencé a pelear con mi mente y mi corazón se sentía cansado. La angustia era inmensa; seguía percibiendo sus gritos y Luka estaba llorando, pero no era el único, pues los llantos eran una sinfonía y los gritos también...

Oh, no, ¿qué me pasa?, ¿dónde estoy?, ¿por qué no puedo verlo?, ¿por qué sólo puedo oírlo?

Uno

Luka

Daba vueltas en la cama, el brazo me molestaba y no hallaba una posición cómoda, pero eso no era lo que realmente me quitaba el sueño; el verdadero motivo era la noticia que había recibido un rato antes: volvería a ser padre.

Sentía que estaba subido en una nube desde que Nicole me lo contó; sentía que la vida había querido premiarnos de alguna manera por haber vivido todo lo que nos tocó vivir.

Cuanto más lo pensaba, más increíble me resultaba saber que, a pesar de todo el calvario que habíamos pasado, nuestro hijo había sobrevivido; hijo, o hija, a saber todavía qué era, pero no me importaba, lo único que le pedía a Dios era que naciera sano.

«Le diré a Nicole que vayamos al médico mañana; quiero que le practiquen más pruebas, para estar totalmente seguro de que ningún golpe de los que mi mujer recibió afectó al bebé. ¿Es extraño que no lo advirtieran cuando nos atendieron después del ataque?», conjeturé en silencio.

Nicole dormía a mi lado y el reflejo de las luces de la ciudad que entraban por el ventanal iluminaba su rostro. Era hermosa y sabía que jamás me cansaría de mirarla, estaba convencido de que en ella había encontrado el gran amor. La destapé con sumo cuidado para observar su vientre; aunque sabía que aún estaba plano, por primera vez tenía plena consciencia de que en su interior había vida, una vida que habíamos creado juntos y que me llenaba de ilusión.

—¿No puedes dormir? —me preguntó, sorprendiéndome.

—No era mi intención despertarte; lo lamento, cariño, pero estoy tan eufórico con la noticia, aunque aún me cuesta creerlo...

—No te preocupes, no dormía. Yo también estoy eufórica, pues este bebé —se tocó el vientre— no estaba en nuestros planes. —Cogió mi mano y la puso sobre su barriga—. Yo tampoco me he hecho a la idea todavía, el caso es que no he tenido tiempo de asimilarlo con todo lo que ha pasado.

—Tendremos un hijo.

—O una hija; tal vez sea una niña Bandini, no seas machista.

—No importa de qué sexo sea. —Me moví presuroso y besé su abdomen—. No voy a negarte que me encantaría que fuera niño, pues ya tenemos a Mila; sin embargo, ser padre de otra pequeña sería fantástico. —Le deposité mil besos más en el vientre, sin hacer caso a los tirones que me daba el brazo; maldito fuera, pues me hacía tener muy presente el calvario de aquella noche—. Quiero estar seguro de que todo está bien, y no me quedaré tranquilo hasta que vea otro doctor y me lo confirme. Mañana iremos al Lenox, conozco a alguien que nos podrá atender sin haber pedido cita.

»Oye, me preguntaba... ¿cómo es que, cuando nos atendieron después del ataque, los médicos no se dieron cuenta de tu estado?

—Sí que lo hicieron; en cuanto me quedé sola con ellos en Urgencias, ya que a ti te llevaron directamente a cirugía, fue lo primero que les hice saber tan pronto como logré centrar mis pensamientos. El caso es que les pedí que no dijeran nada; tú estabas muy conmocionado y no quería sumarte otra preocupación más.

—Has hecho muy mal, se supone que estamos juntos en todo. Al menos eso me dijiste cuando saliste imprudentemente del ascensor después de que lográramos ponerte a resguardo. Por cierto, aún no me he olvidado del disparate que cometiste, y ahora me enoja mucho más, al saber que no sólo pusiste en riesgo tu vida, sino también la de nuestro bebé.

—Tú eres mi vida, y en ese momento sólo podía pensar en ti; además, acababa de enterarme de lo del embarazo y aún estaba procesando la noticia. Luka, la situación me superó... estar dentro de ese ascensor y oír los disparos sin saber si estabas bien... Mi amor —me enmarcó el rostro, su tacto siempre lograba desarmarme, y mi corazón empezó a latir desacompañado, como la primera vez que me acerqué a ella—, creí que moría mil veces al pensar que podías estar herido.

—Y yo quise morirme mil veces cuando te vi salir y exponerte como te expusiste; quise correr y convertirme en tu escudo.

—Grandullón, deja de creerte Superman; tú no eres de acero, las balas penetran en tu cuerpo. —Masajeó con delicadeza mi hombro herido—. Te quejas de que yo me arriesgué, pero... ¿qué hay de ti? ¿Acaso pensaste en Mila y en mí?

—Todo el tiempo, sólo quería sacarte de allí y que todo acabara.

—Pues yo creo que fuiste más imprudente que yo. Si te hubiese pasado algo, ¿qué hubiera sido de Mila?

—¿Y qué hubiera sido de mí si te hubiese ocurrido algo a ti?

—Tienes una cabezonería...

—No quiero ni imaginar que te hubiera pasado algo a ti y también a nuestro hijo.

—Pero no nos ha pasado nada a ninguno, estamos aquí para contarlo; esta vez ganamos los buenos. —Me besó pausadamente; su lengua lamió mis labios y me hice cargo de ese beso, hasta que se alejó—. Me gusta oírte decir «nuestro hijo».

—Me gusta que por él estemos conversando de esto que nos habíamos negado a hablar. Pero ahora —besé su nariz respingona— es el momento de dejarlo todo verdaderamente atrás. Debemos olvidarnos de lo ocurrido y continuar de cara al futuro.

Ella asintió con la cabeza y se acurrucó contra mi cuerpo, aferrándose con fuerza a mi espalda.

—Me muero de ganas de que Mila se entere. ¿Te parece que se tomará bien la noticia?

—Creo que le encantará tener un hermano.

—Puede ser una hermana.

Mi risa estalló en mi pecho y la abracé desoyendo el tirón del brazo.

—Será un niño, lo presiento.

—Apostemos...

—Perderás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque... yo sé el momento exacto en que gesté ese niño, y lo deseé mucho, y a mí las cosas siempre se me cumplen.

—Apeistas a egocéntrico. No hay modo de que sepas cuando fue, y mucho menos si es un niño... a no ser que tengas superpoderes.

—Créeme, sé cuándo lo hice.

—Bandini, no lo hiciste solo, lo hicimos juntos.

—Pero yo le pedí a Dios que lo pusiera en tu vientre. —Le lamí los labios y, cuando me aparté, admiré la confusión en su rostro—. El día que te pedí matrimonio, mientras me derramaba en ti, me sentí tan poderoso que ansié con todas mis fuerzas que tuviéramos un hijo. Y no pensé en una niña.

—Eres muy poderoso, pero no tienes ese poder.

—Veremos...

—¿De verdad deseaste eso?

—Ajá...

—Es increíble, yo, ese día, también lo deseé; mientras me hacías el amor, mi mente voló y me imaginé teniendo a tus hijos.

—¿Quieres muchos?

—Tal vez uno más, porque ya tenemos a Mila.

—Te haré todos los que quieras; te prometo que será todo un honor y un placer trabajar para cumplirte el sueño.

* * *

Muy temprano, al día siguiente, le mandé un texto a la doctora Prosen, la médica que había atendido a Taylor cuando estuvo embarazada de Mila, y que me conocía muy bien. Tan pronto como vio mi mensaje, me llamó, así que le expliqué lo que ocurría y nos hizo un hueco para vernos antes de que comenzara a atender a los pacientes con turno en su consulta.

* * *

—¿Siempre lo consigues todo así de fácil?

—No siempre —Nicole me hacía el nudo de la corbata, ya que con una sola mano yo no podía; no veía la hora de empezar con la rehabilitación y dejar atrás todo lo vivido. La cogí por la cintura y tironeé de ella, aplastándola contra mi cuerpo mientras bajaba la mano para clavar mis dedos en su nalga. Nicole se pegó a mí sin oponer resistencia, aferrándose a mi cuello—; tú fuiste mi mayor desafío... conseguirte, así, obediente y entregada, me costó... bastante, ¿ya lo has olvidado?

—Ni obediente, ni entregada; enamorada, que es muy diferente.

—Como sea, te tengo sólo para mí, cuando lo desee, y como lo desee.

—Sólo porque yo también lo deseo. Y ahora deja de hacerte el irresistible, porque tengo que ducharme aún o llegaremos tarde a la consulta de la doctora esa a la que le has pedido el favor.

—La doctora Prosen. Cecilia te caerá muy bien, es quien trajo al mundo a Mila.

—Sí, ya me lo has dicho, pero no sé si quiero que me atienda la misma médica que atendió a... la madre de Mila.

Levanté ambas cejas y contuve una sonrisa, aunque creo que no lo hice muy bien; me encantaba verla celosa y reclamando su lugar junto a mí.

—No te burles. Sí, estoy celosa, ¿qué pasa?, y a ti te gusta y presumes de eso.

—Yo no he dicho nada.

—Ni falta que hace, Bandini. Déjame que vaya a ducharme. Ve a despertar a Mila, que ya he preparado el desayuno; hoy regresa al colegio y pronto vendrá Aos a recogerlos. Debemos conseguir cuanto antes una niñera para que se quede con ella por la tarde hasta que llegemos del trabajo, ya que la chica que nos ayudaba antes se marchó. Quiero regresar a mis tareas muy pronto —me frenó antes de que pudiera decir nada—. Shh, no me mires así, volveré al trabajo —sentenció muy decidida.

—No hay prisa.

—Quiero retomar mi vida normal. Hoy lo haces tú, ya que regresas a la empresa y aún no estás del todo bien, y no me he opuesto, así que... tú tampoco deberías hacerlo.

—Pero estás embarazada.

—Exacto: estoy encinta, no enferma.

—Estoy haciendo modificaciones en nuestras oficinas. —Le expliqué sosegadamente las decisiones que había tomado—. Tú y yo nos mudaremos un piso más arriba, y me gustaría que esperases a que esté todo listo, sobre todo por las nuevas medidas de seguridad.

—Luka, ¿por qué me entero de estas modificaciones justo ahora? Lo que pasó no volverá a ocurrir. Debes tranquilizarte; no quiero caer en mis inseguridades, lo estoy llevando bien a tu lado, pero si empiezas con eso...

—No quiero que te sientas insegura, de eso se trata, pero debo confesarte que no tengo ni idea de con cuánta gente de esa calaña mantuvo contacto Andrea, como tampoco sabemos cuántos consiguieron huir ese día, ni cuánta información poseía esa gente en cuanto a la seguridad del Bandini Heart, así que prefiero ser precavido y reforzar todo el sistema de seguridad del edificio, y sobre todo el de nuestras plantas. Aos y Liam ya se están encargando de todo. Sólo te pido unos días más, hasta que el piso nuevo que ocuparemos esté listo.

—No entiendo para qué quieres mudar nuestras oficinas; la mía era nueva y me encantaba.

—Podrás volver a redecorarla; de más está decirte que hubo que hacer muchas reparaciones.

—Lo sé, no eran balas de fogeo como en una película.

—Por eso mismo. Quiero que cuando regreses esté todo en orden.

—¿Siempre serás así, tan mandón?

—Con la seguridad de mi familia, no haré concesiones.

—En cuanto contratemos a una persona para que se quede con Mila, volveré, aunque no esté todo listo. No puedes encerrarme en tu ático.

—Nuestro ático.

Me miró y pude percibir claramente los engranajes de sus pensamientos; sabía cuánto le costaba aceptar que todo lo mío, muy pronto, sería también suyo, así que terció.

—Nuestro ático; sólo falta que nos casemos, pero pronto le pondremos remedio a esa situación.

—No es momento para que hablemos de eso, pero tengo algunas cláusulas. Me voy a duchar o se nos hará tarde. —Me besó rápido, intentando escabullirse de mí, pero la cogí por la muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—¿Cláusulas? No creo que haga falta ninguna, sólo que me ames tanto como yo a ti.

—Luego hablamos, grandullón. Me voy al baño.

Nicole

Tras dejar a Mila en el Montessori, el jardín de infancia al que asistía, llegamos a la consulta; como era temprano, la secretaria ni siquiera había llegado, así que la doctora fue quien nos abrió la puerta cuando Luka golpeó la puerta del consultorio.

—Luka, qué alegría volver a verte después de tantos años.

—Hola, Cecy. Es cierto, hace tiempo que no nos veíamos.

Me extrañó la efusividad con que se abrazaron, como si entre ellos hubiera una confianza que fuese más allá de una relación de paciente-especialista.

—Es que no hemos vuelto a coincidir nunca más... Desde que eres el CEO de Bandini —lo golpeó en el hombro sano—, te hemos perdido de todos los círculos sociales.

»A Mila siempre la veo en casa de Isabella. ¡Está tan mayor y tan guapa, esa niña! Y pensar que yo la traje al mundo, pero... —hizo un alto en la conversación cuando se percató de que nosotros aún seguíamos fuera de su

consultorio—... adelante, por favor. Tú debes de ser Nicole —se acercó y me dio un caluroso abrazo y un beso en la mejilla—; no puedo creer que finalmente hayas cazado a este hombre. Déjame decirte que, entre nuestras amistades, lo tuyo se considera como una gran proeza.

—Prosen, mi mujer no necesita que tú la ilumines con nada, lo sabe todo de mí — intervino Luka mientras cerraba la puerta en su detrás; la doctora me tenía abrazada por el hombro y me guiaba hacia el interior; yo estaba algo confundida por la familiaridad que se mostraban.

—Lo conozco de toda la vida, soy la mejor amiga de Isabella. Cuando quieras, nos juntamos y te revelo varios de sus sórdidos secretos.

—Se me hace que ése puede ser un gran plan.

—Cuando quieras, quedamos con Isa y disipamos todas tus dudas.

—Definitivamente creo que no ha sido una buena idea venir a tu consulta, había olvidado que eres tan bruja como mi hermana, ¡ja!, por algo sois amigas.

—¿Acaso tienes algo que ocultarme?

—Si soy un santo. —Me guiñó un ojo y me dio un beso en los labios antes de apartar la silla para que me sentara.

—No te asustes, sólo bromeo —me dijo la médica—. Este hombre, desde que ha sido padre, es casi un monje tibetano; creo que durante un tiempo barajó esa posibilidad, pero, cuando se enteró del celibato, desistió de la idea. Estuvo viviendo en China —me aclaró al ver mi cara de desconcierto—. No me hagas caso, Mila ha sido la principal fuente de reforma.

—Nada que no te haya dicho ya, cariño; sabes que no tengo secretos para ti.

—Ni tan santo ni tan monje cuando te conocí. Por cierto, no sabía que estuviste viviendo en China.

—Unos pocos meses; estaba obsesionado con esa cultura, luego te cuento.

—Lo siento, Bandini, no he pretendido ponerte en este aprieto.

—Eres una amiga genial, ya veo.

—Igualmente veo que Nicole te conoce muy bien, así que no he dicho nada que ella no supiera. Cambiando de tema, sé que tal vez no queráis volver sobre lo ocurrido, yo también querría dejarlo todo atrás si estuviese en vuestro lugar, pero, bueno, no puedo obviarlo... Siento mucho lo de Andrea, aún no puedo creerlo. ¿Cómo estás del hombro? Los dos tenéis aún magulladuras bien visibles en la cara.

—Tampoco yo puedo creerlo. El hombro se recupera lentamente, pero estoy bastante mejor; mañana empiezo con la rehabilitación, no veo la hora de

quitarme este molesto cabestrillo. Todo fue una maldita locura, una puta pesadilla. —Luka estiró la mano y tomó la mía—. Por suerte estamos vivos para contarlo.

—Me alegra que ambos estéis bien. Cuando lo vi en las noticias, todo parecía irreal, era como estar viendo una película de acción.

—¡Imagínate para nosotros! —intervine, aguantando el escalofrío que siempre me provocaba recordar aquello.

—Y pensar que él y yo estuvimos a punto de casarnos, no puedo creerlo.

Debí de parecer muy confundida, porque Cecilia me miró, se estiró sobre su escritorio y me cogió la mano que tenía apoyada en éste.

—Fui pareja de Andrea antes de casarme con Jace; mi marido es el hermano de Kevin. Juro que, cuando salí con él, él no era una mala persona. No doy crédito acerca de en qué se convirtió y, aunque suene reiterativa, no puedo creer que pudiera cambiar tanto.

»Pero bien, dejemos la charla y vayamos a lo nuestro. Para empezar, permitidme que os diga que me siento muy feliz de que hayáis venido a mi consulta. En verdad espero caerte bien, Nicole, e inspirarte confianza, sobre todo para que podamos seguir juntas en este proceso; no voy a mentirte, me encantaría traer al mundo otro hijo de Luka; también soy quien ayudó a nacer a Aerin, que no sólo es mi sobrina, sino que además es la hija de mi mejor amiga, pero estás en todo tu derecho de elegir al profesional que más te convenga; es sabido que lo más importante en este momento es que te sientas identificada con tu obstetra y que éste te infunda seguridad.

—No me matéis por lo que voy a preguntar —la interrumpí de pronto, y miré a los ojos a Luka; no sabía si en verdad decirlo; Cecilia me caía bien, era sólo que... necesitaba saber.

—¿Qué? Sólo dilo, Nicole.

Me cubrí la cara e inspiré una amplia bocanada de aire antes de hablar, luego los enfrenté a ambos.

—Es que veo que os conocéis muy bien y...

—¿Lo que quieres saber es si nosotros hemos tenido algo que ver alguna vez? —Asentí con la cabeza mientras miraba a los ojos a la médica amiga de Luka y de la familia—. Mira, te diré que este hombre le ha dado hasta al agujero de la cerradura, pero, a mí —se miraron durante un breve instante—, no, y nunca lo intentó tampoco.

Me congelé al segundo por la audacia de mis palabras anteriores, pero ya

era demasiado tarde para arrepentirse, por lo que no me asombró que de la boca de Luka saliera un reproche que no intentó reprimir hasta esperar a que estuviéramos solos.

—¿Cómo crees que te traería a la consulta de una de mis ex? Nicole... — Levantó una ceja y me observó ceñudo; su ira se cocía a fuego lento.

Su amonestación frente a una extraña debería haberme molestado; sin embargo, mis palabras tampoco habían sido muy acertadas, así que lo comprendí y me sentí todavía más culpable.

—Lo siento, disculpadme los dos —expresé con mis emociones en conflicto.

—No la mires así, Luka; no es para nada descabellado pensarlo, pues es de dominio público que antes de Mila eras un gran donjuán. Yo en su lugar posiblemente hubiera creído lo mismo.

—Gracias, no me ayudes más.

—Lo siento, pero para todos los efectos debía saberlo antes de continuar; es que me caes bien —miré a Cecilia—, pero me habría sentido un poco incómoda si vosotros... zanjemos este asunto, por favor. —Me sentí más abochornada aún, si eso era posible, y entonces decidí dar el tema por concluido—. Si Luka confía en ti, tal vez yo también debería hacerlo; sé que él jamás me pondría en manos de un profesional que no fuera el mejor.

—Aguarda, esto no se trata de Luka... es tu cuerpo, tú eres la embarazada, así que eres tú quien debe sentirse cómoda. La situación que a Luka le tocó vivir con Mila es muy diferente a las cosas contigo, así que estoy convencida de que a él lo que más le importa es que tú te sientas bien.

—Por supuesto, cariño; no deseo imponerte nada, sólo he acudido a Cecilia por la confianza que le tengo y porque necesito saber fehacientemente que todo está bien, pero luego podemos seguir con el profesional que tú elijas.

—Pues sigamos con la consulta, por favor. —Sacudí la cabeza mientras la sangre se agolpaba aún más en mis mejillas, sintiéndome más acalorada.

—Estás un poco sensible, pero es debido a tu estado, no te aflijas. Y tú —se dirigió a Luka en un tono de advertencia— no seas tan duro; deberás tenerle paciencia, porque a veces las mujeres, cuando estamos embarazadas, nos ponemos muy emotivas.

»Cuando yo estaba esperando a Thiago, me la pasé llorando por todo durante los nueve meses.

—¿Tienes un hijo?

—Dos niños, y con Jace hemos decidido cerrar la fábrica de bebés. Te aseguro que con ellos he cubierto mi cuota de maternidad, aunque no tengamos una niña.

Luka

De regreso del Lenox, un semáforo nos detuvo en la intersección de Park Avenue y la calle 77; estaba tan feliz que hasta tenía ganas de bajarme del Galibier y pararme en medio de la calle a gritar lo afortunado que me sentía, para que todos me envidiasen. Enlacé mis dedos en los suyos, con más fuerza levanté su mano, que mantenía sujeta a la mía, y se la besé.

—Ven acá —le dije envolviéndola en un abrazo, y le devoré la boca con extrema posesión.

Mi lengua de inmediato se abrió paso entre sus labios y la besé desmedido, acariciando su lengua. No me importaba que Aos estuviera en el asiento del conductor y pudiera ver nuestra lujuriosa entrega; nos amábamos con demencial necesidad, y era tan inmensamente dichoso que eso era lo que ansiaba que todos viesen.

Sin embargo, Nicole tuvo más cordura que yo y se apartó mirando por el rabillo del ojo a nuestro chófer, aunque rápidamente pudo comprobar que él estaba centrado exclusivamente en el camino, sin hacernos el menor caso.

—Ya has visto que todo está bien, tigre. ¿Te has quedado más tranquilo?

—Inmensamente tranquilo, aunque también estoy muy acelerado... no puedo creer lo fuerte que late su corazón a pesar de ser tan chiquito. —Aún resonaba en mis oídos el eco del sonido de sus latidos cuando Cecilia le realizó una ecografía trasvaginal, para comprobar que todo estuviera en perfecto estado. Tras realizar el ultrasonido, se pudo constatar que no había de qué preocuparse a pesar de que Nicole hubiese recibido muchos golpes en la zona abdominal; no había rastros de ningún hematoma ni nada que indicase que nos tuviésemos que alarmar; al parecer el embrión estaba muy bien implantado.

De todas formas, le pidió que se realizara algunas pruebas de sangre y orina de rutina, como así también que empezara a tomar ácido fólico, para fortalecer el desarrollo del cerebro y del tubo neural de nuestro hijo, además de vitaminas prenatales.

—Siete semanas...

Nicole se tocó el vientre, y de inmediato rebuscó en su bolso la imagen de nuestro pequeño bebé, que Cecilia nos había impreso, el cual parecía, a simple vista, un renacuajo cabezoncito; con la ayuda de su explicación, pudimos ver que estaban empezando a aparecer los vestigios de las piernas y los brazos en forma de cuatro pequeños apéndices microscópicos, y que tenía una cabeza muy grande y una extremidad opuesta en forma de cola curvada, que nos aclaró que se trataba del último hueso de la columna vertebral, que aún sobresalía, pero que iría desapareciendo a partir de ese momento.

El Galibier se detuvo en una señal de stop y entonces Nicole se estiró y, por encima del hombro de MacGregor, le enseñó la imagen mientras le hablaba.

—Aos, quiero presentarte oficialmente al próximo Bandini que vendrá a este mundo en poco más de siete meses.

Nuestro chófer y guardaespaldas se giró, y sonrió muy francamente.

—¡Felicidades! Quiero decirles que me siento muy emocionado con la noticia, y... —miró la foto que Nicole le mostraba y lo noté vacilar— ... Luka sabe que realmente es muy difícil que yo me emocione por algo —clavó sus ojos acuosos en los de Nicole—... es una bendición, sin duda, y hasta me estáis haciendo invocar a Dios, y Luka también sabe que no soy una persona muy creyente.

—Gracias, Aos. ¡Luka y yo estamos tan felices!, nos encanta poder compartir contigo esta noticia.

Ella se movió y lo besó en la mejilla y luego MacGregor me estiró la mano y me dio un fuerte apretón.

Asentimos los dos con la cabeza; mi mujer, mi hijo y yo les debíamos a ese hombre y a Liam nuestras vidas, y estaría eternamente agradecido por ello.

Dos

Luka

Llegamos al Bandini Heart, así que me despedí de Nicole cepillando sus labios con varios besos mientras Aos se bajaba para abrirme la puerta. La sentí tensarse entre mis brazos y noté de inmediato cómo su abrazo se recrudecía, pues con una mano se aferró a la solapa de mi chaqueta, con ímpetu, mientras que con la otra entrelazaba los dedos con mi pelo.

—Ey, ¿qué ocurre? —le dije apartándome ligeramente a pesar de mantener la frente apoyada en la suya y acariciarle con un pulgar los labios.

—Nada, sólo cuídate.

—Lo haré, cariño, por supuesto.

—Entiéndeme, estar frente al edificio de repente ha despertado mis emociones y recuerdos. Sé que hoy te he dicho que nada volvería a pasar, pero al estar aquí delante lo siento un poco diferente... Estoy segura de que lo superaré, sólo que es la primera vez que regresamos después de todo lo ocurrido.

—Lo sé, para mí también resulta difícil, por eso planifiqué que nos cambiásemos de piso: primero, para reforzar la seguridad y que nadie sepa cómo funciona y, luego, porque en la entrada de mi oficina vería a diario el cuerpo herido de muerte de Cries y... —solté el aliento de manera sonora—. Mi fiel secretaria... —Mantuve para mí el recuerdo del matón que maté con mis propias manos dentro de mi despacho.

—Lo siento, tigre, hoy te he reprochado los cambios sin pensar.

—Shh, tú no te aflijas, yo lo hago por los dos. Ahora ve a casa, nena; necesitamos orden en nuestras vidas y dejar lo pasado atrás.

—Lo haré. Al mediodía vendrá Chiara con su prima, para presentármela. Menos mal que le comenté que andábamos buscando a alguien para cuidar de Mila por las tardes. Ojalá que ella me guste, ya que no quiero que la niña tenga que quedarse en acogida después de clases; tal vez el año próximo, pero ahora no. Además, también necesitamos que nos ayude con la casa.

—Sin duda tiene un punto a su favor: está recomendada y es de confianza.

—Gracias por permitirme que me encargue de elegir a la persona que cuidará de tu hija, es un gesto muy importante por tu parte.

—Confío en ti, cariño, y sé que quieres a mi hija como lo hago yo.

—La amo tanto como te amo a ti, grandullón. Ahora ve, demuéstrales a todos que hace falta mucho más que una estúpida conspiración para destruir a Luka Bandini.

Asentí con la cabeza y volví a darle un beso, uno extenso, pero me dije que debía bajar del coche de una buena vez y enfrentar la situación. Nicole Pearson era mi refugio siempre —estaba feliz de que ya no llevara el apellido de Blade— pero, aunque ella era mi chispa de luz, tenía que salir de mi zona de confort junto a ella y retomar las riendas de mi empresa o todo se iría a pique; las acciones del grupo, con el ataque, ya estaban bastante inestables. Si bien esos días en los que aguardaba iniciar mi recuperación había intentado trabajar desde casa, debía concentrarme por completo y ocupar mi búnker, para que todos viesen que Bandini estaba más de pie que nunca y que aún éramos los líderes del mercado.

Nada más cerrar la puerta del coche, me dirigí a MacGregor, quien había bajado del vehículo nada más llegar al edificio, pero éste me interrumpió antes de que pudiera empezar a hablar.

—Luka, hasta que Liam esté totalmente recuperado, para estar contigo ciento por ciento, Owen será el encargado de tu seguridad, así podré ocuparme de Mila y de Nicole personalmente.

Asentí con la cabeza y, después de dejar mi maletín en el suelo, extendí la mano para saludar al escolta que Aos me estaba presentando. Con una sola mano todo se complicaba, maldición.

—Encantado, Owen. ¿Ya tienes mi agenda sincronizada con la tuya?

—Sí, señor, todo está revisado.

—Bien. Vamos a tener una semana muy intensa, puesto que con todo lo sucedido me vi obligado a retrasar muchas citas y las he reprogramado para mi regreso, así que la mayoría de los días tendré almuerzos de trabajo.

—Despreocúpese, estoy aquí para llevarlo a donde me indique.

—Quédate unos segundos junto al coche cuidando de mi mujer mientras hablo con Aos, por favor.

—Por supuesto.

Nos alejamos con MacGregor y le di la espalda al Galibier para que Nicole no pudiera leerme los labios.

—Aos, te las confío; por favor, no les quites el ojo de encima hasta que

sepamos que todos los que tienen que estar presos lo están. Si pudiera no enviar a Mila al colegio, lo haría, pero quiero que sus vidas mantengan la mayor normalidad posible.

—No sufras por eso. Como ya te comenté, tenemos a un segundo escolta de apoyo que de ahora en adelante vendrá siempre detrás de nosotros, y en la escuela hemos colocado a nuestra gente para que vigilen constantemente a la pequeña; hemos reforzado la custodia de toda la familia.

—Sí, he notado que nos seguían, pero sólo lo he advertido porque tú me informaste con anterioridad de la decisión que habías tomado.

—¿No crees que sería mejor explicárselo a Nicole? Puede llevarse un gran susto si se da cuenta que nos siguen; en su estado eso no sería bueno.

—Buscaré el mejor momento para decírselo; el caso es que pretendo que no vuelva a caer en sus inseguridades, pero, como dices, debemos evitar que se lleve una mala impresión.

Vi que Aos me hacía una señal para que mirase hacia atrás, y entonces me encontré con la mirada fastidiada de Nicole, que me estaba observando desde el Galibier a través de la ventanilla del coche, ellos estaban en la vereda.

—Deja de dar instrucciones, Bandini, que no soy uno de los activos de tu empresa. Se me hará tarde y Chiara llegará antes que yo si continúas reteniendo a Aos como lo estás haciendo. No saldré a ningún lado sola, ya te lo he prometido.

Sin poder ni querer contenerme, me acerqué al vehículo y le deposité otro beso en los labios. Ella me miraba con los ojos ocultos tras sus pestañas; Nicole siempre me resultaba irresistible.

—No seas gruñona. Hay muchos cambios en la seguridad y de eso me estaba informando Aos. Por cierto, no te lo había mencionado, así que aprovecho para decirte que ahora hay un segundo escolta que nos sigue en otro vehículo, más rezagado. —Ella soltó el aliento y palideció de pronto—. Es sólo hasta que nos sintamos seguros regresando a nuestra cotidianeidad. No debes asustarte, es a modo preventivo —decidí advertirla en ese momento, pues me pareció que era el apropiado para que el comentario sonara muy casual.

—¿Estás seguro de que no hay de qué preocuparse? ¿Quién es este hombre que habéis dejado como si fuera una estaca junto al coche?

—Mi nuevo escolta hasta que Liam esté repuesto físicamente de su herida, se llama Owen. Y no, como te he dicho ya, no hay de qué preocuparse, esta situación es sólo hasta que nuestras inseguridades nos abandonen y podamos

enterrarlas en el pasado.

—Si te sientes inseguro, por algo debe ser...

—No hay motivo, Nicole —la corté para que los mecanismos en su cabeza se detuvieran—. Créeme, estamos siendo más precavidos de la cuenta y tal vez hasta exagerados, pues un ataque como el que sufrimos no volverá a repetirse, pero todo esto es para que a nadie se le ocurra siquiera volver a pensarlo.

Ella asintió con la cabeza, y creo que le encontró lógica a mi explicación; aun así, supe que estaba tan muerta de miedo como yo, pero no lo dijo. Por supuesto que yo estaba dispuesto a ayudarla a que sus temores no se intensificaran, Nicole era un alma frágil, y no pensaba permitir que volviera a caer en sus vicios; jamás le demostraría cuán temeroso me sentía porque algo volviera a suceder.

La miré y, aunque jamás imaginé decirle palabras románticas a ninguna mujer, puesto que para mí ellas siempre fueron sólo un coño en el que me sacaba las ganas, un rato de diversión, compañía mutua para determinados momentos, con ella nunca me había costado hacerlo; debía aceptar que Nicole me había transformado. La observé unos segundos, escanciándome en su mirada, y me sentí dichoso al entender que ese nuevo yo me gustaba y me hacía sentir de una forma tan especial que me daba una sobredosis extra de felicidad. Así que le besé la nariz y esperé que mis palabras no dieran lugar a ninguna duda.

—Es muy simple: antes de conocerte mi mundo era jodidamente sencillo. Se resumía a Mila, ella lo era todo para mí: mi amanecer, mi luz, mi oscuridad, mi noche... mi vida. Desde que te conocí, empezaste a habitar en los resquicios de mi alma, y desde entonces pasaste a ser la otra razón de mi existir. Desde entonces, mi mundo funciona si os tengo a ambas.

»Una vez te dije que Mila era mi prioridad, pero ahora, cariño, sé con total seguridad que tú también lo eres, y en ningún orden en especial, porque os necesito a ambas para funcionar; sencillamente sois el centro de mi puto universo. No eres solamente el coño con el que me saco el calentón, eres todo y más. Somos los miembros de una ecuación en la que el resultado es simplemente «nosotros».

* * *

Entré en el Bandini Heart y de inmediato mi vista escaneó los rostros conocidos que formaban parte del personal de seguridad del edificio.

Finalmente habíamos decidido no despedir a ningún empleado, puesto que lo ocurrido no se había debido a que ellos hubieran fallado, sino a que los delincuentes conocían demasiado bien todos sus movimientos, alertados por... Andrea. Su recuerdo me dolía y me enojaba al mismo tiempo; era un amasijo de rabia y desilusión, y no podía reprimir el odio que me causaba, pero de todas formas tampoco podía borrar los años que habíamos compartido como hermanos.

Sacudí la cabeza para alejarlo de mi mente; no quería pensar en él, no se merecía un puto pensamiento por mi parte, ni bueno, ni malo, así que volví a centrarme en los empleados que me iba cruzando en mi camino; junto a Aos y Liam, habíamos llegado a la conclusión de que todos ellos realizarían entrenamiento extra para ese tipo de situaciones, y aunque esperaba que en verdad todas las nuevas medidas fueran un exceso, no podía pasar por alto lo fácil que les había resultado a esos criminales llegar a nosotros.

—Bienvenido, señor Bandini. Es una gran alegría verlo repuesto y regresando al trabajo.

—Buenos días, José.

Continué andando hacia los molinetes, y noté que mi presencia no pasaba desapercibida para nadie; varios fisgones me seguían en silencio con la mirada.

Me temblaban las piernas, y una opresión en el pecho me dificultaba respirar. ¡Mierda!, había pensado que sería mucho más fácil regresar, pero no lo estaba siendo en ningún sentido.

Saludé escuetamente al personal situado tras los mostradores, observando el flujo de gente que a diario se movía por el edificio, y agradecí en silencio que todo lo ocurrido hubiese pasado en un horario en el que ya nadie quedaba en la torre. ¡Maldición!, si hubiera hecho irse a Cries, ella aún estaría viva.

Agité la cabeza y cerré con fuerza la mano en torno a la empuñadura de mi maletín; me sentía responsable por su muerte y era algo que no podía superar.

Miré a mi alrededor. El Bandini Heart era una aglomeración continua de gente bullendo en su interior.

Colgué la correa del maletín en mi hombro y pasé mi huella dactilar por el visor incorporado a los molinetes, para registrar así el acceso de cada persona que trabajaba en el edificio, operación que formaba parte de las nuevas medidas de seguridad en el acceso. Tras cruzarlos, me encaminé al elevador privado y, ya dentro de éste, me apoyé contra el fondo. Mi mente, inexorablemente, voló una

vez más a ese fatídico día; sentí que el estómago se me revolvía mientras mi cerebro rememoraba la carnicería que tuvo lugar allí, y tuve que luchar con el impulso de vomitar. Respiré profundamente e intenté serenarme.

«No seas flojo —me reprendí en silencio—; se supone que eres el cabeza de esta familia y que todos esperan tu fortaleza, no tu debilidad; no tienes derecho a ponerte a lloriquear por los rincones.»

Pero mi mente no tenía descanso y siguió repasando uno a uno los acontecimientos de ese día. Recordé entonces que el retraso en el ataque se había debido a la partida de Darleen, ya que aplacé esa reunión para después del horario laboral precisamente por eso; por cierto, caí en que tenía textos de ella que ni siquiera me había preocupado por leer y mensajes en mi buzón de voz que tampoco había escuchado. Sabía de sus preocupaciones por Maverick y por Kevin, y que se había unido a ellos en Qatar; no esperaba otra cosa, ya que siempre era muy profesional y estaba seguro de que cumpliría con los compromisos laborales asumidos con nosotros, hasta el último momento. Gracias a Aos me había enterado de que quiso venir a verme al hospital, pero por supuesto no pudo hacerlo. Agité mi cabeza; lo mejor era no continuar en contacto con Darleen, la decisión que Harper había tomado era la más adecuada para todos.

Entré en mi nueva oficina; estaba a medio terminar, pero tenía pensado soportar los contratiempos. Los operarios, que pertenecían al equipo de trabajo de Maverick, trabajarían por la noche para concluirlos, y mi amigo me había prometido que las molestias sólo durarían una semana más, diez días a lo sumo.

Entre las transformaciones que quería, le había solicitado a Mav que le cambiase la fisonomía a mi despacho; no quería que nada me recordase ese día, así que le había pedido que le diera más calidez al ambiente. En mi vida estaba obrando un cambio y ambicionaba que fuera en todos los aspectos; por ello, las tres plantas que ocupaban nuestras empresas estaban siendo modificadas, todo se había mudado de lugar, y ahora Nicole y yo entrábamos por el mismo ascensor y ocupábamos el último piso; según Aos, esto nos daría ventaja, pues podrían sacarnos por la azotea, en caso de un nuevo atentado. No quería ni plantearme que eso pudiera ser posible, pero tampoco pensaba quedarme de brazos cruzados sin tomar medidas, así que, aunque realmente era muy improbable el hecho de volver a pasar por lo mismo, ya que no había dos desquiciados como mi hermano en este mundo, y él ya no pertenecía al mundo de los mortales, para estar tranquilo prefería prevenir antes que curar.

Me acerqué a mi mesa y pasé la mano por ésta; era de color blanco, pero muy diferente a la anterior. Agradecí encontrarme en un marco diferente. Saqué mi portátil del maletín, así como la tableta y algunos documentos que traía conmigo, y también el móvil de mi bolsillo y lo dejé todo sobre la mesa. Me quité el cabestrillo y desoí el dolor que sentía al mover el brazo, pues estaba harto de andarme con cuidado; luego me quité la chaqueta y fui a dejarla en el armario de la habitación que tenía en mi despacho.

—Joder, es verdad que aún no está concluida —regresé desandando mis pasos y dejé la chaqueta sobre el respaldo de mi silla. Tan pronto como me acomodé en mi sillón de ejecutivo, me dispuse a retomar mi rutina diaria, pero algo no iba a poder ser igual... Cries, mi fiel secretaria, no estaba fuera para organizarme el día. Pulsé el intercomunicador y esperé que la persona que Aos y Liam habían contratado para mí me contestase.

—Buenos días, señor Bandini, bienvenido. Cuando me indique, empezamos con su agenda.

—Buenos días, Max, ¿cierto?

—Así es, señor. Max Cooper, para servirlo.

—Ven a mi despacho, por favor. Necesitamos comenzar con los asuntos pendientes y, además, es preciso que nos conozcamos un poco; te explicaré cómo quiero que trabajemos.

Mi nuevo secretario, además de realizar la tarea de asistente, también ejercía de guardaespaldas; cumplía una doble función a mi lado. A veces creía que Aos y Liam se habían vuelto más paranoicos que yo, pero los hombres que estaban a cargo de mi seguridad no podían perdonarse que el sistema que habían diseñado para protegernos hubiese fallado. Además, como no estaba dispuesto a que algo como lo que nos había pasado volviese a suceder, prefería dejar que ellos se ocuparan de todas las nuevas medidas sin detenerme a considerar si realmente eran necesarias o no.

Max me cayó muy bien de inmediato; se veía fuerte, atento y, sin duda, eficiente en las tareas administrativas. A simple vista no me resultó difícil considerar que nos entenderíamos.

—Bien, cuando me indique, le iré pasando las llamadas que tiene programadas.

Mi móvil vibró sobre la mesa y la pantalla se iluminó, anunciándome que tenía un WhatsApp de Cecilia. Fruncí el ceño, cogí el teléfono y me preparé para desbloquear la pantalla y ver de qué se trataba; estaba asustado, tal vez la

doctora había visto algo en la ecografía que no había querido comentar delante de Nicole.

—Dame cinco minutos, Max. Contesto esto y te aviso cuando quiera que me pases la comunicación con el señor Drake Olson.

Me centré nuevamente en mi móvil y leí el mensaje de Cecy.

Cecilia: Realmente no te tendría que haber ayudado y mentir por ti. Ahora me siento fatal. Ella confió en ambos, y ocultar lo que pasó alguna vez entre nosotros no me hace sentir mejor persona.

Mierda, Bandini, creí que se lo habías dicho. ¿Cómo carajo se te ocurre traerla a mi consulta sin que sepa lo que hubo entre nosotros? A ver cómo arreglas esto. Definitivamente no tendría que haberte salvado el culo y se lo tendría que haber contado.

Bufé fastidiado, aunque sabía que ella tenía razón, le contesté rápidamente.

Luka: Lo siento, no se me ocurrió que se le cruzaría por la cabeza plantear esa pregunta. Despreocúpate; entre nosotros no hubo nada importante, así que lo entenderá.

Cecilia: Joder, eres un idiota con todas las letras... Es doloroso que a una le digan que no fue importante la primera vez... o al menos eso creía, que, cuando estuvimos juntos, fue la primera vez de ambos. Qué poco tacto tienes, eres un bruto.

Luka: Cecy, estuviste con mi hermano, así que tampoco tú tuviste tacto en ese entonces. No entiendo que me salgas con esto, estás casada y muy pronto yo también lo estaré.

Cecilia: ¿Qué mierda te estás creyendo? Amo a mi esposo, tengo una familia. Noooo, no me interesas, Luka. Por favor, no me malinterpretes, ¡coño!, es sólo que... Joder, ¿cómo puedo pretender que me entiendas?, eres hombre...

Mira, soluciona lo de Nicole. O se lo dices tú o se lo digo yo. No debimos mentirle, ya que tarde o temprano se enterará; fue una estupidez por parte de ambos negarlo. Ella no es Taylor.

Luka: Lo sé; yo me ocupo, deja. Gracias por recibirnos en tu consulta sin cita previa.

Una vez que hubo finalizado el intercambio de mensajes con Cecilia, y cuando estaba a punto de que me pasaran la llamada con Drake, fui interrumpido por Max, que me hablaba por el teléfono interno.

—El señor MacLeod quiere verlo, señor. Le informé de que estaba a punto de pasarle una llamada y que no sabía si podría atenderlo.

—Está bien, Max, que pase, pero avísalo de que sólo tengo diez minutos.

Desbloquéé la puerta y Kevin, mi cuñado, entró de inmediato.

—Luka, bienvenido al caos.

—Lamento los contratiempos de la mudanza.

—No te preocupes, aunque realmente no consideraba necesario que me instalases también en esta planta.

—Joder, tío, eres de la familia, y las nuevas medidas de seguridad están vigentes para ti también, ¿o pretendes que mi hermana me mate por no cuidarte?

—¿No es un poco excesivo, todo esto? Andrea está muerto y, en cuanto a los hermanos Baroswki, uno pasó también a mejor vida, y el otro está en una cárcel de máxima seguridad, de la que no saldrá jamás. Por cierto, mañana es el funeral de Andrea, ¿finalmente asistirás para apoyar a tu madre?

—Ya le he dicho a Cala que no iré; me importan una mierda las apariencias, ese hijo de puta quiso matarme, a mí y a mi mujer. Te pido, por favor, que tú las acompañes.

—Ya imaginaba que no habrías cambiado de opinión. Si fuera por mí, tampoco iría, pero... no me parece bien dejarlas solas. Ese hijo de puta está mejor muerto; aunque suene despiadado y ruin, no me provoca ninguna compasión.

—No tienes que justificarte conmigo, me alegra saber que se podrán apoyar en ti.

—Sarah no le permite a tu madre llevar a Mathew al sepelio para que despida a su padre; ella tampoco irá, y me ha dicho tu hermana que Cala está muy afligida y tiene miedo de que ahora empiece a negarle ver al niño.

—Lo siento, el crío no tiene la culpa de que su padre fuese una lacra, pero no pienso meterme en eso, que se arregle mi madre; después de todo, ni siquiera era mi verdadero hermano.

—Lo mismo le dije a Isabella, que se dejara de joder porque, en definitiva, sólo era su primo. Pero ella replica que su madre tiene el corazón destrozado y que, a pesar de todo, no puede pensar en él como si tuvieran otro parentesco.

—No me lo hagas recordar; la última discusión que tuve con mi madre fue por esa razón... Quiero dar a conocer su verdadera filiación y no me lo permite; eso haría que se estabilizaran las acciones de la petrolera, pero dice que lo hace por el niño, para que no quede desprotegido. —Me toqué la cabeza, estaba harto

de darle vueltas al asunto—. Ya sabemos que mi madre tiene un corazón demasiado noble; ahora que lo sé todo, no me extraña que, a pesar de que mi padre aceptó darle su apellido y tratarlo como a un hijo propio, lo hiciera exclusivamente por consentir a mamá.

Tres

Luka

El día había sido agotador, con reuniones interminables y apagando incendios que parecían imposibles de sofocar. Tras la traición de Andrea y el atentado sufrido, todo estaba colapsado, y las acciones en bolsa parecían caer rápidamente en picado.

Era preciso volver a poner a flote a Bandini Group cuanto antes, así como a Renewables Bandini, nuestro buque insignia, llevando tranquilidad y seguridad a nuestros accionistas y clientes.

Al salir de la oficina, Owen estaba esperándome en el bordillo con la puerta del Galibier abierta. Tenía programada mi primera cita con el fisioterapeuta, y estaba ansioso por llegar a la consulta y empezar a recuperar la movilidad normal en mi hombro; ésa era otra de las cosas que me tenían fastidiado, ya que mis movimientos aún eran muy limitados.

El médico que iba a tratarme me lo había recomendado Drake. Era un profesional de origen chino que empleaba técnicas de acupuntura, apicuntura y magneto, entre otras, combinadas con moxibustión y utilización de ventosas; además, era un gran masajista, conocedor de la técnica shiatsu y tuina, y un experto en la enseñanza de ejercicios de tai chi chuan, de chi kung y de métodos de respiración que al parecer eran muy efectivos para vencer el dolor, así como para recuperar la tonicidad muscular en muy poco tiempo, y que a mi amigo lo habían ayudado en su momento, para librarse de una lesión después de que cayera de un caballo en el rancho de sus padres.

Antes de llegar, imaginaba que me encontraría con un hombre mucho más fornido; no sé por qué razón me lo había figurado de una gran complexión, tal vez porque esperaba toparme con un superhéroe con aspecto de muy poderoso para que me aliviase de todos mis dolores. Sin embargo, lo que hallé fue bien diferente: el señor Qiu Qing era el típico asiático de etnia Han, o chino tradicional; también me extrañó que vistiera con el clásico traje de la dinastía a la que supuse que pertenecía, bata holgada con mangas amplias, solapa derecha,

dos cuellos cruzados y faja en la cintura; se veía como el clásico miembro del linaje de los Qing, cabeza rapada y coleta, aunque su aspecto físico nada tenía que ver con los manchú.

Cuando nos presentamos, noté su asombro cuando empleé su saludo ancestral, que consiste en una reverencia, y pronuncié bien su apellido (en español sonaba algo así como «chin», vocablo que según tenía entendido dio origen a la palabra *China*).

Le expliqué que había vivido seis meses en Beijín, ya que por aquel entonces estaba obsesionado con su cultura y había considerado que trasladándome allí aprendería mejor sus costumbres y tradiciones. Compartimos algunas frases; manejaba básicamente el idioma, pero, como no lo practicaba desde hacía mucho tiempo, me mostré un poco dubitativo, ya que, cuando tenía reuniones con empresarios chinos, prefería acudir a un intérprete para no cometer equivocaciones.

De todas formas, el señor Qiu elogió mis conocimientos. Le entregué mis pruebas médicas, que con anterioridad me había solicitado que llevara: una resonancia magnética y diversas radiografías que me había practicado recientemente. Qing tenía, además, vastos conocimientos en medicina; era una eminencia en fisioterapia, y combinaba la medicina tradicional con sus conocimientos en medicina alternativa contra el dolor.

—Debo recuperarme cuanto antes de esta lesión —le indique sin ocultar el apremio que volver a estar al ciento por ciento me causaba; necesitaba dejar atrás todo lo ocurrido.

Me miró estudiándome y supe que estaba yendo más allá de mis palabras; no sabía si estaba al tanto de cómo me había lesionado, quizá sí, o tal vez no... no tenía por qué saber quién era yo y lo que me había ocurrido. Comencé a relatarle los hechos y levantó ambas manos, juntándolas y apoyándolas en su frente, y cerró sus ojos, en un claro signo que se emplea cuando se va a efectuar una meditación.

—Vas muy de prisa —dijo calmadamente; su inglés era muy fluido, casi no tenía acento cuando lo empleaba—. Sacaremos todo eso que te perturba, pero a su debido tiempo. Lo sacaremos de todo tu organismo, especialmente de aquí —extendió un brazo y apoyó su dedo índice en mi frente—: tu mente es la que verdaderamente eliminará el dolor.

El hecho de que hubiera vivido en China durante casi medio año me hizo entender muy bien a qué se refería; la filosofía oriental dice que el cuerpo y la

mente de un ser humano deben estar en sincronía para funcionar adecuadamente.

—Trabajaremos tu zona lesionada, pero también nos adentraremos en tu mente. Nos sentaremos en la quietud y en el silencio. ¿Sabes de lo que hablo?

—¿Meditaremos?

—¿Has hecho meditación alguna vez?

—Lo intenté cuando estuve en tu país, pero no lo conseguí.

—Descuida, con el tiempo lo conseguiremos. Sanaremos tu mente, para que tu cuerpo sane también.

Me hizo quitar la camisa y sentarme en la camilla para explorar mi zona afectada con ambas manos.

—La bandera de la dinastía Qing —dije cuando me senté; ya la había visto nada más entrar, un dragón sobre un lienzo de color amarillo.

—Hablas mucho y no te concentras, debes prestar más atención a lo que hago y dejar de distraerte con el resto de las cosas que hay en mi consultorio —me regañó mientras que con sus dedos hacía presión en diferentes zonas de mi hombro, y sentí un alivio casi automático, aunque el dolor proseguía aún.

—¿Cómo lo has hecho?

—Digitopuntura, concentración... Recuerda, la respiración es muy importante, y para eso necesitas enfocar tu energía y no estar en Babia. La próxima vez que vengas —metió sus dedos en la pretina de mi pantalón—, esto no lo traigas; ponte ropa cómoda. Hoy te atenderé aquí, en mi consultorio, pero necesito que vengas preparado para ir al gimnasio. La ropa de ejecutivo no te permite relajarte.

* * *

Por la noche, después de cenar, Mila se empeñó en que Nicole fuera quien la arropase y le leyera un libro de cuentos. Hice los ejercicios que me había indicado el señor Qing para ayudar a la rehabilitación de mi hombro y luego me di una ducha, mientras que ella se ocupaba de que mi hija se fuese a dormir; así que, cuando concluí y vi que Nicole continuaba siendo retenida por Mila, me puse un pijama y fui a ver qué ocurría.

—La extraño —oí su vocecita, que anunciaba que estaba muy angustiada.

—Lo sé, cariño, pero pronto regresará. Lo que pasa es que su mamá aún continúa enferma —le explicó Nicole con calma, mientras intentaba imprimir seguridad a sus palabras.

—Pero ella me prometió que, cuando yo regresara de Qatar, ya habría vuelto, y tú y papá me dijisteis lo mismo.

—Porque pensamos que así sería —le dije a mi hija interrumpiendo la conversación que mantenían mis mujeres. Entré en su dormitorio porque la pequeña lloraba y pedía por Sasha.

—Quiero que Sasha vuelva, papi. No quiero conocer a Celeste. Nicole me ha dicho que vendrá mañana, pero yo no quiero otra niñera, quiero a mi nana.

Nicole se apartó y arrastró con ella a Mila, con la idea de hacerme sitio para que me metiera en la cama con ellas. Me dolió que mi hija me diera la espalda y se abrazara a mi mujer; la cría estaba haciéndome responsable de aquella ausencia de alguna forma, y deseaba cambiar esa impresión que tenía de mí.

—¿Estás enojada conmigo?

—Sí, porque tú la dejaste ir —contestó hundiendo más su rostro en el hueco del cuello de Nicole, y sus manitas se aferraron con más arrebato a ella. Acaricié su moldeable cuerpecito y la sentí tensarse ante mi tacto. Quería decirle que estaba siendo injusta conmigo, que Sasha era un parásito que no merecía sus lágrimas, pero no podía ser tan desalmado de decirle eso a mi hija; ella no podía, a su corta edad, volver a sentir que otra persona más, que había pertenecido a nuestras vidas, nos había usado. Por tanto, cerré los ojos con fuerza y preferí que siguiera pensando que todo era por mi culpa.

Nicole me tiró un beso, estiró una mano para acariciarme el brazo y luego articuló sin voz «ya se le pasará».

Asentí en silencio.

—Creo que, además de caprichosa, estás siendo muy desconsiderada con los sentimientos de Sasha —dije con la voz firme—. Su mamá aún sigue enferma.

Se dio la vuelta de repente y, con el ceño fruncido y la voz muy decidida, me exigió:

—Quiero hablar con ella, llámala.

—No tengo el número de la casa de su mamá. En realidad, me dijo que nos telefonaría cuando su mamá estuviera mejor, para que le envíe un pasaje.

Dudó ante mi sosegada respuesta, y luego continuó exigiendo:

—Llámala al móvil.

—Su móvil no funciona en Rusia, no tiene cobertura tan lejos.

Mi hija se mostró pensativa, pero sabía que era muy inteligente y que no lo iba a dejar ahí.

—¿Y por qué, cuando estuve en Qatar, sí podía hablar contigo?

No me había equivocado, no se iba a detener.

—Porque el móvil de la abuela tiene cobertura para llamar desde cualquier país, así como lo tiene el mío.

—Entonces, ponle cobertura al móvil de Sasha para que pueda llamarme.

—Ella dijo que llamaría cuando pudiese. No quiero presionarla, Mila; está muy ocupada en Rusia atendiendo la enfermedad de su mamá.

—Entonces, ¿ya no me quiere?

—No creo que sea eso; simplemente, su mamá no está bien y... está enfocada en que se recupere pronto.

—¿Su mamá se va a morir?

—No lo sé.

—No quiero que Sasha se quede sin mamá. Es feo no tener una mamá.

—Todos tenemos una mamá; aunque muera, ella siempre tendrá una.

—Yo no tengo una mamá.

—Sí, la tienes; tú naciste del amor de una mamá y de un papá, como todos los demás.

¡Joder!, quería que se me ocurriese alguna genialidad para distraerla, pero estaba bloqueado; mi hija y sus preguntas siempre me dejaban en estado de *shock*.

—Cariño —intervino entonces Nicole, interrumpiendo nuestra diatriba—, a veces las mamás o los papás no tienen todo el tiempo para estar con sus hijos, pero, como dice tu papá, tú también tienes una mamá, aunque no puedas verla.

—Mi mamá no me quiere, por eso no viene a visitarme.

¡Maldición!, era la primera vez que me hacía esos planteamientos y no sabía qué decirle. Sabía que ese momento llegaría tarde o temprano, pero siempre había creído que mi amor sería suficiente para suplir la ausencia de su madre. Se llevó las manos a la cara para cubrirse los ojitos y me partió el alma verla tan angustiada, y lo peor de todo era que no podía hacer nada para remediar esa ausencia. Su madre, lo único que quería de nosotros, era mi dinero.

—Y ahora Sasha también se ha ido, tampoco me quiere más.

—Yo te quiero, tu papá te quiere.

—Te adoro, hija, hasta el infinito, y el infinito no tiene fin, ¿recuerdas que te lo expliqué?

Asintió con la cabeza mientras permitía que Nicole le secase las lágrimas.

—¿Tú también me quieres hasta el infinito? Porque mi papá me dijo que los

papás y las mamás quieren hasta el infinito.

Nos miramos Nicole y yo, por un instante, sin saber si realmente mi hija estaba preguntando si la quería como si fuera su mamá, pero entonces ella se centró en Mila, sin titubear.

—¿Tú quieres que te quiera como una mamá quiere a su hija? Porque yo estaría encantada.

Mila me miró a los ojos y entonces me preguntó:

—¿Puedo querer eso, papá?

—Por supuesto que sí. Hay mamás que no son las que llevan a los bebés en la barriga, pero aman a sus hijos de la misma manera.

—Óscar tiene una mamá así; mi compañero del jardín de infancia es adoptado. ¿Tú también me adoptarás?

—Bueno, no es que no quiera, pero no estoy casada con tu papá, y para poder hacerlo debería estarlo. Ya veremos más adelante, no nos apresuremos. Por ahora, si lo que tú quieres es que yo te quiera como una mamá quiere a su hija, te digo que eso no tienes que pedírmelo, porque así es cómo te quiero. Cuando conocí a tu papá me enamoré de ambos, de ti, y de él. Así que, sí, te quiero hasta el infinito.

—¿Y si tú me quieres así, yo te tengo que llamar *mamá*?

—Si lo deseas...

—No lo sé todavía.

—Entonces tómate tu tiempo y, si en algún momento sientes la necesidad de llamarme así, hazlo, por mí está bien.

—¿Por ti también está bien, papá?

—Para mí también lo está. Bien, ya es hora de dormir; mañana debes ir al cole y ya es muy tarde.

—Quiero que os quedéis conmigo hasta que me duerma —nos dijo abrazándonos a ambos—. Cuéntame, Nicole, ¿cómo es Celeste?

—Uy, ¡te encantará! Es la prima de una de mis mejores amigas, tiene el pelo rojizo y usa gafas. Le chiflan los niños y, además, nos ayudará también con las cosas de la casa. Celeste es una excelente cocinera y hace unos pasteles riquísimos; yo los he probado en la casa de Chiara y, ¿sabes?, en sus tiempos libres es manicura, así que un día le podemos pedir que nos haga las uñas, ¿qué te parece?

—Creo que tal vez me gustará Celeste. Me dormiré rápido para que pronto sea mañana y poder conocerla.

—Muy bien; cierra los ojos entonces, mientras yo te acaricio la barriguita y así te duermes —acoté— como cuando eras más pequeña y eso te tranquilizaba.

—Está bien, papi. Te amo.

—Y yo a ti. Tú, y ahora también Nicole, sois mi mundo.

—Nicole, también te quiero, y me gusta que estés aquí con nosotros.

—Y a mí más, duerme. Yo también te adoro.

Salimos de la habitación de Mila después de que ésta se durmiera. Ambos emitimos un suspiro abrumador cuando avanzábamos por el pasillo en dirección a nuestro dormitorio.

—Gracias.

—No me lo agradezcas; no he dicho nada por obligación ni para conformarla, sólo he sido muy sincera.

—Por un momento creí que pediría conocerla.

—En algún momento lo hará.

—Lo sé, pero espero que falte mucho tiempo para ese momento.

—¿Nunca te ha pedido ver una foto de su madre?

Negué con la cabeza.

—Sabes que también lo hará.

—Lo resolveremos cuando llegue el momento.

—Deberías estar preparado para cuando eso suceda.

—Ahora mismo estoy preparado, pero para meterte en la cama y perderme en ti; quiero enterrarme muy profundo hasta que juntos podamos borrar todas nuestras preocupaciones; sabes que sé cómo terminar el día de la mejor manera.

Nos detuvimos en la entrada de nuestro dormitorio y levanté su mentón para que me mirase a los ojos, la arrinconé contra la jamba de la puerta y caí sobre sus labios; mi lengua jugueteó con los suyos antes de que me diera paso en su boca y luego me alimenté de su sabor, perdiéndome en éste. Mi pijama ya era claramente una tienda de campaña, pero estaba acostumbrado a que ella me descontrolara de esa forma, siempre había sido así desde que la había conocido.

—Eres todo lo que jamás imaginé querer.

Cuatro

Nicole

No podía apartar las mantas de mi cuerpo con la rapidez que ansiaba; sin embargo, finalmente lo hice y pude salir de la cama con prisas. Las náuseas me habían despertado de mi descanso, pues sentí cómo los músculos de la pared abdominal se me contraían fuertemente, con el fin de crear la presión necesaria para vomitar.

En mi alocado camino por llegar al váter, me enredé en el cobertor y creo que destapé a Luka; no era mi intención despertarlo, pero tampoco quería volcar el contenido de mi estómago en el dormitorio. Por suerte logré llegar al baño y, de inmediato, caí de rodillas frente al retrete; no podía detener las arcadas y una sudoración excesiva se apoderó de todo mi cuerpo. Al instante percibí una mano ancha y pesada masajeando mi espalda, transmitiéndome casi de inmediato una sensación de alivio que me inundó, para que, por fin, pudiera sacar todo el vómito fuera.

—Tranquila, cariño; te tengo, estoy aquí contigo.

Fatigada, me quedé sentada en el suelo recobrando el aliento. Me sentía mareada y, aunque lo peor había pasado, el malestar del estómago no cesaba. Luka me alcanzó un vaso con agua para que pudiera enjuagarme la boca y eliminar el mal sabor, y presionó el botón del váter; luego se apartó para humedecer una toalla. Inclinandose junto a mí, desoyó los tirones de su brazo y advertí en su rostro el esfuerzo que le provocaba moverlo; quise coger la toalla, pero me lo impidió tomándome de la barbilla y poniéndome el paño húmedo sobre la frente y luego en la nuca.

—¿Estás mejor?

Negué con la cabeza; el malestar no quería alejarse, pero deseaba centrar mis pensamientos en otra cosa, ya que no quería continuar vomitando.

—Oh, Dios, creo que aún no he terminado... —anuncié, y alcancé a encorvarme de nuevo en el váter, aferrándome a él como si en eso se me fuera la vida. La bilis ascendió por mi garganta y era una mierda cómo se me regiraba

otra vez el estómago sin que pudiera controlarlo. Después de unas cuantas arcadas más y de devolver varias veces, finalmente ya no tuve nada que volcar, pues mi estómago había quedado vacío. Inspiré y luego expulsé el aire lentamente, logrando serenarme gracias a las caricias que Luka le imprimía a mi espalda.

—Esto es horrible. —Cerré los ojos, jadeando.

—Cálmate, cariño. Lamento que tengas que sentirte así. —Se sentó sobre el suelo, junto a mí, y con la toalla que había vuelto a humedecer me limpió el rostro, recogió las lágrimas que se me habían escapado y me refrescó el resto de la cara.

—He oído de mujeres que tienen náuseas y vómitos durante los nueve meses. Espero que ése no sea mi caso.

—Tal vez sólo se trate de un malestar pasajero, y nada tenga que ver con el embarazo. ¿Ya te encuentras mejor?

—Un poco, pero aún sigo asqueada.

Nos pusimos de pie y me acerqué al lavabo. Sosteniéndome de éste, miré mi reflejo en el espejo; aún lucía pálida y algo mareada. Luka se colocó tras de mí y me tomó por la cintura; la sensación de su largo y fuerte brazo a mi alrededor, la presión de su cadera contra mi nalga y el cosquilleo de su aliento en mi clavícula cuando me besó el hombro fueron la promesa perfecta para constatar que me encontraba en puerto seguro; inspiré con fuerza y me nutrí con el aroma de su piel. Tener a Luka a mi lado era todo lo que necesitaba para tranquilizarme.

—Estaba viendo cómo dormías a mi lado y me he sentido mal repentinamente — expliqué admirando embobada nuestro reflejo en el espejo.

Besó mi cuello y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tragué saliva al tiempo que abrí el grifo para enjuagarme la boca. Luka se apartó de mí para coger mi cepillo de dientes y dármelo.

—Sin pasta dental por favor; creo que no toleraré ese sabor en la boca —le indiqué haciendo un gesto de repugnancia—. Esto apesta. —Fruncí el ceño y sus grises y soñolientos ojos encontraron los míos, regalándome una media sonrisa mientras arrugaba la nariz.

—Esperemos que esto no te ocurra a menudo —me dijo de forma alentadora, mientras se apartaba de mí.

Lo seguí con la mirada a la vez que me lavaba los dientes. Su ancha espalda me extasiaba, su cuerpo era más perfecto que el del *Discóbolo* de Mirón. Pulsó

la descarga del váter para que el agua se llevase mi vómito y luego se puso a orinar.

—Ven, vamos a ducharnos —me invitó luego, y me pareció una buena idea, ya que me sentía sucia por el episodio vivido.

* * *

Estaba segura de que no existía en la vida nada mejor para cambiar un mal comienzo del día que echando un buen polvo en la ducha con Luka. Él lograba alejar todos mis malestares y ¡de qué forma lo hacía! Mi tigre jamás me defraudaba; era un hombre verdaderamente caliente y viril de la punta de los pies a la cabeza, y, además, como Mila aún dormía, teníamos suficiente tiempo para nosotros. Después de todo, despertarse con náuseas matutinas y a muy temprana hora tenía sus beneficios.

Salimos de la ducha y me tendió una toalla en la que envolvió mi cuerpo. Ladeé la cabeza y miré el espejo del baño; nuestro reflejo, juntos, siempre era como un imán al que no podía resistirme. Me reí y él también volteó su mirada para ver hacia dónde estaba dirigida la mía; se sonrió ladino y dejó caer la toalla, aplastándome contra su fornido cuerpo unido al mío.

—Mmm, ¿parece que te gustan mucho las vistas?

—Demasiado, diría yo. —Bajé las manos y clavé las uñas en sus nalgas.

—Que siga gustándote tanto, entonces, porque a mí me fascina.

Tras arrasar mi boca con su lengua, regalándome una vez más su sabor y el éxtasis de sus besos, se inclinó y recogió la toalla, proporcionándome una vista insuperable de sus torneadas nalgas. ¡Dios!, estaba segura de que no había en el mundo otro culo más apetecible que ése, y era mío; tanto su cuerpo como su alma me pertenecían; sí, era la única dueña de ese hombre, él era mío por completo y tenía que empezar a acostumbrarme a ello.

Continuó secándome con suaves pasadas, sosteniéndome como si fuera mi escudo, y entonces, alejando por un instante la lujuria que su cuerpo musculado y desnudo me provocaba, volví a caer en la cuenta, como tantas otras veces que lo pensaba, de lo mucho que mi vida había cambiado en tan poco tiempo. No dejaba de asombrarme.

Luka había llegado como el viento de un huracán y no me había dado tiempo a refugiarme; de todas formas, tampoco es que me quejara demasiado de la vida que ahora tenía, salvo por los inoportunos inconvenientes que la futura

maternidad traía consigo... cosa que, además, no era nada desagradable, puesto que en mi interior crecía un ser que había sido creado con nuestro amor, un pedacito de ambos que anidaba en mis entrañas, el fruto de nuestra unión. Me sentí plena, única, agraciada, bendecida también.

—Eres tan hermosa —me dijo mientras me giraba y se ponía tras de mí acariciando mis caderas.

Nos encontramos nuevamente mirándonos frente al espejo, que esa mañana parecía estar hecho para ser nuestro cómplice absoluto. Pasó su mano abarcando mi vientre, el contacto de su piel con la mía era como un detonante silencioso; mi barriga aún estaba plana, pero ambos sabíamos que dentro nada estaba igual y que una personita lo habitaba, y eso era maravilloso y mágico.

Me besó el cuello y me retorcí entre sus brazos; sus caricias eran un claro disparador de mi lívido, ¡joder, ya me tenía húmeda otra vez!

—Ya me has lavado, ¿qué pretendes ahora? Te informo de que me estás ensuciando de nuevo.

Bajó la mano que acunaba uno de mis senos al tiempo que sentí su verga palpitando entre mis nalgas; su mano se deslizó milímetro a milímetro barriendo mi pubis y, con su dedo medio, abrió mis pliegues, comprobando mi humedad.

—Nicole... —mi nombre salió de su boca acompañado por un jadeo—, jamás voy a saciarme de ti, lo sabes ¿verdad? Mira cómo me tienes de empalmado, tanto que ya quiero enterrarme otra vez en ti.

El timbre, en ese momento, interrumpió nuestros planes.

—Mierda, ése es el timbre de conserjería —maldijo al instante.

—Oh, debe de ser Celeste. Quedamos en que me iba a llamar al móvil, pero lo he dejado en la habitación.

—¿Celeste?

—La prima de Chiara, la nueva niñera para Mila, quien, además, nos ayudará también con el resto de las cosas de la casa. ¿Recuerdas que empieza hoy? Anoche te comenté que vendría temprano para que tú también pudieras conocerla.

—Cierto, cierto... No quiero que tú hagas nada; debes cuidarte, nuestro bebé está bien de milagro y no tenemos que abusar de nuestra buena suerte. Además, tú estás para otras cosas.

—Me encuentro bien, Luka —le aseguré.

—Lo sé, pero pondremos todo el personal que sea necesario para que se ocupe de la casa y de Mila.

—Luka, no puedes mantenerme entre algodones; además, sabes que disfruto cuidando de ti y de Mila; la cocina es mía, no hay discusión en eso.

—Cabezota, supongo que no voy a lograr persuadirte.

Negué con la cabeza y le di un beso en ese morro tan tentador; sin poderme contener, le mordí el labio inferior.

—Un día de estos te voy a arrancar ese lunar de un mordisco.

—Ya lo sabes, puedes hacer conmigo lo que desees, cariño; mi cuerpo es todo tuyo —dijo abriendo sólo el brazo que tenía sano, ya que el otro no lo podía levantar, y enseñándome su fabulosa anatomía. Mi vista se centró de inmediato en ese apéndice que colgaba entre sus piernas; no podía creer que amara tanto su pene. ¡Dios, hasta su polla era perfecta!

—Deja de mirarme así, está sonando de nuevo el timbre de conserjería; ahora no podemos hacer lo que estás deseando.

—Ve a vestirme entonces, o te saltaré encima. Creo que el embarazo ha despertado mi apetito sexual. ¡Joder, esta noche te la chuparé hasta extraerte la última gota de semen! —Me mordí el labio y me limpié la boca, provocando que se carcajeara.

—Te tomo la palabra —me espoleó mientras hacía oscilar su maravilloso miembro.

—Descuida, cariño, no lo olvidaré.

—No permitiré que lo hagas.

—Es una promesa y soy una persona de palabra.

Cogí la bata y me la coloqué, luego me apresuré a ir hacia la cocina y, así, poder coger el telefonillo para que el timbre no despertara a Mila, aún era temprano.

Cinco

Luka

—Venini, apellido italiano. ¿Eres descendiente de italianos?

—Mi tatarabuelo paterno vino de Módena, señor, y por mis venas corre más sangre italiana; por ejemplo, mi madre se apellida Di Cocco, es de Nápoles.

—¿Y tú?

—Soy argentina, señor. Nací en Buenos Aires, pero viví muchos años en Mendoza, conocida como la tierra del vino.

—Oh, Mendoza tiene muy buenos Malbec; tengo algunos en mi bodega.

Ella asintió con la cabeza a mis palabras; su inglés era muy fluido y me gustaban sus modos. No parecía nerviosa y me gustó lo suelta que se mostraba ante mi interrogatorio, por lo que me inspiró confianza. A simple vista se veía como una persona gallarda, pero muy respetuosa, lo que me llevaba a pensar que no se amedrentaría ante ninguna situación que debiese resolver con mi hija.

—Dime, ¿tienes experiencia con niños?

—Con los míos, y le aseguro que valen por cien; tengo dos varones.

—¿Dónde están ahora tus hijos?

—A esta hora deben de estar preparándose para ir al colegio. He salido muy temprano de casa, pues vivo en Newark, Nueva Jersey. Nos turnaremos con mi esposo con los horarios, él los dejará y los recogerá de la escuela. He quedado con la señora Nicole que no me quedará aquí a dormir; vendré todos los días para trabajar, y le aseguro que seré muy puntual; ya verá lo responsable que soy.

Luka frunció el ceño.

—¿Algún problema, cariño?

—No, lo que a ti te parezca está bien, sólo que nuestros horarios no siempre son fijos, y a veces tenemos cenas y eventos a los que asistimos; en esas ocasiones volvemos tarde, así que necesitamos a una persona con disponibilidad horaria.

—No hay problema. Esos días, si me avisan con tiempo para poder organizarme, seguro que podré quedarme con la niña.

—Bien, te informaremos con antelación, desde luego.

—¿Eres consciente de que verás pocas horas al día a tus hijos?

—Sin sacrificio nada se obtiene, y necesitamos mi visa de trabajo para poder permanecer en el país; ésa es la situación de muchos inmigrantes.

—Lo sé, y te ayudaremos en todo lo que podamos. Bien, ojalá que nos adaptemos a ti y tú a nosotros. Arréglalo todo con Nicole.

—Muchas gracias, señor.

Nicole

A Luka le cayó muy bien Celeste, así que, cuando nos quedamos solos, me dijo que estaba muy conforme con mi elección.

—A pesar de que sea la prima de Chiara, si hubiera visto algo en ella que no me hubiese gustado, jamás la habría contratado. De todas formas, le he dicho que estará un mes a prueba, para ver cómo nos entendemos y qué tal nos adaptamos.

—Me parece bien, y no hace falta que me digas que no has hecho tu elección basándote exclusivamente en tu amistad con Chiara; si no estuviera ciento por ciento seguro de que es así, no te hubiese pedido que te encargaras. Lo único que me preocupa es que tiene hijos... No quiero que creas que soy un desalmado, pero... ya sabes... los críos enferman con facilidad y nosotros necesitamos estar seguros de que Celeste podrá venir cada día. De todas maneras, no perdemos nada por probar. Pídele todos sus datos y envíamelos; esta tarde traeré el contrato para que lo firme.

Asentí con la cabeza. Estábamos en el recibidor del apartamento y le recoliqué la corbata; en realidad estaba perfecta, Luka jamás tenía nada fuera de lugar, siempre se veía impecable de los pies a la cabeza y ya sentía pena de mí misma por querer tocarlo a cada instante... que me condenasen entonces, porque no iba a detenerme, y él, por otra parte, parecía muy a gusto de que lo hiciera, así que, para no sentirme tan bicho baboso, buscaba cualquier excusa para hacerlo. Después de la corbata quité unas pelusas imaginarias de sus hombros, y luego... simplemente cedí a mi tentación y metí las manos bajo la chaqueta, para acariciar su fuerte y esculpido pecho, logrando que, con mi toque, él siseara; me apoyé contra Luka y mi rostro halló la cuna perfecta.

—Ve a trabajar, se te hará tarde; sé que tu agenda siempre está muy apretada.

Me besó la coronilla mientras acariciaba mi espalda; mis dedos exploraban sus costados y yo aspiraba con fuerza para que su olor permaneciera en mis fosas nasales cuando él ya no estuviese, aunque siempre podía ir al armario y oler su perfume, no sería la primera vez que lo hiciese.

—Lo está, cariño, y estos días todo es un caos.

—¿Puedo hacer algo por ti? —Levanté la cabeza y me aparté de él a regañadientes para mirarlo a los ojos.

—Cuidar a mis hijos.

—Sabes que eso no tienes ni que pedírmelo, y por ahora sólo hay que cuidar de uno; éste —apoyé una mano en mi vientre y puso una suya sobre la mía— está muy seguro. —Me guiñó un ojo—. Pasaré unos días más en casa, para ver cómo se adaptan Mila y Celeste, y luego regresaré al trabajo.

—No hay prisa, ya te lo he dicho.

—Necesito hacer algo, deseo retomar mis actividades. Además, quiero ponerme cuanto antes con el proyecto de la planta de biomasa; estaba en ello antes de lo que sucedió, y también quiero volver a Healthy life. Si me lo permites, me gustaría llevar a Mila conmigo.

Estudié su semblante; tenía claro lo que le pasaba por la cabeza.

—Es una causa que no quiero dejar, así me conociste. Sé muy bien lo que estás pensando o, mejor dicho, en quién estás pensando.

—Ah, ¿sí?, ¿y en quién estoy pensando? —Ni siquiera se preocupó por disimular que había dado en el clavo.

—En Brock.

—No quiero a ese hombre cerca de ti ni de mi hija.

—Estás siendo obtuso.

—Ese tipo recibió un pago hecho por mi hermano, y Andrea nos quiso matar a ambos; por consiguiente, toda persona que tuvo tratos con él es mala persona.

—Brock no sabía con quién trataba.

—Supongamos que no lo sabía, pero aceptó un soborno y no le importó dañar la reputación de quien fuera, además de participar en un acto delictivo.

—Había pruebas que te condenaban. Yo también lo creía, ¿recuerdas? Brock no es un delincuente, sólo que no midió las consecuencias. Sí, me usó, pero ése es su único delito. Iré a Healthy life para continuar con mi causa, ya le

he dejado bien claro a Brock que no quiero ninguna relación con él, y tú también te encargaste, a tu modo, de hacerle saber que lo querías bien lejos de mí. No creo tener que recordarte que si Darleen no hubiera renunciado, yo tendría que aguantar que ella trabajase todavía en la empresa.

—Entonces lo haces a propósito, el ir ahí. Sólo lo haces para recordarme que tú también tienes derechos.

—No es eso, pero sí, me gusta que recuerdes mis derechos y los respetes, como tú haces valer los tuyos.

Estaba rojo de ira, su cuerpo en total tensión, pero no estaba dispuesta a ceder.

—Debes saber que el hecho de que vayas allí implica que habrá que designar más hombres a tu seguridad y a la de Mila.

—Estás en pareja con una ecologista... me conociste ahí, y dejé de ir sólo temporalmente, hasta que todo lo del *fracking* se aclarase, y ahora está más que aclarado, así que deberías haber tenido en cuenta que regresaría, y eso no debería suponer un problema. Por otra parte, no considero que necesite seguridad extra, conozco a todas las personas que van a Healthy life.

Se rio burlón.

—Claro, los conoces tan bien que el idiota ese anda mezclado con delincuentes y tú aún lo defiendes.

—Controla tus celos, Bandini, y dame un poco de crédito; estás hiriendo mis sentimientos y haciéndome parecer una ilusa. Yo confié en ti incluso cuando pensaba que no debía hacerlo. Lamento creer demasiado en las personas, también creí en Lezek, lo sé, y por eso me pasó lo que me pasó, pero en ese momento la vida de mi madre estaba en mis manos; sin embargo, me niego a creer que todas las personas sean nocivas y viles. Te recuerdo que tú también creíste en tu hermano y él quiso matarnos.

Nos sostuvimos la mirada durante algunos segundos; ambos tragamos saliva y tomamos una bocanada extra de aire; quería estirar el brazo y acariciarlo con la mano, sabía que lo que acababa de decirle era muy hiriente y algo que a él le pesaba demasiado, pero no iba a retractarme.

—Lamento no haberte cuidado mejor, es algo que jamás me perdonaré.

—Estamos bien, y no es culpa tuya; además, se alió con Lezek, así que tal vez haya sido culpa mía.

—No lo ha sido. De ninguno de los dos; ambos son escoria.

»Cambiando de tema, estoy haciendo ajustes en el personal; me he quedado

sin un gerente de certificaciones y contratos y pretendo que Drake venga a trabajar con nosotros.

—Drake, ¿tu amigo? No sabía que ésa era su área.

—Es un as de las negociaciones.

—¿Y por qué no lo habías contratado antes, si es tan bueno?

Luka levantó una ceja y no respondió.

—Ya lo sé, no me contestes: porque él no usa falda.

—No es por eso.

—¿Ah, no? ¿También te hubieses follado a tu amigo? Desconocía esa faceta tuya...

—Me voy a trabajar o continuaremos discutiendo.

—Espera.

—¿Qué?

—Hoy es el funeral de tu hermano.

—No era mi hermano, y ya lo sé.

—¿Iremos?

—¿Qué me estás preguntando?

—Cala se siente tan culpable de todo lo que ha pasado... No se arrepiente de haberlo criado como a un hijo, pero asume que ella fue quien obligó a tu padre a adoptarlo.

—No iré, y tú tampoco, ¿entendido? No he olvidado lo último que dijo de ti, y tú tampoco deberías hacerlo.

—Pero, Cala, eso no lo sabe.

—Pero yo sí.

—Tampoco lo he olvidado, aunque me gustaría que tú sí lo hicieras.

No me contestó, sólo dio media vuelta y empezó a caminar. Él me había dicho que me creía cuando yo afirmaba que yo no recordaba a Andrea, pero mi pasado siempre estaría ahí, entre nosotros, y me odiaba por eso. ¡Tenía tanto miedo de que no lo pudiéramos superar! Siempre había algo que terminaba provocando que Luka tuviera que pensar en lo que yo había sido.

Ya se estaba yendo, y yo permanecía apoyada en la mesa del recibidor. Antes de abrir la puerta para salir de casa, se detuvo. Volvió, dejó su maletín sobre la mesa redonda que estaba en el centro de la estancia y me tomó entre sus brazos, rodeando mi cuerpo con sus manos.

—No es un buen día por muchas razones; como bien has dicho, hoy es su funeral... He pretendido obviar ese hecho y evitar sacarlo a colación, pero ambos

estamos muy susceptibles, y nos estamos diciendo cosas hirientes sin motivo; ambos sabemos que no funciona para nosotros evitar hablar, siempre hemos resuelto nuestros problemas sacando toda la mierda fuera.

Me besó en la punta de la nariz.

—Lo lamento.

—Yo también.

—¿Te parece bien que avise a Cala de que esta noche iremos a cenar con ella? Creo que nos necesita a su lado, sólo para que sienta que no la culpas. No ha organizado nada social para despedirlo; con todo lo acontecido, no quiere más prensa sensacionalista cerca de la familia, así que le pareció bien tu decisión de que todo fuera muy austero. Sé que no has hablado con ella estos días...

—Veo que tú sí.

—Estás enojado, no la pagues con tu madre.

—Estoy enojado con toda la situación que nos tocó vivir por culpa de Andrea. No puedo dejar de darle vueltas a todo lo que fue capaz de hacer... Si Mila hubiera estado aquí, si mi madre también hubiera estado... No sé hasta dónde hubiera llegado para obligarme a que le diera el código, sin duda estaba dispuesto a matarme, a matarnos, así que creo que nada ni nadie le hubiera importado, y ella aún lo llora.

—Pronto todo quedará en el pasado, estamos todos bien y eso es lo que cuenta.

Cerró los ojos y bufó resignado.

—Está bien, arréglalo.

—Gracias. —Le di un sonoro beso en la boca—. Se me ha ocurrido que tal vez podríamos llevar a Eloise con nosotros, estoy segura de que se alegrará al verla.

Asintió con la cabeza.

—Quizá podríamos aprovechar y contarle lo del bebé.

—¿Hoy?

—Creía que tu intención era animarla, y seguro que se pondrá feliz con la noticia.

—Pero hemos quedado en que a Mila se lo diremos cuando hayan transcurrido los tres primeros meses, la etapa que conlleva más riesgos.

—Entonces se lo diremos cuando Mila no esté cerca.

* * *

Por la tarde, pasé por el apartamento de mi madre para recoger a Eloise, y aproveché para contarle lo del embarazo. Antes le había preguntado a Luka por teléfono si le importaba que lo hiciera sin estar él presente, y sólo me pidió que luego le contara todos los detalles; creo que estaba en algo así como una reunión, porque hablaba en clave.

Seis

Luka

—Bien, ¿qué dices?, ¿aceptas mi oferta?

—No sé... Ayer, cuando tu secretario me llamó para concertar una cita contigo, te confieso que ni remotamente se me cruzó esto por la cabeza. Me extrañó que no me llamaras tú, ya que desconocía que se trataba de un tema laboral, pero entiendo que él maneja tu agenda y ése fue el motivo. Luka, es un honor que hayas pensado en mí para ocupar el puesto, pero sabes que la hotelería y la industria del petróleo no son mi campo profesional, yo me dedico a la compraventa de caballos. No sabría cómo negociar el valor de un barril de crudo.

—Necesito gente de confianza en mi empresa, y tú eres como un hermano para mí. Hemos pasado muchas cosas juntos y confío más en ti de lo que lo hacía en Andrea. Sé que no me defraudarás, y que serás capaz de estar a la altura de las exigencias de esta compañía; amigo, tú eres brillante negociando.

—Gracias por tu concepto de mi persona, Luka, pero no sé...

—¿Otra cerveza?

—Por favor.

Me levanté para ir a buscarle otro botellín de Yuengling¹ en el refrigerador que tenía instalado en mi oficina, y aproveché para rellenar mi vaso con Macallan, el mejor whisky escocés. Luego me senté otra vez en mi nuevo sofá frente a mi amigo y brindé con él, chocando mi vaso y su botellín.

—Te necesito, Drake. Andrea nos dejó muy mal parados, nadie cree en nosotros y mi barco está a punto de naufragar.

—¿Tan mal está la cosa?

—Estamos en una situación muy complicada. Andrea hizo diversos desastres mientras estuvo aquí; siempre supe que debía controlarlo, pero, aunque creí que estaba siendo lo suficientemente rudo con él, no era así. ¡Joder, era mi hermano!, ¿cómo iba a suponer...? —Sacudí la cabeza y me llevé una mano a la frente, ansiando que la jaqueca se esfumara de una vez—. Debí hacerlo de todas

formas, debí ser más precavido —dije respirando muy hondo—; por algo mi padre me dejó a mí y no a él a cargo de todo. Me siento un completo inepto, sólo debí haber leído entre líneas.

Todo estaba golpeando dentro de mi cabeza, era un martilleo incesante de reproches que no cesaba.

Me zampé el contenido del vaso de un trago.

—¿Y Darleen?

—Ya no juega para este equipo.

—Supongo que la razón se llama Nicole.

Inhalé profundamente antes de contestarle.

—Está donde debe estar. No importa cuán complicada sea la situación, su alejamiento ha sido lo mejor, mi relación con Nicole es lo primero. —Hubo un bache en nuestra conversación, pero luego decidí contarle las buenas noticias—. Seré padre nuevamente.

—¡Joder! —Abrió sus ojos sin disimular el estupor, pero entonces se puso de pie y se abalanzó sobre mí, tiró de mis hombros para que yo también me levantara y me abrazó palmeando mi espalda. Tomé consciencia entonces de ese hecho, pues era la primera vez que lo expresaba públicamente, y me gustaba, me encantaba la sensación que experimentaba al pensarlo.

—Eres el primero con quien comparto la noticia, no se lo hemos dicho a nadie aún. Aparte de su médico y nosotros dos, nadie más lo sabe.

—Descuida, y gracias por contármelo. ¿Y el bebé está bien?, ¿cómo se encuentra ella? Lo pregunto por los golpes que ambos recibieron.

—Milagrosamente todo está perfecto, y no hay nada de qué preocuparse.

—¡Cuánto me alegro!

—Necesito salvar esta compañía. Drake, cuando mi padre me dejó a cargo de Bandini, también sentí que no tenía los pies sobre la tierra; además, sólo contaba con una licenciatura que no tenía ni puta idea de cómo usar; en cambio, tú, aunque estés acostumbrado a comprar y vender sólo caballos, como tú dices, juegas en las grandes ligas y sé que pronto te podrás poner esta empresa al hombro. Te quiero trabajando conmigo codo con codo; deseo que, cuando mis hijos crezcan, estén orgullosos de lo que he logrado, tanto como yo lo estoy de mi padre, y para ello necesito a mi amigo aquí, jugando para mi equipo. No tengo a nadie más en quien confiar, y sé que juntos formaremos un engranaje de

trabajo invencible; tengo claro, además, que tú eres el adecuado para asegurar que los compromisos asumidos, y los que están por asumir, sean éticos, asequibles y respetuosos con las políticas corporativas de nuestra empresa.

—¿Me has contado lo del embarazo de Nicole como soborno, para que acepte?

—Puede que sí.

—Eso no es justo por tu parte. Juegas sucio.

—Me conoces, me gusta ganar siempre.

Ambos nos carcajearnos. Drake me dio un puñetazo en el hombro sano.

—Mierda, Luka, ¿y si en vez de salvar esto —señaló con su mano al aire—, lo terminamos de hundir?

Ésa era una posibilidad, pero sin duda estaba acostumbrado a batallar para que eso no ocurriese, y no iba a dejarme vencer tan fácilmente.

—¿Aceptas?, ¿o realmente eres un gallina?

Caminó hasta la pared vidriada desde donde se podía ver todo Manhattan.

—Con una condición. —Se giró con su sonrisa más comemierda esbozada en sus labios.

—¿Cuál?

—Quiero una oficina tan grande como la tuya.

—Bastardo presuntuoso.

Devoré la distancia que nos separaba en pocas zancadas y lo abracé efusivamente, desoyendo los dolores de mi brazo.

—¿Qué sucede?, ¿acaso necesitas suplir otro tamaño?

—Sabes perfectamente que no es el caso. Sólo quiero sentir lo mismo que sientes tú; tú eres el verdadero bastardo presuntuoso, en todo caso aprenderé del mejor. Joder, estoy loco por aceptar, pero creo que más loco estás tú por arriesgarlo todo poniéndolo en mis manos.

Siete

Nicole

—Adelante, señorita Nicole. La señora está en la sala, con su hija y su nuera.

Me mordí la parte interna de la boca mientras me sacaba el abrigo para dárselo al ama de llaves. Las niñas no me dieron tiempo a nada, pues salieron corriendo para encontrar a su abuela. No es que mi sobrina supiera su procedencia, sino que Cala la había engatusado, diciéndole que también podía llamarla *abuela*, tal y como hacía Mila.

—Gracias. —Saqué el móvil del bolsillo de la prenda antes de entregársela y me encaminé al interior de la casa.

—Anita, lleva a las niñas a jugar al invernadero —le indicó Isabella cuando el ama de llaves apareció tras de mí.

Al dejar el cálido vestíbulo, entré en la sala y vi que mi futura suegra sostenía al hijo de Andrea en los brazos y, aunque se veía agotada, estaba de lo más elegante, como de costumbre; en eso me recordaba a Luka, él siempre iba pulcro de los pies a la cabeza, con todo en su sitio, ni un pelo desordenado. Isabella también era así, y además se parecía muchísimo a Cala, ojos grandes y oscuros, almendrados, y pelo azabache.

—¿Por qué llora la tía Sarah? —me preguntó Mila, retraída al tiempo que cogía mi mano. Me quedé con las niñas, de pie, en la entrada de la sala.

—Está un poco triste, pero no te preocupes, porque ya se le pasará.

—¿Por qué mejor no le dices la verdad, que tú y Luka habéis dejado a mi hijo sin padre?

—¡Sarah! —gritó Cala, advirtiéndola con la mirada, pero ya era demasiado tarde—. Anita, por favor, llévate a las crías.

—Id con Anita, los adultos necesitamos conversar —dije animando a Mila y a Eloise para que se alejaran de mí. Mi corazón había experimentado esa sensación que sólo puedes atrapar en las noches heladas de invierno, cuando anhelas que la tibieza del sol te caliente.

—Deme al niño, señora, también lo llevaré con nosotras —sugirió el ama de llaves, y Cala se lo entregó.

Me sentí asediada por su llanto, inquieta, así que busqué con rapidez una disculpa en mi cerebro, aunque estaba convencida de que no tenía por qué hacerlo; por tanto, apiadándome de ella, procuré calmar su dolor, pero, a la vez, hacerle saber el calvario que habíamos vivido.

—Sarah, siento mucho que las cosas terminaran como terminaron, pero él iba a matarnos —traté de explicarle, aunque lo hice torpemente, cuando las pequeñas se alejaron.

—Mientes, Andrea no sería capaz de una cosa así.

—¿Qué supones que hacía él ahí? Nos estaban destrozando a golpes; lo siento, pero para mí esto tampoco es fácil.

Sentía el corazón acelerado, la adrenalina que recorría mi cuerpo casi me hacía sentir mareada y podía notar el pulso latiendo con fuerza en mi garganta. Intenté tomar una bocanada de aire y serenarme, tal vez era mejor que me marchara.

—Cálmate, Sarah. Calmémonos todos. —Cala e Isabella intentaban sosegarla, pero ella parecía enajenada y furiosa conmigo.

—¿Por qué tuviste que aparecer en nuestras vidas? —me gritó—. Trajiste a esa bastarda, además, y ahora pretenden hacerle una prueba de ADN, para que mi hijo y yo seamos avergonzados mucho más todavía. Eres una trepadora; te le metiste a Luka por los ojos y has destruido a la familia.

—Yo... no soy eso que dices. Lo siento, iré a buscar a las niñas y me iré.

—Tú no tienes que sentirlo y mucho menos irte. Ésta es la casa de mi madre —la voz de Luka retumbó en mis oídos cuando entró de repente; me quedé congelada—. ¿Qué mierda te pasa, Sarah?, ¿por qué le hablas así a mi mujer? El único culpable de tu vergüenza es la basura de tu esposo. ¿Has olvidado, acaso, que yo vi los golpes que tenías en el rostro?, porque a otro con el cuento que me echaste de que fue el niño quien te chocó con la cabeza. No tienes idea del sufrimiento que Nicole y yo pasamos en sus manos; el tiro que recibí en el brazo... y las tantas contusiones que tenemos por todo el cuerpo, que todavía perdurarán un tiempo, ¿con qué crees que nos las hicieron? Han pasado casi dos semanas y aún tenemos secuelas; casi nos destrozan el rostro a puñetazos, y mi mujer no perdió a mi hijo de milagro, pues el bastardo la pateó como si fuera un saco de arena. Ni te imaginas el infierno que vivimos, ¿qué

ganas con negarlo?, como si no supieras lo que duelen sus puños y golpes. Y nunca más te vuelvas a referir a Nicole como si fuera una aprovechada, no lo voy a tolerar.

—Basta, Luka, por favor, basta, hijo. Ya no aguanto más, no puedo más con tanto sufrimiento, no soporto más todo lo que está pasando, necesito un poco de paz —dijo Cala poniéndose de pie, y de pronto comenzó a desplomarse.

—Mamiiii... —gritaron Luka e Isabella al verla desmoronarse. Yo me cubrí la boca y Sarah siguió chillando, histérica, pero dejé de prestarle atención, todos lo hicimos. Luka se apresuró y logró acortar la distancia que lo separaba de su madre antes de que ésta impactara contra el suelo y se golpeará. La sostuvo casi cayéndose con ella, y la recogió en sus brazos, para apoyarla luego en el sillón.

—Mamá, ¿qué te pasa? Mami, por favor, respóndeme.

—Deja de gritar y de colgarte de mamá, Isabella, y haz algo útil; la estás sofocando, déjala que coja aire.

Yo ya tenía el móvil en la mano y estaba marcando el 911; en cuanto me atendieron, expliqué la situación. Luka estaba pálido y abanicaba a su madre con un almohadón.

—¿Cómo son sus signos vitales?, ¿respira bien? —me preguntó la operadora.

—No lo sé, pero creo que sí —contesté aturdida; sin embargo, intenté tranquilizarme y recordar la clase de primeros auxilios que Brock nos había dado en el campus de Healthy life.

—La ambulancia ya ha salido para allá, pero, de todas formas, revise sus constantes vitales.

—Asistí a una clase de primeros auxilios, aunque no la recuerdo bien... No obstante, creo que puedo contar sus pulsaciones —dije vacilante y entonces me maldije por no haberle prestado más atención a Brock; luego me acerqué a Cala y, con las yemas de los dedos índice y medio, presioné, suavemente pero con firmeza, sobre las arterias en su muñeca, hasta que percibí su pulso.

—Por favor, Isabella, deja de llorar, no puedo oír lo que me dicen y no puedo contar las pulsaciones; con eso podrán especular sobre qué le ocurre a tu mamá. —Puse el móvil en altavoz para que todos pudieran oír las indicaciones. Tras contar las pulsaciones, se lo comuniqué a la operadora y esperé sus indicaciones.

—Póngale las piernas en alto y afloje su cinturón, si es que lleva uno puesto; además, desabróchele la cinturilla de la falda o pantalón; si lleva un

collar ajustado o ropa que le oprima el cuello, aflójesela también. Por lo que me ha comentado, tal vez se trate de una hipotensión.

Luka

El tiempo, a veces, es como un huracán que arrasa con todo; no importa lo que hagas para detenerlo, ni cuánto te esfuerces para intentar frenarlo o retrocederlo, no hay manera de hacerlo.

Pero increíblemente, aunque el tiempo continuara avanzando, mi corazón se había detenido en mi pecho cuando vi desplomarse a mi madre. Escuchaba como dentro de una nebulosa de confusión la voz de la operadora del 911 hablando con Nicole.

—¿Ha pasado por algo traumático?, ¿alguna emoción violenta o algo que le haya ocasionado estrés? Cuénteme el momento en que ocurrió el desmayo para poder identificar la posible causa.

—Hoy ha enterrado a su hijo —contestó mi mujer—. Y se ha desvanecido durante una discusión.

Cala empezó a reaccionar poco a poco. Se la veía aturdida, pero estaba recobrándose; ya no estaba tan pálida, y me pareció que mi alma regresaba a mi cuerpo. En ese instante llegó la asistencia médica, así que me hice a un lado para dejar que la atendieran, me acerqué a Nicole y a Isabella y las abracé a ambas; no sé si yo las contenía a ellas o bien si era al revés, pero lo cierto es que resultaba agradable que estuviéramos los tres así, unidos.

—Está reaccionando. —Nicole continuaba hablando con el operador del número de Emergencias que nos había atendido hasta que llegó la ayuda. Me obligué a hacer una anotación mental, para que Max averiguara de quién se trataba y le hiciéramos llegar un presente.

—Bien, lo más probable es que se trate de un pico de estrés. El equipo médico tiene que estar al caer; hasta entonces sigo con ustedes.

—Sí, acaban de hacerlo, gracias por todo.

Nicole colgó la llamada y se aferró a mi cintura; besé su coronilla y solté todo el aire de mis pulmones; no me había dado cuenta de que había estado reteniéndolo.

—Cálmate, mamá se pondrá bien —le susurré a mi hermana al oído—. Lamento haberte gritado.

—No te preocupes, tenías toda la razón, no estaba ayudando. Me he quedado paralizada y he actuado como una cría.

El médico estaba evaluando a mi madre y ésta parecía reaccionar adecuadamente. Primero midió su presión arterial. Le indicó que se quedase recostada algunos minutos más y luego volvió a tomarle su tensión.

—¿Alguien puede traerme un vaso con agua? —solicitó el médico, tras hacerla sentar lentamente.

—Yo iré —intervino Isabella, intentando ser útil esta vez.

—Tranquilos, no es nada. Durante el trayecto he estado escuchando la conversación que mantenían con la operadora y, después de evaluarla, considero que se ha tratado sólo de un síncope. La señora estaba sobrepasada de emociones, y su tensión arterial había bajado de golpe. Gracias —dijo cogiendo el vaso que Isabella acababa de tenderle; lo dejó sobre la mesa baja de la sala, rebuscó en su maletín para sacar un sobre que luego echó en el agua y revolvió el contenido para disolverlo con un depresor lingual.

—Bébase esto, señora Bandini, le ayudará a estabilizar su tensión.

»Aunque aparentemente no ha sido nada de consideración —continuó diciendo el profesional de la salud—, es recomendable que visite a su médico de cabecera para que éste le practique pruebas que puedan descartar una enfermedad subyacente. Me acaba de decir que no toma medicamentos para ninguna dolencia, pero no debemos confiarnos.

Nicole se encargó de despedir al médico, y entonces Isabella y yo nos sentamos uno a cada lado de Cala.

—¿Te sientes mejor, mamá? —La abrazamos, uno a cada lado.

—Estoy bien, hijo. Lamento haberlos preocupado tanto, pero es lo que dijo el médico: estoy sobrepasada con tantos problemas.

Miramos a nuestro alrededor. Nicole en ese momento regresaba a la sala, pero de Sarah no había ni rastro.

Anita apareció en ese instante y nos informó de que, en medio del desconcierto, la viuda había cogido a su hijo y se había ido. Añadió que las niñas no se habían dado cuenta de lo que sucedía, pues por suerte estaban entretenidas jugando con el perro de mi madre.

—Ven aquí, cariño —llamó mi mamá a Nicole, tendiéndole la mano—. ¿Cómo es eso de que seré abuela de nuevo?, porque no me he perdido nada de lo que antes ha dicho mi hijo, a pesar de colapsarme como lo he hecho.

Ella se encogió de hombros y le hice sitio para que se sentara entre mi

madre y yo.

—Aún es muy pronto, estoy apenas de siete semanas... Nuestra intención era darte la noticia y traerte algo de alegría con ella —contestó—. Mila todavía no lo sabe; Luka y yo hemos decidido esperar a que se cumpla el primer trimestre para decírselo.

—¿Qué pasa? —La alarma en el rostro de Kevin al irrumpir en la sala resultaba evidente—. Cuando he entrado me he cruzado con la asistencia médica, que ya se iba, y me ha dicho el encargado de seguridad de la entrada que...

—Estoy bien —lo tranquilizó mi madre—. Aerin, cariño, ven a darle un beso a la abuela. —Mi sobrina, que había llegado junto a su padre, entró corriendo y se arrojó en los brazos de mi madre; luego desapareció, cuando le dijimos que se reuniera con Eloise y Mila, que estaban jugando en el invernadero.

—Seremos tíos nuevamente, Kevin: Nicole está embarazada —le comunicó mi hermana a su marido tan pronto como volvimos a quedar solos. Ella se levantó y me abrazó, mientras mi madre llenaba de besos a mi mujer.

—Es la noticia más hermosa que me podrían haber dado... —expresó Cala —... aunque mi hijo siempre dando las buenas nuevas de forma tan particular.

—Lo siento, mamá, te juro que no era mi intención, esta vez, hacerlo como lo he hecho.

De pronto ella se cubrió la boca y apoyó la mano sobre el vientre de Nicole.

—¿De verdad que está todo bien? —Entonces sus compuertas cedieron y comenzó a llorar a mares; resultaba raro ver a mi madre tan sensible, pues siempre había sido una mujer muy fuerte y nunca la había visto tan vulnerable. Ni siquiera cuando mi padre murió se mostró débil ante nosotros; aunque por las noches la había oído llorar varias veces en soledad, jamás lo había hecho delante de nosotros.

—Tranquilízate, mamá, todo está bien.

—Sí, Cala... ya hemos ido al médico y me han hecho pruebas.

—¿Por qué está llorando *jaddati*?² —indagó mi hija cuando las tres pequeñas aparecieron en la sala.

—Porque el tío Andrea se fue al cielo, Mila, ya te lo dije —le explicó mi sobrina Aerin con mucha naturalidad, y me di cuenta en ese instante de que tendría que habérselo explicado a mi hija; una cosa como ésa no debería haberla pasado por alto.

—¿Quién es Andrea? —preguntó Eloise, con lo que me percaté, además, de que esa pequeña jamás tendría la oportunidad de conocer a su padre.

—El hermano de mi mamá y del papá de Mila —la informó Aerin.

—Mi mamá también está en el cielo.

Cala, entonces, volvió a sollozar, creo que cayendo en la misma cuenta que yo: la hija de Andrea había quedado huérfana de padre y madre.

Isabella me miró en ese momento y vi el reproche en su mirada. Nicole y Kevin se acercaron a las niñas y se ocuparon de engatusarlas, para sacarlas de allí.

—¿No le habías dicho nada a tu hija? ¿Acaso creías que no iba a preguntar por su tío en ningún momento?

—No estaba acostumbrada a verlo, no compartíamos almuerzos familiares con él, no compartíamos nada, así que, en realidad, su ausencia no significará una pérdida para Mila.

—¡Eres una bestia! Mamá está angustiada y tú sólo echas más leña al fuego.

—Creo que no ha sido una buena idea venir hoy.

Puse los ojos en blanco, no quería explicar que la muerte de Andrea sólo me causaba alivio. Él había querido matarnos, ¿es que nadie podía ponerse en mi lugar y entender que él no tuvo piedad con nosotros y que, si Aos y Liam no hubiesen llegado, los féretros que hubieran enterrado ese día hubieran sido los nuestros?

—Estoy bien, estaré bien, dejad de discutir de una vez. Aunque me duela, sobre todo saber que mi amor no fue suficiente para él, debo aceptar que Luka tiene razón... Isabella, Andrea quiso matarlos. —Su última palabra salió en un susurro.

Nicole

Llevamos a las niñas a la cocina, a quienes sentamos en las banquetas altas de la isla.

—¿Necesita algo, señor?

—Todo está bien; nosotros nos arreglamos, Suzie.

Kevin tenía más confianza en la casa, así que fue al refrigerador y cogió una jarra con jugo de naranja, luego cogió vasos para todos y nos sirvió. Desde hacía unos días algunos aromas de ciertas comidas me resultaban un poco fuertes, y empezaba a confirmar que mi olfato estaba más sensible que lo normal; respiré profundo e intenté relajarme y no pensar en los olores.

—Cuando uno se va al cielo, nunca regresa, como el *nonno* Gian Luka.

—Exacto cariño —le contesté a Mila, y supe que habíamos cometido un error con Luka al no hablar antes con la niña de ese asunto.

—¿Y qué le pasó a mi tío?

—Mi mamá dijo que los doctores no pudieron curarlo, ¿verdad, papá?

—Eso mismo, Aerin.

—¿Por eso la tía Sarah estaba llorando también? —dedujo Mila.

—Claro, ella está muy triste —le corroboré.

—Y... —de pronto Mila se tapó la cara con sus dos manitas y comenzó a sollozar.

La cogí en mis brazos y la senté en mi regazo mientras besaba su coronilla.

—No llores, cielo. Recuerda las cosas bonitas que tu tío hizo contigo; a él no le gustaría verte triste, ya que eso lo haría sentirse mal.

Asintió con la cabecita.

—Estoy triste porque no veré más al tío, pero —hipó entre palabras—, además, tengo miedo. No quiero que papá y tú vayáis al cielo.

—Eso es algo que nadie puede garantizar, pero de momento creo que eso no ocurrirá; ambos tenemos buena salud, así que no tienes por qué angustiarte.

—Mi mamá y mi papá me dijeron lo mismo. Mila, no llores. —Aerin la consoló—. La mayoría de los papás se mueren cuando son viejitos.

Noté a Eloise callada, retorciéndose las manos, y creo que Kevin también lo percibió, así que él cambió abruptamente de conversación.

—Suzie, qué bien huele lo que estás preparando. ¿Qué es?

—Es la receta de machboos de la señora Cala; espero que me salga tan bien como le sale a ella. La cocina hoy está muy aromática, señor, pues también he preparado pan de pita.

—El olor me ha abierto el apetito —aseguró el esposo de Isabella—. ¿Qué os parece si ayudamos a Anita y a Suzie y, entre todos, preparamos la mesa mientras Luka e Isabella acaban de hablar con la abuela?

En otro momento Suzie y Ana no lo hubieran permitido, pero entendieron que era para entretener a las niñas, así que nos pusimos manos a la obra.

Cuando terminamos de preparar la mesa, en el comedor informal, pensando en disfrutar así de una cena más familiar, fuimos a por ellos.

—Mmm, qué bien huele esto —exclamó Luka de inmediato, cuando Ana y Suzie comenzaron a servir.

—Seguro que no está tan rico como el que hace su mamá, pero lo hice con mucho amor, Luka.

—Estoy convencido de que también está exquisito, Suzie.

Por el nombre de la receta que la cocinera había dado cuando Kevin le preguntó, sabía que se trataba de un plato típico de la cocina qatarí.

Éste consistía en una carne servida sobre una gran cama de arroz humeante —y un poco fragante y especiado de más para mi estómago, que últimamente no soportaba demasiado—, espolvoreado con almendras tostadas, piñones y pasas de uva.

—¿Puedo hacer yo la *duaa*, *jeddah*?³

Me extrañó la petición de Mila, pero deduje que quería realizar una oración. En nuestro hogar no teníamos costumbre de realizar esos ruegos y, las veces que habíamos estado en casa de Cala, nunca lo habíamos hecho tampoco, pero luego comprendí que hacía muy poco que ellos habían regresado de Qatar, y tal vez allí sí se acostumbraba a hacer.

—¿Quieres realizar una súplica como hacíamos en Doha?

—Sí, *jeddah*.

—Bien; hazla, cariño.

A continuación, vi que todos colocaban las manos frente a su torso y con las palmas hacia arriba, apuntando a los platos que contenían la comida. Miré a Luka y éste me guiñó un ojo y me sonrió, así que lo imité, al igual que lo hizo mi sobrina Eloise. Me di cuenta, entonces, que para ellos era algo muy común hacerlo, y que tal vez en otras ocasiones se habían abstenido para no incomodarme, pero ahora yo también iba a pertenecer a esta familia, así que debía adaptarme a sus costumbres.

—*Bismi-l-lāh* —«en el nombre de Dios», me tradujo Luka acercándose a mi oído para no interrumpir—. Te damos gracias por los alimentos, y por la alegría de que estemos todos juntos en la casa de mi *jeddah*. Cuida a mi tío en el cielo, y haz que mi *jeddah* deje de estar triste, así como mi tía Sarah, y te pido para que mi primito Mathew no eche de menos a su papá. Cuida a mi padre y a

todos los que hoy estamos sentados en esta mesa; papi, tía, el tío está junto al abuelo, así que no lo extrañéis, porque él lo cuidará. *In shā' Allāh* —«Si Dios quiere», terminó la *duaa*.

El final lo repitieron todos a la vez, y entonces Luka volvió a acercarse a mi oído y me lo tradujo.

—Gracias, hija, por pedir la bendición de nuestra comida, y también por elevar una oración por el tío Andrea —intervino Luka, en un tono más elevado, y Mila se sintió muy orgullosa con las palabras de su padre.

Luego él agregó algo más en árabe, que no fui capaz de comprender y que no me tradujo. Cala concluyó, creo que diciendo *amén* en ese mismo idioma, y todos la imitaron.

Cuando comenzamos a comer, corté un trozo de carne y me lo llevé a la boca. De inmediato el fuerte sabor de la carne me dio repugnancia, pero lo mastiqué y tragué muy despacio; no quería ser despreciativa cuando todos estaban relamiéndose con la vianda.

—Mmm, mami, no sabía que te habías traído camello de Qatar —dijo Isabella deleitándose con su bocado.

Escuchar y saber lo que estaba comiendo provocó que las náuseas se transformaran en unas imperantes ganas de vomitar, así que me levanté como si me hubieran puesto un cohete en el culo y corrí hacia el baño, esperando poder llegar a tiempo.

«¡Qué noche de mierda!», pensé, nada parecía estar saliendo bien desde que habíamos llegado.

De inmediato Luka entró tras de mí; yo ya estaba curvada, de rodillas en el suelo, rezándole al váter; por supuesto, si eso iba a ser así todo el tiempo, ya estaba sintiendo asco de mí misma.

—Vete, cariño. Esto es repulsivo, no quiero que me veas así.

—No seas tonta.

—Vete, esto parece *Scary movie II* y la parodia del exorcista. Es denigrante.
— Continué vaciando el estómago.

—Shh... ¿Quieres calmarte, por favor? ¿Acaso crees que dejaré de amarte por verte vomitar? ¿Piensas que no te acompañaré y te ayudaré a pasar estos malos momentos? Estamos juntos en todo; relájate, así te alivias.

Me acariciaba la espalda y había recogido mi pelo en una coleta para que no se me ensuciara.

—No te culparía —le dije sin aliento en cuanto las arcadas cesaron un poco.

Un golpe en la puerta interrumpió nuestra conversación.

—¿Va todo bien?

—Sí, mamá; ya sabes cómo es esto.

Cala asomó la cabeza abriendo una rendija en la puerta, y luego entró.

—Lamento haber ordenado que hicieran esa comida, Nicole; no sabía que estabas encinta. Mi intención era que probaras un plato típico de mi tierra.

—No te preocupes, mamá.

—Tesoro, aún estás muy pálida.

Ella cogió una toalla, la humedeció y me la entregó.

—Mandaré que preparen otra cosa para que comas; ahora debes alimentarte mejor que nunca.

—No es necesario, Cala, de verdad. Además, ahora tengo el estómago revuelto, pero no porque no me haya gustado tu comida. —No quería ofenderla—. El caso es que últimamente cualquier olor fuerte me da asco. Incluso esta mañana ya me desperté con náuseas.

—¿Estás bien? —preguntó Isabella apareciendo también en el baño; por suerte el espacio era amplio y cabíamos todos cómodamente. Me estaba enjugando la boca cuando regresaron las náuseas, y tuve que volver a inclinarme en el váter rápidamente.

—Joder, ¿cuándo empezaste con los vómitos?

Mi cuñada tomó el lugar de su hermano y me sostuvo el pelo a la vez que masajeaba mi espalda.

—Esta mañana y ahora. No has tenido más, ¿verdad, cariño? —me preguntó Luka.

¡¿Cómo mierda pretendían que les contestara, si no paraba de expulsar mis tripas?! Bueno, al menos eso es lo que sentía.

—¿Quién es tu médico? ¿Ya le has llamado para consultarle qué puedes hacer si persisten? No sé qué decirte, porque yo no las tuve con Aerin. Luka, contéstame tú — dijo Isabella—, ella no puede hacerlo.

—Su médico es Cecilia.

—¿Cecilia?

No me perdí la mirada que ambos se dedicaron; ella parecía preguntarle algo entre líneas y él levantó una ceja, sin contestarle.

—Ya sabe que fue pareja de Andrea, ¿cuál es el problema?

—Ah... Ninguno, sólo que me ha extrañado que Cecy no me haya dicho nada.

—Puede que sea tu mejor amiga, pero es una profesional y sabe mantener la confidencialidad médico-paciente

—Lo sé.

Me levanté del suelo, y me dirigí al lavabo. Mi maquillaje estaba arruinado, tenía los ojos negros y parecía un mapache; me veía desastrosa y, además, sudada.

—Ahora te traigo unas toallitas desmaquillantes, cariño —ofreció Cala, antes de desaparecer raudamente.

—¿Por qué mejor no salís las dos del baño? No es cómodo para Nicole que estéis aquí admirando cómo vomita. Yo estoy con ella.

—Debo recordarte que, con Mila, no pudimos estar pendientes de cómo crecía en la panza de su madre; tampoco con Mathew, y mucho menos aún con Eloise. ¿Ahora también vais a privarnos de este bebé?

—No discutáis —pedí con dificultad, pues me ardía la garganta de tanto vomitar.

—¿Quieres enjuague bucal?

—No, Isabella, gracias. Esta mañana he descubierto que tampoco soporto ese olor.

—Mmm... Cuando estaba esperando a Luka también tuve muchas náuseas matutinas, pero éstas desaparecían en cuanto comía una tostada; dicen que los carbohidratos ayudan.

»Deberás preguntarle a tu doctora, ya que los tiempos cambian y estoy segura de que debe existir algún medicamento para aplacarlas si son excesivas.

—Lo haré, Cala, y también probaré con tu método.

—Yo me llevaba una tostada a la cama todas las noches y, cuando despertaba, me la comía allí mismo, antes de empezar a moverme.

—Creo que la madre de Mila no las tuvo, pues si no me hubiera insultado hasta en arameo, así que no tengo idea de qué hacer —intervino Luka.

—Hoy he pasado todo el día mal del estómago, como con una sensación de pesadez continua... Es como si, lo que sostiene mi estómago en su sitio, en cualquier momento fuera a desprenderse y éste fuese a salir expulsado por mi boca; es bastante molesto.

—Llamaré a Cecy y le preguntaré; voy a por mi teléfono —anunció Isabella, desapareciendo.

Ocho

Luka

La cena había resultado bastante extraña; en realidad todo había sido un gran desastre desde que llegamos a la casa de mi madre. La pesadilla que Andrea había comenzado no parecía tener fin ni con su muerte, y el broche final fueron los malestares de mi mujer. Tras las náuseas y los vómitos, Nicole se había quedado en la sala mientras nosotros terminábamos de comer; después nos unimos a ella, que no había querido probar bocado. Me sentía impotente al no poder hacer nada por aliviar su indisposición.

Mi hermana había hablado con Cecilia; sus recomendaciones eran que Nicole fuera detectando los alimentos que no toleraba y los sustituyera por otros; también dijo que probara con comer cantidades más pequeñas y que lo masticara todo muy bien, además de modificar sus horarios habituales. Recalcó que era importante que se mantuviera hidratada y también nos facilitó el nombre de un medicamento, por si las náuseas se acrecentaban. Dijo que era muy común que estos síntomas perduraran durante todo el primer trimestre, y que muchas embarazadas sufrían esos malestares.

—Me ha entrado hambre —anunció Nicole despojándose de sus zapatos en cuanto entramos en el apartamento.

—Ok, iré a acostar a Mila mientras tú comes algo. —Llevaba a mi hija, dormida, en brazos.

—Primero iré a quitarme esta ropa y a ponerme cómoda.

Tan pronto como arrojé a mi hija, fui hacia la cocina, donde encontré a Nic comiendo un sándwich Elvis (hecho con mantequilla de cacahuete, tocino, plátano y miel), acompañado de un vaso de leche fría.

—Mmm, esto está delicioso, ¿quieres?

De pie junto a la jamba de la puerta, me quedé observándola. Posé mi dedo índice en mis labios, admirando su deleite; hasta verla comer me resultaba sensual en ella. A continuación me senté a su lado y mordisqueé de su sándwich.

—¿Quieres que te prepare uno?

—¿Y mañana me subo a la cinta a correr una hora más de lo habitual para quemar las calorías del sándwich?

—No harás que me sienta culpable; estoy embarazada y se supone que debo atender mis antojos, y lo más importante, alimentarme con lo que no me caiga mal.

Con un dedo recogí la mantequilla de cacahuete que se le derramaba por la comisura de los labios y me lo lamí; luego me acerqué y, con la lengua, limpié el resto.

Giré su banqueta para que me enfrentase, le di un besito en la nariz al tiempo que me aferraba a sus nalgas; no podía mantener mis manos lejos de ella.

—Te ves adorable: descalza, embarazada y en la cocina.

—Oye, eso no es romántico por tu parte, es una frase muy machista. —Me palmeó en el pecho, intentando parecer ofendida.

La besé metiendo la lengua a fondo en su boca, procurando enloquecerla de la misma forma que ella lo hacía conmigo.

—¿Así que me quieres mantener vulnerable y controlada en estado de gravidez y, además, descalza, para que no pueda salir de la casa?

—Montada en mi polla es donde quiero mantenerte. No importa cómo lo consiga.

Me acarició por encima de la protuberancia de mi bragueta.

—Joder, Bandini, ya estás empalmado.

—Es culpa tuya.

—Pues tendrás que esperar, porque ahora tengo otro apetito.

Fui yo el que en ese instante fingió estar ofendido, haciéndole una mueca.

—¿Me cambias por un sándwich Elvis?

—Jamás, pero te aseguro que, con mi estómago satisfecho, tu polla no corre peligro de que le dé un mordisco.

Nos reímos; últimamente lo estábamos haciendo tan poco que agradecí el sonido. Quería hacerla sonreír mucho, a cada momento, de ser posible; quería hacerla muy feliz.

—Bien, aliméntate y alimenta a mi hijo, yo iré a trabajar un poco.

—No te quedes mucho rato en el despacho —me dijo poniendo morritos—, no tardaré.

Me desperté en mitad de la noche y sentí frío, así que estiré un brazo en busca de su calor corporal; sin embargo, el lado de la cama que ocupaba Luka estaba vacío, así que miré la hora en mi móvil, que descansaba sobre la mesilla de noche, y me levanté.

Pasé por la habitación de Mila y no me extrañó encontrar a *Jor-El* durmiendo con la niña; esos dos se habían vuelto inseparables, y mi chuchito casi había sustituido mis caricias por las de ella. En ese momento comprendí que ya no podría salir a correr con mi perro como hacía a diario. Posé una mano en mi vientre y sonreí; los embarazos y los deportes de impacto no siempre van de la mano y, aunque no están contraindicados, prefería no hacer nada que pusiera en riesgo a mi bebé, ya demasiada suerte habíamos corrido en el atentado.

Entorné la puerta y de inmediato me encaminé hacia la escalera. «Tal vez pueda comenzar con caminatas», pensé mientras avanzaba a oscuras por el apartamento.

Ya en la planta baja, la luz se filtraba por la puerta en el despacho de Luka: aún estaba trabajando, y oí que hablaba.

Abrí sigilosamente y ahí estaba él, de pie junto a la ventana, desde donde se podía ver su otra fortaleza, el Bandini Heart; sabía que le encantaba observar la aguja de la torre que resaltaba en el horizonte desde su despacho de casa. Era sumamente consciente de que la ubicación de su apartamento no había sido elegida al azar; el dormitorio principal también tenía una vista privilegiada de la torre de la compañía que dirigía con tanta pasión.

De fondo y muy bajito sonaba *Happen*, en la voz de Emeli Sandé; la letra me hizo cosquillas en el alma. Yo había puesto ese tema en su iPhone cuando salimos del hospital y no le había dicho nada, pero era obvio que la había encontrado; él era mi sueño hecho realidad, por supuesto que sí.

Lo escaneé de pies a cabeza, deslizando mi mirada por su cuerpo. Ni siquiera se había puesto ropa más cómoda, sólo se había quitado la corbata y llevaba el chaleco desabrochado; iba descalzo y los zapatos descansaban, alineados muy pulcramente, en el suelo junto a su sillón de ejecutivo. Luka era muy ordenado, raro en un hombre; siempre lo tenía todo en su lugar.

Cuando entré, aunque se lo veía calmado, sus indicaciones eran muy precisas; por supuesto que *tranquilo* no es sinónimo de *débil*, pues su profunda voz demostraba claramente que no estaba dispuesto a permitir un margen de error.

Por lo que pude comprender de su conversación, hablaba con algún

operador de las acciones en la bolsa de Tokio.

Me encantaba verlo en acción; se veía indisoluble, tenaz, concentrado, tanto que supuse que ni notó mi presencia, porque no movió un músculo para mirar hacia donde yo estaba.

La recompensa que obtuve al estudiarlo de espaldas resultó extraordinaria para mi libido; su cuerpo era magnífico cubierto con ropa o desnudo.

Su culo era realmente el mejor que había visto alguna vez.

Cuando terminó con la llamada, se quedó de espaldas a mí, mirando la pantalla de su móvil y tecleando un mensaje; luego su profunda voz me sorprendió.

—¿Por qué estás despierta?

—No te muevas —le dije cuando intentó darse la vuelta—. Creí que no me habías oído entrar.

—Cariño, aún dormido te percibo a mi lado, tu aroma es inconfundible. ¿Has terminado de mirarme el trasero?, ¿puedo girarme ya?

Cuando le indiqué que podía hacerlo, su sonrisa al verme estiró sus labios, y estuve segura de que su polla ya estaba lista como para una celebración. Inclino la cabeza y miró mis pies, donde descansaba, amontonado de cualquier forma, el pijama que acababa de quitarme. En ese momento el oxígeno abandonó por completo la habitación, ambos nos quedamos sin aire.

—Desvélate más seguido, si me vas a recompensar de esta forma.

Tan pronto como me miró, sonrió con malicia. Mi corazón empezó a galopar más ávido, y creo que incluso me puse a hiperventilar cuando sus ojos grisáceos leyeron las curvas de mi cuerpo desnudo; sentí su mirada tan intensa como una llama que me quemase a su paso, y por la excitación me sentí más consumida que nunca en mi maldita vida.

Sus ojos fueron como una lamida a cada una de mis partes... mis pechos hinchados, mis pezones rígidos, mi abdomen aún plano, mi pubis depilado; cuando sus ojos llegaron allí, me llevé las manos tras la espalda para alcanzar el cerrojo de la puerta y la trabé sin abandonar su mirada. El «clic» del seguro fue como un disparador para ambos.

Devoramos en pocas zancadas el espacio que nos separaba, encontrándonos frente a su escritorio. No fundimos en un abrazo y en un beso desesperado; sus firmes manos ya estaban abarcando toda mi piel, y me oprimió contra su duro cuerpo para hacerme notar su necesidad de mí, y me sentí agradecida por despertar sus deseos sin siquiera tocarnos sexualmente.

La ansiedad de que me poseyera se aceleró cuando su lengua se hundió más en mi boca «jodida y experta boca que me llevaba a perder la razón en un santiamén». Sentí su mano recorrer mi espalda y tomarme la nuca, como si tuviera temor de que pudiera alejarme. ¡Madre mía, si me tenía donde más me gustaba estar! Bajó una mano entre nosotros y buscó mi hendidura, encontrando en segundos mi humedad. Entonces, sus dedos consecuentes, buscaron el camino y penetraron en mí.

—¿Esto es lo que deseas?, ¿es esto lo que has venido a buscar? Dime lo que quieres que te haga.

—Te necesito dentro de mí.

—Estoy dentro de ti.

—No, así no, te quiero bombeando dentro.

—Cariño, estoy haciéndolo con los dedos. —Mordió mi labio superior, para luego succionarlo.

—No, así no.

—Te has desnudado para mí, ¿y ahora te pones tímida?

»Pídeme lo que necesitas, Nicole... pero quiero que me lo pidas muy sucio, quiero que esa boca dulce y sensual que tanto me gusta ver alrededor de mi verga me lo pida tal y como lo desea.

Se apartó de mí y extendió los brazos como Cristo en la cruz.

—Vamos, ¿qué quieres? Imagina el momento y dime lo que debo hacer para complacerte.

—Desnúdate.

—Vamos, cariño, me encanta que hayas tomado la iniciativa, ya que siempre soy yo quien lo hace, y soy consciente de que para ti algunas cosas son difíciles, pero somos tú y yo para amarnos y también para complacernos. No quiero órdenes, quiero que me cuentes lo que quieres obtener, sin vergüenza y sin esperar que yo adivine lo que a tu cuerpo le gusta.

Tragué saliva y asentí; las palabras se me atascaron por un instante, porque no estaba acostumbrada a pedir, pero no quería pensar en eso, ya que era como acababa de decir Luka, con él sí podía hacerlo.

—Quiero que te quites la camisa, para admirar tus abdominales y continuar por esa línea que se pierde en la cinturilla de tu pantalón; luego quiero que te abras la bragueta, saques tu polla y te toques como haces siempre, masturbándote para mí.

Luka

—Joder, voy a correrme en los calzoncillos, cariño. Continúa.

A su lado yo era un bastardo enfermo de lujuria, así es que no esperé y empecé a cumplir sus fantasías.

Me quité la camisa y la dejé caer en el suelo. Después desabroché mi bragueta y elevé una ceja mientras ella se relamía los labios, hurgué en mi bóxer y me saqué la polla para que la admirase; sabía que eso le gustaba, así que la dejé oscilando un poco para que volviera a relamerse antes de volver a cogerla en una mano. Recorrí entonces lentamente mi longitud, sin poder aguantar el gemido que se me escapó de la garganta. Iba de ida y vuelta y de ida otra vez, sosteniendo la empuñadura de mi verga, para que viera cómo mis venas estaban a punto de explotar.

—¿Y ahora? ¿Cómo seguimos?

—Fóllame.

Hice chasquear la lengua y ella abrió los ojos, sin comprender.

—Te he dicho que hoy, esto, no funcionará así; me pedirás cada cosa que deseas, pero paso a paso.

Asintió una vez más para luego hablar, sorprendiéndome.

—Quiero chuparte. Quiero lamer cada una de las venas de tu polla.

Hice el amago de bajarme los pantalones y el calzoncillo; sin embargo, me volvió a sorprender.

—No, Luka, quiero ver tu verga escapando de los confines de tu bragueta.

Ansioso por meter mi miembro en su boca, empecé a avanzar para ir a su encuentro; ya no aguantaba por ver sus labios alrededor de mi pene, pero ella volvió a detenerme.

—No, hoy soy yo la que toma; tú sólo debes esperar a que lo haga.

Cerré los ojos porque estaba a punto de derramarme; lo que sentía cuando estaba junto a ella era un puto descontrol. Percibí su cercanía y de inmediato sus dedos rozaron mi polla, recorriéndola en toda su longitud; no existía en el mundo imagen más caliente que verla con su boca alrededor de mi polla, y no podía esperar más. No me hizo de rogar, aunque, en el punto en el que nuestra relación se encontraba, no me hubiese importado hacerlo con tal de tenerla así; de inmediato noté sus labios rodeando mi verga, la humedad de su esmerada lengua recorriendo mi hinchada punta.

—Nicole, eres mi kryptonita, nena. Muchas veces has dicho que yo me creo Superman, pues entérate de que tu tacto me debilita.

Ella rio y luego se tragó mi polla entera, la enterró en su húmeda y caliente boca, perdiéndola casi por completo en su interior, chupando con apego y habilidad; nunca nadie me había hecho sentir lo que ella me hacía sentir con una mamada.

Enrosqué mi mano en su pelo, pues no podía quedarme quieto como ella pretendía... si bien estaba dispuesto a hacer todo lo que me pidiese y a complacerla, pensar en no mover mis caderas para enterrarme más profundo en ella era algo imposible, la ansiaba con locura.

Dejándome en el borde del precipicio, sacó mi verga de su boca y su lengua volvió a salir para lamarme; después se puso de pie, sin soltar mi polla, manteniéndola aferrada y acariciándola con la mano.

—Quiero que me lamas antes de penetrarme.

Se dio la vuelta y rio mirando mi escritorio.

—¿Ahí? —le pregunté divertido.

Asintió con la cabeza y no la hice esperar: la cogí por las axilas y la subí a la mesa. La música que sonaba desde mi iPhone cambió en ese momento; era la lista de reproducción que ella había dejado ahí tiempo atrás para mí, y ahora sonaba Maroon 5, cantando *If I ain't got you*. De un manotazo lo aparté todo y luego la hice recostar, poniendo una mano tras su nuca para evitar que se golpeará. Intentaba sosegarla y ser todo lo delicado posible, no quería olvidar que estaba embarazada y necesitaba más cuidados por mi parte, pero lo cierto era que estaba ardiendo por ella; agarré sus pies y los apoyé en el borde del mueble, abriéndola para mí; la vista era extraordinaria. Su rosada vagina me esperaba ya muy húmeda, así que me arrodillé y comencé a lamer el interior de sus muslos.

Ansioso, tras lamer hundiéndome en su intimidad, después de probar de ida y vuelta y rodear su nudo de nervios con la punta de la lengua y hacerla retorcerse, tras arrancarle un orgasmo ensordecedor, casi hasta dejarla adormilada, levanté la cabeza y me puse de pie.

—¿Qué quieres ahora, nena?, ¿acaso deseas que siga chupándote?

—Ahora fóllame, por favor: mete tu polla dentro de mí y hazme el amor.

—¿El amor? Lo quieres lento, me parece sensato por tu parte.

—No, quiero que me digas cosas sucias al oído, y lo quiero duro y rápido.

Dudé por un instante... Nicole estaba encinta y no quería follarla como me pedía, así que me planteé que no había sido una buena idea dejarla tomar el

mando por completo. Con todo, me dije que, aunque ella era quien pedía, la posición en la que iba a penetrarla me permitiría tener aún algo de control.

—Un momento —dijo cuando me agarré la polla por la empuñadura para hundirme muy profundo en ella—, cambiemos de sitio.

—Mejor vayamos al sofá, cariño.

—Lo he visto en tus ojos, Bandini, he visto tu vacilación. Lo quiero rudo, lo quiero como siempre me lo has dado. No nos harás daño, te lo prometo. Seré precavida de tomar lo que no me dañe... Últimamente me tratas entre algodones; te quiero todo, entero, descontrolado. Dijiste que podía coger de ti lo que quisiera y como quisiera, me dijiste que iba a estar bien.

Se bajó de la mesa y me empujó sobre ella, volvió a lamarme recogiendo mi propia humedad derramada y, entonces, trepó sobre mí y empezó a montarme.

Dios, esa mujer iba a matarme; me molía sin descanso con su coño y, si seguía haciéndolo así, no iba a durar nada. Nicole estaba descontrolada; había leído que el deseo sexual, durante el embarazo, se potenciaba debido a las hormonas, y creo que eso era lo que le estaba pasando a Nicole; parecía insaciable, incluso me lo decía.

—Dime cosas sucias, Luka, dime todo lo que siempre me dices.

Eso no era difícil, las palabras sucias eran algo que sabía emplear muy bien, y que con ella salían de mi boca casi sin pensarlas, pero en ese momento no eran muy adecuadas, ya que no sólo estaban descontrolándola a ella, sino también a mí.

—Nena, ¡vas a mandarme a una institución mental! Sabes que tu coño me hace perder la razón jodidamente; tu coño moliéndome así sin parar hará que termine avergonzado. Además, de todas formas, sabes que amo tu coño.

Enredó sus dedos en mi cabello y cayó sobre mí para mordirme los labios, moliéndome más intensamente con su sexo y mi polla aprisionada en su interior; eso, sin duda, no duraría mucho más.

—Nicole, terminaré antes que tú si no bajas el ritmo.

—Me dijiste que esto iba de complacernos a ambos; pues quiero por primera vez complacer a alguien y que se sienta diferente. Confía en mí, cariño; no importa si tú terminas antes, encontraré mi placer en el tuyo. Hoy quiero ser eso que me ofreciste, ser tu puta sin sentir que soy una verdaderamente.

—Quiero que seas mi puta, y que esa palabra signifique sólo eso, nena, que así sea entre nosotros en la intimidad. Quiero que no te reprimas nunca más de

sentir todo lo que te haga feliz, lo que nos haga felices y únicos. Te deseo, nena; también te amo, pero te deseo más de lo que alguna vez haya deseado algo, es todo confuso, esto es... Dioooooooooooooooooos, voy a acabar, Nicole, voy a correrme, no puedo aguantar más.

Aceleró su cadencia y sentí que su coño se apretaba más a mi longitud en el momento en que los chorros de mi éxtasis empezaron a derramarse en ella. Me miró fijamente y se lamió los labios; era el vivo reflejo del deseo. Luego volvió a caer sobre mi boca, mientras ambos nos perdíamos en un orgasmo letal.

Se quedó recostada sobre mi pecho mientras recobrábamos nuestra respiración normal, y me perdí acariciando su sedosa piel desnuda; aunque estaba sudorosa, no perdía su tersura.

Pequeños espasmos que la hacían agitarse me hicieron caer en la cuenta de que estaba sollozando. Aparté su pelo para despejarle el rostro y estudié sus facciones, besé su nariz tiernamente y le pregunté:

—Ey, ¿qué pasa?, ¿por qué lloras? ¿Acaso he hecho algo mal? Me dijiste que estaba bien que me dejara ir; además, he notado que hemos llegado juntos.

—No es de tristeza, no has hecho nada mal... Todo lo contrario: tú eres perfecto, tú me sanas por dentro y por fuera, y me ayudas cada día a superar los miedos, tú me haces sentir libre. No sé por qué lloro, lo que ha pasado ha sido magnífico.

—Shh, no llores. Te tengo, cariño; aquí estoy, junto a ti, y siempre será así.

—Lo sé, pero estoy tonta así... No sé qué me pasa, creo que son las hormonas del embarazo, que me tienen sensibilera. Arranco con la angustia de golpe sin motivo aparente, ni yo misma entiendo que me pasa.

Besé su boca y limpié sus lágrimas.

—Debemos movernos, ¿te parece?

Ella asintió.

—Por cierto, me gusta mucho la carpeta con música que dejaste en mi móvil.

Nueve

Nicole

Tras darnos una ducha rápida para quitarnos el sudor, nos metimos en la cama. Su pecho como almohada era el lugar donde siempre quería descansar. Luka olía a gel de baño, a loción y a él; la mezcla era mi esencia favorita, y mi elixir necesario para poder conciliar el sueño.

Comencé a pensar en lo que había pasado en el despacho, y sentí cómo mis mejillas se sonrojaban; me aferré a su torso y creo que él percibió mi estremecimiento, porque afianzó más su abrazo y me besó en la coronilla.

Aunque había sido perfecto sentirme por una vez desinhibida de todo, y dejarme llevar por el deseo, mi pasado era algo que siempre pendería como una espada de Damocles entre nosotros. Los peligros que me acechaban habían desaparecido; sin embargo, la realidad era que, quien fui y lo que tuve que hacer, siempre estaría ahí. Había recuerdos que jamás se disiparían y el miedo de cruzarme alguna vez con alguien de esa época que me reconociera, por momentos, me paralizaba. Mi mayor temor era avergonzarse a ese hombre que creía no merecer, y es que no podía dejar de sentirme menos a su lado.

Aunque en ese momento me vestía con ropas caras y me movía dentro de su círculo social, no olvidaba que eso sólo era un disfraz temporal, como cuando no había usado mi apellido y había empleado el de Steve; siempre supe que ése era un anonimato transitorio. Si bien la amenaza llamada Lezek ya no era un problema, y eso me daba cierta tranquilidad, era plenamente consciente de que un pasado como el que yo acarreaba a mis espaldas no se dejaba atrás de la noche a la mañana. Aunque mi hombre me dijera que a él no le importaba, a mí sí lo hacía, y resultaba tan difícil enterrarlo todo simplemente en el pasado... Si me dieran a elegir un deseo que se cumpliera, sin dudar pediría volver a nacer para poder hacer las cosas de diferente manera; sin embargo, sabía que eso no era posible, todos tenemos una sola vida para hacer las cosas, bien o mal, y, como decía la doctora Carter, mi terapeuta, debía centrarme en aquello que puede modificarse y no detenerme y perder el tiempo en las que no; debía

continuar avanzando en la vida, pues era en vano lamentarse por cosas que no tenían solución. El pasado estaba escrito con tinta indeleble y no podía cambiarse; las acciones de las personas, inevitablemente, ponen el sello y no se puede dar marcha atrás, pues éstas marcan el camino... lo importante era elegir con inteligencia el nuevo por el cual transitar.

Me repetía eso a diario, intentando convencerme de que así era, y que ahora, junto a Luka, tenía una nueva oportunidad de hacer las cosas bien, de escribir un nuevo capítulo en el manuscrito de mi vida.

Como mi psiquiatra decía, era hora de que empezara a aceptar las cosas que tenía y dejar atrás las que tuve y que no quería que regresaran jamás.

Mi hombre era todo lo que nunca imaginé tener, porque siempre creí que un amor como el que él me daba no era posible para mí, que no me lo merecía; no obstante, allí estaba, entre sus brazos, esperando un hijo suyo y recibiendo su amor y paciencia, así que tal vez sí era hora de empezar a creer que era merecedora de esa nueva vida, ya que, de no ser así, cuando Luka se enteró de mi pasado no habría aceptado seguir conmigo.

Comencé a sentir su respiración acompasada; acaricié su pecho y jugueteé con su vello, y pareció relajarse aún más con mis caricias. Dormir entre sus brazos y con el movimiento de su pecho subiendo de forma regular y sosegada era la cadencia más hedonística que nadie pudiera desear, y yo gozaba de ese privilegio. Besé su pecho moviéndome con cuidado de no despertarlo y luego volví a acurrucarme junto a él.

Luka

Me encontraba en el vestidor intentando hacerme el nudo de la corbata y maldiciendo.

—Joder.

El hombro de mierda me dolía tremendamente cuando intentaba levantarlo, pero no iba a darme por vencido. De pronto, tras de mí, apareció Nicole, pellizcando mis nalgas.

—Creo que tengo un fetiche con tu culo.

—Me gusta tu fetiche, pero más me gustaría que fuera con otra parte de mi cuerpo. —Le guiñé un ojo.

—Tigre, con esa parte, sé muy bien a cuál te estás refiriendo, no tengo un fetiche, con eso tengo una necesidad.

Movió una mano hacia delante rodeando mis caderas y me acarició la bragueta, arrastrando la palma por encima de la tela del pantalón. Mi polla reconoció su tacto de inmediato, debía empezar a acostumbrarme a que esa mujer me hiciera ir por la vida como si mi entropierna fuera una tienda de campaña. Apoyó su rostro en mi brazo sano y ambos nos quedamos mirándonos a través del espejo.

—Dijiste anoche que estaba bien que pidiese —comentó dubitativa, y luego escondió su cara tras mi espalda—. No pretendo hacerte llegar tarde, pero... creo que debes ocuparte de mí antes de irte. Tengo necesidades matutinas.

Terminamos tumbados en el vestidor, ella con la espalda sobre el sillón que allí había y yo arrodillado en el suelo y machacando su coño. Accedí a darle alivio, pero esa vez iba a ser yo quien llevara el control; quería ser muy consciente de hasta dónde me enterraba, pues no quería hacerles daño ni a ella ni a el bebé. A decir verdad, eso era algo que me tenía preocupado y me estaba siendo un poco difícil manejarlo; hacía días que pensaba que lo mejor era hablarlo con el médico, pero, considerando que el médico de mi mujer era una de mis ex, eso no estaba dentro de mis límites. ¡Mierda!, después de todo no había sido una buena idea llevarla a ver a Cecilia, debimos buscar otro obstetra, ya que antes, cuando Mila crecía en el vientre de su madre, yo no tenía ese tipo de consultas para hacer.

«Joder, debo encontrar la forma de persuadirla de que cambie de doctora y así, de paso, no tendré que decirle nada de lo que pasó entre nosotros.»

Mi ropa ya estaba en orden nuevamente, pero aún luchaba con el nudo de la corbata.

—Déjame que te eche una mano.

No me resistí y dejé que mi mujer me librara de seguir renegando. Ella se había duchado en tiempo récord y estaba vestida con un estilo casual de negocios: pantalón negro holgado, con pinzas, camisa de seda que resaltaba sus voluminosos pechos, que ahora parecían más exuberantes, y unos tacones en color manteca, que me hacían querer follármela otra vez para que se me enterraran en el culo mientras yo introducía mi miembro en ella.

—¿Adónde vas?

—Contigo, a la empresa.

—Tu oficina no está terminada aún.

—La tuya tampoco; me adaptaré, al igual que tú. Quiero retomar el proyecto de biomasa cuanto antes. Necesito hacer algo que me permita dejar de darle vueltas a todo lo que pasó, necesito dejar todo eso atrás de una buena vez, y continuar con nuestras vidas.

—Eres una cabezota.

—Aprendí del mejor. Me acabo de maquillar y ya estoy lista. Celeste ya está preparando el desayuno; ahora levanto a Mila, para que, de camino al trabajo, la dejemos en el colegio.

—Deja; prepárate tranquila, que yo me ocupo de Mila.

—Gracias. —Me tomó por el mentón y me encajó un beso en pleno morro, dejándome con ganas de más; siempre quería más de Nicole, ella me hacía sentir como un sediento en medio del desierto.

Después de desayunar, me encontraba al teléfono informando a Liam de que Nicole había decidido regresar ese día a la compañía.

—Lo lamento, sé que te estoy avisando con poco tiempo, pero se ha decidido esta mañana.

—Descuida. Su secretaria ya sale hacia allá, el resto de las medidas de seguridad ya están funcionando y el resto... sólo esperábamos a contar con su presencia para ponerlas en marcha.

—Gracias.

—¿Pasa algo?

Cuando colgué noté a Nicole detrás de mí colocándose la chaqueta y abrigando también a Mila. A os aparecería en cualquier momento para recogernos.

—Nada, cariño, todo está en orden, sólo estaba comunicándole a Liam que te reincorporas hoy a la empresa, ya sabes, por lo de las nuevas medidas de seguridad.

—Papi, Celeste me ha dicho que ella me llevará hoy a ballet.

—Así es, tesoro. Después Nicole y yo te iremos a recoger.

—Después de todo, me cae bien Celeste, pero igualmente quiero que Sasha regrese.

—Me alegra que te caiga bien, a nosotros también nos parece encantadora. En cuanto a Sasha, no la estás traicionando por caerte bien otra persona, si eso es lo que te preocupa. —Podía oír los engranajes funcionando en tiempo extra en la cabecita de mi hija—. Ella entenderá que necesitamos contratar a otra persona mientras arregla sus cosas en Rusia.

—¿De verdad, papi?, ¿crees que no se enfadará?

—Por supuesto que no, ni tampoco se sentirá defraudada. Oye, Mila —me acucillé frente a ella—, los seres humanos tenemos la capacidad de querer a varias personas a la vez; que tú ahora sientas afecto por Celeste no significa que dejarás de sentirlo por tu nana de siempre, ¿no es cierto? Acaso porque ahora Nicole está en nuestras vidas, ¿tú me quieres menos a mí?

—Nooo.

Mi pequeña se sonrió mientras lo afirmaba, y se aferró de mi cuello, inundando luego mi mejilla con dulces besos.

—Te quiero mucho, papi, y a Nicole también.

Ésta se acucilló a nuestro lado para quedar a la altura de Mila, y delimitando su rostro le dijo:

—A lo largo de la vida conoceremos a muchas personas a quienes tendremos afecto, y cada una será una parte importante de nuestra existencia, marcará un momento; algunas nos acompañaran para siempre, otras sólo durante un tiempo y otras tan sólo pasarán brevemente; sin embargo, cuando recordemos a esas personas, nos arrancarán una sonrisa, porque vendrán a nuestra memoria los ratos agradables que habremos pasado junto a ellas.

—Aunque... también habrá algunas que preferiremos no habernos cruzado jamás. No todas las personas que conozcamos serán siempre de nuestro agrado —aseveré.

—Exacto, es como dice tu papá —corroboró Nicole—; ya sabes, no todo tiene por qué ser bueno siempre.

—Como Jonathan... es malo y rompe las cosas en el colegio; no me gusta y no estoy feliz de conocerlo. La señorita lo reprende, pero él no le hace caso y no acata nunca las consignas.

Nos reímos con Nicole.

—Tal vez no se trate de que sea un niño malo —la interrumpí—; quizá tiene algún problema en su casa y ésta es la manera que encuentra de que le presten atención. La maestra, junto a sus papás, seguramente harán que reflexione y se dará cuenta de que no está bien lo que hace. Ya verás.

Diez

Nicole

Llegamos al Bandini Heart y la vacilación me inundó de repente; no obstante, entrar en el edificio era un paso que estaba más que decidida a dar cuanto antes. A os hizo el amago de entrar en el garaje y entonces hablé.

—¿Podemos hacerlo por la entrada principal? No sé si estoy preparada en este instante para entrar en el aparcamiento.

Luka me abrazó y besó mi sien, y de inmediato le indicó a nuestro guardaespaldas que nos dirigiésemos hacia la entrada de la Sexta Avenida.

—¿Quieres volver a casa? Si aún no estás preparada, puedes retrasar tu regreso.

—Estoy bien, y estaré bien porque tú estás conmigo —afirmé, convencida de que junto a él no había nada que no pudiera superar.

Un sudor frío cubrió mi cuerpo y la piel me hormigueaba; el aire me parecía muy denso y, ¡joder!, odiaba sentirme tan insegura. Me aferré con fuerza a la mano que Luka me tendió para descender del Galibier; indecisa, con su ayuda empezamos a avanzar a la vez, mientras sentía mi corazón agitado y el miedo latente, aunque todo se veía muy normal a nuestro alrededor.

El portero nos recibió tocándose la gorra y expresando su habitual saludo matutino. No había estado muchas veces allí, pero había rostros que identifiqué. Me gustó ver a muchos empleados cuyas caras me sonaban; no había querido preguntarle a Luka si había despedido a alguien, y ahora veía que no lo había hecho; me tranquilizó saber que no se habían quedado en la calle.

Podía notar las miradas de todos los presentes; sin duda, en el edificio no había quien no supiera por lo que habíamos pasado, y no resultaba agradable sentirse tan observada, incluso creo que hasta nos miraban con lástima. No sabía cómo Luka lo manejaba tan bien; él siempre tenía puesta una armadura de acero y nada parecía traspasarla. A simple vista parecía arrogante, vaya si yo sabía de eso... aún podía recordar lo mal que me cayó cuando lo conocí; su orgullo era más alto que la copa de un pino, y eso no había cambiado.

—Camina erguida y no dejes que te afecten sus miradas; no necesitamos su lástima, estamos enteros y seguimos siendo los de siempre. Anúlalo todo a tu alrededor. Ya verás cómo, con el correr de los días, dejarán de murmurar. No te preocupes por nada.

Llegamos al área de acceso a los ascensores y entonces, rápidamente, me explicó lo de las huellas digitales en los molinetes; me extrañó cuando me hizo detener frente a un ascensor con lector biométrico que, según me comentó, debía programarse y, luego, también escanearía mis iris.

—¿No es demasiado, todo esto?

—Tú eres muy importante en mi vida, cualquier medida de seguridad es poca si se trata de ti; te dije que todo estaba reprogramado. De ahora en adelante, ambos entraremos por el mismo ascensor, sólo que, dependiendo de cuál de los dos accione el lector biométrico, al llegar a destino se abrirá una puerta u otra, para acceder a tu despacho o al mío.

»Subamos. En un rato, seguramente Liam y su gente vendrán para programar el escáner ocular.

Estaba un poco abrumada por toda la situación, pero también por tantas medidas de seguridad nuevas, como si Luka barajara la posibilidad de que podíamos volver a sufrir un ataque. Debía controlar mis pensamientos; eso ni remotamente era posible, sólo se trataba de precaución. A él le gustaba sentirse seguro y que todos pensarán que su entorno era impenetrable.

Llegamos a la última planta y las puertas del ascensor se abrieron para que pudiésemos acceder al despacho de Luka. Tiró de mi mano, invitándome a seguirlo. Todo estaba a medio terminar, pero ya a simple vista se percibía que era un ambiente mucho más cálido que su antigua oficina.

En ese momento comprendí que realmente había sido todo un acierto ordenar cambiar el aspecto de nuestro puesto de trabajo, ya que, de esa forma, los pensamientos no retrocederían indefectiblemente a ese fatídico día. Era indudable, además, que, aunque él se mostraba muy entero, lidiaba con los fantasmas que lo acechaban. Me soltó de la mano, dejándome que escudriñara el espacio por mi cuenta mientras él colocaba sus objetos personales sobre el escritorio; luego encendió las pantallas de las cámaras de seguridad que mostraban el recibidor y la recepción de la planta, y me dio pena no ver a Cries sentada tras su mesa. Tragué saliva y comprendí que para Luka ése era un peso

muy grande que llevaba a cuestas. Lo advertí suspirar, incluso, y quedarse observando la imagen mientras negaba con la cabeza en silencio, así que me acerqué y acaricié su ancha espalda.

—No te mortifiques, era el destino de Cries morir ese día, así como no lo era el nuestro.

—Es imposible no hacerlo, la retuve después de su hora de salida.

—Para ella era algo habitual, como lo era también para ti. Cries estaba de acuerdo con tus descabellados horarios y estaba conforme de estar a tu servicio. No es culpa tuya. —No dijo nada, simplemente se quedó callado—. ¿Ahora tienes un secretario? — dije cambiando de tema, mientras advertía al joven que estaba sentado tras el escritorio en la recepción de su despacho.

—Ése es Max —me informó—. Parece eficiente; las personas que hemos contratado para reemplazar a los que ya no están son profesionales altamente cualificados, y sus antecedentes han sido minuciosamente revisados por Liam. Ven — me pidió tomándome de la mano—. Tu despacho todavía está en obras, así que, hasta que esté medianamente habitable, compartiremos el mío, pero quiero que veas que, ahora, tu oficina y la mía se comunican por una puerta que se encuentra en el vestidor; siempre me gusta tener ropa para cambiarme en caso de que los horarios no me permitan pasar por casa; supongo que tú también podrías dejar algo tuyo aquí, ya sabes, por si tenemos que asistir a algún acto o evento y no queremos demorarnos.

Entrecerré los ojos y me sonreí.

—¿Qué sucede?, ¿por qué me miras así?

—Porque no creo que esto sea sólo por eso, y mucho menos para que yo pueda fiscalizarte, sino todo lo contrario: eres un maniático del control; creo que tienes un grave problema, ¿lo sabes? Deberías pedir una cita con mi terapeuta, la doctora Carter, quizá podría ayudarte a manejar tu problemita. Quieres tenerme a tu mano todo el tiempo.

Luka se carcajeó.

—Estás exagerando. No es por eso; el caso es que, como compartimos el ascensor para acceder a ambos despachos, a Maverick se le ocurrió que también podríamos compartir esta área privada; en casa lo hacemos, así que no veo el impedimento de hacerlo aquí también.

Salimos de allí, sin entrar a mi oficina, y nos dirigimos por la puerta principal hacia la antesala de su despacho para poder presentarme a Max. Se veía joven y en muy buen estado, y era muy correcto. Aunque definitivamente no era

mi tipo, sabía reconocer a un hombre atractivo, y él lo era. Rubio, rostro redondo, pelo muy corto —se notaba que, si se lo dejaba largo, tendría rizos— y una cuidada barba que le daba aspecto de más rudo.

—Max, quiero que conozcas a mi mujer; Nicole trabaja también en la empresa.

Cuando extendí el brazo y le tendí la mano para saludarlo, una mujer alta, delgada y vestida con un traje sastre, pero muy femenina, entró en esa área con un vaso de café de Starbucks en la mano.

—Buenos días. Lamento la tardanza, pero no sabía que hoy se reincorporaba al trabajo, me han avisado con muy poca anticipación. Soy su secretaria —dijo dirigiéndose claramente a mí.

—¿Secretaria? No necesito una secretaria —intervine, ignorando a la mujer y preguntándole directamente a Bandini.

—Mi nombre es Madisson Benet y desde hoy llevaré su agenda de trabajo y seré su asistente en todo lo que me indique. Lamento presentarme de esta forma tan atropellada, no es mi estilo en absoluto, pero...

—Descuida, Madisson —la cortó Luka—; somos conscientes de que has tenido que correr para estar aquí y también que has llegado lo más rápido posible.

—Señor Bandini, es un placer verlo.

No se me escapó que no dijo *conocerlo*, por lo que asumí que ya se habían visto antes. Antes me había comentado que Liam había investigado al nuevo personal, pero supuse que él había inspeccionado sus currículos y hasta tal vez los había entrevistado.

—¿Por qué tengo una secretaria, Luka? ¿Y por qué no sabía que la tenía? Más aún, ¿por qué no he seleccionado a mi propio personal de trabajo?

No quería ser grosera con la joven que nada tenía que ver en eso, pero, cuando me daba cuenta de que él disponía y decidía por mí, no me gustaba ni pizca.

—Bueno, pues, déjame explicarte... —comenzó a decir mientras nos alejábamos de Max y Madisson—. Cuando convinimos que te encargarías del proyecto de biomasa, inicialmente sólo debías revisar que el proyecto fuera sostenible en cuanto a seguridad ambiental; por tanto, sólo tenías que ocuparte de diseñar y desarrollar un plan viable, mediante procesos sostenibles y seguros, generando soluciones con tecnologías limpias. Sé que te pedí que fueras nuestra ingeniera a cargo de medio ambiente, seguridad y riesgo, pero ahora, con el caos

reinante en la empresa, no podré ocuparme tanto como me gustaría de este ámbito, así que necesitarás un asistente para llevarlo todo a cabo. En cuanto a la parte de contratos, trabajarás con Drake, que mañana también se incorpora a la compañía; quiero que trates directamente con los ingenieros, hay un bosquejo inicial, como bien sabes, un prototipo del proyecto, pero estoy seguro de que, junto a ellos y con tus conocimientos e ideas en cuanto al manejo de materia orgánica e industrial, podrás diseñar un proyecto más brillante.

—Dios, sin duda ando un poco perdida. Has reorganizado todo esto y siento que estoy navegando en aguas desconocidas, porque tú no te has tomado la molestia de informarme de nada.

—Lo estoy haciendo en estos momentos. Has decidido reincorporarte al trabajo antes de lo previsto, y por eso te estoy informando ahora. Además, nos quedamos sin un gerente de certificaciones y contratos, así que ahora Drake ocupará ese puesto.

—Pero me estás dejando sola con el proyecto de biomasa, y yo... simplemente no sé cómo hacer que funcione. Me podrías haber advertido en casa de todos estos cambios; vivimos juntos, tendrías que habérmelo comentado para que viniese preparada. En realidad, debía realizar un trabajo específico aquí y ahora me estás dando otro. Y no se trata sólo de esos cambios, hay millones de ellos... por ejemplo, cambios en las medidas de seguridad que me han desestabilizado y me han puesto frenética... La última vez que estuve aquí me sacaron a golpes, ¿cómo crees que me siento?

—Te recuerdo que desconocía que vendrías hoy a la empresa. Simplemente te has levantado y has decidido venir, sin decirme nada hasta que te he preguntado a dónde ibas cuando te he visto vestida para salir de casa. Liam, aunque todavía no se ha reincorporado del todo, y yo hemos tenido que correr a primera hora para tenerlo todo listo, con el fin de tomar todas las precauciones necesarias por tu seguridad.

—¿Me estás reprochando que, de la nada, me he levantado y he decidido venir a trabajar? Creí que no era preciso pedir permiso para hacerlo. ¿Qué hay del resto de lo que te dije? Me sigues ignorando. No me escuchas. No sé si puedo con semejante proyecto, no sé si sabré hacerlo sin cagarla.

—¿Me dejarás solo?

—¿Qué? No, no es eso.

Luka se mostraba muy voluble en sus estados de ánimo; los últimos días me tenía preocupada el hecho de que no se comunicaba conmigo y sólo se centraba

en trabajar a todas horas; seguía sintiendo que había cosas que no me decía.

—No hagamos de esto una discusión. Entiendo que necesitabas pasar este trago amargo cuanto antes; sé que no ha sido fácil para ti entrar hoy en el edificio, y soy consciente también de que estás susceptible por tu estado, pero, bueno, hoy todo lo hemos improvisado; sin embargo, de ahora en adelante necesitarás sentarte con tu secretaria para que organice tu agenda y todo se me informará debidamente con antelación. En casa somos tú y yo, pero aquí soy tu jefe y tengo mis propios compromisos; por eso, para que este nuevo proyecto encaje en mis actividades, Madisson y Max deberán ponerse de acuerdo para que pueda atenderte cuando lo necesites. En fin, el proyecto de biomasa no es lo único que llevo a cabo, tengo otras obligaciones de las que no tienes ni idea.

—¿Sabes qué? Como veo que soy una gran molestia para ti, he decidido que no compartiré la oficina contigo; me quedaré en la mía esté como esté, no vaya a ser que te interrumpa de alguna forma que no esté permitida.

Caminé por delante y entré a mi despacho sin esperarlo. ¡Joder, eso parecía una calle polvorienta de Irak durante la guerra! Oí su risa sarcástica tras mi nuca.

—¿Aún piensas lo mismo?

—Sí y, como aquí sólo eres mi jefe, no quiero ningún privilegio; me acomodaré donde pueda, soy una persona que sabe adaptarse a las circunstancias.

La estancia estaba invadida por trabajadores que pintaban y pulían paredes. Las áreas terminadas, de las que no, estaban separadas por plásticos transparentes que lo recubrían todo, evitando que el polvo se propagara; había ruido de taladros y las herramientas e utensilios eran manipulados sin ninguna delicadeza. Lo más importante: no había un escritorio a la vista.

—No seas terca; no hay sitio donde te puedas sentar, no creíamos que regresarías tan pronto.

—Ése es el problema: tú siempre me subestimas y lo planificas todo por mí. Pues ya puedes ir enterándote, señor jefe, que mi vida me la organizo yo.

—Haz lo que quieras, Nicole. Tengo muchos compromisos adquiridos que están bastante retrasados, así que debo ponerme a ellos. Tienes una secretaria, pídele que hable con mantenimiento y que te consigan un escritorio y una silla provisionales, hasta que decidas los muebles que querrás en tu oficina.

—Aaaaah, pero ¿puedo elegir los muebles de mi oficina? —pregunté con sarcasmo.

—Ya te he dicho que hagas lo que quieras; voy retrasado y, por lo visto,

todo lo que te diga te lo tomarás a mal, así que... —Abrió los brazos e hizo un gesto indicando que me daba vía libre, y luego se marchó.

Jodido hombre que no soportaba que lo contradijeran en nada; simplemente necesitaba que todo fuese como él lo concebía, y no estaba dispuesto a cambiar su plan.

Definitivamente se creía el rey Midas en ese lugar, y esperaba que todos acatásemos sus órdenes sin rechistar. En realidad, supongo que así es cómo debe dirigirse una compañía de la envergadura de Bandini Group, sin flaquear en las decisiones, y él necesitaba dejar claro quién tenía el poder... pero yo era su mujer y, aunque no pretendía obtener ventajas de ello, lo mínimo que exigía era un poco de comunicación entre nosotros fuera del ámbito laboral. ¡Joder, sentía que siempre me dejaba fuera de todo!, y ya estaba un poco arrepentida de haber dejado mi trabajo, pues empezaba a pensar que él y yo no podríamos salir ilesos allí donde no tenía derecho a replicar. Como bien acababa de decir, era mi jefe; sin embargo, no me iba a rendir tan fácilmente.

Examiné el caos que era el que sería mi despacho y definitivamente vi claro que no había manera de acomodarse allí; no obstante, me recordé que no siempre había vivido entre algodones, y concluí que las comodidades junto a Luka no eran algo de lo que no pudiera prescindir, e iba a demostrárselo.

De pronto, la puerta se abrió y Maverick entró con un casco blanco en la mano, que se puso de inmediato para cubrir su cabeza.

—Nicole, ¿qué haces aquí? Este lugar no es seguro, deberías llevar puesto un casco.

—Hola. Lo sé, ya me iba, pero antes déjame decirte que está quedando muy bonito. Me he reincorporado hoy al trabajo y estaba pensando dónde instalarme mientras se termina aquí la remodelación.

—Luka me comentó que durante unos días te quedarías en su oficina.

—Ah, sí... pero, ya sabes... su ritmo de actividad es muy intenso y no me siento cómoda distrayéndolo. Me pondré una mesita por algún rincón.

—Permíteme ayudarte, mandaré a alguno de los trabajadores a por una.

—No te preocupes, Maverick. Pensaba pedirle a mi secretaria que hablara con mantenimiento; estoy segura de que encontrarán una solución. —Miré hacia el exterior—. Me instalaré en el recibidor de las oficinas, en recepción; allí entra tranquilamente una mesa más.

—¿Estás segura?

—Sí, tú no te aflijas y atiende tus asuntos.

* * *

Durante un rato compartí escritorio con Madisson, con quien me disculpé por haberme comportado de forma tan grosera al conocerla. Entre tanto, el personal de mantenimiento instaló un escritorio para mí, así como una línea telefónica. Además, un técnico informático se dispuso a montar mi ordenador y a ponerlo a punto.

—Señora Pearson, ya puede utilizar todas sus claves de acceso, esas que generó hace unos días; sus datos ya están introducidos en el sistema, así que no tendrá problemas con ello.

—Muchas gracias —le contesté.

Ya con todo instalado, me senté y miré mi entorno. La camarita de seguridad que apuntaba en la antesala se movía incesante sobre ésta, por lo que presentía que el bastardo arrogante de mi pareja tenía todos mis movimientos muy monitorizados; sin embargo, me deshice de la incomodidad de saberme observada e intenté no prestarle atención.

—Señora Pearson, ¿desea que le traiga un café?, voy a por uno para mí

—Madisson, te agradecería que me llamas Nicole, a secas, y... sí, me apetece beber algo calentito, pero mejor que sea un té.

Desde que estaba embarazada, había descubierto que el café y yo ya no congeniábamos, puesto que la cafeína me provocaba acidez, así que había eliminado de mi dieta esta bebida que antes consumía por litros. Además, había leído que no era aconsejable tomarlo en mi estado, puesto que podía llegar a afectar el crecimiento del feto.

Me acaricié el vientre con disimulo, y continué hablando.

—¿Podrías traerme también un panecillo de semillas, por favor?

—Desde luego, en seguida me encargo.

Cogí mi bolso y le entregué dinero a Madisson.

—¿Sería un gran atrevimiento pedirte que cruzaras al Starbucks de la Sexta Avenida? Preferiría que el té fuera el de canela que venden allí.

—¿Y la rosquilla multigranos de ahí también?

—Sería genial, ésa me encanta.

—Bien. Cuando tengamos un momento, nos sentamos y me comentas tus preferencias, así cada mañana podré tenértelas preparadas.

—No soy una persona complicada, y mucho menos de hábitos inamovibles, así que no creo que sea necesario que nos ciñamos a un plan; simplemente, cuando salgas como ahora para ir a buscar algo para ti, me preguntas si me apetece algo y listo.

* * *

Estaba abocada de lleno a conseguir con éxito poner en marcha el proyecto de biomasa, así que pasé toda la mañana elaborando un estudio de impacto ambiental, basado en la planta de energía renovable con la que soñaba; no obstante, había algunos puntos que no podría cubrir hasta que el proyecto se encontrara diseñado en su totalidad. La documentación con la que contaba era muy escasa para elaborarlo; era algo que se había hecho chapucemente, sólo para demostrar que estábamos en ello y conseguir así gente que quisiera implicarse en el negocio. Por tal motivo, era imperativo concertar una reunión con los ingenieros para que, cuanto antes, me presentaran una propuesta de ingeniería, diseño y construcción basándose en mis pretensiones, las cuales había comenzado a elaborar detalladamente en un nuevo archivo. Eso agilizaría los procesos y me permitiría avanzar, no sólo con el estudio de impacto, sino también con los permisos y con los cálculos del presupuesto. Luka me había dejado sola con todo aquello; algunas cosas yo las manejaba muy bien, sintiéndome como pez en el agua, pero en otras me encontraba en un terreno muy desconocido para mí, lo que suponía un gran desafío, en el que no estaba dispuesta a fallar.

Busqué en la base de datos del personal con el que contaba la empresa y tomé nota de los nombres de los ingenieros que trabajaban para nosotros; también presté atención a los que habían elaborado el proyecto inicial. Le pediría a Madisson que se encargara de organizar una reunión con ellos, para que pudiera prosperar la creación de la comisión que estaría a cargo del estudio.

Necesitaba cuanto antes ponerlos al corriente de lo que mi loca cabeza había ideado, y esperaba que todo encajara para que mis anhelos fueran posibles; mis pretensiones se habían disparado, y los terrenos parecían viables para una planta como la que ahora imaginaba. Sólo esperaba que los ingenieros pudieran plasmar todo lo que tenía en mente y que los residuos forestales y la madera reciclada fueran suficientes como para poder operarla al ciento por ciento.

Miré el reloj y me percaté de que el tiempo se me había escurrido sin que me diera cuenta; ya era la hora del almuerzo, así que consideré que mi secretaria tenía que salir a hacerlo, y yo también.

Cogí mi móvil para avisar a Aos, y en ese momento Luka salió de su despacho acompañado por dos personas que había visto entrar momentos antes. Esperé a que se diera la vuelta y mirase hacia mí, pero no lo hizo. Owen, su guardaespaldas provisional, lo aguardaba en el área de los ascensores.

Me puso de mal humor saber que yo me lo comía con los ojos y él ni siquiera reparaba en mí; caminaba seguro y erguido, y era imposible no prestar atención a lo que ese hombre le hacía a esa pieza de sastrería. ¡Malditas prendas, que me llevaban loca y me hacían salivar por él! No iba a acostumbrarme jamás y no iba a ser capaz de no admirar lo bien que le quedaba ese traje de tres piezas de corte inglés; era como un jodido anuncio publicitando al estilo Savile Row, donde el paraíso de la moda *british* marca la exquisitez de la moda.

Las dos aberturas traseras de la chaqueta se abrían lo suficiente al caminar para que pudiera admirar su macizo culo; él seducía a su paso, demostrándome que claramente se encontraba en su elemento, Luka estaba siempre malditamente centrado en lo que quería lograr, y el cabrón era un absoluto festín visual y lo sabía.

Las puertas del ascensor se cerraron, y apenas transcurrieron unos instantes cuando mi móvil sonó, indicándome que tenía un WhatsApp.

Luka: ¿No piensas parar para comer algo? Deberías hacerlo. Tengo un almuerzo de trabajo, nos vemos luego. Aliméntate, el bebé lo necesita.

Maldito idiota, su reproche encubierto rozó mi guardia, y consiguió ponerme de mal humor otra vez; seguía en plan de jefe, y al parecer ahora, además, se creía con derecho a ordenarme que me alimentara, pero... ¿quién se creía que era? Sabía cuidarme muy bien sola, y también sabía que no sólo debía hacerlo por mí, ¿acaso pensaba tratarme a partir de ahora como si yo fuera una irresponsable?

Podría haberle contestado; de hecho, estuve a punto de hacerlo y soltarle una retahíla de frases, pero tuve claro que más lo cabrearía que no lo hiciera, nada como que te claven el visto y luego te ignoren.

«Toma ya, Bandini, que se te atragante la comida.»

No me gustaba pensar que nuestra relación en el trabajo iba a ser así de fría y distante, eso me estaba angustiando. Desde luego entendía que Luka debía atender sus obligaciones, pero estaba siendo un idiota; sus cambios de ánimo en ese lugar no eran como me esperaba que fueran. Y ahora, al parecer, estaba molesto porque no había accedido a hacer su santa voluntad, pero yo también estaba cabreada, porque no era considerado conmigo; me decía que lo era, pero yo no lo sentía así. Montar un blindaje a mi alrededor no era la forma en que quería que me cuidara, lo que necesitaba era que me hiciera participar y que no me excluyera de las decisiones, al menos en las que me concernían.

Al llegar esa mañana me encontré con multitud de abrumadores cambios, y él solo me los soltó y desapareció.

Sin duda esa situación exigía una seria reflexión y deberíamos hablarlo.

Jodidas hormonas, que estaban en insubordinación y en un momento me hacían sentir feliz y, al siguiente, deprimida, por no hablar de cuando me ponían cachonda y quería tirarme sobre él y follármelo de mil maneras diferentes. Maldición, lidiar con sus estados de ánimo estando embarazada no estaba resultando tan fácil. Él siempre había sido el cuerdo en esa relación, pero se estaba comportando como un idiota desde hacía unos días, cada vez que se trataba del trabajo.

Estuve a punto de dejar caer la cabeza sobre mis manos, pero recordé que Max y Madisson podían verme, y no iba a demostrar mis flaquezas frente a desconocidos. Se me habían pasado las ganas de salir a comer, pero era muy consciente de que debía hacerlo, así que me puse en pie y me acerqué a la mesa de ellos mientras retenía la impronta de humedad en mis ojos... hormonas de mierda que no me daban paz.

Me aclaré la garganta y ahuyenté mis inseguridades.

—¿Vais a salir a comer? Porque he pensado que podríamos encargarnos algo y compartir el almuerzo aquí, en mi mesa.

Max fue el que más reparos puso, aunque no lo dijo abiertamente. Estaba segura de que pensaba que mi querido señor Bandini no estaría de acuerdo con esa idea, yo también lo pensaba, pero estaba decidida a hacerlo cabrear.

¡Al carajo con Luka!, me gustaba tratar a las personas de manera simple y él no iba a cambiar mi forma de ser, tendría que aceptarme tal como era.

—¡Maverick!, ¿todavía trabajando?

—Sí, pero a punto de salir a almorzar. ¿Tú no lo haces?

—De hecho, estábamos hablando de encargarnos comida para compartir y

comer aquí. ¿Te apuntas?

—Me parece una idea genial, ¿qué vais a pedir? Conozco un sitio que hace comida a domicilio en esta zona y que además tiene una gran variedad de *rolls* hechos con un pan plano llamado *roti prata*; es una especie de *crêpe* de origen asiático. ¿Los has probado alguna vez?

Negué de inmediato.

—Te encantará, los hay vegetarianos o mezcla de carne y vegetales, y te aseguro que todos están para chuparse los dedos.

—Aceptamos tu sugerencia, estábamos dudosos sobre dónde pedir.

—Entonces, The Kati Rolls Company es la mejor opción.

Once

Luka

Regresé de Koi, un restaurante japonés ubicado en el Hotel Bryan Park, que se encontraba cruzando el parque.

Por lo general, cuando tenía un almuerzo de trabajo intentaba pactarlo cerca de la empresa, para no demorarme más de la cuenta en los desplazamientos; regresar cuanto antes para continuar trabajando era una premisa, y los minutos del día siempre eran muy valiosos.

Entré en el Bandini Heart y cogí uno de los ascensores comunes, porque quería llegar y que Nicole me viera hacerlo. Me cabreaba que no aceptara la manera en que yo disponía que era más adecuado cuidarla. Era consciente de que la había tratado de forma déspota, pero me estaba costando lidiar con mis propios demonios, y ella no entendía lo que significaba para mí tenerla allí.

Mis inseguridades, teniéndola a ella a mi alrededor, reflataban, y por momentos no me creía capaz de lidiar con la mierda en que nos había envuelto mi hermano. Maldición, encima seguía pensando en él como si en verdad lo fuera. Ese bastardo hijo de puta, que se aprovechó del amor de mis padres, lo había jodido todo demasiado... La basura que esos días estaba destapando me tenía un poco asustado; Renewables Bandini se encontraba más endeble de lo que yo había imaginado y de lo que todos pensaban.

Bajé en la planta donde se hallaban nuestras oficinas y pasé por la mesa de la recepcionista, a quien sólo le dediqué un movimiento de cabeza.

Caminé hacia el ala que albergaba nuestros despachos, pasando luego mi tarjeta por el lector para acceder a la antesala donde deberían estar sentados Max, la secretaria de Nicole y ella misma. No obstante, el lugar se veía despejado, nadie a la vista.

Voces y risotadas provenientes del futuro despacho de Nicole provocaron que no entrase en el mío.

—Me has escupido en la cara todo el yogur, es un asco.

—Déjame limpiarte, Maverick.

—Tu hombre tendrá que pagarme, además, la limpieza del traje.

Había tablonos por el suelo, y con algunos habían improvisado una mesa; Nicole, sentada sobre unas cajas, llevaba un casco de seguridad puesto y estaba rodeada por trabajadores de la construcción que almorzaban con ella. Muy risueña, limpiaba el rostro de mi amigo con una servilleta de papel; se trataba de una escena con la que no contaba ni remotamente.

«¿Qué mierda creen?, ¿que convertirán mi empresa en un picnic bajo techo? Asimismo, ¿imaginaban que yo estaría de acuerdo con eso?»

Todo se interrumpió, salvo mis latidos pulsando estrepitosamente en mi carótida.

—Lamento haberte ensuciado; es que este hombre es muy bromista, la risotada que me ha provocado me ha hecho escupir todo el yogur.

—Es nuestro contador de chistes oficial, señora —espetó uno de los operarios que la rodeaban.

El primero en notar mi presencia fue Max, lo miré fulminándolo y con reproche; Madisson también se percató casi al instante.

Mi secretario se puso en pie, abandonando su almuerzo sobre la mesa y me habló.

—¿Ya ha regresado, señor? Cuando quiera podemos seguir con su agenda del día.

Benet también se puso de pie, y pasó por mi lado tras de Max.

—Luka, hemos pedido comida en Kati Rolls. ¿Ya has almorzado?

El infeliz de Mav me conocía muy bien y sabía que no aprobaría bajo ningún concepto que hubiera mezclado a mi mujer con su personal, pero, como era un hijo de puta que aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para burlarse de mí, sabiendo que esa mujer me tenía agarrado de las pelotas, empleaba su sarcasmo para fastidiarme. Si no hubiese sido mi mejor amigo, le habría borrado la sonrisa de una trompada; él estaba en peligro real; sin embargo, aunque sabía que ésa era una posibilidad, no se detendría. Mostrarle mi mal humor no era muy sabio, pero era algo que no podía evitar.

Miré a Nicole. Ese día estaba muy hermosa, la maternidad le sentaba de maravilla; tenía un semblante alegre y su pelo recogido en esa coleta alta me provocaba querer lamer su largo cuello.

Obtuve una mirada desafiante por su parte, y para ser sincero debo reconocer que me encantaba que me retara; así la había conocido, incitándome a que la doblegara.

Su mirada aumentó un grado. La equiparé, devolviéndole un ceño fruncido. Por último, Maverick suspiró y, rompiendo el hechizo, me dijo:

—Relájate; sabemos de sobra que estás acostumbrado a llevar un control extremo de todo, pero sólo estamos comiendo; no estamos haciendo nada tan grave que merezca esa cara tuya.

Me mofé de él principalmente con la mirada; el bastardo arrogante era un trozo de mierda muy manipulador y burlón.

—No desperdiciaré mi energía tratando contigo —solté la única respuesta que quería darle y volví a mirar a Nicole, que permanecía en silencio y con aspecto de estar parecía algo arrepentida; sin embargo, como no era mi estilo dar marcha atrás ante una provocación, y por supuesto no estaba dispuesto a hacerlo en ese momento, me di media vuelta y me marché.

Entré en mi despacho y maldije no poder aporrear la puerta; al menos, de esa forma, podría haber descargado un poco mi ira.

Me sentía ridículo y totalmente fuera de control. Un nudo se enroscó en mi vientre y una especie de destemplanza emocional empezó a correrme por las venas. Estaba molesto como si me hallara en el infierno. Ella seguía desafiándome y parecía no darse cuenta del lugar que ocupaba ahora a mi lado.

Mi mujer mezclada con esa gente, no podía creerlo.

Ella tenía una reputación y una imagen que cuidar. Por otra parte, estaba más que convencido de que había sido idea de Maverick, sólo por el hecho de fastidiarme. El tipo no tenía filtro y sólo pensaba en vivir la vida riendo.

El telefonillo de mi mesa sonó y me acerqué para cogerlo; miré de inmediato las imágenes que me regalaban las cámaras, fuera estaba Nicole.

—¿Qué sucede, Max? —le ladré a mi secretario; luego trataría con él, pero que fuera sabiendo que estaba muy cabreado.

—La señora Pearson desea verlo.

—Ahora no puedo, estoy ocupado; dile que en esta compañía algunos trabajamos, y entérate tú también de eso... Tienes mi agenda con mis actividades y sabes perfectamente que en este mismo instante no tengo ni cinco minutos para nadie.

Vi cuando Nicole le arrancó el telefonillo de la mano a Max.

—Deja de comportarte como un engreído y ábreme la puerta, ¿o quieres que ventile nuestras diferencias a través de este medio y que todos se enteren?

—Estoy trabajando, Nicole; luego hablamos, ahora no tengo tiempo.

Miró a la cámara sabiendo que yo podía verla y me enseñó el dedo medio.

Luego aporreó el telefonillo, cortando la comunicación que manteníamos.
A los pocos minutos llegó un WhatsApp.

Nicole: No estábamos haciendo nada malo, tal y como te dijo Maverick. Lo peor de todo es que no sé por qué me estoy justificando. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no abandonas tu estúpido berrinche de mierda, de celoso y retrógrado, y te lo llevas a otra parte? Me estás tratando muy mal desde que llegamos a la empresa; parece como si estuvieras enojado por algo más, y sinceramente no entiendo el motivo. Esta mañana estábamos estupendamente en casa, pero, en cuanto te he dicho que vendría a trabajar, tu humor se ha transformado y, aunque has querido disimular, lo has hecho fatal. Luka, te juro que no entiendo por qué. Deja de comportarte como un bastardo arrogante. Creía que la reina de las señales confusas era yo, pero de un tiempo a esta parte... te comportas como si las jodidas hormonas descontroladas del embarazo te afectaran a ti y no a mí.

No sabía qué contestarle, pues ni yo mismo sabía por qué estaba de tan mal humor y tan frustrado, así que preferí no hacerlo para no seguir discutiendo. Deseché el móvil sobre mi mesa y me puse a trabajar.

Era la hora de salida; había trabajado duro durante todo el día, pero aún tenía algunos asuntos pendientes que atender, así que cogí mi móvil y llamé a Aos, y luego le envié un texto a Nicole.

Luka: Aún tengo algunos asuntos por terminar, me quedaré un rato más en la oficina. He llamado a Aos para que te lleve, es hora de irse a casa. ¿Puedes recoger a Mila en ballet? Si estás cansada, dile a Aos que te deje en casa y vaya él solo.

Parecía que íbamos a seguir sin contestarnos, pues leyó mi mensaje pero se mantuvo en silencio. Miré el monitor que me ofrecía las imágenes de la cámara situada en la antesala, y vi cómo se levantaba de su mesa y recogía sus cosas. Cuando pasó frente a mi despacho, volvió a mostrarme su dedo medio; evidentemente era la nueva forma que tenía de comunicarse conmigo.

Luka: ¿Irás a por Mila?

Mi móvil sonó; era una llamada, y era ella.

—¿Cuándo cojones he dejado tirada a tu hija? Vete al carajo Bandini. ¿Quieres que renuncie a trabajar contigo? No lo haré; deduzco que ésta es tu nueva forma de obligarme a mantenerme en casa, pero no te va a salir bien, así que piensa en otra estrategia.

Doce

Nicole

Llegué a casa; Mila estaba dormida y Aos me ayudó a cargarla hasta arriba.

Cuando entré, me encontré al señor cara de culo apoyado en la mesa del recibidor, con los brazos cruzados sobre sus pectorales y las piernas ligeramente abiertas, su bulto marcándose y enardeciendo mi libido; llevaba puesto un chándal negro, una camiseta gris a la que le había cortado las mangas y estaba descalzo; la cicatriz en su hombro destellaba roja y brillante, y mis traicioneros ojos no pudieron evitar mirarla, tampoco el tamaño de sus bíceps; amaba tener esos brazos enroscados a mi alrededor y no podía disimular lo que su cuerpo le hacía a mis entrañas. Dios, era evidente que sus padres estuvieron muy inspirados cuando lo concibieron; el maldito era una escultura viviente de punta a punta.

Cogió a su hija entre sus fuertes brazos, aliviando del peso a nuestro escolta, besó su sien cariñosamente y la cargó con cuidado. Mila lo miró adormilada y, tras reconocerlo, se aferró enérgicamente de su cuello; luego Luka se dio la vuelta y empezó a andar hacia el interior del apartamento.

—Hasta mañana, Aos, ya no te necesitaremos más; bueno, eso creo, salvo que la señora tenga pensado a ir a otra parte y no me haya avisado.

Aos me miró y entonces le contesté:

—Hasta mañana, Aos; gracias por todo.

El guardaespaldas sólo hizo un asentimiento de cabeza y se marchó en silencio.

Tiré mis zapatos de tacón en cuando entramos en la sala, los pies me estaban matando. A partir de mañana debería llevar unos zapatos planos para cambiarme durante el día; había leído que el embarazo provocaba retención de líquidos y, en consecuencia, los tobillos y los pies tendían a hincharse, cosa que estaba empezando a comprobar por mí misma.

Dejé mi bolso sobre el sofá y seguí a Luka por detrás.

—La niña no puede irse a la cama sin cenar, Mila tiene hábitos adquiridos.

—La niña y yo ya hemos cenado.

—Ah, muy bien, y yo aquí esperando como un idiota para hacerlo.

—Aos te avisó de que primero me llevaba a Healthy life y luego a casa de Steve.

—Exacto, Aos me avisó, porque tú no lo hiciste.

—¿Para qué iba a molestarte, si tus lacayos se encargan de comunicártelo todo? Además, hoy no quisiste hablar conmigo, así que supuse que seguías igual, o... ¿sabes qué?, quizá te has dado cuenta de que la que no tiene ganas de hablar ahora soy yo.

—Si mal no recuerdo, creo que quedamos que conversaríamos acerca de lo de continuar yendo a esa organización ecológica.

—Si mal no recuerdo, te dije que no abandonaría la causa. Si tú no me escuchas y encima presumes que puedes cambiar cada uno de mis hábitos, es tu problema.

—No dije que estaba de acuerdo con que llevaras a Mila.

—Siento mucho haber malinterpretado que podía llevarla conmigo donde quisiera; ahora capto que sólo me usas como una maldita niñera cuando te conviene. Claro, te he sido muy útil para recogerla de ballet, pero no tenía derecho a nada más.

—Te comenté que ir Healthy life implicaba que debían acompañaros más agentes de seguridad. Desde esta mañana estás haciendo que mi personal vaya de cabeza debido a tus improvisaciones.

—¿Por qué discutes con Nicole, papi? —La cría, somnolienta, levantó la cabeza de su hombro.

—No discutimos, sólo estamos hablando.

—Es verdad; no discutimos, cariño. —Apresuré mi paso y rocé su tierna espalda—. Ven que te como a besos y me despido hasta mañana; duerme, cariño, tu papá te arropará, yo también me voy a dormir.

—¿Cuándo volveremos a ir a Healthy life, Nicole?

Miré a Luka sonriendo de lado y esperando que entendiera que su hija y yo lo habíamos pasado muy bien juntas, y luego me volví a centrar en Mila.

—Mañana hablamos, ahora duerme.

* * *

Enfundada en una camiseta de tiras y unas braguitas cómodas, tras darme una ducha rápida, me lavé los dientes en el lavabo del baño de nuestro dormitorio. Luego pillé la toalla y me sequé la boca tras enjuagármela. Levanté la mirada al espejo y me topé con su reflejo tras de mí; estaba de pie junto a la jamba de la puerta, observándome como si fuera un semidiós.

—Debemos hablar.

—Estoy cansada, Luka. Ha sido un día largo y no tengo ganas; además, a los demás no siempre nos apetece hablar sólo cuando tú tienes tiempo de hacerlo y, por otra parte, por tu tono de voz no creo que quieras hablar, sino imponer tu voluntad.

—Lo siento.

—Me alegra que lo sientas, pero con eso no basta.

Se movió sin darme tiempo y me abrazó por detrás.

—¿Qué haces?

—Intento que nos reconciliemos; no quiero pelear contigo y, además, dijiste que con hablar no bastaba.

Su mano rozó mi cadera y luego me acarició el muslo.

—¿Y crees que con sexo harás que se me pase el enfado? Tengo claro que sabes que eres muy irresistible para mí, y que le haces cosas a mi vagina que no puedo controlar, pero...

Levantó una ceja riéndose jactancioso. ¡Mierda, por qué tenía que dar tantos detalles! Resultaba evidente que su cercanía me hacía olvidar mi enojo, pero debía ser fuerte y centrarme en lo que quería decirle... Joder, ahora pasaba una mano por mis nalgas y apoyaba su excitado pene en mi cadera, y yo había perdido por completo mis pensamientos, no era justo.

Lo empujé y, con un rápido movimiento, salí del baño; realmente era muy difícil rechazarlo, pero me alejé de él. Al instante, Luka apareció en el dormitorio.

Sabía que, si accedía a echar un polvo con él, ambos nos calmaríamos, pero, ¡coño!, una pareja también debía hablar, no sólo fornicar todo el día. Aunque eso fuera magnífico y lo hiciéramos de fábula, teníamos que comunicarnos también de forma verbal; debíamos hacerlo para funcionar adecuadamente como personas normales. Quedaba claro que ésa era una asignatura en la que, como pareja, estábamos fallando estrepitosamente y malditamente.

—Hoy... —me pasé una mano por la frente—... hoy me has hecho sentir

indecente. Sólo estaba intentando conocer a tu amigo. Maverick ha sido muy amable y considerado conmigo, algo que tú últimamente olvidas muy a menudo.

—No quiero tocar ese tema; tú no entiendes nuestros códigos, y ese bastardo arrogante lo hizo a propósito para molestarme.

—No entiendo nada de vuestros códigos porque no me los has explicado; no los conozco porque me alejas de todo, me mantienes en una especie de urna de cristal. Conoces perfectamente mis obsesiones y cualquiera diría que no te importa hacerme sentir insegura. Es agradable que me protejas, pero no que me asfixies.

—¿Yo te asfixio? —gritó a pleno pulmón, y temí que Mila nos oyera pelear de nuevo—. Joder, quisieron matarnos y tú me dices que mis decisiones te asfixian. ¿Te estás oyendo?, ¿tienes una maldita idea de lo que estás diciendo?

Luka se mesó el pelo y elevó las manos al techo.

Joder, presentía que mis perversas y sensibles hormonas iban a hacer acto de presencia. Acababa de gritarme, y eso hizo que mis ojos se humedecieran, pero no quería llorar, no quería dejar de explicarle mi punto de vista.

Cogí una bocanada de oxígeno y volví a enfrentarlo.

—Habla conmigo, Luka. Sólo me ladras órdenes, sólo me tomas por una inútil que no está en condiciones de tomar una sola decisión; hasta con lo del médico ha sido así... me cogiste por el codo y me llevaste a donde te pareció. Te dije que todo estaba bien, pero no confiaste en mí, nunca lo haces.

Parecía que él no iba a decir nada y que, por tanto, monologaría. Mi cuerpo, a pesar de todo, estaba en discrepancia con mis sensiblerías, pero no iba a flaquear, aunque un nudo se me atascó en la garganta.

—Nunca apoyas mis decisiones y me haces quedar como una insensata ante todos. Estoy intentando adaptarme a tu vida, son muchos cambios. De golpe no sólo tengo que ocuparme de Mila, cosa que me encanta, la amo como te amo a ti, pero también estoy embarazada y ni siquiera lo planeamos, sucedió Luka, y estoy asustada por todo... Desde que estamos juntos no dejan de pasarnos cosas fuertes, y mi cuerpo está lidiando con muchos cambios; he tenido que asumir demasiado en muy poco tiempo.

—Yo tampoco planeé tener otro hijo, para mí también es una noticia que aún estoy intentando asimilar y también he tenido que digerir demasiadas cosas. Desde un comienzo estabas al tanto de que no venía solo y me dijiste que lo aceptabas.

—Sigues sin escucharme, o tal vez no me estoy explicando demasiado bien.

Mila no es el problema, ¡maldición, amo a esa niña! El problema eres tú. Antes del atentado eras todo comprensión; aunque también tomabas decisiones sin consultarme, sentía que lo intentabas, pero ahora te cierras y no hablas conmigo.

»Me siento mal por todo, siento que todo lo que pasó fue por mi culpa.

—¡No lo fue! Maldición, no lo fue. —Volvió a elevar el tono de voz y creí que finalmente se abriría en canal ante mí—. Andrea era mi hermano —soltó frustrado—; yo metí los problemas en nuestra vida —se pasó una mano por la frente y luego se masajeó el cuello—; no quiero hablar de eso, no quiero volver atrás.

—Siento que volvemos atrás continuamente. No puedes controlarlo todo como pretendes; sé que estás acostumbrado a hacerlo, pero me pediste que me mudara contigo y una pareja funciona de a dos. Luka... —le enmarqué el rostro para que no evitara mirarme—... habla conmigo; hemos estado haciéndolo a medias, siento que te estás guardando algo que te tiene muy mal.

Levantó una mano; su pulgar acarició mi mejilla, luego pilló un mechón de mi pelo y jugó con él entre los dedos.

—Trabajaré un rato más, aún tengo algunos asuntos pendientes que me he traído a casa. Olvida todo lo que he dicho, no tenemos por qué discutir; estoy feliz con lo del bebé y también estoy feliz de tenerte aquí, así que no tejas cosas raras en tu cabeza. Como has mencionado, son muchos cambios a la vez y debemos acostumbrarnos. Sólo te pido que, hasta que todo se tranquilice, no vayas a Healthy life y, por favor, tenemos que adoptar otra postura en el trabajo; es cierto que no me gustó verte sentada ahí relacionándote con los operarios, pero... no es por la razón que te imaginas. Confío en ti.

Sin darme tiempo a replicar y de un ágil movimiento, se separó de mí dispuesto a salir del dormitorio. Abrí mucho los ojos, pasmada de que él diera por terminada una conversación que para mí era importante diciéndome simplemente lo que yo quería escuchar, porque eso fue lo que sentí, que sólo dijo palabras para conformarme.

Abrí los labios dispuesta a pedirle que no se fuera, pero tardé demasiado en reaccionar y salió de la habitación dejándome sola y con una conversación a medias.

Me dejó frustrada; quería perseguirlo y que continuáramos hablando, pero no pretendía convertirme en la reina del drama. Sin embargo, necesitaba hacérselo entender.

Una chica podía soñar... ¿no?

Me recosté de lado en mi lugar de la cama y me llevé una mano al vientre; luego levanté el bajo de mi camiseta y me acaricié la barriga; mi garbancito aún no se notaba, pero crecía dentro de mí.

El cansancio y las emociones desbordadas a causa de las tontas hormonas del embarazo finalmente habían ganado, convirtiéndome en papilla, y me había dormido.

Sin embargo, aunque mi cerebro estuviera un tanto aletargado, desde que estaba encinta mi vejiga no me daba respiro, lo cual era bastante incómodo, puesto que no aguantaba ni pizca, y eso significaba que tenía que pasarme la noche caminando de la cama al baño, y viceversa.

De vuelta de mi segundo viaje para visitar a míster retrete, pude comprobar que el otro lado de la cama todavía permanecía vacío. No obstante, resistí la tentación de ir a ver a Luka, ya que mi intención no era que continuáramos intercambiando ofensas; tal vez era mejor dejar pasar el momento y luego, más calmados, procurar hablar.

* * *

Percibí la necesidad de realizar mi tercera peregrinación al baño, pero, cuando quise moverme, noté que un brazo y una pierna me tenían aprisionada de tal forma que parecían dos tenazas. Su respiración ralentizada contra mi cuello resultaba una caricia a la que no me podía ni quería resistir.

Santo cielo, cuánto amaba a ese hombre; aunque a veces se comportara como un troglodita celoso, él despertaba sentimientos en mí que nadie jamás había despertado.

De cualquier forma, necesitaba levantarme o me orinaría encima. Luché con el peso de su enorme brazo, hasta que la presión cedió y me permitió moverlo; luego me arrastré hasta el borde de la cama y logré deslizarme hasta tocar con uno de mis pies el suelo. De regreso, gateé sobre la cama, lentamente y amortiguando mi peso para no despertarlo; estaba guapísimo descansando, aunque su ceño estaba ligeramente fruncido.

«¿Qué te preocupa tanto?», le pregunté en silencio, y no pude sucumbir a la tentación de acariciarlo para que se relajara.

Sus ojos se entreabrieron, soñolientos, y su brazo se estiró para recibirme. Dejé de resistirme, quizá debía dejar de hacerlo y aceptar que con el contacto físico era como mejor nos entendíamos, y disfrutarlo sin forzar las palabras. Me

acunó en su abrazo.

—¿Qué sucede?

—Duerme, estás muy cansado, sólo he ido al baño.

Besé su pecho y apoyé mi mejilla en su cuerpo. Olía a colonia mezclada con jabón, y a Luka, mi aroma favorito en la vida.

Trece

Luka

Estaba en la ducha; no era extraño que me despertara antes que ella, pero al parecer ahora Nicole estaba más dormilona de lo normal, aunque se empeñara en mostrarse tan activa como siempre.

Salí rápidamente y me envolví las caderas en una toalla; cogí otra del anaquel para secarme el pelo; mis rizos se veían un tanto incontrolables.

—Creo que alguien necesita un corte de pelo.

La miré a través del espejo y, aun con el cabello enmarañado y las marcas de las sábanas en su rostro, mi mujer se veía irresistible.

—Eso mismo me estaba pareciendo.

Se acercó aferrándose a mi cintura por detrás, y besó mi espalda.

—Buenos días.

Volteé mi cuerpo y recibí el suyo, perfecto, entre mis brazos, tomando posesión de lo que consideraba desde hacía algún tiempo como mío. Me enrosqué a su alrededor, comprobando la calidez y la necesidad de su cercanía. Acaricié su espalda y luego levanté su cara, tomándola por el mentón, para que me mirara.

—Buenos días. —Besé la punta de su nariz—. ¿Estamos bien?

—Dímelo tú.

—Ayer fue un día complicado para ambos. Tu regreso a la empresa me descolocó, pero todo está bien. Sé que también fue un día muy difícil para ti, y que no te apoyé lo suficiente; no fui todo lo fuerte que esperabas que fuera para ti.

—Shh... —Me plantó un beso en los labios para hacerme callar—. Tienes permitido no ser siempre una roca, y yo debo entender que no siempre lo serás; ambos debemos ser más comprensivos.

—Es mi responsabilidad bregar por mi familia.

—Cariño, es responsabilidad de ambos. Somos una pareja, déjame que te acompañe; eso es lo que te pido, mi amor, que me permitas ser tu compañera en todo — volvió a dejar un beso corto sobre mis labios—, también en el dolor y en tus miedos.

—Entiende que no es fácil, hace demasiados años que tomo decisiones solo.

—Sé que eres un tigre defendiendo todo lo tuyo, no me cabe duda de eso; eres un tigre en la cama, apareándote, mostrando tu poderío, y también en el resto de los ámbitos.

—Un tigre... pues... ¿sabes que un tigre es un animal de vida muy solitaria? Asintió.

—También sé que usa su pelaje para camuflarse y adaptarse al hábitat en el que se encuentra.

Esta vez fui yo quien planté un beso en sus labios y estuve tentado de perderme en su boca de forma más profunda y más intensa, pero nos debíamos una conversación.

—Déjame decirte que un tigre necesita espacio, necesita saber que cuenta con un amplio territorio para sí, y también para su hembra; un tigre se echa, pero permanece siempre atento, vigilando su entorno del posible acecho de sus enemigos. La distancia del resto es lo primordial para él. De esa manera garantiza que nadie se le acerque. — Mordí sus labios—. Ésa es mi esencia también. Por eso no me pidas que cambie, necesito proteger a los míos de los enemigos conocidos y de los que puedan aparecer. Sé que lo que más molesta te tiene son las nuevas medidas de seguridad, pero no son para controlarte, cariño, aunque claramente necesito el control, lo primordial es tu protección. Ayer, cuando me dijiste que te reincorporabas al trabajo, quise encadenarte en este apartamento. —Froté su mejilla con mi pulgar—. En mi cabeza de pronto pasaron a gran velocidad todas las cosas por las que pasamos en aquel lugar, y te mentiría si te dijera que no me maldije muchas veces por tentarte a que fueras a trabajar conmigo... si no lo hubiese hecho, tal vez tú no hubieras estado allí y no habrías tenido que pasar por todo lo que pasaste.

—Mi amor...

—Déjame terminar. —Tomé una gran bocanada de aire para continuar—. Maté a un hombre en mi despacho con mis propias manos y, aunque no me enorgullezco de ello, y sólo Dios sabe lo que me cuesta lidiar con esa circunstancia, y ahora tú y mi conciencia, quiero que sepas que no lo hice sólo

por salvar mi vida, lo hice por ti, por Mila, y lo volvería a hacer si alguien de los que amo está en peligro. Ayer, mis miedos dominaron mi razón, y... mis demonios se dispararon; no sólo temo que pueda pasarte algo, también lo hago por tu opinión, temo por lo que puedas pensar de mí, por eso tal vez a veces te alejo. Desde lo que nos ocurrió lo hago a diario.

Me acarició el rostro aligerando las arrugas de mi frente y me besó lentamente.

—Jamás podría juzgarte, soy la menos indicada para hacerlo. A veces en la vida hay situaciones límites que escapan a lo que es correcto, lo sé mejor que nadie.

Quise hablar para que no comenzara con lo de su pasado, pero no me lo permitió.

—Ahora me toca hablar a mí y a ti, escuchar. —Asentí riéndome a desgana, pero ella tenía razón—. Gracias por explicármelo; ahora que lo has hecho, te entiendo, tal vez incluso demasiado... Sé muy bien cuánto pueden pesar en la conciencia los actos del pasado. Gracias por permitirme entrar aquí —frotó mi frente con sus dedos— y aquí —frotó mi pecho—; sin embargo, debo reconocer que, aunque me gusta que lo hagas, tal vez no soy la persona más indicada para ayudarte con esto, ya que he fallado muchas veces conmigo misma. Cariño, creo que quizá la doctora Carter podría ayudarte, lo que nos pasó...

—Sólo quiero dejarlo en el pasado. No soy partidario de contar mis cosas a nadie, ya ves lo que me ha costado hacerlo contigo. No creo que sea una buena idea; espero que no te lo tomes a mal ni te enfades, pero no continúes por ese camino, porque no lo haré. Te confesé que cierta vez, cuando no sabía cómo frenar tus pensamientos autodestructivos, acudí a ella, pero... no, definitivamente no es una posibilidad. Lo superaré, y tú no te preocupes, no permitiré que vuelva a afectarnos.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, pero luego sonrió, me pareció que aceptando.

—Creo que puedo lidiar con tus estructuras sociales de tigre solitario; sin embargo, no aceptaré que te comportes como lo hacen tus congéneres.

Fruncí el ceño sin comprender qué quería decir.

—Me refiero a lo de que sean polígamos. Eso no está permitido. Sé que los tigres machos orinan para marcar su territorio, advirtiéndolo de ese modo a otros machos de que no deben adentrarse en él... pero dejan entrar a las hembras, que

pasan a formar parte de su clan, aunque no quieren a ninguna verdaderamente cerca. Sé también de su virilidad para atender a varias a la vez.

Me reí a carcajadas sin poder evitarlo.

—No te rías, estoy hablando muy en serio. Si estoy contigo, se supone que soy una tigresa, así que tengo las uñas muy afiladas para defender mi territorio.

—Cielo, despreocúpate; sólo quiero que me orines a mí —repliqué haciendo referencia a lo que las hembras les hacen a los machos cuando están en celo y quieren aparearse—. Me tienes y, a diferencia de mis primos los tigres, sí te quiero muy cerca de mí. —Le mordí la barbilla—. Las púas de mi pene son sólo tuyas.

—Joder, no digas eso. De ahora en adelante, cuando piense en tu pene, me acordaré de cómo lo tiene un verdadero tigre y tal vez decida no volver a abrir mis piernas para ti.

—¿De verdad vas a resistirte al placer que te da esto?

Aplasté mi dureza contra su vientre y la agarré de las nalgas.

—Tengo que darme una ducha para luego poder ir al trabajo, será mejor que no me distraigas.

—Te ayudaré a enjabonarte la espalda y otras partes, ¿aceptas?

—Tú ya te has duchado.

—De pronto me he transformado en pato. Vamos a la ducha, cariño. El baño, definitivamente, se ha tornado nuestro mejor cómplice y la mañana, nuestro mejor momento del día.

Catorce

Nicole

Desayunábamos en la cocina. Definitivamente, Celeste preparaba los pasteles más exquisitos y, si seguía así, comiéndolos a ese ritmo, para cuando tuviera que parir bastaría con que Luka me empujar hacia la sala de parto, porque entraría rodando.

Él, sin duda, tenía más fuerza de voluntad que yo, pues sólo me había robado un bocado de mi pedazo y continuaba con su dieta proteica, mientras que yo ya iba por mi segunda porción.

No cabía duda de que me había relajado entregándome al placer de esos fantásticos manjares, aun a riesgo de que mi trasero muy pronto desbordara de la silla. Mi tigre, en cambio, hacía todo lo posible para mantenerse en forma, y la cuestión es que, claramente, estaba cada día en mejor estado. Yo no podía decir lo mismo, y esa mañana me había tenido que cambiar dos veces de sujetador, pues mis tetas quedaban rebosantes en los que me había intentado poner en un primer momento... y para qué hablar de las blusas, que ya no me abrochaban, y los pantalones, que no pasaban por mi cadera.

—Joder, Celeste, o abandono tus dulces o paso por la tienda a comprarme ropa nueva, porque hoy he tenido que dejar de lado dos blusas y dos pantalones que ya no me entran.

—Estás guapísima, Nicole; a mí no me parece que tengas exceso de peso.

—A mí tampoco; de hecho, te ves estupenda —dejó escapar Luka, mientras que, con disimulo, hacía un gesto con su mano, abriéndola y cerrándola, sólo para que yo lo entendiera.

Me sonreí al tiempo que me tocaba la frente, ya que me fue imposible no recordar lo que habíamos hecho en la ducha un rato antes. Ese hombre, sin duda, era mi perdición, y en cualquier hora y momento del día me ponía cachonda... ¡Endiabladas hormonas enloquecidas! Apreté los muslos y me mordí el labio inferior al evocar cómo bombeó mi coño y se aferró con ansias a mis nalgas, mientras me decía que mi trasero era cada vez más apetecible porque estaba

creciendo. Jesús bendito, quería vivir en el pecado junto a él; aún podía sentir sus dedos hundidos en mi carne. Lo pellizcó tanto que estaba segura de que algún moretón me iba a salir.

—Me gustan tus tartas, Celeste, son muy ricas —acotó Mila interrumpiendo mis libidinosos pensamientos, mientras pinchaba una de fresa con su tenedor.

—Me alegro de que sean de tu agrado, Mila. Las hago con mucho amor para que desayunéis de forma muy nutritiva.

De pronto, las náuseas que desde hacía dos días me habían dejado un poco tranquila regresaron de la nada. La presión en mi estómago empezó a hacerse incontrolable y las ganas de vomitar aún más. Me cubrí la boca y miré a Luka, antes de salir disparada hacia el baño.

Cuando Luka llegó, ya estaba tirando de la descarga del váter, después de que arrojara hasta mis entrañas en él.

—¿Estás bien?

—No; estar embarazada esperando un hijo nuestro es hermoso, pero esta parte, sentirme así, tan mal, no lo es; estos malestares son una mierda.

—¿Nicole tendrá un bebé?, ¿de verdad?

Cerré los ojos. Se suponía que Mila no debía enterarse aún, pero ya era demasiado tarde, acababa de escuchar cómo lo decía.

—Ve a la cocina, Mila; te he dicho que te quedaras desayunando —la reprendió Luka por no hacer caso.

—Quiero saberlo.

Resultaba estúpido que se lo negáramos, la niña ya lo había oído.

—Ahora hablamos. Vete a la cocina y acaba de desayunar, que Nicole y yo en seguida iremos —le dijo un poco perdido, puesto que la cría acababa de pillarnos.

Me enjuagué la boca y luego Luka me acompañó hasta nuestra habitación, para que me cambiara la blusa, pues había quedado salpicada de vómito, y para que pudiera entrar al baño a retocarme también mi maquillaje, que ahora estaba corrido.

—Tranquila, le gustará la noticia; no hay de qué preocuparse. Noto que estás tensa, pero te aseguro que Mila se lo tomará muy bien.

—¿Y si no lo hace? Ahora que estábamos tan bien ella y yo, no quiero que nada empañe nuestra relación. Los niños, en ocasiones, no saben cómo controlar los celos, y no quiero que se sienta mal por nada, ni tampoco quiero que piense

que ella será menos importante para nosotros, porque, ya sabes, los niños a veces se sienten desplazados por los hermanos.

»¡Coño, estoy cabreada! Ésta no es la forma como habíamos planeado que se enterara; estaba ansiosa por decírselo, pero no así, Luka.

—No seas tonta... No permitiremos que se sienta así en el caso de que lo haga.

—Lo sé, pero mis estúpidas hormonas me tienen descontrolada; me angustio por todo, mis estados de ánimo dan asco últimamente.

* * *

Bajamos cogidos de la mano. La pequeña había terminado su desayuno y nos esperaba, inquieta, retorciendo sus manitas.

Estaba sentada en la sala y, cuando nos vio descender la escalera, salió pitando, aferrándose de inmediato de las piernas de su padre.

«Joder, creo que finalmente sí debe de estar pensando que la dejaremos de lado.»

Luka la cogió en brazos y caminamos hacia el sofá, para sentarnos los tres allí.

—¿Tiene o no un bebé dentro, Nicole?

—Sí, lo tiene; un bebé está creciendo en su interior y, en más o menos unos siete meses, nacerá.

Ambos nos quedamos callados, esperando leer su reacción, pero la cría permaneció inmutable.

—Será mi hermano, aunque no tengamos la misma mamá.

—O hermana, aún no sabemos su sexo—intervine tímidamente.

—¿Te casarás con Nicole?

—Sí, nos casaremos, pero no es por lo del bebé, pues de todas formas pensábamos hacerlo. ¿Recuerdas cuando te conté que le regalé el anillo? Bueno, en ese momento todavía no sabíamos que tendríamos un hijo, pero ya queríamos casarnos en algún momento. Claro que, sin duda, ahora adelantaremos la fecha.

—¿Por qué?

—Bueno, pues, porque... —Luka me miró pidiendo ayuda; sabía que su cabeza estaba trabajando igual que la mía, y que ambos estábamos suponiendo lo que Mila preguntaría según nuestra respuesta.

—Porque nos queremos.

—Exacto, porque nos queremos. —Luka corroboró mi respuesta.

—Y porque queremos formar una familia contigo, y con el nuevo bebé, los cuatro —añadí antes de que ella preguntara otra cosa.

—¿Y a mi mamá no la querías? ¿Por eso no te casaste con ella?

Mierda, lo preguntó de todas maneras.

—Cuando uno decide casarse, hija, es porque ambos lo desean.

—¿Y quién no quería casarse? ¿Tú o mi mamá?

Los niños y sus preguntas complicadas siempre poniendo en aprietos a los adultos... Estaba convencida de que siempre era así, pero de lo que más convencida estaba era de que Mila me haría parir el crío antes de tiempo con su interrogatorio. La niña no tenía fin.

—Ninguno de los dos.

—¿Por qué?

«Joder, lo iba a parir en serio, y su padre se quedaría sin huevos, porque estaba segura de que los tenía estrangulados en la garganta.»

—Porque nunca estuvo en nuestros planes casarnos. Nos gustaba vernos, pero no tanto como para vivir todo el tiempo juntos, y porque, además, tu mamá tenía que trabajar, y su trabajo, como ya te he explicado muchas veces, hace que no pueda tener una casa en un solo lugar, puesto que viaja todo el tiempo.

—Ah...

Bien, al parecer había quedado satisfecha con la explicación y se detenía ahí.

—Nicole —¡joder!, arrancaba otra vez y ahora conmigo—, ¿cómo llegó el bebé a tu barriga? Es decir, como se pone un hijo en el interior de una mamá.

—Pues... bueno... aún no es un bebé del todo, con bracitos, manos, piernas y todas sus partes bien formadas, porque todavía tiene que crecer y con los meses irá formándose por completo, hasta que esté listo para vivir fuera de mi panza.

Me estaba yendo por los cerros de Úbeda mientras hacía un poco de tiempo y pensaba cómo explicarle de qué manera se había metido mi hijo dentro de mí. Miré a Luka, que seguía igual de tenso, ya que ninguno de los dos estábamos preparados para abordar esa conversación ese día.

—Papi...

«Bien, hemos sorteado el temita con éxito, al parecer, porque ahora va a preguntar otra cosa; por suerte vamos a salir de este momento embarazoso.»

—¿Qué, hija?

—¿Pusiste tu pene en la vagina de Nicole y así dejaste el bebé en su barriga?

Ambos palidecimos, creo que a Luka incluso se le detuvo el corazón dentro del pecho. El pobre jamás podría haber imaginado que mantendría esa conversación con su hija cuando ésta aún tuviera que cumplir los cuatro años, pero allí estábamos, sorteando el momento lo mejor que podíamos.

—Papi, contéstame.

—Sí, claro, voy a hacerlo... el caso es que haces una pregunta detrás de la otra y no me dejas hablar.

—¿Sí o no? Porque Aerin dice que son los médicos quienes los meten ahí, pero Logan dice que no es así; dice que su mamá, que es doctora de ayudar a nacer bebés, le dijo que el pene de los papás lo deja en la vagina de las mamás y así los niños quedan ahí.

Cuando empecé a leer y a informarme del embarazo, me interesé también por cuál era la forma más adecuada de decirle a un niño pequeño que iba a tener un hermano. El caso es que sugerían no mentir nunca, ni siquiera si planteaban preguntas embarazosas, y abordar el tema con la mayor naturalidad posible, para que no creyesen que era algo vergonzoso; rememoré incluso lo que decía un psicólogo de Harvard: «el niño capta el tono de lo que se dice, no las palabras»; aconsejaban, además, dar siempre información veraz de manera simple y sin demasiados detalles.

—Sí, cariño, Logan tiene razón, y Aerin también —me apresuré a responder para desviar su atención del pene de su padre—; hay veces que los doctores deben poner a los bebés en la barriga, porque son precisos algunos medicamentos específicos para que la mamá pueda tenerlos ahí.

—¿Y a ti te lo puso un doctor o mi papá?

—No necesité de un doctor.

—Bien, Mila.

Estaba resultando demasiado para Luka, y no me extrañó que la hubiera interrumpido; estaba segura de que en cualquier momento se saldría por la tangente, y eso mismo acababa de hacer.

—¿Podemos, simplemente, dejar esta conversación para más tarde y ponernos en movimiento? A os nos espera abajo; si seguimos así llegarás tarde al colegio, y nosotros al trabajo. Ve por tu mochila.

—¿Quién es Logan? —le pregunté entre dientes cuando la pequeña se alejó.

—Uno de los hijos de Cecilia, la obstetra.

—Cálmate, para ella todo es muy natural, no lo ve como un tabú. Los niños son más prácticos que los adultos. Y... no te preocupes, guardará sólo la información que le interese, pero sin el morbo que tú estás teniendo en tu cabeza.

—Aún no tiene cuatro años, Nicole, y ya habla de penes y vaginas. Yo la he estado escuchando, lo he oído, ¿tú no?

—No es tan grave, cariño; lo que ha hecho es llamar a las cosas por su nombre. ¿O acaso querías contarle el cuento de la cigüeña?

—No, sabes que siempre intento darle información verídica a mi hija, pero... —se masajeó la nuca—... aún no tiene cuatro años —repitió, horrorizado.

* * *

Mi tigre empezaba a respirar con normalidad, pues la niña había dejado atrás el interrogatorio; sin embargo, en cuanto entramos en el coche, volvió a la carga.

—Entonces... ¿de tu pene salen bebés, papi?

Aos quiso ahogar la risotada que se le escapó, pero sin éxito. Luka lo ignoró, no sin antes fulminarlo con la mirada a través del espejo retrovisor.

Miré su aspecto y casi solté también una carcajada; lo cierto era que mi tigre jamás se veía desarreglado, pero su hija lo estaba haciendo transpirar. De un tirón, se aflojó la corbata; luego tomó una bocanada extra de aire y, finalmente, contestó:

—No exactamente, Mila... la cosa es que depositan una semillita que viaja para luego juntarse con otra que tienen las mamás dentro de su panza y así, cuando se unen, se empieza a formar el bebé. Pero a veces, como te ha dicho antes Nicole, los doctores hacen ese trabajo de unirlos y luego, con unas herramientas especiales que usan los médicos, la ponen en la barriga de las mamás.

—Me gustará ser la hermana mayor. ¿Me dejarás cambiarle los pañales a mi hermanito? Yo les cambio los pañales a mis muñecas, sé cómo hacerlo, ¿podré ayudarte, Nicole?

—Claro, lo haremos juntas cuando nazca.

—¿Tú sabes cambiar pañales? Porque mi papá sabe; él puede enseñarte y también puede ayudar. Mi papá me cambiaba los pañales cuando yo era una bebecita, así que puedes preguntarle a él... o yo te enseño con mis muñecas.

—Sé cómo se hace. Cuando era una niña como tú, también les cambiaba los pañales a mis muñecas, así que aprendí a hacerlo hace mucho tiempo, de la misma forma que lo hiciste tú.

—A mi papá le enseñó mi abuela, ¿no es cierto, papi?

—Sí, es verdad.

* * *

Llegamos al colegio y bajamos los tres; luego cogimos cada uno de la mano a Mila, como cada día, para entrar junto a ella.

La pequeña no había dejado de hablar del bebé durante todo el viaje, y Luka y yo nos sentíamos felices de que se hubiera tomado tan bien la noticia de su futuro hermanito o hermanita.

Los calores de las preguntas por suerte fueron menguando, pues, una vez que hubo curioseado todo lo que le interesaba, se limitó a disfrutar de la buena nueva.

Luka se puso en cuclillas frente a ella y Mila se aferró de su cuello, preparada para recibir sus besos de despedida. Adoraba la relación tan estrecha que tenían y estaba sumamente feliz de que me permitieran formar parte de sus vidas.

—Compórtate bien, ¿de acuerdo?

—Siempre, papi.

—Ésa es mi chica. —Luka levantó la mano, chocándola con la de su hija.

—Adiós, Nicole.

Me acuclillé esperando mi abrazo y la llené de besos.

—¿Puedo contarles a mis amigos que tendré un hermanito?

—Por supuesto que puedes hacerlo.

* * *

Tras dejar a Mila en la escuela, íbamos rumbo al Bandini Heart; Aos era el encargado de llevarnos.

—Espero que no se le ocurra hablar de penes y vaginas cuando cuente que tendrá un hermano.

—Tranquilo, sólo intenta entender cómo funciona el entorno en el que vive.

—Lo sé. El caso es que no me esperaba que preguntara tan pronto.

—Mila va muy adelantada para su edad, en todo, y es lógico que sea ahora, cuando va a tener un hermano, que su curiosidad se dispare y pregunte en este momento.

—Soy consciente de ello, y no me avergüenzo de llamar a las cosas por su nombre, Dios no lo hizo al crearlas y mi hija vive en este mundo, pero me ha cogido desprevenido, simplemente.

—No te inquietes por lo que pueda decir; si lo hace, les contará lo mismo que a nosotros, que se lo dijo otro niño a quien su madre, que es médica, se lo explicó y fin del asunto.

Quince

Luka

Una semana después de que Drake se incorporara a la empresa, estábamos reunidos en mi oficina, junto a Nicole, para tratar algunos puntos del proyecto de biomasa del que ella estaba a cargo; quería que él la apuntalara en todo.

—Bien, éste será nuestro bautismo de fuego. Nicole, tú y yo somos nuevos en esto de los combustibles, así que estaremos juntos en este proyecto desde sus entrañas, ¡menudo desafío nos ha puesto en las manos este desgraciado!

—Soy plenamente consciente de que ambos sois muy capaces, por eso os dejo a vosotros a cargo; de todas formas, me encargaré de revisarlo todo para que salga más que perfecto. Éste es un paso muy importante: en Renewables Bandini empezaremos a generar energía limpia, refutando la idea de los que creen que eso no es posible.

—Lo es, cariño, y se lo demostraremos. Ya le he pasado el horario de la reunión con los ingenieros a Max; la pacté teniendo en cuenta tu agenda —me informó Nicole, diciéndome que entendía la forma en que trabajaríamos—. He elaborado un proyecto inicial, que espero se pueda llevar a cabo; aquí te lo dejo, para que le eches una ojeada. En cuanto los ingenieros nos detallen lo que se puede y lo que no se puede hacer, pactaré una reunión con la gente de Divest-Invest⁴ para empezar a conseguir inversores y poner en marcha la construcción de la planta.

Drake se despidió de nosotros, dejándonos solos.

—¿Tienes unos minutos libres?, me gustaría comentarte algo.

—En cualquier momento Max me pasará una llamada con Jassim, mi primo, pero si quieres puedes esperarme, no me llevará mucho tiempo. ¿De qué se trata?

—No es nada relacionado con el trabajo, así que, si lo prefieres, lo hablamos luego en casa. Como sabes, hoy he almorzado con mi madre.

El teléfono sonó, interrumpiéndonos.

—Espérame, lo hablamos ahora, no te vayas.

Tal como le había dicho a Nicole, la llamada no duró casi nada; sólo tenía que ultimar con Jassim algunos detalles relativos a nuestra próxima reunión en Londres; ésta tendría lugar antes de que se realizara la cumbre de las empresas petrolíferas de los países pertenecientes a la OPEP, la Organización de Países Exportadores de Petróleo, y los que no estaban en la OPEP, junto con los productores independientes.

—Bien, vamos a sentarnos allí para estar más cómodos —le propuse en cuanto colgué la llamada.

—¿Te vas a Londres? —me preguntó tímidamente mientras nos acercábamos a la zona donde estaban emplazados algunos sofás.

—Nos vamos a Londres —la corregí, guiándola con una mano apoyada en la parte baja de su espalda—. Quiero que me acompañes; serán cuatro intensos días de reuniones, vamos a negociar la forma de frenar la caída del precio del barril de petróleo, y he pensado que podrías ocupar esos días en, no sé, hacer compras... Necesitarás ropa premamá, por ejemplo, y luego podríamos quedarnos unos tres días más y completar la semana tú y yo, disfrutando solos.

—¿En serio?

—Muy en serio; iba a proponértelo esta noche, pero, en fin, ahora ya lo sabes.

—Me hace mucha ilusión realizar un viaje contigo, los dos juntos.

—A mí igual.

—¿Y qué tiene que ver Jassim con esta cumbre? Tengo entendido que ésa no es una de sus funciones dentro del Gobierno.

—Muy bien, muy atenta. —La abracé antes de sentarnos y la besé; sus labios siempre eran una tentación para mí—. Sé que puedo confiar en ti —susurré cuando me aparté de ella.

—Si no puedes contármelo, lo comprendo, no tienes que hacerlo.

—Cariño, eres mi mujer, tú y yo no tenemos secretos; son cuestiones laborales, pero, si te interesan, no tengo ningún problema en explicártelas. —Dejé un beso en su frente y despejé su rostro apartándole el pelo—. Estamos trabajando juntos con el fin de conseguir unos contratos; es un proyecto ultrasecreto, porque hemos detectado una posibilidad y no queremos que nadie se nos adelante. Si conseguimos dichos contratos, lograremos la estabilidad de Renewables Bandini y volveremos a ser líderes en el mercado estadounidense.

Ven, sentémonos para que pueda explicarte cómo funciona esto y lo que esperamos lograr; quiero que entiendas un poco cómo se desarrolla el negocio del petróleo.

Nos acomodamos y la tomé de la mano antes de continuar hablando. Ansiaba que formáramos un equipo indisoluble en la compañía, y tenía muchas ganas de que ella se inmiscuyera más en los negocios de Bandini Group y Renewables Bandini.

—Nicole, como sabes, el petróleo sigue siendo la fuente energética más importante del planeta, y su papel geoeconómico es indiscutible, ya que mueve las economías de los países de todo el mundo, pero desde 2014 se ha producido un derrumbe casi incontrolable en el precio del barril; en términos promedio te puedo decir que la caída se sitúa en un setenta y cinco por ciento aproximadamente.

—Eso es mucho.

—Exacto, y si bien un productor de petróleo gana mucho, también el coste invertido es altísimo y es una cifra que va íntimamente relacionada con la economía de los países. El nivel de demanda de petróleo depende de la actividad económica mundial; por tanto, no es altamente gestionable.

—Deduzco que esto también tiene que ver con razones políticas. A menudo veo, en los eventos a los que asistimos, a funcionarios de Estado.

—Exactamente, cariño. Determinados hechos que están ligados a la política de cada país han sido, a lo largo de la historia, los desencadenantes de la estabilidad de los precios y de la cotización en la bolsa.

—En nuestro caso, en 2015 hubo una fuerte bajada debido al auge en nuestro país de la extracción por *fracking*. Sé que odias esa palabra, pero eso no fue lo único que ocurrió ese año, ya que los países pertenecientes a la OPEP también influyeron en esta bajada, porque produjeron demasiado petróleo.

—No entiendo qué tiene que ver la cantidad de producción.

—Es simple: cuando eso ocurre, se produce más petróleo del que se gasta, y eso desestabiliza los precios. Otro de los graves problemas radica en la bolsa de valores: hay productores estadounidenses que han colocado precios a futuro y ahora no sólo se lucha por mantenerse en el mercado real, sino también en el paralelo que se ha creado mediante esta modalidad.

»En el caso de Bandini, al cerrar los pozos de *fracking* se nos está haciendo difícil mantener la producción para pelear el precio contra aquellos que producen sin problema. Por eso, necesitamos encontrar otros medios de producción, para

que nuestras acciones sigan cotizando en bolsa. Jassim está haciendo de nexo de unión con Qatar, para que se fusione con Renewables Bandini en la explotación de unos pozos que hay en la República de Chad.

—Chad... África central.

—Exacto. En realidad esos pozos los descubrimos nosotros, y luego contactamos con el Gobierno; éste no tiene la solvencia necesaria para poder explotarlos, así que les propusimos el acuerdo. Chad es un país muy pobre y esto no sólo nos beneficiará a nosotros, sino también a ellos, así que el negocio es nuestro, en teoría.

—Pero no cuentas con el activo para hacerte con los contratos.

—Así es... el tema es que no debemos meter al Banco Mundial en esto, porque Chad tiene un antiguo problema con esa organización; además, corremos el riesgo de que otros nos jodan el negocio si lo hacemos. Pero cerrar los pozos de *fracking* nos ha dejado una enorme falta de liquidez, aunque era necesario, ya que a la larga hubiéramos tenido que hacerlo igualmente, pues el Gobierno está regulando esa actividad, como bien sabes. Ya no es desconocido el daño que causa y sus efectos en el cambio climático, y eso es algo con lo que nuestra compañía no está de acuerdo.

—Ahora entiendo por qué has estado trabajando tanto... ¿Qué hay de la planta de biomasa?

—Eso se hará, necesitamos reinvertir nuestros activos.

—Pero ¿y la falta de liquidez de la que hablas?

—Nadie lo sabe, aún podemos esconder esta crisis que atravesamos, y si conseguimos hacernos con los contratos para explotar esos pozos de Chad, pasaremos a ser los líderes del mercado; nuestra fusión con Qatar no es con el Gobierno, es independiente. Tú no te preocupes, conseguiremos los créditos para construir esa planta y también los inversores.

—Y esa cumbre a la que irás, ¿de qué tratará?

—Intentaremos ponernos de acuerdo en detener la producción de petróleo para que los precios se estabilicen, pero me temo que no habrá consenso.

—¿Por qué estás tan convencido de eso?

—Veamos, por ejemplo, el caso de Irán: tras tantos años de prohibición para producir, ahora no se detendrá; su economía está colapsada y necesitan estabilizarla. Otro ejemplo es Arabia Saudita: tiene un déficit fiscal insostenible, que a duras penas mantiene con la superproducción diaria de barriles. Política, cariño, básicamente es eso.

—Por eso tú estás intentando sostenerte externalizando tu actividad, fuera del país.

—Exacto.

—Bandini Group no es rentable, entonces.

—Lo es, pero no lo suficiente como para creer que la industria hotelera sostendrá a la petrolera. Bandini Group, más que nada, es el medio por el cual mantenemos el patrimonio personal de la familia. La petrolera es independiente.

—Entiendo.

Se acercó a mí y tomó mi rostro entre sus manos.

—Ahora te admiro mucho más, porque realmente no entiendo cómo haces para llevar todo esto en tu cabeza. Eres asombrosamente inteligente, y honesto; gracias por compartir tus preocupaciones conmigo.

Nos besamos largo y lento. La caricia de su lengua en la mía siempre resultaba calmante, además de afrodisíaca. Nos separamos y apoyé mi frente en la suya.

—Antes querías comentarme algo de tu madre. Dime.

—Con tantas cosas que tienes en la cabeza, no sé si añadir una preocupación más.

—¿Qué ocurre?

—Quiere regresar a Detroit, pero por supuesto se llevará a Eloise. Teme que vosotros os opongáis; dice que no se acostumbra a la vida en Nueva York, y desea volver a su casa en Míchigan, extraña su vida allí. Luka, me he enfadado mucho con ella; de verdad que lamento todos tus esfuerzos que hiciste por traerlas, no sé qué decirte...

—Shh, no te enojas con ella. Cuando la hicimos venir, creíamos que estaba en peligro; la sacamos prácticamente a la fuerza de su casa, de su vida normal. Sabes que quien más sentirá todo esto será mi madre.

—Lo sé. La mía quiere hablar contigo para agradecerte que te encargaras del asunto de la filiación de Eloise; me dijo, además, que no pondrá ningún impedimento en que, de vez en cuando, tu madre se traiga a la niña para que pase una temporada con su otra abuela.

—Hablaré con Cala... o incluso podríamos organizar una cena y así lo hablamos entre todos. En realidad quienes deben ponerse de acuerdo son ellas dos. ¿Y tú cómo estás? Me refiero a que ella se vaya.

Se encogió de hombros.

—No sé, nuestra relación se enfrió hace mucho tiempo. Ella fue una madre

correcta, nunca dejó de ocuparse de mí, pero jamás fue una madre muy amorosa. Se quedó sola conmigo e hizo lo que pudo; luego sus fracasos matrimoniales nos fueron alejando... no supo hacer buenas elecciones y yo no aceptaba a sus parejas, aunque en realidad sólo me tocó convivir con una de ellas. Mis malas decisiones nos distanciaron aún más, pero... te mentiría si te dijera que no esperaba que... no sé... yo no la culpo, pero... todo lo que me pasó fue por ella, y ahora que lo sabe sólo piensa en alejarse de mí; estoy embarazada, voy a tener un hijo, y creí que ansiaría estar a mi lado.

—Shh, no te pongas triste, no creo que sea porque no te quiere. Simplemente tiene su vida hecha en Detroit, ha vivido siempre allí y lo añora. Seguro que vendrá de visita cuando el bebé nazca.

—Los meses que ha estado aquí nos hemos visto tan poco... Si yo no la llamo, ella no lo hace. Tal vez estoy siendo injusta, pero esperaba recuperar a mi madre; sin embargo, no lo he hecho.

—Estás sensible cariño, el embarazo te tiene así; no es tan grave como lo pintas.

No podía decirle que también me enojaba el desapego de su madre, no ganaba nada con mortificarla más.

Dieciséis

Nicole

Desperté temprano; bueno, en realidad las náuseas lo hicieron.

Aún permanecía tumbada, adormilada, maldiciendo y esperando a que en cualquier momento sonara la alarma de mi móvil. Desde que estaba embarazada sólo pensaba en echarme una siesta, así que había empezado a odiar ese aparatito que me avisaba de que era hora de levantarse. De cualquier forma, las muy asquerosas arcadas interrumpieron mi holgazanería, haciéndome saltar de la cama para ir a rezarle al váter, como casi todas las mañanas.

Luka se despertó por mi intempestiva salida, también como casi todas las mañanas, y ahí estábamos en ese momento, exhaustos después de echar un polvo en la ducha; mi coño había sido debidamente mimado, ya que él sabía muy bien cómo hacerme olvidar un mal despertar.

Era concluyente: nuestras mañanas mejoraban considerablemente allí, bajo el agua... pero ahora era tiempo de moverse o llegaríamos tarde al trabajo.

* * *

—¿Qué haces? —me preguntó Luka cuando entró en el vestidor.

Yo estaba en ropa interior —no había conseguido vestirme—, con las piernas abiertas de espaldas al espejo y espiando a través de éstas, para ver el tamaño de mi culo e imaginarme lo que él veía cuando me ponía a cuatro patas; desde hacía un tiempo ésa parecía ser su posición favorita.

Siempre había creído que mi tigre era un hombre de tetas, pero evidentemente ésta era su nueva deidad; últimamente adoraba mi trasero y le daba atenciones especiales.

—Estudiando el tamaño de mi culo. Creo que está creciendo demasiado rápido y empieza a verse desagradable.

—A mí no me lo parece, todo lo contrario. Está cada vez más apetecible.

—Tú eres partidario de mi culo porque tengo relaciones sexuales contigo, pero estoy preocupada porque cada vez se ve más... grandioso.

—Exacto, has dado en el clavo —dijo de pie junto a la jamba de la puerta del vestidor, con una mano en el mentón y las piernas cruzadas—: *grandioso* es la palabra adecuada. —Sonrió de esa forma que decía «soy enfermizamente *the Best*».

—Pervertido.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¡Qué vergüenza! —fingió sentirse apenado, y se tapó el rostro, pero espiando a través de los dedos—. Creo que has descubierto que mi posición favorita es la *doggy style*.⁵

Me cubrí la boca, simulando también sentirme horrorizada.

—Lo más triste de todo —señalé la pila de ropa en el suelo que acababa de probarme, sujetadores, blusas, faldas, pantalones—, ya no me entra nada.

—Creo que alguien debería ir de compras. Tómate el día libre.

—Parece que tengo cierta ventaja con eso de ser la que se acuesta con el jefe, además de poseer una extensión de su tarjeta de crédito a mi nombre, por supuesto.

—Aquí soy sólo tu pareja, así que búscate una excusa creíble para darle a tu superior, porque no creo que acepte saber que no vas a trabajar porque has decidido irte de compras. A ver cuán ingeniosa eres.

—Gruñón, deja de hacerte el duro, que acabas de darme permiso para faltar. —Me acerqué y me colgué de su cuello; de inmediato, envolvió mi cintura con sus brazos, bueno, en fin, donde se suponía que estaba—. Pero no lo haré, hoy tenemos reunión con los ingenieros del proyecto de biomasa y luego tengo una con la jefa de recursos humanos corporativa.

—Pero necesitas ropa, no puedes ir así a trabajar.

—Estaba pensando que tal vez podrías ponerme en contacto con tu *personal shopper*, tu asesor de imagen; sé que tienes uno.

—Me había planteado ofrecértelo, pero recordé que te habías divertido yendo de compras con tus amigas y no quería que volvieras a decir que pretendía encerrarte en una urna de cristal.

—¿Quiere pelea, señor Bandini?

—No, cariño, sólo te lo explico para que veas cuánto me esfuerzo, y también para que te des cuenta de que sí te escucho.

—¿Usarás las palabras en mi contra?

—¿En tu contra? Jamás, cielo; los miembros de las parejas no son contrincantes, luchan en el mismo bando, y nosotros luchamos codo con codo para conseguir un equilibrio en nuestra vida en común.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que sea, deja de burlarte de mí. Seguiré buscando algo que ponerme, porque en bragas no puedo salir de casa.

—Iré a levantar a Mila. Celeste ya ha llegado y está preparando el desayuno. Por cierto, habla con ella a ver si puede quedarse la semana que estaremos en Londres; si no, habrá que ver cómo arreglamos ese asunto... Ya te dije que lo que necesitábamos era contratar a una persona a tiempo completo.

—¿Te vas a pasar la mañana resaltando mis desaciertos? Me gusta Celeste, quiero que continúe con nosotros; además, ella y Mila se llevan de maravilla, y lo más importante es que la trata muy bien, y encima es muy sensata y educada. Siempre podemos buscar a alguien para cuando estemos fuera. Para colmo, mi madre, que está empeñada en irse, podría ser de ayuda en vez de complicar las cosas.

—Necesitamos a una persona de confianza a la que Mila esté adaptada, no a alguien temporal. En fin, lo dejo en tus manos, pues no quiero ser un mandón que impone su voluntad, tal como me describiste hace unos días.

—Tener a una niñera interna no sirvió de nada: resultó ser una traidora que abusó de tu confianza.

—No creo que eso tenga que ver con que estuviera o no a tiempo completo, fueron otras las circunstancias. Ve a cambiarte o se nos hará tarde, iré a despertar a Mila.

—Tal vez pueda hablar con Poppy. Estoy segura de que estaría encantada de echarnos una mano, y tiene buen *feeling* con Mila.

—Mientras no monte un *tuppersex* en casa mientras no estamos...

—Es un emprendimiento decente. Poppy es una persona muy inteligente, sólo que no ha tenido suerte en su profesión. En realidad tuvo una mala experiencia: se enredó con un compañero de trabajo y por eso tuvo que dejar su empleo; por tal motivo dice que con este negocio no corre riesgos, ya que trabaja sola; lo pasó muy mal, pues estaba enamorada del bastardo que la engañó.

»Las ventas, en su página web, le van de maravilla. Como es licenciada en publicidad y marketing, su fuerte está en la comercialización del producto a través del posicionamiento web.

—Me has dicho que hoy tienes una reunión con la jefa de recursos humanos de Bandini, tal vez haya un puesto para ella en la empresa, ¿por qué no se lo comentas? Eso no impide que pueda seguir con su emprendimiento. También puedes hablar con Kevin, él es el encargado del departamento de marketing.

—Oh, ¿en serio? Sería fabuloso conseguirle a Poppy un empleo en nuestra compañía. —Me moví para colgarme de su cuello y besarlo con ímpetu—. Gracias.

—Yo no he hecho nada, pero, si la recompensa son tus besos, dime qué debo decir para recibirlos a montones.

—¡Cómo si escatimara en dártelos!

Me palmeó el culo.

—Pongámonos en movimiento o llegaremos tarde de verdad.

* * *

Miré la hora, definitivamente se me había hecho tarde en la reunión con la jefa de personal. Ésta sería la encargada de reclutar a los empleados para la planta de biomasa y, como no eran puestos sencillos de cubrir, necesitaba que estuviera al tanto de los requisitos indispensables, para que fuera entrevistando a la gente que más tarde se tendría que incorporar.

Estaba segura de que Joss, Chiara y Poppy ya me estaban esperando en el vestíbulo del Bandini Heart, puesto que habíamos quedado para comer juntas. Revisé mi móvil; no tenía mensajes suyos. Era bastante raro, así que llamé a Aos.

—Aos, como sabes, saldré a almorzar con mis amigas, pero voy con retraso. ¿Podrías facilitarles el acceso al edificio, para que no se queden esperando en el vestíbulo?, aunque creo que todavía no han llegado.

—Acaban de hacerlo ahora mismo; yo me encargo, señorita Nicole.

—Muchas gracias. Aos, discúlpame tú también por el retraso.

—No se preocupe por mí, es mi trabajo.

Miré a mi alrededor; estaba feliz de haberme reincorporado al trabajo, sentía por primera vez que lo que hacía reavivaba algo dentro de mí que no había sentido en demasiado tiempo, una sensación de disparo de adrenalina constante.

Transcurridos unos cuantos minutos, no hizo falta que Madisson me avisara cuando llegaron mis amigas, pues las dobles puertas de mi oficina, que ya estaban debidamente colocadas en su lugar, eran de espejo unidireccional y, por

supuesto, a prueba de balas; una ocurrencia de Luka, sin duda a consecuencia de lo que vivimos, para que pudiera estar alerta de lo que pasaba fuera y que nada me tomara por sorpresa. En cuanto las vi, destrabé las puertas para dejarlas entrar.

—Guau... —exclamó Poppy de inmediato—. Te has quedado con una oficina enorme, tiene sus beneficios follarse al CEO de las empresas; el grandullón te mimas, no cabe duda de eso.

Las cuatro reímos.

—Aún no está terminada, pasad. —Nos saludamos con un abrazo de grupo.

—Lamento no poder ofreceros mayor comodidad, pero, como veis, aún no tengo muebles, esto está a medio concluir. El caso es que nos hemos mudado de planta, tras el atentado, por razones de seguridad.

—Definitivamente este edificio es un ejemplo de sostenibilidad. Siendo la ingeniera a cargo de medio ambiente, seguridad y riesgo de la compañía, deberías convertir este sitio en un espacio literalmente verde.

»Si yo tuviese que decorar este despacho, esta pared la haría toda verde, con plantas, y utilizaría piedras y madera rústica para revestir la carpintería de los ventanales. Por el contrario, esas paredes las dejaría en cemento... Si cierro los ojos, puedo imaginar el resultado.

—¿Te animarías a decorarla, Chiara? Sé que conseguirías crear para mí el espacio de trabajo que me hará sentir identificada con él.

—Me encantaría, Nic, pero estoy segura de que la constructora tiene sus propios expertos en interiorismo; de hecho, todo está ideado para que tenga ese aire verde, así que estoy convencida de que así es.

—Seguramente Maverick los tiene —a Joss le cogió un ataque de tos cuando mencioné su nombre, parecía que se había ahogado con la saliva, y Poppy le palmeó la espalda.

—¿Qué tiene que ver Maverick con este edificio? —preguntó.

—¿Cómo?, ¿nunca os he contado que su empresa constructora fue la encargada de levantar este edificio? Este proyecto lleva la firma de Maverick O'Brien desde sus entrañas.

—Claro, es arquitecto —acotó Chiara, mientras Joss permanecía en silencio, bebiendo grandes sorbos del botellín de ginger ale⁶ que traía consigo.

—¿Estás bien, Joss? —inquirí; se la veía un poco demacrada.

—Me duele la cabeza y la barriga; he estado con vómitos, creo que me cayó mal la comida que nos dieron durante la sesión fotográfica, porque una

compañera está igual que yo. Por eso estoy tomando esto —levantó el envase—; me dijeron que es bueno para el estómago. La verdad, he venido porque no quería daros plantón.

—Oh, sin duda eso te aliviará, a mí me ayuda mucho con las náuseas.

—¿Náuseas? —planteó inquisitiva Poppy, y me di cuenta de que acababa de meter la pata. Sentí cómo se me enrojecían las mejillas mientras las tres me miraban expectantes, a la espera de que continuara hablando.

—Dios mío, pero si eres más fácil de leer que las páginas de un cuento infantil —soltó Poppy cubriéndose la boca, y me abrazó derramando alguna que otra lagrimilla—. Lo lamento, estoy un poco emotiva, es que estoy en mis días de SPM⁷ y este mes me ha dado por la sensiblería, no me hagáis caso.

—Entonces, ¿es lo que estamos imaginando? —preguntó Chiara, y asentí con la cabeza. Sin poder contener la emoción, también dejé que mis lágrimas empezaran a correr por mi rostro.

Mis amigas me abrazaron y luego tocaron mi vientre, aunque éste aún estaba plano.

—¿De cuánto estás? No puedo creerlo, ¡seremos tías! —acotó, entusiasmada, Chiara.

—De once semanas. Pensábamos organizar una comida con vosotras y los amigos de Luka cuando entrara en la duodécima semana, para contároslo a todos a la vez.

Poppy me abrazó con fuerza y de inmediato se mostró muy afectada por los golpes que yo había recibido, la reacción que todo el que se enteraba tenía en el primer momento.

—Es un milagro que todo esté bien —les expliqué—; los golpes que recibí en el atentado no han afectado al bebé, por fortuna todo está normal.

»Cambiando de tema, tengo otra buena noticia.

—¿No me digas que debemos ir preparando los vestidos de damas de honor? ¿Cuándo te casas? —intervino Joss, dando por sentado que ésa era la buena nueva.

—No es eso.

—¿No? ¿El grandullón no te ha pedido adelantar la boda?

—No será todavía —les informé sin entrar en más detalles; no quería que comenzaran a regañarme por no creerme digna de llevar el apellido de Luka.

Aunque lo estaba trabajando con la doctora Carter, todavía me repetía a diario que debía creer que era merecedora del amor que él me ofrecía, como

retribución justa del amor que yo también sentía por él, mi pasado siempre levantaba la cabeza, cerniéndose sobre mí como una amenaza.

—Es otra cosa —me apresuré a explicar—. He tenido una reunión con la jefa de recursos humanos y le hablé de tu experiencia laboral —cogí a Poppy de las manos—; le pedí que, cuando hubiera un puesto que cuadrara con tus conocimientos y preparación, te tuvieran en cuenta. Luego también hablé con Kevin, el cuñado de Luka y el gerente comercial de marketing en la compañía, y me ha dicho que te llamará para hacerte una entrevista.

Oh, Dios, parecía que había abierto las compuertas del río Rogue, en Míchigan. Joder, en vez de alegrarse y reír, no paraba de llorar.

La abracé y tratamos, entre todas, de confortarla.

—No puedo creer que después de tanto tiempo se me presente la posibilidad de conseguir un empleo enfocado en publicidad y marketing.

—Estoy segura de que lo conseguirás, pero ahora no llores más, Poppy, y disfruta el momento. Cree tú también, recordad nuestro lema —dijo Joss mientras buscaba en su escote una de las cuatro cadenas con colgante que ella misma nos había regalado.

—Bien, volviendo a la decoración de la oficina, no creo que haya ningún problema si pido que seas tú quien se encargue de llevarla a cabo. Como bien ha dicho Poppy, hay ciertas ventajas al acostarse con el jefe.

—¿Qué ventaja esperas conseguir de mí?

Luka había entrado por la puerta que comunicaba nuestros despachos.

—¿Estás dispuesto a ceder? —le dije siguiéndole el juego, haciendo un esfuerzo por no cohibirme al hablar de nuestra intimidad frente a mis amigas.

—Primero debería saber lo que tú darás a cambio.

—Buscaos una habitación —dijeron mis amigas al unísono—. Holaaaa.

—Estamos aquí, por si no os habéis enterado —añadió Chiara.

Luka y yo nos besamos, ignorándolas, hasta que por fin nos apartamos para prestarles atención. Cada día me sentía más cómoda junto a él, empezaba a percibir que estaba superando mis aprensiones a demostrar en público lo mucho que nos amábamos.

—Parad con tanta dulzura, empalagáis —acotó Joss.

—Bien, aún no me has dicho lo que esperas conseguir a cambio de tus favores sexuales.

Lo palmeé en el pecho.

—Me gustaría que Chiara se encargara de la decoración de mi despacho.

—Háblalo con Maverick, no creo que haya ningún problema.

Luka frunció el ceño y clavó la vista en Poppy.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella asintiendo con la cabeza—. Me ha emocionado que Nicole me dijera que tendré una entrevista de trabajo en tu empresa para el área de comercialización.

—Ahhh... —Luka me tenía abrazada—. ¿Has hablado con Kevin? — indagó.

—Sí, cariño, ya le he pasado todos los datos de Poppy.

—Muy bien, a ver si te conseguimos un trabajo más normal que tus reuniones de *tuppersex*.

—¿Qué tienes contra mis *tuppersex*? Hace dos años que me dan de comer. Además, no te creía tan pacato, Bandini, y deberías hacerle unos regalitos a tu mujer, y probar de incluir algunos juguetes en el menú sexual de la pareja; ni te imaginas lo que esos aparatitos ayudan para no caer en la monotonía.

—No tengo nada en contra de tu trabajo, pero convendremos en que no es un trabajo convencional, aunque no niego que, hoy en día, ya no es tabú admitir que los consoladores, vibradores y demás accesorios forman parte de la vida sexual de la gente. Tal vez me haya expresado mal y, si Nicole alguna vez considera que necesitamos juguetes, no me importará agregarlos a nuestras prácticas sexuales como complemento.

—Pues deberíais.

—Poppy... ¿estás intentando hacer negocio con nuestra intimidad?

¿Estábamos realmente manteniendo esa conversación delante de Luka? Sí, lo estábamos haciendo, y mis mejillas ardían.

—¿Qué tiene de malo? Sólo intento ayudaros a que lo paséis bien.

—No necesitamos tu ayuda —afirmé rotundamente. Era evidente que mi amiga estaba orgullosa con su emprendimiento y no se ruborizaba por el hecho de vender juguetes sexuales, Joss y Chiara no dejaban de reírse por mis caras. Ya sé, después de haber sido objeto sexual de muchos hombres, lo lógico sería que no me avergonzara de nada, pero para mí el sexo no había sido algo que formó parte de mi vida de manera natural, sino que había sido forzada, así que hablar de sexo y ser tan liberal como mis amigas me costaba mucho; tal vez yo sí era un tanto pacata en ese tema, aunque, según la doctora Carter, no lo era.

Simplemente me costaba asimilarlo como un acto cotidiano, debido a que había anhelado tanto que fuera un proceso íntimo que ahora guardaba esa parte de mi vida con muchísimo recelo.

—Nicole, deja de ruborizarte. Ser aventurera no es ser inmoral y Luka no creerá que lo seas porque mantengamos esta conversación delante de él. —Joss se rio mientras me lo decía, y Luka me apretó un hombro y besó mi sien.

—Nena —acotó Chiara—, si con tu Thor eras feliz, ¿de qué te avergüenzas? ¿Aún no has conocido el martillo de Thor de Nicole, Luka?

¡Mierda!, las tres sabían perfectamente cuál había sido el final de mi Thor, resultaba evidente que se estaban burlando de mí y de Luka.

Por supuesto que él se dio cuenta de que estaban tomándole el pelo, así que se rio. Aunque yo sabía que estaba disimulando, ya que ese temita no lo tenía superado del todo, puesto que relacionaba mi vibrador con Brock.

—¿Quién no tiene un vibrador en el cajón de la mesita de noche? —dijo Joss, y añadió—: Éstos no te traen ningún tipo de problema ni contratiempo, siempre están disponibles y al alcance de la mano y, lo más importante, no te rompen el corazón. Por el contrario, te dejan muy satisfecha. ¿Aún tienes a Thor, Nicole?

—Basta ya, esta conversación se ha ido al garete. —Era mejor que las frenara o pronto dirían cosas más absurdas; mis tres amigas no tenían filtro y, si las dejaba a su aire, sólo Dios sabía lo que serían capaces de decir.

—Reconduciendo el tema —señaló Luka, era muy hábil evadiendo situaciones—, lo que antes he querido decir, Poppy, es que sería estupendo darte la posibilidad de optar a un trabajo donde puedas dedicarte a tu profesión... aunque creo que, de todas formas, en lo que haces implementas tus conocimientos, pero, bueno, un sueldo fijo todos los meses, en el que no influyan las ventas para conseguir subsistir, creo que te daría cierta tranquilidad económica.

—Oh, por supuesto, Luka, y os lo agradezco.

—Bueno —mi tigre se apartó de mí y se fregó las manos—, sé que estabais a punto de salir a almorzar y he venido a invitaros a comer con nosotros... si os apetece, claro. En mi despacho están Drake, Maverick y Spencer, y vamos a pedir comida. ¿os apuntáis? Es que, la verdad, no tengo tiempo para un almuerzo fuera del Bandini Heart.

Mis amigas accedieron a la invitación de Luka.

Se oyeron dos golpes en la puerta que comunicaba nuestros despachos y, de

inmediato, Maverick asomó la cabeza.

Advertí como se miraron él y Joss; los ojos de Maverick, aunque quiso disimular, cayeron en la boca de Josephine... fue breve, pero lo vi, y él supo que lo había pillado. Por otra parte, nunca había visto ruborizarse a mi amiga ante la mirada de nadie, y que lo hiciera en ese caso me llamó la atención, pero Mav raudamente desvió la vista, interrogando a Luka para saber lo que haríamos.

—Ya vamos —contestó éste y nos invitó a trasladarnos a su oficina.

No era ningún secreto que los amigos de Luka y mis amigas se sintieron atraídos desde que se conocieron. Sin embargo, Chiara, Joss y Poppy habían coincidido en que ninguno era material ni para pasar una noche; sin embargo, no negaron que todos debían de ser una muy buena cita caliente, y recuerdo que hasta bromearon sobre cómo se los imaginaban en la cama, pero también concluyeron que a la vista estaba que se trataba de esos hombres de los que uno debe huir si quiere mantener el corazón intacto.

Se hicieron dos grupos durante la comida: ellos por un lado, inmersos en su conversación, y nosotras por el nuestro, parlotando de lo que nos interesaba. Luego Luka y yo nos esforzamos por integrarlos a todos, pero los seis se veían tirantes y, aunque no lo dijimos abiertamente, nos extrañó la distancia, que era muy palpable en el ambiente.

En realidad se trataba de una situación hasta un poco descabellada, si se quiere decir así, puesto que no hacía mucho todos se habían unido, confabulando para que nosotros pudiéramos volver a estar juntos. Así que, para sortear el momento, aprovechamos para hablarles de mi embarazo.

—¿Os casaréis?—preguntó Chiara.

—De hecho, como sabéis ya le había entregado un anillo, que planeo reponerle muy pronto, puesto que se lo robaron durante el secuestro. —Me retorcí en su abrazo—. Al enterarme de lo del bebé, le he dicho que quiero adelantar la boda —me miró a los ojos apartándome de él y me besó en la punta de la nariz—, pero Nicole prefiere esperar. Yo no estoy de acuerdo, pero todavía no nos hemos sentado a hablarlo. Han pasado muchas cosas a la vez, y estoy aguardando a que nuestra vida vuelva a la normalidad, pero ya le he dicho que me gustaría que lo hiciéramos antes de que nazca nuestro hijo —explicó Luka.

Mis amigas me estaban mirando con el ceño fruncido, seguramente conjeturando por qué lo rechazaba.

—Nunca pensé que escucharía a Luka Bandini diciendo esto —intervino Drake, sin levantar la vista de su teléfono; así se había pasado todo el almuerzo,

mensajeándose con alguien y riéndose de lo que leía.

—No entiendo qué te asombra tanto. —Sorprendentemente contestó Poppy, sonando muy irónica—. ¿Que alguien quiera comprometerse y vivir una vida normal para ti es anormal? Suenas patético; Luka y Nicole son afortunados por tenerse el uno al otro; tú eres quien debería lamentar no contar con un amor incondicional como el que ellos se tienen.

—Veo que tus esfuerzos por ser más sosa están funcionándote muy bien. —Drake levantó la vista de la pantalla de su móvil y miró desafiante a Poppy—. ¿Alguna vez has considerado que algunos somos muy felices con la vida que tenemos? —Chasqueó la lengua—. Ya sé, lo que ocurre es que, como tú no lo eres, envidias la de tu amiga.

—¿Cómo te atreves a decirme que envidio a Nicole? Tú no sabes una mierda, ella se merece cada cosa buena que le pase.

—Ésa es la primera cosa coherente que has dicho desde que te sentaste ahí, Mary Poppins. —La llamó como el personaje de fantasía de Disney para burlarse de su nombre—. Cada uno tiene lo que merece, y por eso yo merezco todos los coños que me como a diario.

Maverick festejó las palabras de su amigo chocando con él la mano y diciendo:

—Bendecidos sean los coños que están dispuestos a fregarse en nuestra cara.

Ambos rieron, celebrando su forma de vida. Spencer intentó contener la risa; él era el más sosegado, aunque opinaba que a ese hombre lo rodeaba un halo de misterio, algo oculto; además, aunque fuera menos demostrativo, sabía perfectamente que él era el proveedor de coños de sus amigos, ya que en su *nightclub* era donde a menudo los conseguían.

—No es que tu elección me parezca desacertada, Luka; por el contrario, te admiro por tener el valor que tienes de atarte sólo a uno. Pero ¿qué quieres que te diga, amigo? —Maverick le palmeó la espalda a éste—. No creo que sea el caso de ninguno de nosotros tres, sería muy aburrido.

—Eso lo decís ahora porque no ha llegado a vuestras vidas la persona que os haga pensar diferente. El día que así sea, os recordaré esta conversación.

—Nosotras nos vamos —anunciaron mis amigas mientras se ponían de pie.

—Nosotros también —dijeron ellos.

Nos despedimos y Drake, que estaba muy ácido con Poppy, se apresuró a acercarse a ella antes de que ésta saliera del despacho y le susurró algo al oído

que el resto no pudimos escuchar. Lo que fuera que le dijo provocó en mi amiga una reacción desmesurada, pues le estampó su maletín en la cabeza.

La escena fue realmente hilarante, puesto que el maletín se abrió y los consoladores, vibradores y juguetes sexuales volaron por el aire. Me cubrí la cara, porque algunos habían saltado fuera del despacho de Luka, donde Max estaba sentado.

—Mira lo que me has hecho hacer. ¡Idiota!

—Eres una perra psicótica.

—Y tú, un esnob apestoso.

Mientras ellos no dejaban de discutir, entre todos empezamos a juntar los trastos desperdigados. Maverick, que tampoco tenía filtro, se quedó mirando un vibrador en cuya caja aparecía el nombre de Iron Man.

—Joss, toma. —Le arrojó el juguete y ésta, por instinto, lo cogió al vuelo—. Es un regalo de mi parte, ahora lo arreglo con Poppy. Cuando te preguntes cómo es estar conmigo, sólo tienes que ir a por él.

Joss se lo lanzó a la cabeza y salió pisando fuerte mientras éste se desternillaba de risa.

Luka y yo acabamos de recogerlo todo rápidamente, mientras Spencer intentaba llevarse a Drake, y Chiara, a Poppy.

—Tu coño seguramente está frígido por tanta goma que le metes.

—Y tu polla en mal estado por meterla en cualquier lado.

Nos miramos con Luka, sin comprender cómo todo se había ido a la mierda de esa manera. Finalmente, ambos se quedaron callados y me acerqué a Poppy para entregarle el maletín y que se fuera.

—Perdone, señorita —intervino Max, sorprendiéndonos—... esto se le quedó en mi escritorio.

Joder, el hombre sostenía un consolador de goma en color rosado que parecía un macuto por lo grande que era, y realmente resultaba muy gracioso verlo con él en la mano, tendiéndoselo a Poppy para entregárselo. Ésta lo agarró por la otra punta, y fue en ese instante cuando ninguno aguantó más y empezamos a carcajearnos sin poder parar, apretándonos el estómago e intentando recobrar el aliento, pero parecía imposible dejar de reír.

Diecisiete

Nicole

—Cariño.

La voz de Luka siempre provocaba un descontrol hormonal en mi cuerpo, así había sido desde la primera vez que le presté atención en el Palace. Con esa voz ronca y profunda y esa actitud dominante que lo caracterizaba, elegante, varonil y seductora, me dejaba siempre sin aliento cuando se dirigía a mí, en el lugar y en la situación que fuera que nos encontráramos.

—¿Quería saber si tienes algo que hacer después de que recojamos a Mila en el colegio?

—Ir a casa contigo y disfrutar de un masaje de pies que me darás mientras nos relajamos en la bañera, sumergidos en un baño de espuma.

—Mmm, Nicole, eso suena increíble, pero te recuerdo que primero debemos esperar a que Mila se duerma para no sufrir ninguna interrupción.

—Lo sé, pero tu cuerpo húmedo y duro fue la primera visión que ha venido a mi mente al oírte llamarme *cariño*. Las embarazadas a menudo tenemos antojos, y tú últimamente eres el mío. —Oí cómo se le escapaba un gemido; me encantaba saber que yo también desataba en él sensaciones incontrolables, sólo con unas cuantas palabras susurradas.

Los dedos de mis pies se encogieron y una electricidad recorrió mi columna vertebral al imaginarlo con la boca entreabierta; seguramente su polla también estaba en alerta tras escuchar mi insinuación y me imaginé pasando mi mano por su abultada bragueta. Joder, las hormonas del embarazo me tenían cachonda y excitada todo el tiempo; apreté las piernas y me aferré a mi mesa; los dedos de la mano hormiguearon mientras cogían la madera.

—Nicole —su voz pronunciando mi nombre me trajo nuevamente a la realidad—, dime, ¿tienes algo que hacer?

—Besarte durante todo el camino hasta el colegio, aunque eso ruborice a Aos. ¿Qué te parece ese plan? Es más inmediato que esperar a que Mila se duerma.

Me sobresalté al notar que mi silla giratoria se volteaba; me llevé la mano a la boca y bajé mi móvil.

—¿Qué haces aquí? —pregunté siendo pillada.

Luka me cogió de la mano para ponerme de pie y, de inmediato, impactó un beso devorador en mi boca. Cuando se apartó, lo miré desconcertada y sin aliento.

—¿Por qué esperar a llegar al coche, si sólo tengo que cruzar la puerta para consentir tus deseos? —me explicó.

Tomándome por las nalgas, me apretó contra su pelvis; su bragueta estaba dura y abultada, tal como la había imaginado segundos atrás.

Recogió mi falda y me tocó sobre las bragas.

—Agggs, mojada y preparada como me había imaginado.

Apartó la tela y deslizó uno de sus dedos mientras yo me aferraba a su cuello.

—Estamos en la oficina, Luka. —Miré sobre su hombro, sintiéndome expuesta. Fuera de mi despacho, tras el cristal unidireccional, podía ver trabajar a Max y Madisson en sus mesas.

Luka siguió mi mirada a la vez que movía sus dedos dentro y fuera de mí.

—Sabes que no pueden vernos, así que no hay de qué preocuparse.

Joder, ahora empezaba a entender otro de los motivos por los cuales Luka se había encaprichado en poner ese tipo de cristal en la entrada de mi despacho.

Me movió hacia la esquina de la mesa y, sentándome sobre ésta, abrió mis piernas. Los muslos me temblaron de expectación. Metiéndose en el hueco que formaban en bienvenida, las levantó y las enroscó a su alrededor; luego me cogió por la coleta y su mirada intensa y cegadora me traspasó. Mordisqueó mis labios... y todo sucedió rápidamente y sin pensarlo, como era siempre que el deseo nos invadía, descontrolado, intenso, de forma natural. Percibí el ruido procedente de su ropa y supe que su otra mano trabajaba para abrir su bragueta.

—¿Esto es lo que querías, verdad? Querías mi carne, ¿no es cierto?

Volví a mirar hacia fuera sintiéndome aún más expuesta, pero extrañamente no me importó; entrecerré los ojos y dejé escapar un gemido, asintiendo; estaba a punto de ser follada sobre el escritorio y jamás creí que me excitaría tanto pensar en que podían vernos.

El sudor perló todo mi cuerpo cuando sentí la punta de su polla alineada en mi entrada. Bajé la vista para ver cómo se enterraba, y volví a gemir descontroladamente. «¿Qué está haciendo este hombre conmigo?», no pude

evitar preguntarme.

A su lado me sentía como nunca había querido ser, con él todo ocurría de manera contraria a lo que siempre había repudiado... quería ser su puta particular y que me deseara a cada rato. Maldición, ya ni siquiera yo misma me entendía; no aceptaba casarme con él porque me sentía menos, pero a la vez no me importaba que él hiciera con mi cuerpo lo que quisiera. «Deja de pensar», me insté.

—Mírame —me ordenó, y su voz volvió a hacer estragos en mí.

Se enterró profundamente y volvió a preguntarme.

—¿Esto es lo que necesitabas?

Miré hacia fuera por enésima vez y ni yo misma reconocí mi voz, pues sonó ronca, desesperada.

—Muévete, jódeme ahora mismo, Luka, bombea dentro de mí.

Empezó a moverse, resoplando, enterrándose una y otra vez, con una mano sosteniendo mi muslo y la otra mi nuca. Lentamente volví mi mirada hacia él para centrarme en su bello rostro; su frente estaba perlada por el sudor y sus ojos se veían demasiado oscuros. Sin hablar, ambos miramos hacia fuera de mi despacho para ver lo que allí ocurría, el movimiento que tenía lugar en el exterior... era como estar follando con público. Era perverso y obsceno, era caliente, intenso y enloquecedor. Apreté su nuca y abrí las piernas, apoyándolas en el borde de la mesa, exponiéndome más a él, toda mi intimidad exhibida para mi lujuria y la suya. Comencé a tensarme alrededor de su gruesa y larga polla; el momento se acercaba, mis entrañas temblaban y se quejaban, ansiosas por liberarse.

—Dios, cómo amo que tu coño me abrace así, nena. Cómo amo tu coño alrededor de mi verga.

Nos regalamos una mirada intensa, y su nombre se escapó de mi boca como en una letanía.

Absorbió mi excitación en un beso y rotó las caderas para tocar el sitio exacto que siempre me hacía estallar.

Grité ahogadamente en su pecho, y él me tiró la cabeza hacia atrás para que lo mirara.

—Hermosa, perfecta y toda mía —dijo enterrándose cada vez que hablaba. Su potente descarga bañaba mi interior en cada estocada, y nos corrimos juntos, tocando el cielo con el alma.

Me llevó a cuestas hacia el baño, donde salió de mí; allí, me apoyó sobre el

lavabo, humedeció una toalla y me limpió. Luego depositó un beso en el interior de mis muslos. Me bajó en silencio y a continuación me quitó la ropa interior, que estaba empapada, y se la guardó en el bolsillo. Se sonrió.

—Sé que te resulta incómodo andar con las bragas mojadas.

Asentí, dejándome cuidar; acomodó mi blusa, me bajó la falda y besó mi frente. ¡Mi frente! Hasta eso me parecía erótico.

Luego se aseó mientras yo lo observaba.

—Deja de mirarme así, o la polla no se me bajará.

Se me escapó una risita y me cubrí la cara.

—¿Qué vas a pensar de mí? Juro que no entiendo por qué quiero follar a cada rato, creo que son mis hormonas, descontroladas por el embarazo.

—Pues, por lo que dicen, por lo general las mujeres embarazadas pierden el deseo sexual en los primeros meses, por suerte no es tu caso. Sólo a algunas les ocurre lo que te pasa a ti, así que me siento sumamente afortunado. ¿Más aliviada, cariño?

Asentí, sonrojándome.

Levantó la cremallera de su pantalón y se arregló los faldones de la camisa, acomodándola dentro de éste. Luego, enjaulándome con sus brazos a mis costados, se apoyó en el lavado.

—Estoy para complacerte, siempre. Pero esto es mutuo, ya que yo también te deseo, a cada instante. Tú también me complaces a mí, Nic. Y no te atrevas a disculparte ni a empezar con la estupidez del autodesprecio.

Quise hablar, pero no me dejó: plantó un beso, y otro, y otro, y otro en mis labios; Luka siempre parecía leer mis pensamientos, ¡jodido hombre, que sabía lo que yo sentía antes de que tuviera oportunidad de decirlo!

—Volviendo a lo que te había preguntado, ¿tienes algún plan para después del trabajo?

—No —contesté sin dejar de mirarlo embobada.

—Bien. Me ha llamado Charlie, para advertirme de que a las siete iré a casa.

—¿Charlie? —pregunté desconcertada.

—Mi personal shopper.

—Ah...

—Me llevará la ropa que le pedí para el viaje a Londres, y también llevará ropa para Mila, aproveché para comentarle de ti. Así que, como te ha visto en vídeos y en fotos junto a mí, llevará algunas cosas para que te las pruebes; le dije

que tuviera en cuenta que estás embarazada.

—Me parece genial. Gracias por recordar lo que te pedí.

* * *

Me secaba el pelo, tras darme una ducha, en el momento en el que el timbre sonó.

Luka también lo había hecho, pero él ya estaba cambiado; se había puesto un pantalón vaquero y una camiseta negra ajustada que marcaba muy bien las ondulaciones de su torneado cuerpo.

Se echó perfume, miró la hora y me dijo:

—Debe de ser Charlie; termina de arreglarte tranquila mientras se ocupa de mí.

Me cogió por el mentón, dejando un beso sobre mi boca, y salió de nuestra habitación. Oí que llamaba a su hija al pasar por su dormitorio, la niña jugaba allí con *Jor-El*.

—Mila, seguro que es Charlie. Ha traído ropa para que te la pruebes. Baja, por favor.

—Ya voy, papi.

Me sonreí, mi perro y ella se habían vuelto inseparables y pasaban juntos casi todo el rato.

Me puse unos zapatos planos, unos *leggings* y una camiseta blanca que acompañé con una camisa de mezclilla por encima de ésta.

Cuando bajé, el desconcierto me invadió. Me quedé aferrada a la barandilla de la escalera al ver a una rubia despampanante con pechos artificiales y del tamaño exacto a los que le gustaban a Luka; su cintura era estrechísima, y su culo y sus caderas, del tamaño que haría salivar a cualquier hombre. Ella se reía con algo que él acababa de decirle mientras ésta pasaba sus manos por la espalda de él, borrando una pelusa o una arruga imaginaria de la camiseta que llevaba puesta.

—Hola —dije con la voz firme, haciendo notar mi presencia. Me sentí una estúpida por haberme demorado, y me sentí insignificante frente a esa mujer que lucía... perfecta de pies a cabeza.

—Hola, cariño. Ven, que te presento a Charlie.

Creo que fruncí el ceño sin molestarme en disimular, ¡lo tonta que había sido al suponer que Charlie era un hombre! Mis mejillas ardieron, tomando conciencia de lo idiota que había sido, pero él parecía no enterarse del cabreo que yo estaba juntando por haberse dejado manosear por esa aprovechada que no perdía oportunidad para meterle mano.

Por el contrario, se mostraba muy animado y cómodo, incluso no paraba de hacer bromas, bromas que ella festejaba riéndose de manera exagerada.

—Hola, Nicole. En fotografías se notaba que eras muy hermosa, pero puedo asegurar que en persona lo eres más. Charlie McKinney, para servirte.

«No soy quien paga, así que no te molestes en adularme más de la cuenta si no quieres que te vomite encima, es suficiente con que te esfuerces por el que posee la cuenta bancaria que cubrirá tus honorarios. ¿Qué color de rubio usas para el tinte?, ¡te ves tan artificial! Deberías cambiar de estilista.

»Y hazme el favor: la próxima vez que vengas, asegúrate de traer puesto un sostén, o al menos una camiseta que no trasluzca tus pezones.

»Por si te interesa, soy más de salado, lo empalagoso me cae mal.»

Mi mente conjeturó decirle todo eso, que a mi entender era lo adecuado, pero me contuve y le sonreí forzosamente mientras le tendía la mano.

Hice una anotación mental: ésa era la última vez que ella se ocupaba de la ropa de Luka. Conseguiría otro *personal shopper*, o bien me empezaría a ocupar yo.

—Iré a buscar a Mila mientras Charlie te enseña lo que ha traído para ti.

—Deja, cariño. —Lo cogí de la mano antes de que se fuera y acaricié su brazo—. Acabo de pasar por su dormitorio antes de bajar y continúa entretenida jugando con *JorEl*; me ha dicho que elija yo por ella.

Con el correr de los minutos, Luka parecía demasiado a gusto con Charlie, tanto que la atendió con mucho afán... No dejó que se marchara y la invitó a cenar, destapó un vino que ellos compartieron y luego trajo una bandeja con frutas y queso. Mila y yo bebimos jugo de arándanos.

* * *

Sería injusto no reconocer que la rubia artificial de proporciones exuberantes poseía muy buen gusto. Todo lo que me había traído para que me probase era hermoso y me quedaba de lujo, al igual que las prendas que había

seleccionado para Mila y Luka; tenía talento en lo que hacía, pero el talento que pretendía desarrollar con Luka era el que no me terminaba de cuadrar.

La niña ya estaba durmiendo cuando se fue. Luka había ido a despedirla a la puerta principal, y fue entonces cuando mi cabreo levantó la cabeza y se irguió, tomando dimensiones espeluznantes.

Sin preocuparme por continuar guardando las formas, le espeté en cuanto regresó:

—¿También le dejabas acomodarte el bulto cuando yo no estaba contigo? Porque se os ve muy cómodos y familiarizados.

Se detuvo en seco al oír las palabras que acababa de escupirle.

—Me parece que te estás equivocando —dijo esbozando una sonrisa descarada.

—Vamos, que sólo tengo cara de idiota, pero he visto perfectamente la naturalidad con la que has dejado que te tocara. ¿Ésta era otra de las que te follabas?

—Cariño, sé muy bien que no se trata de tus descontroladas hormonas por estar encinta, simplemente se trata de que no puedes controlar tus celos. Charlie es una correctísima profesional, que me facilita la tarea de no tener que ir a hacer yo mismo las compras. Punto, ella es sólo eso.

—Deja de burlarte de mí. ¡Me he percatado de que, cada vez que podía, te tocaba!

—Sólo estaba haciendo su trabajo.

—Te has estado burlando de mí todo el tiempo cuando me hablabas de Charlie; me dejaste creer que era un hombre, ¡¿por qué no me lo dijiste?!

—Deja de gritarme y cálmate, estás siendo necia y disparatada.

—Claro, la necia y disparatada soy yo, en vez de ella, que ha aparecido con una camisa transparente y sin sujetador.

—Es la hermana de Spencer.

—Sí, ¡claro!, él se llama Vandervilt y ella, McKinney, y yo me chupo el dedo.

—Tú tampoco tienes el mismo apellido que tenía tu hermana, no veo qué hay de raro en eso.

—Lo raro es que has dejado que te tocara sin tenerme un mínimo de respeto; yo no pintaba nada aquí... Aún no entiendo cómo me he aguantado y no me he largado, dejándoos solos para que pudieseis dar rienda suelta a vuestros deseos.

De pronto empezó a reírse a carcajadas y no podía parar de hacerlo. Tenía unas tremendas ganas de tirarle algo duro a la cabeza, y juro por Dios que estaba batallando para no hacerlo, pero él se esforzaba en ser un idiota y yo estaba por perder todos los estribos.

—Nicole —dijo cuando detuvo su estúpida risa—, estás siendo muy exagerada... y, en todo caso, quien debería estar celoso debería ser yo, porque a Charlie le gustan las mujeres. Es gay.

—¿Y por qué mierda no me dijiste todo esto antes de que llegara?

—Porque... no se me ocurrió. Conozco a Charlie de toda la vida y no imaginé que te pondrías así.

—Vete al cuerno, Luka. Lo he pasado realmente mal todo el tiempo y tú encima te ríes; no te me acerques, estoy muy enojada.

Quiso abrazarme.

—Sal de mi vista, Bandini. Te has burlado de mí todo el rato, lo has hecho a propósito; jamás me comentaste que era la hermana de Spencer, ni me la has presentado como tal... eres un idiota.

—Cuando te he visto tan cabreada, me he enfadado por desconfiar de mí, y ella, simplemente, como me conoce, me ha seguido el juego. No quiero pelear, ha sido una broma, una estúpida broma. Joder, es que tus malditos celos tampoco tienen fin.

—¿Debo recordarte los tuyos cuando te enteraste de que fui a Healthy life con Mila? ¿El nombre *Brock* te recuerda a alguien en particular?

Nos miramos conscientes de que ninguno de los dos iba a ceder. Quiso cogerme por el brazo, pero me solté y pasé de largo, sin detenerme. Estaba molesta; lo que había hecho no estaba bien, me había dejado en ridículo delante de Charlie, a quien yo veía por primera vez. Ambos se habían burlado de mí y me sentía fatal... peor aún que cuando creí que ella coqueteaba con él.

Entré en el dormitorio que compartíamos, cogí una manta y me acosté en el sofá del vestidor; no tenía ánimos para dormir con él esa noche, estaba muy cabreada y dolida.

Me quedé mirando el techo; me sentía angustiada, rodeada de tantas cosas que olían a él. Al rato lo oí entrar en el dormitorio, a pesar de que el ruido de sus pasos me llegó amortiguado por la madera del suelo; seguramente se había quitado el calzado. Percibí cómo entraba en el baño, y luego la luz del vestidor se encendió, haciendo que contuviera la respiración.

—Deja el *show*. Puedes dormir en la cama, yo lo haré en la habitación libre.

Encima él era el ofendido.

Hombres...

Pensaba dormir donde quisiera hacerlo, no donde él me indicara.

Dieciocho

Luka

Odiaba que estuviéramos sin hablarnos, odiaba no dormir abrazado a su cuerpo, sintiendo su calor, y odiaba despertarme en una cama que no olía a ella.

Me levanté y fui hacia nuestro dormitorio; tenía que ducharme y prepararme para ir a trabajar. Cuando entré, ella salía del baño con una toalla enroscada en el cuerpo y otra en la cabeza.

Me ignoró, al parecer continuaba ofendida. Yo también lo estaba y de muy mal humor.

Cuando salí de la ducha, un mensaje de Aos parpadeaba en mi móvil.

Aos: Ya he avisado a Liam para que os recoja a Mila y a ti; no sabía que Nicole saldría más temprano hoy.

Fui al vestidor, me puse un bóxer y salí de la habitación pisando fuerte, bajé la escalera hecho una furia y busqué a Nicole por el apartamento, pero no di con ella. En realidad no había tardado más de lo habitual, pero, al parecer, esa mañana ella se había cambiado en tiempo récord; mi mal humor iba *in crescendo*.

* * *

—Papi, ¿por qué Nicole se ha marchado antes, si siempre viene con nosotros?

—Porque tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas, papi?

—No sé, Mila —le contesté de mala gana mientras revisaba los *e-mails* desde mi tableta—, cosas en el trabajo —le aclaré intentando suavizar mi tono; la pequeña no tenía culpa de nada, como para tener que soportar el malhumor

que yo cargaba.

—Pero siempre vamos los tres juntos...

—No tengo una maldita respuesta para todo, Mila, y hoy no estoy de humor para tus preguntitas. No ha venido y punto; olvida este asunto, por favor, y deja de buscarle tres pies al gato, que no los tiene.

—Estáis enfadados. —No me lo estaba preguntando, sino que lo estaba afirmando.

—¿Eh? —Levanté la vista de la tableta sin comprender cómo podía haberse dado cuenta—. No. —respondí cortante.

Llegamos al colegio y bajé para acompañar a mi hija hasta el interior; me acuclillé frente a su dúctil cuerpecito, cobijándola con un cálido abrazo mientras llenaba su mejilla de besos.

—No me gusta que tú y Nicole os peleéis —susurró con la voz compungida contra mi cuello.

—No lo hacemos —le dije acariciando su espalda, intentando tranquilizarla.

—Eres un mentiroso; tú siempre me dices que, por muy fea que sea, hay que decir la verdad y, ahora, me estás mintiendo.

—No lo hago, Mila.

—Sí, lo haces, porque anoche ella estaba durmiendo en el sofá del vestidor, y tú no estabas en vuestra cama. ¿Adónde fuiste? Eres malo, la dejaste sola y seguro que se puso triste y por eso se ha ido.

—Mila... no es eso lo que ocurrió.

—Fui a vuestra habitación y lo vi.

—¿Y por qué entraste sin permiso? ¿Acaso no hablamos de que debías respetar la intimidad de papá y Nicole cuando la puerta estuviera cerrada?

—No importa, yo lo vi.

—Pero entraste sin permiso.

—Llamé y no me contestasteis, y entonces entré. Ella estaba en el sofá, llorando. La hiciste llorar, eres malo.

—Entraste sin permiso. —Quería desviar el tema, era un cobarde y un mentiroso, mi hija tenía razón—. Habíamos quedado en que, si la puerta estaba cerrada y nosotros no te contestábamos, tú no entrarías.

—Está bien, lo siento, no volveré a hacerlo. Entendí cuando me explicaron lo de la intimidad, pero anoche tuve una pesadilla y quería estar con vosotros, pero... no importa. Creo, papi, que tú también deberías decir «lo siento», porque

estás mintiendo.

—Muy bien, yo también siento haber tenido una discusión con Nicole, pero en las cosas de adultos tú no debes involucrarte, porque te angustias sin saber lo que pasó; de todas formas, te aseguro que lo solucionaré, y ella no se ha marchado de casa como crees, sólo se ha ido más temprano al trabajo.

—Lo prometes.

—Lo prometo.

* * *

Llegué al Bandini Heart con un barullo de pensamientos en la cabeza; una noche extraña y con pocas horas de sueño habían dejado mi cerebro un poco malogrado.

Entré en mi oficina y de inmediato me senté tras la mesa para decirle a Max que podíamos empezar cuando quisiera. Era consciente de que ese día tenía una agenda muy apretada, e incluso sabía ya que no tendría tiempo más que para comer un sándwich allí mismo a la hora del almuerzo.

No obstante, media hora después tuve claro que estaba retrasando todo mi día. Me hallaba estancado frente a papeles, contratos y archivos que miraba como si estuvieran en blanco.

Me gustaba trabajar al límite de mi potencial, siempre había demostrado que podía compartimentar mi cerebro y ocuparme de varias cosas a la vez, pero esa mañana las cosas estaban fuera de control y no podía encauzarlas. Nicole, mi relación con ella, mi nueva vida compartida, era en lo único en lo que podía pensar.

Me levanté de mi silla y fui directo a la puerta que comunicaba nuestros despachos; tenía mil asuntos pendientes para ese día, pero hasta que no aclarase las cosas con ella no iba a poder ocuparme de nada.

Estaba jodido de todas las maneras posibles; esa mujer me sacaba de mis normas y rutinas, cuidadosamente cimentadas y, aunque hacía tiempo que había dejado de resistirme a lo que sentía por ella, aún pugnaba por no verme como un hombre totalmente domesticado; todavía creía que mantenía cierto control de la situación, pero lo único verdadero era que ella me tenía agarrado de las bolas desde hacía tiempo.

Cogí el pomo de la puerta, decidido a ponerle fin a esta estupidez de no hablarnos; sin embargo, cuando quise entrar me encontré con que la puerta había sido bloqueada desde el otro lado.

Mi primer instinto fue aporrear la madera, pues estaba ardiendo de furia, pero no iba a darle el gusto... todavía me quedaba un poco de orgullo y sin duda ella había captado que yo había girado el pomo, así que estaba convencido de que en ese mismo instante estaría disfrutando de su pequeño triunfo. Bien, si Nicole creía haber ganado algo... yo le iba a demostrar muy bien quién era el vencedor.

Volví a mi oficina y me dejé caer en el sillón de ejecutivo. Centrándome en mi portátil, empecé a deslizarme a través de los archivos que requerían mi atención. Estaba perdiendo el tiempo en arreglar algo que al parecer a ella no le interesaba arreglar, así que era mejor ponerme con los mil asuntos pendientes que debía resolver.

Pasada una hora, Max me interrumpió para avisarme de que mi reunión con Drake, el director de finanzas y el auditor financiero de la empresa debía empezar en los siguientes cinco minutos.

—El señor Olson, el señor Davis y el señor Wilson ya están aquí para dicha reunión —añadió.

—Muchas gracias, Max; diles que pueden pasar.

Pasamos la siguiente hora, con mi nuevo gerente de contratos y certificaciones, estudiando nuestro estado de pérdidas y ganancias, junto a nuestro director y auditor financiero; necesitábamos ciertas cifras para establecer las mejores estrategias para cuando fuéramos a negociar los contratos en la República de Chad, para aprovechar mejor el sesgo de debilidad a nuestro favor, ya que al parecer nuestro consignatario pretendía cambiar algunas cosas en las negociaciones.

—Señor, diez minutos para su siguiente reunión —me informó Max cuando levanté el telefonillo interno que acababa de repicar en mi mesa.

—Ya casi estamos listos, Max; avisa a los convocados a dicha reunión que llegaremos con cinco minutos de retraso.

—Por supuesto, señor.

Todos los que estábamos congregados en mi despacho también debíamos asistir a la siguiente, así que nos trasladamos a la sala de conferencias.

Cuando entré, miré a Nicole; ella irguió sus hombros mientras exhalaba. Estaba nerviosa, pero intentaba mantenerse relajada. Se había sentado junto a la

cabecera y era la principal oradora. Los miembros de la junta directiva estaban presentes y ella debía presentarles su proyecto de creación de biomasa en conjunto con los ingenieros.

No levantó la vista a pesar de saber perfectamente que acababa de entrar, ya que algunos se habían acercado a saludarme. Se la veía muy profesional y concentrada. No me gustaba pensar que estaba asustada, pero era casi imposible que no lo estuviera; yo sabía muy bien lo que era estar en una mesa de negociación con un montón de hombres vestidos con trajes hechos a medida y con el ego más alto que la copa de un pino. Me hubiese encantado poder tranquilizarla antes de que hubiésemos entrado en esa sala, pero ella había elegido que siguiéramos sin hablarnos. Si las circunstancias hubiesen sido otras, habría podido transmitirle las palabras que mi padre me dejó escritas en una carta póstuma que me fue entregada cuando me hice cargo de mis funciones en la compañía.

Me senté en la cabecera, abrí mi tableta y comencé a buscar la información que Nicole me había enviado. Luego tomé mi móvil y le envié un texto con las palabras que mi padre me había dejado grabadas a fuego y firmé en su nombre.

Luka: Que tu confianza en ti mismo sea siempre superior a la de los demás; sólo debes entrar y esforzarte para que todos noten que acabas de hacerlo. Lo más importante de todo, hijo, es que les hagas creer que realmente tú no cagas con olor a mierda como el resto de los mortales. La vida en la empresa es sólo un juego, y el vencedor será siempre el que mejor haya entendido las reglas. Gian Luka Bandini.

Después de que leyera mi mensaje, levantó su vista y me miró. Inmediatamente di por comenzada la reunión.

—¿Estás lista? —le pregunté, y ella asintió con movimientos nerviosos—. Bien, todos saben los acontecimientos por los que pasamos no hace mucho, y ése es el motivo por el cual hasta ahora no les he podido presentar a la señorita Nicole Aroa Pearson, nuestra nueva ingeniera a cargo de medio ambiente, seguridad y riesgo. Sé que no escapa a ninguno de los presentes que ella, además, es mi pareja, y pronto será mi esposa, pero, como siempre les digo, ésta es una compañía seria y aquí todos respondemos por nuestro trabajo, sin importar las etiquetas extras que llevemos adheridas, así ha sido siempre y así

seguirá siendo; por eso, si hay algo que deseen cuestionar de su trabajo, sepan que están en todo su derecho de hacerlo. Todos me conocen lo suficiente, pero me he visto en la necesidad de aclararlo, para que no quedaran dudas al respecto.

»Ahora sí, habiendo clarificado este punto, les propongo que nos centremos en el tema por el cual hoy hemos sido convocados a esta reunión.

»Nicole, te escuchamos. ¿Por dónde prefieres empezar?

—Bien, como tú ya me has presentado, obviaré esa parte para no aburrirlos. Prefiero centrarme en el proyecto actual en el cual trabajo, y que opino que será muy significativo en la historia de esta organización. Sin duda, cuando esta obra se ponga en marcha, el mundo entero hablará del proceso de renovación de la energía que esta compañía genera.

Ella continuó hablando, detallando punto por punto la creación de cada área de la planta de biomasa y su funcionamiento; lo explicó de una forma sencilla y muy práctica, y me asombró lo profesional que se veía. No es que no tuviera confianza en ella, sólo que realmente su exposición me dejó pasmado. Resultaba evidente que se había preparado muy a conciencia para esa reunión. Tenía todos los argumentos memorizados para poder contestar ante cualquier duda que surgiera, se manejaba con notas con su secretaria, durante el tiempo que otros argumentaban, y pedía asistencia a los ingenieros cuando no era un tema que dominaba.

Por lo general, Nueva York estaba llena de mujeres refinadas y frívolas; de hecho, en el pasado me había follado a muchas y ése parecía ser mi estilo de mujer... pero, desde que había conocido a Nicole, no tenía más ojos que para ella. Mi mujer se veía atractiva, pero de una manera natural. Lucía su belleza de forma inconsciente y eso era lo que me enloquecía de ella. Nicole no era falsa ni compleja, no estaba todo el tiempo sosteniendo una pose para parecer hermosa; ella, simplemente, era auténtica y era mía.

Pero, aunque me tenía salivando por ella y besando el suelo que pisaba, allá iba yo a joderla un poco. En su exposición todo era muy admirable y muy correcto, y parecía que sólo teníamos que chasquear los dedos, empezar a construir la planta y, en menos que canta un gallo, estaríamos generando energía limpia y renovable, pero las cosas en el mundo real corporativo no funcionaban así, y necesitaba demostrarle por qué yo era el encargado de establecer las estrategias tomando el contexto actual y futuro; necesitábamos bajar el presupuesto y, además, conseguir inversores. Mi propósito era definir la misión y

la visión del negocio, que parecía perfecto como ella lo había redactado. Pero un proyecto no sólo se hace con argumentos floridos; se necesita, además, que sea viable financieramente, para que la empresa continúe subsistiendo.

—Nicole, vayamos a lo que nos interesa: hablemos de números.

Ella se aclaró la garganta y soltó una cifra que casi doblaba la del proyecto inicial. Si bien yo le había dado vía libre con ese proyecto, jamás creí que se alejaría tanto de lo que era el nivel mínimo de inversión soportado para Renewables Bandini.

—Creo que no estamos en condiciones de afrontar un proyecto de estos costes. Deberás modificarlo.

—Si me permites... Sé que el proyecto inicial, del que todos ya estaban al tanto, tenía un coste muy inferior a éste que hoy les estoy presentando, pero déjenme explicarles el porqué de mis modificaciones. Madison, por favor, distribuye los gráficos.

Su secretaria nos repartió una documentación en la que se podía ver un bosquejo de la planta y lo que implicaban las modificaciones del proyecto; aunque cada argumento que expresaba parecía lógico, ya que los procesos se irían encadenando para transformar las diferentes energías generadas, y de esa forma la planta produciría menos residuos, no estábamos en condiciones de hacer frente a un proyecto de tal magnitud.

—Lo entendemos perfectamente, pero vuelve al proyecto inicial y trabaja en él. Volverás a exponerlo cuando tengas algo tangible que Renewables Bandini pueda materializar, esto es demasiado.

»Ahora podemos pasar al siguiente tema: los informes de los pozos de petróleo en los que los informes de medio ambiente no cuadran; adelante, te escuchamos.

Nicole

Escribí una nota y se la pasé a Luka. Joder, no podía ser tan inflexible y no darle ni una oportunidad a mi proyecto, ni siquiera me había dejado acabar mi exposición.

Leyó el mensaje y lo arrugó en su mano.

—Sigamos con los informes, por favor —dijo sin levantar la vista de su ordenador.

—No he terminado, Luka. —Siguió sin levantar la vista, inamovible en sus decisiones.

Sentía la respiración atascada en mi garganta; tenía muy claro que en esa sala de conferencias él era el CEO de Renewables Bandini y como tal se estaba comportando, pero esperaba un poco más de flexibilidad por su parte, al menos hasta que acabara de exponerlo todo. Sentía que, tras su negativa, todos estaban totalmente de acuerdo con él, y por tanto tenía la sensación de que había perdido mi tiempo desde que había empezado a hablar. ¿O tal vez sólo se trataba de una venganza por haberlo ignorado durante toda la mañana, y en ese momento sólo quería demostrarme que él era quien mandaba?

—Señor Bandini —la voz del director financiero se oyó de repente—, si me permite... He ayudado a la señorita Pearson a elaborar un informe con el capital de trabajo, equilibrando los criterios de riesgo y rentabilidad; además, la he orientado en la disponibilidad de fuentes de financiación, a las que la empresa puede hacer frente.

»Creo que podríamos afrontar los créditos.

Saqué el informe al que el señor Davis hacía mención y se los tendí a Madisson para que los repartiera.

Me cabreó sobremanera ver que él no los miraba.

—¿Usted cree que yo no sé a lo que mi empresa puede hacer frente, señor Davis? Aunque estoy muy feliz de ver que se ocupa de repasar nuestros riesgos financieros.

»Sigamos con el próximo tema; cuando modifiques el proyecto, vuelve a convocar una reunión. —La forma en que las palabras salieron de su boca, sin titubear, me hizo tambalear; no había duda de que sabía cómo dirigir una mesa de negociación, y estaba dejando bien en claro quién era el director ejecutivo de Renewables Bandini.

* * *

La reunión había finalizado, y Luka estaba recogiendo sus cosas para marcharse; su asistente le estaba recordando, sin perder ni un segundo, cuáles eran sus siguientes actividades del día.

—¿Tienes cinco minutos? —le pregunté mientras me apoyaba en el respaldo de la silla.

Todos estaban saliendo del recinto, sólo Max y mi asistente aún permanecían junto a nosotros. Luka me miró y se dispuso a recolocarse la corbata; cuando levantó el brazo para hacerlo, su bíceps se ensanchó, ajustándose a la chaqueta. Sabía muy bien cómo lucía su cuerpo desnudo, conocía perfectamente la potencia de sus brazos enredados a mí, pero no podía distraerme con su físico, pues estábamos trabajando y debía ser todo lo profesional que el momento requería; además, aún no había olvidado su idiotez de la noche anterior.

Tenía los ojos entrecerrados y sus pestañas se veían espesas, enmarcando el azul grisáceo de sus ojos.

Respiró cansino y me respondió sin dejar de mirarme.

—Cinco minutos.

Mi corazón hizo un patético bailoteo; estúpido corazón, que siempre se saltaba un latido cuando lo tenía cerca. Madisson y Max nos dejaron solos.

—Quiero que me permitas terminar de explicarte mi proyecto. —Odié la desesperación en mi voz—. Sólo te pido que no lo descartes por completo, que te tomes el trabajo de ver lo que he propuesto, ya que no me has dejado terminar de hacerlo.

—Porque sé perfectamente cuál es el nivel mínimo de inversión con el que la empresa puede manejarse.

Continué centrada en la única oportunidad que tenía para explicárselo, estaba dispuesta a no desaprovecharla.

—Con Davis estuvimos estudiando algunas oportunidades y, de acuerdo con el informe que elaboramos, creemos que se podrá hacer frente a los vencimientos sin problema. Nos veremos ajustados en los primeros plazos, pero la idea es modificar la participación de los inversionistas; de esa forma podríamos lograr mejores inversiones, y entonces podríamos hacer frente a las obligaciones crediticias.

—En Renewables Bandini trabajamos con un porcentaje mínimo cedido a los inversores. Si cedemos más, perdemos prestigio y parte de los derechos del proyecto.

Rebusqué en los papeles que no me había dejado entregarle.

—Aquí tienes un informe con un cálculo, para que veas las transacciones que este tipo de negocio cotiza. Luka, lee el informe y piénsalo. Agradezco que contribuyas a que los empleados de la compañía no crean que deben aplaudir mis ocurrencias sólo porque follo contigo, pero estás siendo obtuso... No has

leído nada de lo que te he entregado, lo has rechazado todo de plano, sin siquiera analizar los pros y los contras de mi proyecto. Soy plenamente consciente de que no es la forma en la que la empresa está acostumbrada a trabajar, pero, bueno, también es cierto que a veces hay que arriesgar para ganar. El proyecto que te acabo de presentar no es descabellado; el inicial, aunque no es malo, está incompleto... la empresa, de esa forma, tendría más residuos, y los residuos ocasionan gastos que no son amortizables y se traducen en pérdidas. —Luka miró por la ventana a lo lejos, acrecentando nuestra distancia—. Lo que yo te propongo es amortizar esos gastos ampliando el proyecto, para reutilizar esos desechos transformándolos en otra energía renovable.

—No estamos en condiciones de ceder más participación a nuestros inversores, te he contado lo del proyecto de Chad, y eso también nos condiciona en las inversiones y resultados a futuro. La compañía siempre cuenta con un nivel de reserva, que con esta inversión estará en riesgo. La diversificación de una empresa siempre conlleva un mayor flujo de caja saliente, por eso no podemos exceder los máximos históricos con los que siempre nos manejamos o estaremos en un serio riesgo.

—Sé que ampliar el proyecto es un gasto que no tenías planificado, pero también es cierto que de esta manera el gasto de la inversión no será una pérdida, como si lo será trasladar los desechos que se produzcan con el proyecto original, el anterior a mis reformas. Sabes que este negocio es una buena inversión, por lo tanto, cede capital... de esa forma nosotros pagaremos nuestros préstamos y así podremos devolver la inversión a una tasa más asequible. No entiendo de contratos, pero le pregunté a Drake y me explicó que, a mayor participación, menor interés.

Él asintió con la cabeza y creí que por fin estaba de acuerdo conmigo, pero entonces se rio con sarcasmo.

—Me gusta esta pasión demostrada en el negocio, pero... también es cierto que no tienes idea de negociaciones. —Pasó una fracción de segundo demasiado extensa—. Nosotros añadimos valía a través de medidas de gestión. ¿Qué significa eso? Que no queremos que nuestros inversores tengan más poder que nosotros; nuestros porcentajes siempre están calculados de manera tal que el equilibrio siempre sea el apropiado para seguir manteniendo el control. Renewables Bandini necesita ese control por una cuestión sencilla: continuar manteniéndonos en la bolsa de valores. Es la suma de todo, Nicole. No voy a aprobar esto bajo ningún concepto.

»Reformula el proyecto y vuelve a presentarlo.

Empecé a recoger mis cosas, frustrada. Había dedicado muchas horas a ese proyecto que era perfecto. Se me quedó mirando y luego advertí que él también empezaba a recoger sus enseres.

Había fallado en mi primer gran desafío y me sentía fatal; él tenía razón, yo no tenía ni idea de negociaciones, pero... mi proyecto era viable en todos los sentidos, y él tenía que darle un valor a eso también.

—Entiendo que esto no es pedir prestado un kilo de harina —dije como última estrategia—, pero tal vez haya una forma de negociación en la que podamos acortar los tiempos del retorno de la inversión, el ROI, para que los inversores estén dispuestos a ampliar el gasto sin conceder participación.

—Consíguelo y el proyecto se aprobará.

—Crees que no lo lograré, ¿verdad?

—Ya llego tarde a mi próxima reunión, tengo un día complicado. Nicole, tienes dos caminos: o reformulas el proyecto o consigues los inversores sin ceder nuestra participación.

—¿Sabes que creo?, que estás siendo un soberbio idiota simplemente porque te he cerrado la puerta y porque anoche me negué a dormir contigo.

Se volvió hecho una furia.

—¿Sabes lo que creo yo?, que eres tú quien no sabe separar las cosas. Puedo adorar tu coño, puedo volverme loco durante toda la reunión viéndote sobre esos zapatos que te convierten en una folladora irresistible y que he imaginado varias veces enterrados en mi culo, pero no pondré en peligro la empresa por darte el capricho a ti.

—No pretendo tener ventajas en el trabajo por acostarme contigo, pero, ya que tú eres el experto en negociaciones, ¿por qué no reconoces que tu proyecto es una mierda y el mío es el adecuado? Deberías contemplar eso y darme las herramientas necesarias para hallar una solución a este dilema.

—Encuéntrala tú, es tu trabajo.

Se dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí, dejándome más frustrada aún.

Diecinueve

Luka

Pocas veces en mi vida había sentido que estaba en el sitio equivocado siendo una persona que no quería ser, pero ése era uno de esos días.

En lugar de solucionar las cosas con Nicole, notaba que en nuestra relación todo se complicaba cada vez más. No obstante, ella debía entenderlo y aprender a separar las cosas o, si no, esa analogía laboral no funcionaría.

De todos modos, aunque no había querido reconocerlo, sí había sido pedante e intransigente, incluso me había gustado tomarme mi pequeña venganza personal por haberme cerrado la puerta.

Todo parecía tan ridículo... pero allí estábamos, atascados de una manera a la que no estaba acostumbrado, reclamándole que no separaba las cosas, pero sin hacerlo tampoco.

Agité la cabeza y me centré en los asuntos pendientes del día. No tenía tiempo de continuar dándole vueltas a ese asunto, así que me puse de lleno a resolver mi siguiente actividad.

El sonido de mi móvil interrumpió mi trabajo; miré de quién se trataba antes de contestar y el nombre de Maverick saltó en la pantalla. Eché un vistazo a la hora; no me había dado cuenta de lo tarde que era. Pulsé y atendí.

—Acaba de llamarme tu mujer. Me ha dicho que tapie la puerta que comunica su despacho con el tuyo.

—¿Qué mierda dices?

—Tranquilízate, teniente coronel rabietas. ¿Qué coño le has hecho para que quiera estar separada de ti? Aunque, por cómo gruñes, es fácil deducir que ya no te soporta; con ese humor que te gastas últimamente, no es extraño que pretenda aislarse de ti durante las horas que comparte contigo en la empresa.

—No tengo tiempo para soportar tus idioteces.

Nosotros siempre bromeábamos utilizando el sarcasmo; la gente que no nos conocía, por lo general, creía que nos tratábamos mal, pero en ese instante realmente no estaba de humor para lidiar con nada.

—Le he dicho que lo haría; evidentemente pensaba preguntártelo antes, pero no quería que pensara que su decisión no tenía valor. ¿Has visto?, me tratas mal y soy quien soporta tu mal humor, y encima te cubro las espaldas; deberías darme las gracias por hacerle creer que ella es quien decide.

—Tápiala.

—¿Estás seguro?

—¿En qué puto idioma hablo? Tápiala. Que haga lo que mierda se le ocurra en su despacho, y no me preguntes nada más.

—¿Problemas en la convivencia tan pronto?

—No es de tu maldita incumbencia.

—No, no lo es... si no fuera porque ahora mismo he estado a punto de quedarme sordo por tus gritos.

—No me jodas, yo no te he llamado.

—Por eso no quiero una mujer fija, y mucho menos una sola. Lejos y a ratos, son soportables; cerca y a tiempo completo, se vuelven un problema. Nicole me gusta, me cae bien, y creo que realmente hacéis buena pareja; se nota, además, que estás pillado hasta las trancas, pero últimamente no parece estar bien. ¿Quieres que tomemos una copa y hablemos? Sabes que no estoy bromeando, puedes contar conmigo como siempre.

—Te lo agradezco; sólo estoy teniendo algunos problemas con ceder el control.

—Deja de engañarte: hace tiempo que lo cediste, sólo que tú no quieres verlo. Relájate, hombre. Si lo que te preocupa es que los demás te vean como un tigre domado, que te importe un huevo... si a ti eso te hace feliz, ignóralos.

—Supongo que se trata de que estamos adaptándonos el uno al otro.

—Seguramente. No tengo experiencia en relaciones duraderas, pero crecí oyendo a mis abuelos decir que, en su período de adaptación como marido y mujer, por poco se arrancan los ojos; luego todo fue tranquilizándose, a medida que fueron conociéndose. No tengo otro ejemplo con el que comparar, pero sobrevivieron a cincuenta y cinco años de matrimonio, así que obviamente algo de verdad hay en lo que decían.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Tapiro la puerta, entonces?

—Sí, hazlo, si es lo que ella quiere.

Respiré profundamente. Sin duda estaba acostumbrado a tomar riesgos, pero una relación no era una transacción de negocios y el equilibrio en la

convivencia resultaba más peligroso que las consecuencias de una mala operación cambiaría.

Quizá yo entendía de negociaciones, pero no era un experto en las del corazón.

Cuando colgué con Maverick, vi que tenía dos llamadas perdidas del abogado de la familia.

Me levanté de mi silla, cogí un botellín de agua y me lo tragué de una vez.

Acercándome al ventanal, me masajeeé la nuca y, tras realizar otra honda respiración, volví a coger mi móvil y le devolví la llamada a Relish, mientras perdía mi vista en el atardecer de Manhattan; miré hacia el sol, que poco a poco le cedía el paso a la noche. Tenía la esperanza de que no me llamara por algo malo...

—Luka, gracias por devolverme la llamada; espero no haber interrumpido nada importante.

—Sé que si me has llamado es porque lo tuyo es importante; en caso contrario me hubieses enviado un correo electrónico.

—Pues... —la primera pausa en la conversación era la evidencia que necesitaba para saber que no se trataba de nada bueno—... sé que tienes una vida compleja y lamento traerte más complicaciones, Luka, pero... —segunda pausa; lo que iba a decirme no iba a gustarme ni un pelo—... se trata de la madre de tu mujer.

—¿Qué ocurre?

—Ha pedido dinero por adelantado, seis meses de la manutención de Eloise Bandini. Dice que lo necesita porque está haciendo reformas en la casa que le compraste para que viviese allí con la pequeña, pero... me ha extrañado que tú compraras una casa que no es habitable, así que me ha parecido importante avisarte.

—Gracias, August.

—¿Qué hago? ¿Le adelanto el dinero que pide?

—Sí, hazlo; además, depositaré de nuevo lo que ella extraiga, para que pueda tener la manutención de todas formas; no quiero que a la niña le falte nada.

—Una cosa más: antes de pedir esto, anduvo indagando acerca del fideicomiso de la niña.

Negué con la cabeza; no me extrañaba nada lo que August Relish acababa de contarme; habría deseado ser un malpensado y haberme equivocando, pues

desconfié cuando mi querida futura suegra decidió marcharse de Nueva York.

—Gracias por avisarme. Una cosa más, que esto quede entre nosotros. Ni una palabra a mi madre, ni a mi hermana.

—Como tú prefieras.

Colgué con Relish y llamé a Liam, que ya se había reincorporado a sus funciones de escolta.

—Jefe, ¿baja ya?

—No, aún no, todavía tengo trabajo. Te llamaba porque necesito que le sigas la pista a la madre de Nicole; por favor, sé muy discreto.

* * *

Llegué a casa, tarde.

No esperaba encontrar a nadie despierto, así que no me extrañó que todo estuviera en silencio. Muy pocas luces permanecían encendidas, sólo las necesarias para indicarme el camino y no llevarme por delante ningún mueble.

Pasé por la cocina y vi que la cena estaba reservada en el calentaplatos; lo destapé y olía exquisito, pero mi cansancio era mayor que mi hambre, así que decidí que primero me daría una ducha y luego bajaría a comer.

Entré en el dormitorio de Mila; ya había desistido de que no dejara subir al perro a la cama. Al parecer, por muy duro que quisiera mostrarme, mis mujeres harían lo que les diera la gana conmigo. La besé, atenué más todavía la luz de la mesilla, me cercioré de que el monitor estuviera encendido y, por último, acaricié la cabeza del animal, que sólo abrió un ojo para mirarme antes de seguir durmiendo.

Me quité la corbata mientras caminaba hacia nuestra habitación y me desabroché el primer botón de la camisa; llevaba la chaqueta colgada en el brazo. Entré en nuestro dormitorio y lo primero que vi fue que la cama estaba intacta.

«Joder, ¿otra vez se ha ido a dormir al vestidor?» Fui hacia allí, pero no estaba. Me masajé la nuca, vacié mis bolsillos y dejé el contenido sobre la cómoda del vestidor, me quité los zapatos y el chaleco y salí de allí remangándome las mangas de la camisa y siguiendo los sonidos que provenían del baño. Cuando me asomé, me quedé apoyado en el marco de la puerta mientras la observaba. Nicole tenía la cabeza echada ligeramente hacia atrás, apoyada en una toalla en el borde de la bañera; estaba sumergida en un baño de

espuma. Se la veía relajada. Definitivamente no había nada que no me gustara en ella. Creo que la corriente de aire la hizo estremecer y entonces abrió los ojos y me vio.

—Hola. —Se incorporó ligeramente en la bañera y el nacimiento de sus pechos quedó a la vista; las pompas de jabón sólo cubrían las puntas de sus rosados pezones.

—Hola. Te dejé la cena en el calentaplatos.

—La he visto, gracias; el caso es que pensaba darme una ducha antes de cenar, estoy un poco cansado.

Se movió en el agua, salpicando un poco hacia fuera. Tenía el cabello recogido en un moño descuidado; su cuello largo y su clavícula me hicieron desear hacer un recorrido por ellos con mi lengua.

—Hay espacio para ambos, si quieres entrar.

—¿No te importa?

—No podemos permanecer toda la vida sin hablarnos, ¿no?

Cerré la puerta y empecé a desabrocharme rápidamente la camisa, me la quité y la arrojé a un costado, lejos, donde no pudiera mojarse; luego me saqué los calcetines y los pantalones, haciendo lo mismo, y, por último, me libré del bóxer. Ella fingía no mirarme, había cogido una toalla y se la pasaba por los brazos. Quería apresurarme a entrar en el agua, pues mi polla ya estaba dando saltos y no quería que advirtiera el descontrol que me provocaba, aunque resultaba imposible ocultarlo.

—Colócate entre mis piernas; te haré unos masajes mientras te lavo.

—No creo merecerlos.

—Tampoco lo creo, pero... —giré la cabeza para mirarla a los ojos—... se supone que debemos solucionar nuestras diferencias de forma civilizada.

Asentí al tiempo que sus manos ya estaban trabajando en mis agarrotados hombros, pasando con cuidado donde aún tenía muy visible la cicatriz del balazo.

—Se ve bastante bien.

—Ha mejorado mucho desde que voy a ver a Qiu Qing. —Un gemido se escapó de mi boca mientras sus manos se deslizaban sobre mí ayudadas por el jabón; era delicioso llegar a casa y que te estuvieran esperando así tras un largo y complicado día de trabajo. Subió el recorrido de sus manos y masajeó mi nuca.

—¿Así está bien?

—Perfecto. Lamento haberme comportado como me comporté anoche, lo

siento de corazón.

—Lamento desconfiar de ti siempre, cuando no me das motivos para hacerlo.

Cogí una de sus manos y la llevé a mi boca al tiempo que me giraba en el agua para enfrentarla.

Mordisqueé uno de sus dedos.

—Tú presentación de hoy ha sido realmente asombrosa; se ha notado el esfuerzo y dedicación que le has puesto al proyecto. Estoy muy orgulloso de verte tan involucrada, y... lamento no haber sido más demostrativo, pero...

—Está bien —me cortó—, lo comprendo. Es mejor que en Bandini Heart nos tratemos con distancia; soy nueva en la empresa y no me gustaría que la gente que trabaja allí creyese que todo es más fácil para mí porque estoy contigo; quiero ganarme mi lugar a pulso. Yo... lo entendí después... Soy tu mujer, pero no por eso puedes hacer la vista gorda: si los números no encajan, por más bueno que sea el proyecto, no es una buena opción endeudarse y arriesgar más de lo que se puede hacer frente. De tus decisiones depende el futuro de miles de familias. Me emocioné más de la cuenta cuando lo preparé todo.

—¿Ya te has dado por vencida?

Nicole

Me encogí de hombros.

—No veo otra salida y, además, creo que me extralimité. De entrada, sabía que estaba superando con creces el presupuesto de partida que me indicaste, sólo que me entusiasmé y dejé volar mis sueños.

—¿Dónde quedó la aguerrida Nicole de la sala de conferencias?

—Sólo soy una ingeniera ambiental con un gran corazón verde que sueña con limpiar el planeta.

—Sé que eres muy capaz, y tu proyecto no es malo, sólo tienes que ajustarlo a nuestras posibilidades. Hoy tenías razón, mezclé nuestros problemas personales y lo descarté de forma injusta. No quiero que te desanimes; aún sigo creyendo que eres la persona indicada para crear procesos y políticas sostenibles, para que Renewables Bandini empiece a generar energía limpia.

—Tienes mucha fe en mí, y hoy ya te he fallado.

—No lo has hecho... por el contrario, has demostrado que tus pretensiones por ponernos en lo alto son muy grandes. Thomas Edison dijo «no he fracasado, simplemente he encontrado diez mil formas que no funcionan», y siguió intentándolo.

Me guiñó un ojo y me aproximó más a él mientras abría sus piernas, envolviendo mi cuerpo. Entrecerró los ojos mientras me acercaba más a él.

—¿Aún estás enojada? Si es así, quiero remediarlo; sólo dime qué debo hacer.

—Creo que ya no estoy enfadada, pero continúo irritada, simplemente no me gusta que me mientas y mucho menos que te burles de mí con otra persona.

—Ya he pedido disculpas por eso, ¿debo hacerlo otra vez?

Mantuve los ojos firmemente arraigados a su mirada; era tan atractivo, sólo con estar cerca de mí hacía que se me aflojaran las rodillas.

—Creo que éste es un proceso que no podemos evitar. No hace mucho que estamos juntos, y poco a poco nos iremos conociendo más. Tal vez ahora sólo sepamos de nuestros gustos íntimos; por ejemplo, sé que te chifla que te pase las uñas por la espalda o que te bese detrás del lóbulo de la oreja, y también sé que te fascina que meta tu polla en mi boca aun cuando no está dura —él sonrió, asintiendo—; también sé que te encanta enredar mis piernas a tu cintura y moverme con fuerza sobre tu polla, creo que te crees una lanza humana clavada en mí.

—¿Todo eso sabes?

—Sí, y también sé que tú sabes que me encanta cuando me dejas montarte, o que me vuelve loca cuando hundes tu lengua en mi culo, y que lo que más caliente me pone es cuando te tocas y me enseñas cómo lo haces.

—Joder, nena, esta conversación no terminará bien; lo sabes, ¿verdad?

El crecimiento de su miembro no me pasó desapercibido; sentí su pene chocando en mí, al instante de que empecé a poner imágenes eróticas en su cabeza.

—Entonces también debes saber que creo que tus labios son los más irresistibles que he besado alguna vez, y no es que compare, pues antes no era muy besador... no me parecía algo necesario para gozar del sexo, pero con tus labios es diferente, me encanta tenerlos en cualquier parte de mi cuerpo.

Me reí nerviosa.

—Deseo tanto que nuestra relación funcione... —Le aparté el pelo de la frente, retirando el rizo rebelde que siempre se le caía.

—La estamos haciendo funcionar, yo no pienso rendirme.

—¿Aunque te harte con mis celos?

—También tengo mis defectos. Me cuesta reconocer mis errores y soy un poco mandón.

—Muy mandón.

—Está bien, soy muy mandón, también soy vengativo, y... —Frunció la nariz y su hoyuelo en el mentón se profundizó más—. Basta de charla; me duele la polla, cariño, has hecho que se me ponga muy dura. Terminemos con esta reconciliación follándonos, ¿acaso no dicen que es la mejor parte de las peleas?

Bajé una de mis manos, que estaban apoyadas en sus hombros, y la hundí en el agua para atrapar con ella su enorme y venosa verga. Estaba tan dura... ya sabía que sería así, pero al tocarla esa sensación era más intensa todavía.

Me movió al tiempo que me mordía los labios y situó mi vagina alineada con su lanza. Me cogió de las nalgas y me levantó ligeramente, esperando a que yo hiciera el movimiento final y me atravesase por él.

Cerró los ojos y dejó escapar un sonido gutural cuando comencé a enterrarlo en mí. Bajándome lentamente, fue soltando el aliento hasta que me tuvo penetrada hasta la empuñadura. Lo sentía tan perfecto, me llenaba tan bien. Empecé a moverme despacio mientras él enterraba sus dedos en mis nalgas.

—Luka —su nombre se escapó de mi boca cuando me tuvo colmada por completo.

—Lento, cariño, móntame lento, quiero que dure.

—Hazlo tú; sabes que, cuando estamos así, no puedo ir despacio.

Quería que se impulsara más rápido dentro de mi ceñido ardor. Cuando lo tenía dentro de mí, siempre ansiaba más.

Soltó mis caderas y puso sus manos a los lados, sosteniéndose del borde de la bañera; posé las mías junto a las suyas y empecé a moverme con más intensidad, arriba y abajo; el agua desbordaba, formando un oleaje perfecto. Lo apreté con mis músculos internos y se sonrió; sabía que estaba muy cerca de correrme. Sacó la lengua y yo la atrapé entre mis labios, succionándola. Dejé escapar un jadeo y luego comencé a moverme rotando las caderas. La visión de su boca entreabierta, la flexibilidad de sus muslos, la tensión de sus pectorales y sus bíceps, y la tirantez en los músculos de su cuello conformaban la visión más erótica a la que nadie podría aspirar. Me volví a aferrar a su cuello y entonces él me agarró por la cintura.

—Nicole —dijo jadeante.

Me temblaban los muslos, me faltaba el aire y mis músculos se ceñían mucho más alrededor de su pene. Estaba perdida en las sensaciones, sabiendo que en cualquier momento liberaría mi orgasmo. Me centré en cómo apretaba los dedos en mi carne, y se enterró más profundo.

—Sí —exclamó—, apriétame así, cariño.

Cielos, hice un gran esfuerzo para no estallar aún; me sentía avariciosa de su cuerpo, quería tenerlo mucho más dentro de mí. Pero mi cuerpo en unión con el suyo era un traicionero, me apreté más a él.

—¿Te gusta así, nena? Te gusta duro, ¿verdad? Verte y oírte tan condenadamente caliente es todo lo que deseo. Tocarte —subió una mano y oprimió uno de mis pechos—. Me pones tan cachondo...

Tiré la cabeza hacia atrás y aparté mis caderas, casi sacándolo por completo de mi interior, para luego enterrarme enérgicamente. Mis glúteos se contrajeron en el esfuerzo y mis músculos femorales ardían, pero una fuerza interior me incitaba a seguir cabalgándolo. Él se impulsaba cada vez más fuerte dentro de mí; estábamos muy cerca de perdernos en el clímax.

—¿Te gusta que te folle, Nicole?

—Síiiii —grité acompañando el impulso—, ¿y a ti te gusta hacerlo?

—Mucho. Tu coño es mi placer favorito.

Me puse rígida y él intensificó su mirada buscando la mía. Luka conocía muy bien todos los signos de mi cuerpo y sabía que estaba a punto de llegar al orgasmo; me penetró con más intensidad y grité, dejando escapar toda la energía contenida, y me corrí; pocos segundos después, él me siguió, eyaculando chorros intensos y desesperados, y gruñendo en voz alta. Se aferró a mi cuerpo y movió sus caderas unas cuantas veces más, hasta que vació la última gota de su semen; había sacudido mi cuerpo en oleadas de placer mientras yo me disolvía en sus brazos.

Luka

Sus tetas estaban aplastadas contra mi pecho, mis brazos la envolvían con fuerza. Presioné los labios detrás de su oreja y le dejé un beso; luego, lentamente, nos apartamos, aunque todavía respirábamos con dificultad. Acaricié su espalda, dándole sosiego.

—La catalogaría como una reconciliación perfecta —dijo sonriendo, su rostro aún sonrojado por el esfuerzo.

Levanté ambas manos y le enmarqué la cara; dejé un beso, duro, en sus labios.

—La mejor —aseveré. Miré sus apretados pezones—. Tus pechos están más llenos.

—Mis sujetadores también lo han notado.

Se movió hacia atrás y estoy seguro de que sintió la pérdida de mi polla en su interior, porque me hizo un mohín. Me sonreí y le guiñé un ojo.

—Siempre podemos volver a empezar.

—Insaciable.

—Igual que tú.

—Hemos sido un poco escandalosos. Espero que Mila no se haya despertado.

—No lo creo, cariño. El baño es la parte más alejada de su dormitorio; además, dormía profundamente cuando llegué.

Acabamos de asearnos y luego salimos del baño. Ella se empeñó en traerme la cena al dormitorio, así que, mientras bajaba a recogerlo todo y ponerlo en una bandeja, me senté en la cama, apoyado contra el cabecero, a esperarla.

Maldición, no quería volver a pelear con ella.

No tardó demasiado.

Estaba disfrutando de la comida, pues lo que había preparado estaba delicioso: un carré de cerdo agridulce con puré de brócoli y zanahorias.

Nicole se esforzaba por ser una buena ama de casa, además de una profesional en el trabajo; le encantaba llegar de la oficina y ocuparse de nuestra cena. A mí me tocaba las pelotas que no quisiera ayuda en la cocina, pues se pasaba todo el día en el despacho y luego llegaba y seguía con los quehaceres de la casa, pero, cuando veía cómo disfrutaba haciéndolo, mi mal humor se disipaba.

—¿Te gusta?

—Mmm, está exquisito. ¿De verdad que no quieres compartir mi cena?

—Como avisaste de que llegarías tarde, cené con Mila.

Asentí, me puse un bocado en la boca y hurgué bajo la almohada.

—Ten —le dije con la boca llena, entregándole unos papeles—, esto es para ti.

Tuve claro que reconoció de inmediato los papeles; eran los que ella me

había entregado con su informe del proyecto de la planta de biomasa.

Se me quedó mirando y levanté un dedo en el aire para hacer un círculo imaginario.

—Te he hecho algunas anotaciones. Les he indicado a los de informática que carguen en tu portátil el software con el que se calcula el ROI, y Davis me ha dicho que te enseñará a usarlo; con ese programa podrás elaborar un plan de mejora de procesos. Además, he adjuntado, al final, una carpeta con posibles clientes y otra con posibles inversores. Mañana tenemos un almuerzo con tres miembros de Divest-Invest. Te acompañaré, y Drake también vendrá con nosotros. Una buena prensa atrae siempre buenos inversores. Esto no quiere decir que esté aprobando el proyecto; tienes que conseguir que el capital aportado cubra todo el porcentaje que nosotros no podemos arriesgar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se abalanzó sobre mí, literalmente cayó con su cuerpo sobre el mío, derramando todo el contenido de la bandeja.

Me llenó de besos; estaba eufórica. Luego se apartó para mirarme a los ojos, y vi adoración en los suyos. Supe entonces que así era cómo quería que me viera siempre, quería ser su héroe.

—¿Por esto te quedaste hasta tarde trabajando en la empresa?

—Necesitaba ganarme tu perdón de todas las maneras, y demostrarte que también puedo ser tu compañero de trabajo y no sólo tu jefe.

—Ha sido un gesto muy dulce por tu parte. No sé qué decir, gracias por la ayuda. Yo, sin embargo, hice algo que no sé si te gustará, no quiero estropear este momento, pero...

Se apartó de mí y empezó a recoger todo lo que había desperdigado para ponerlo de nuevo sobre la bandeja; cogí su mano y levanté su mentón, quería que me mirara a los ojos.

—Le pediste a Maverick que tapiara la puerta.

—Sabía que te enterarías antes de que lo hicieran. No obstante, no me arrepiento de habérselo pedido, y no fue para tocarte las pelotas por lo idiota que te comportaste en la sala de conferencias, ni en venganza por lo de Charlie.

—¿Ah, no?

—Tenía intención de explicártelo antes de follar, pero tú me distrajiste antes de que lograra hacerlo.

»Creo que tienes razón en cuanto a guardar las formas en el trabajo. Allí eres el director ejecutivo de la compañía y yo, la ingeniera a cargo de medio ambiente, seguridad y riesgo. No quiero ningún beneficio adicional, y la puerta

significa eso. Es suficiente con la mudanza de piso y la entrada individual.

—¿Y crees que esa puerta no te la has ganado?

—No se trata de si me la he ganado o no. Pretendo que, si necesito hablar contigo, tu asistente me anuncie como lo hace con todo el mundo y, si tienes tiempo y un hueco en tu agenda, me atiendas; no quiero que en el trabajo pospongas nada por mí. Yo también me ajusto a una agenda, más flexible que la tuya obviamente, y también tengo un asistente que te puede anunciar cuando necesites verme, o incluso puedes levantar el teléfono y preguntarme si estoy libre. Tú pusiste las reglas de juego en marcha, Luka.

—Tienes razón, yo marqué hoy las pautas.

—Hoy no, lo hiciste cuando regresamos tras lo del atentado; antes... todo parecía que iba a ser más flexible en el trabajo.

—Tengo miedo —confesé.

—¿Qué? —me preguntó sin comprender.

—Lo estoy superando; no es que haya por qué temer, pero confieso que el regreso al Bandini Heart no me ha resultado tan fácil.

Ella agitó la cabeza, confundida, pero luego pareció entenderlo.

—¿Querías alejarme de allí? —inquirió mientras me acariciaba el rostro. Apoyé mi cara en su mano y me sentó bien dejar de fingir que nada me había afectado, que matar a un hombre para mí no había significado nada. Cerré los ojos y me permití sentir su caricia, luego la miré por una fracción de segundo y hablé.

—Cuando me dijiste que querías regresar, me vi de pronto pisando en arenas movedizas; al saber que pude haberte perdido, los recuerdos de ese día se volvieron incontrolables para mí. Yo sólo quiero protegerte.

Apartó la bandeja y se subió a horcajadas sobre mí, me despejó la frente de pelo y me miró a los ojos.

—Pareces atormentado. Sé que ambos somos muy reservados, y que nos cuesta expresar nuestros sentimientos, pero se supone que debemos intentar hablar de cada pequeña cosa que nos pasa, es la manera en que la gente se comunica. También sé que no estás acostumbrado a hacerlo con nadie, pero podría servir para que nos entendamos mejor, para que vayamos aprendiendo más del otro.

—Nunca he tenido una relación con una mujer, es decir, nunca una que involucrara más que la cama. Te pido que tengas paciencia, contigo todo es nuevo para mí. Antes jamás compartía nada con nadie, ni siquiera tenía que

compartir el cariño de mi hija; ella era mía, sólo mía. Adoro tenerte en mi vida, pero estoy tan acostumbrado a tomar todas las decisiones... y me cuesta ceder.

—Eres un gruñón. —Se rio.

—No te burles, estoy intentando ser sincero contigo y explicarte por qué te traté de la forma en que lo hice en la empresa.

—Lo siento. —Intentó arrugar los labios y el entrecejo para contener la risa, pero falló estrepitosamente—. No quiero reírme, pero es que te ves muy dulce confesando tus temores.

—Me veo blando, ¿eso es lo que quieres decir?

—No, he dicho dulce, no cambies mis palabras, sé muy bien lo que he querido decir. Además, ¡qué problema tenéis los hombres con veros blandos! No entiendo qué tiene eso de malo, si cumplís todas las funciones vitales al igual que nosotras las mujeres, sólo nos diferenciamos por el aparato reproductor.

—Me encanta mi aparato reproductor.

—Lo sé muy bien y lo utilizas también de maravilla, lo que es muy beneficioso para mí. —Planté un beso en sus labios y retomó la conversación—. Si bien la seguridad en ti mismo fue un rasgo en tu personalidad que me atrajo desde un principio, creo que nuestra relación ha escalado a otro nivel, en el que ambos podemos desnudar nuestras almas frente al otro.

—Sin duda la convivencia ha representado un cambio enorme en nuestras vidas; tal vez más en la mía que en la tuya, pues nunca había convivido con una pareja; estoy acostumbrándome a compartir espacios que antes ocupaba sólo yo.

—¿Y qué pensabas lograr tratándome de forma tan fría en la empresa?

—No lo sé, fue estúpido.

—¿Creías que renunciaría y me quedaría en casa todo el día mirando el techo?

—No puedes decir que no lo intenté.

—No voy a renunciar al trabajo; me gusta lo que hago, y si me fuera de Bandini Group, ten por seguro que buscaría otro empleo.

—No tienes que renunciar.

—Espero no ser despedida, entonces.

Arrastré sus manos por mi piel, y jugueteé con el vello de su pecho.

—Quiero hacerte feliz —declaró.

—Me haces feliz.

—Déjame terminar. —Asintió—. Lamento haberme quedado embarazada cuando no estaba en tus planes tener otro hijo, pero tampoco estaba en los míos.

—El bebé no supone ningún problema para mí. ¿He hecho o dicho algo que te haya hecho pensar lo contrario?

—No, pero sé que es algo que ninguno de los dos esperaba que ocurriera tan pronto. Ahora, además de tener que adaptarnos el uno al otro, debemos lidiar con la responsabilidad de traer un hijo al mundo. Tengo miedo de no ser una buena madre; tú no tienes ese temor, porque ya lo has hecho bien con Mila.

—Yo también tengo miedo de no ser un buen padre para este bebé. Si bien he criado solo a Mila, y creo que lo he hecho bien, no siempre se tiene el mismo resultado con los hijos. Mira, si no, mis padres con Andrea. Fue criado con el mismo amor que si mi madre lo hubiese parido... y ¿cómo resultó? Él tenía la facultad de convertir las circunstancias más favorables en negativas. No hay un manual que enseñe cómo ser un buen padre, ni uno que garantice una buena relación con un hijo.

—Tengo pánico de que en algún momento de la vida se entere de lo que hice y me desprecie. Lo mismo me ocurre con Mila; ella intenta copiarme en todo y yo no me siento ejemplo de nada.

—Tú eres una gran mujer, con una capacidad enorme de dar amor. Jamás nadie que reciba tu cariño podrá pensar mal de ti. Créeme.

—No quiero ser cansina con mis fantasmas, pero sabes que siempre estarán ahí. No estoy segura de si alguna vez lograré relajarme tanto como para que desaparezcan.

—Estoy dispuesto a vivir con estos fantasmas con tal de tenerte a mi lado.

Veinte

Luka

Dos meses después del atentado, mi brazo poco a poco iba recuperándose y empezaba a manejarlo con más normalidad. Las sesiones con Qiu Qing habían sido casi milagrosas, porque mi tonicidad muscular estaba volviendo a lo que era antes y todo estaba ocurriendo antes de lo que los médicos me habían pronosticado.

Aún no estaba en forma como para poder retomar la práctica de muay thai, pero junto a Qiu me había iniciado en tai chi chuan, o tai ji cuan pronunciado correctamente, un arte marcial chino milenario, basado en la medicina tradicional china y en conceptos de la filosofía taoísta, que consistía en efectuar movimientos circulares lentos y armoniosos, al tiempo que se empleaban técnicas de respiración y control mental, para conectar la mente, el cuerpo y el espíritu, produciendo sensaciones y efectos similares a los de un masaje corporal tanto en órganos internos como en músculos y huesos.

Qiu se había convertido en mi maestro de tai chi, y con él había logrado resultados asombrosos.

—Deberías proponerle a tu mujer que practicara tai chi, ya que es muy beneficioso para el embarazo y para el momento del parto; le enseñará a concentrarse para no sentir dolor. Tú mismo has comprobado que eso es posible; además, también has visto cómo ha disminuido tu estrés.

—Se lo comentaré —le dije al maestro Qing al tiempo que me despedía de él tras mi última sesión antes del viaje a Londres—. Nicole corría antes de quedar embarazada —le expliqué—, pero ha dejado de hacerlo; prefiere no hacerlo en su estado.

—Realmente sería muy bueno para ella, Luka. Además de ser una disciplina que podríais realizarla juntos, como bien sabes las embarazadas a menudo pierden su autoestima porque su cuerpo se ve diferente; créeme que la práctica de tai chi la ayudaría a superar sus temores.

—Eso sería francamente maravilloso. Desde antes de esperar el bebé, por ciertas cosas que le tocó vivir, sufre de problemas de autoestima y, aunque hace terapia desde hace muchos años, a veces le resulta difícil controlar esos episodios —le comenté sin dar detalles.

—Entonces aliéntala para que venga contigo, estoy convencido de que esta disciplina puede ayudarla.

—Al regreso de nuestro viaje, le pediré que me acompañe.

* * *

Liam ya se había reincorporado por completo al trabajo, así que, cuando salí de mis sesiones con Qing, me llevó al Lenox, pues teníamos turno a última hora con Cecilia, para el examen mensual de rutina de Nicole. Llegué un poco pasada la hora, el maldito tráfico de Nueva York estaba más caótico que nunca.

Entré en la sala de espera, pero no había ni rastro de mi mujer allí, así que supuse que ya estaba dentro. Me acerqué a la mesa de la recepcionista y le pregunté.

—Sí, señor; la señora Pearson ha entrado.

Joder, cómo me tocaba las pelotas que todos pensaran que era una madre soltera; odiaba que usara su apellido y no el mío.

«Creo que aprovecharé el viaje para convencerla de que debemos casarnos antes de que dé a luz.»

La recepcionista avisó a la doctora Prosen de mi presencia y de inmediato me indicó que podía pasar, así que golpeé la puerta con los nudillos y acto seguido asomé mi cabeza dentro del consultorio.

—Pasa, Luka, entra.

—Papi, ¡has venido!

—Hola, hija.

Mila estaba sentada, con la espalda muy recta, en la silla situada frente a la mesa de Cecilia, y ésta se encontraba tras su escritorio, revisando los análisis que le había pedido a Nicole que se hiciera. Me acerqué a saludarlas.

—Lamento llegar tarde —me disculpé.

—No te preocupes, acaban de entrar; se está cambiando. —Señaló hacia un pequeño biombo.

—Hola, cariño —dijo mi mujer apareciendo con una bata de hospital.

—Lo siento, nena —me disculpé de nuevo, antes de plantar un beso en sus mullidos labios.

—No te preocupes, ya estás aquí, y Aos nos trajo a tiempo.

Cecilia se puso de pie y la guio hasta la balanza para controlar su peso.

—¿Cómo van esas náuseas?

—Por suerte casi han desaparecido, y los malestares ya no duran tanto, lo que me deja alimentarme un poco mejor.

—Se nota en tu peso.

Nicole había subido dos kilogramos.

—Te enviaré al nutricionista; has aumentado mucho de golpe, y supongo que no quieres que tu peso se dispare.

—Oh, realmente me gustaría poder controlarlo y no terminar como un fenómeno de feria.

A continuación le tomó la tensión arterial. Mila se sentía feliz porque le habíamos permitido acompañarnos; estaba expectante a todo y permanecía muy callada, cosa que era sumamente extraña en ella; lo cierto era que la ansiedad la estaba superando.

—Recuéstate en la camilla, te mediré el vientre.

—¿Cuándo va a crecer la barriga de Nicole? —preguntó mi hija.

—Pronto, Mila; en las próximas semanas va a notarse mucho más. Puedes sentarte, Nicole. —La ayudé a que lo hiciera—. Todo está muy bien. La translucencia nucal ha dado buenos resultados, así que no hay riesgos de enfermedades cromosómicas. ¿Habéis preguntado el sexo?

—No se ha dejado ver —me apresuré a contestar—; el técnico nos dijo que no podía arriesgarse a decírnoslo, por la posición en que estaba.

—Si queréis podemos intentarlo ahora con un ultrasonido. Con la ecografía en 5D tenemos más probabilidades de verlo mejor; sois los últimos en la consulta, así que tengo tiempo —nos explicó.

—Sería magnífico —aceptó Nicole, ilusionada.

—Toma, cómete este dulce, para que el bebé esté bien despierto —le indicó mientras ella lo preparaba todo.

Ayudé a Nicole a recostarse en la camilla, y Cecilia acercó el carro con el ecógrafo.

—¿Qué es un ultrasonido?

—Mila, quedamos en que vendrías pero las preguntas las dejarías para el camino de regreso a casa, para no hacerle perder tiempo a Cecilia.

—Déjala, Luka, de verdad que no me molesta. —Cecy le guiñó un ojo y luego le explicó—: Con este aparato que acabo de mover haremos un ultrasonido... pasaré esto —le mostró la sonda, también llamada transductor— por la panza de Nicole, y podremos ver al bebé dentro de su vientre. Ven — Cecilia la llamó—, siéntate aquí conmigo, para que puedas verlo mejor.

Cogí a Mila y la puse sobre la falda de Cecy; todo era muy informal, debido a la amistad de años que tenía con ella.

—¿Estás preparada para conocer al bebé, Mila?

Ésta asintió, con los ojitos muy grandes.

—No esperes ver una imagen muy clara —la advirtió—; primero, porque aún es muy chiquitito, y segundo, porque, como en la bolsa en la que está el bebé hay líquido para protegerlo, esto hace que la imagen se vea un poco rara.

—Entiendo, Cecy: no será nítida.

—Oh, Dios —Cecilia llenó de besos la mejilla de Mila—, tu hija me mata, Luka; yo buscando palabras acordes a su edad, para que pudiera comprenderme, y ¡zasca!, me sale con «nítida». Siempre olvido que su coeficiente intelectual es más alto de lo normal en los niños de su edad, es una adelantada; supongo que ya se lo has hecho medir ¿verdad?

—Sí, le han medido su IQ⁸ en el colegio.

Nos reímos; a menudo la gente reaccionaba así con Mila, pues usaba términos que para cualquier otro niño eran incomprensibles, pero para ella, desde los dos años, resultaban tan comunes como decir agua, papá y mamá. No me gustaba hacer alarde del coeficiente de mi hija, no quería que se sintiera como un bicho raro, como un fenómeno.

Mila estaba tan hipnótica mirando a la pantalla que no nos prestaba atención; de vez en cuando funcionaba como una niña de su edad, no siempre era una superdotada. Cecilia había logrado dejarla sin palabras y eso era algo inimaginable.

—Le dio por encima de los ciento treinta, ¿cierto?

—Sí.

—Tenemos un geniecillo en potencia, Cecilia —acotó Nicole.

—Es asombroso, no permitáis que nada ensombrezca esta mente privilegiada. Bien, sigamos con lo nuestro.

—¿Puedo grabarlo? —pregunté al ver que todo era muy relajado—. Sé que va contra las reglas del hospital, pero... cuando se trataba de las ecografías de Mila, me lo permitiste.

Miré a mi mujer por el rabillo del ojo y vi que estaba sonriendo mientras agitaba su cabeza.

—¿Qué te extraña? Sabes que soy un romperreglas. —Le guiñé un ojo a Nicole.

—Yo no he dicho nada.

—Hazlo —interrumpió la médica—, no me daré cuenta de que vas a sacar tu móvil. —Cecilia me guiñó un ojo y me apresuré a preparar mi iPhone para capturar el momento. Luego ella levantó la bata, descubriendo el vientre de Nicole, y colocó el gel, para luego empezar a pasar por la barriga la sonda.

—Bien, la cantidad de líquido es la adecuada, y el feto está creciendo muy bien; sus riñones y su corazón son normales, éstos son los brazos, Mila, y éstas son las piernas. Esto que se ve ahí es su cuerpecito, y aquí está la cabeza, que todavía es un poco grande, pero ahora su cuerpo comenzará a crecer y todo se irá armonizando; ésta es la boca y aquí, la nariz... ésta es la columna vertebral, ¿lo veis bien?

—Sí.

—Sí.

—Sí —dijimos los tres a la vez.

La médica movió el transductor en otro sentido y puso el sonido para que pudiésemos escuchar cómo latía su corazoncito. La emoción era enorme, ese sonido confirmaba una vez más que la vida se gestaba dentro de mi mujer. Acaricié la mejilla de Nicole y recogí con mi pulgar una lagrimilla que se le había escapado; nuestras miradas chocaron, sintiendo esa electricidad que siempre aparecía entre nosotros.

—No puedo creer que dentro de mí haya tanta vida.

Me incliné y cerré los ojos para capturar sus labios.

—Es maravilloso —le dije, dejando luego varios besos rápidos en sus labios.

Ella era mi fuego y yo, una polilla suicida incapaz de resistirme a su luz. Nicole hacía que se me detuviera el corazón sólo con mirarme; a veces creía que ella no llegaba a imaginar lo feliz que me hacía; esa mujer no tenía ni puta idea porque a veces simplemente se negaba a saberlo y, aunque era testigo de lo mucho que se esforzaba por aceptar todo lo bueno que nos pasaba, también era muy consciente de que ella lo rechazaba. Me dolía que Nicole no acabara de superar su pasado; sin embargo, estaba tan decidido a que lo hiciera que nada ni nadie iba a detenerme hasta que finalmente lo consiguiera.

—Disfrutad, estos momentos son únicos, y permanecerán en vuestras mentes para toda la vida.

Cecilia volvió a mover la sonda.

—Esto que veis aquí es el cordón que está unido al vientre del bebé y a la placenta. Por aquí, Mila, es por donde se alimenta, para que pueda crecer dentro de la barriga.

Movió otra vez la sonda.

—¿Veis cómo se mueve?

—Sí —Nicole se cubrió la boca—, no deja de dar saltitos.

—Pese a que se mueve mucho, aún no lo sientes porque tiene mucho espacio; entre la semana dieciséis y la veinte será cuando comenzarás a sentirlo... puede que antes, pero ahora apenas mide ocho centímetros.

—Se ve muy bien, Cecy; gracias por regalarnos este momento.

—Es un placer compartirlo con vosotros; sabía que hoy vendríais, y temprano había usado el ultrasonido 5D, así que no dejé que se lo llevaran.

—Gracias —insistió Nicole palmeando su mano.

—Aaaah... pero mira qué rápido se ha dejado ver; es evidente que hoy era el día, y me encanta ser yo quien os dé la noticia.

—¿Qué es? —preguntamos al unísono Nicole y yo, sin disimular nuestra ansiedad. Mila permanecía expectante.

Tragué saliva a la espera de más información; mi corazón latía presuroso con la anticipación.

—Permitidme acercar un poco la imagen para que lo distingáis mejor.

—Es un niño —dijimos otra vez al unísono. La protuberancia del pene se había visto muy claramente.

—Correcto. Felicidades, es un niño; aquí se puede ver la protuberancia del pene.

—Ya te dije que era un niño, cariño.

—Dios mío, no puedo creer lo feliz que soy.

—Mila, tendrás un hermanito.

—Sí, papi. ¿Ya podemos empezar a buscarle nombre?

—Por supuesto.

—Lo elegiremos entre los tres —acotó Nicole.

* * *

Salimos de la consulta y les propuse invitarlas a cenar a Orsay, un restaurante que quedaba en la Avenida Lexington y estaba muy próximo al hospital. Desde que salimos del consultorio, Mila no paró de hablar de su hermano, y llevaba orgullosa la grabación del ultrasonido.

Al llegar al local, nos designaron de inmediato una mesa y los tres nos acomodamos.

—¿Qué te parece si guardo el DVD en mi bolso, Mila? —Nicole lo abrió para que ella misma lo pusiera dentro—. Ahora vamos a cenar, pero antes, y mientras tu papá pide la comida, tú y yo iremos al baño para lavarnos las manos.

La cría accedió de inmediato.

—¿Qué quieres cenar, Nicole?

—Cualquier cosa con pescado, me apetece mucho.

—¿Y tú, Mila?

—Lo mismo que Nicole, papi.

Mi hija era una gran imitadora; desde que había conocido a Nicole, ésta se había convertido en su modelo a seguir, exceptuando el lapso de tiempo durante el que había sido manipulada por Sasha. Mila y Nicole cada día consolidaban más su relación, y eso me llenaba de orgullo y de amor; saber que ellas se llevaban tan bien era esencial para mí.

Durante la cena aprovechamos para informar a Mila de que en dos días nos iríamos a Londres; Nicole ya tenía la autorización de su obstetra para viajar desde hacía algún tiempo, pero habíamos convenido no decírselo a la niña hasta pocos días antes de la fecha, puesto que la cría acostumbraba a ponerse muy ansiosa con mis viajes, al menos así era en el tiempo que Sasha la cuidaba, aunque ahora empezaba a creer que todo eso también era una manipulación de su niñera... Nadie podía quitarme de la cabeza que Andrea la había inducido a actuar de esa forma para que la cría pidiese ir conmigo; de esa forma, Sasha tendría que acompañarnos también, con lo que tendría más posibilidades de seducirme; estaba casi convencido de que el plan de Andrea era que Sasha consiguiera llegar íntimamente a mí, para obtener los códigos de las cuentas. Cuando Nicole apareció en mi vida, sus planes se truncaron, pero el hijo de puta encontró otra vía mucho más violenta.

Cerré los ojos, no quería pensar en lo último que ese malnacido me había revelado, no quería pensar que él había estado íntimamente con mi mujer. Aunque le había dicho infinidad de veces a Nicole que no me importaba, lo

cierto era que esas palabras eran como una serpiente constrictora que estrujaba mi estómago y mi corazón, hasta quitarme todo el aire de los pulmones.

El hijo de puta había sido uno de los que usaron su cuerpo sin compasión.

—Luka —Nicole tocó mi brazo—, ¿pasa algo?

Negué con la cabeza y retomé la conversación.

—Te prometo, Mila, que pronto haremos un viaje los tres, pero en esta ocasión voy por trabajo, y no podría estar mucho tiempo contigo.

—¿Y por qué Nicole no se queda, si vas a trabajar?

—Tú sabes bien que ella trabaja conmigo.

—Además, te quedarás con Poppy; vosotras siempre os divertís mucho.

—¿Y me llamaréis?

—Por supuesto, a diario, como hago siempre que salgo de viaje.

—Está bien. ¿Me traeréis regalos?

—Siempre y cuando Poppy nos informe de que te has portado muy bien y que le has hecho caso en todo.

—Te doy mi palabra, papi.

Veintiuno

Nicole

Los días habían pasado de forma vertiginosa desde que Luka me invitó a acompañarlo. Las cosas en el trabajo se habían tranquilizado y, aunque aún no había conseguido los inversores para la construcción de la planta de biomasa, ésa no era la única tarea que llevaba a cabo en Renewables Bandini.

Al día siguiente partíamos a Londres, y estaba un tanto ansiosa; era la primera vez que íbamos a viajar juntos al extranjero. Me sentía tan feliz que por momentos empezaba a convencerme de que verdaderamente nuestro amor era real e indestructible.

Mi móvil sonó, sacándome de mis pensamientos.

—Hola.

—¿La señora Nicole Pearson?

—Sí, ¿pasa algo con Mila?

Había advertido, antes de coger el teléfono, que se trataba de una llamada del colegio de la pequeña.

—Hemos querido comunicarnos con su padre antes que con usted, pero no lo hemos logrado —de inmediato discerní que Luka no había cogido el teléfono porque en estos momentos estaba en una reunión con los principales accionistas de la compañía—; usted es la siguiente persona que figura en nuestra lista de contactos en caso de que surja algún problema.

Esa mujer me estaba exasperando, daba vueltas sin decirme qué pasaba con Mila, y mi corazón estaba a punto de salirse por la boca.

—¿Qué ocurre con Mila? —volví a preguntar apremiada.

—La niña le ha dicho a su maestra que le dolía la cabeza, y tras revisarla nos han informado de que Mila presenta un cuadro de fiebre, así que les rogamos que vengan a recogerla.

—Oh, desde luego —miré la hora—, aproximadamente en media hora estaré ahí.

Colgué y me puse en pie para hablar por el intercomunicador con mi asistente.

—Madisson, cancela mi agenda de hoy y reprograma todo para mi regreso del viaje, por favor; tengo que irme por una emergencia personal.

—Muy bien, no se preocupe. Espero que no sea nada grave.

—Creo que no, pero lo más seguro es que ya no vuelva.

Recogí mis cosas y avisé a Aos para que estuviera esperándome abajo. Antes de marcharme marqué la extensión del secretario de Luka, pero éste no contestó; lo más probable era que todavía estuviera asistiéndolo a él en la reunión, así que decidí enviarle un mensaje de texto a Luka, a su móvil, para que cuando se desocupara lo leyera.

Nicole: Cariño, me han llamado de la escuela de Mila para avisarme de que la pequeña está con fiebre. Aos me llevará a recogerla y me iré para casa con ella. Llamaré al médico y, cuando sepa lo que tiene, te avisaré; no te preocupes, tú atiende todo lo de la empresa, que yo me encargo de la niña.

Estaba llegando al Montessori, cuando *The Best* empezó a sonar en mi móvil.

—Hola, cariño, estoy llegando a la escuela.

—Justo acaba de terminar la reunión; ahora mismo he visto tu mensaje y las llamadas perdidas del colegio.

—No te preocupes, tal vez sólo se trate de que está somatizando porque sabe que mañana nos vamos a Londres, fijo que no es nada. En cuanto la vea el médico, te informaré.

—¿Seguro que tú puedes arreglarte?

—Sí, Luka, descuida; déjalo todo preparado para el viaje de mañana, yo me ocupo de Mila.

—Gracias.

—No tienes que agradecerme nada, me gusta poder hacerlo.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Bastante a menudo, señor Bandini, pero me encanta que lo hagas. ¿Te lo he dicho yo también?

—Bastante a menudo, futura señora Bandini, pero creo que este cliché nuestro se ha convertido en mi favorito. Ahora... estoy esperando oír lo que sigue, según nuestra rutina.

Me reí tontamente y entonces le dije lo que él esperaba escuchar.

—Te amo, Luka, eres todo lo que jamás imaginé tener.

—Más te amo yo. Por cierto, ¿te he dicho ya que, cuando lleguemos a Londres, no vas a poder salir de la habitación del hotel, porque pienso follarte día y noche?

—Mmm, eso suena muy tentador, pero te recuerdo que vas por trabajo, y que durante los cuatro primeros días me dejarás sola durante el día.

—Te compensaré por la noche, y te haré gritar tantas veces mi nombre cuando te corras que quedarás tan satisfecha que no notarás mi ausencia durante el día.

—Siempre tan prometedor, mi hombre.

—Sabes que no son sólo promesas, siempre cumplo con mi palabra; ¿has olvidado que estás junto a *the Best*?

—Estoy deseando llegar a Londres para corroborar tus palabras, *the Best*; debemos aprovechar antes de que mi barriga siga creciendo.

—Mmm, cariño, no sé si amo más tus tetas llenas o tu culo pomposo, el embarazo te ha puesto tan atractiva...

Miré a Aos; como siempre, él permanecía concentrado en el camino, aunque no era muy difícil darse cuenta de lo que hablábamos. Sin embargo, había llegado un punto en el que ya casi no me importaba; estaba empezando a convivir con su sombra y a aceptar hablar de ciertas cosas sin que él mostrase ni un ápice de asombro.

Tras despedirme, colgué la comunicación y me quedé con una sonrisa perpetua en los labios; sentía mariposas en el estómago y mi corazón se había precipitado hasta lograr un compás completamente enloquecedor. Luka me atraía de una forma instantánea desde el momento en que lo vi la primera vez en el Palace, y cuando tonteábamos como entonces, no hacía más que pensar que Dios, finalmente, se había apiadado de mí al regalarme su amor.

* * *

Luka

—¿Estás realmente segura de que quieres quedarte? Me apena que tengas que hacerlo; habíamos planeado hacer juntos este viaje, Nicole. Puedo hablar con Cala para que se quede con Mila.

—De ninguna manera. Luka, tú ocúpate de los asuntos de la empresa, asiste a la cumbre petrolera y luego consigue esos contratos con la República de Chad, para que Renewables Bandini vuelva a ser el número uno en el mercado. No voy a negarte que me hacía mucha ilusión que viajáramos juntos, pero tendremos miles de oportunidades más para volver a hacerlo, tú no te preocupes por nada. Además, Mila no se ha enfermado a propósito; sabes mejor que yo que esto suele pasar cuando se tienen niños, ellos siempre son los que disponen; en todo caso, Mila tiene bronquitis y no es justo que la dejemos los dos. Jamás podría irme a disfrutar sabiendo que ella se queda aquí solita y enferma.

—No sería la primera vez que tengo que viajar y la dejo enferma; lamentablemente hay veces en que resulta inevitable. Además, se quedaría con su abuela, que no es lo mismo que dejarla enferma con Poppy... no estaría sola.

—No; si tú no puedes, debo ser yo quien se quede con ella. Ahora somos una familia, cuando tú estabas solo era diferente.

—Gracias por quererla tanto, ven aquí —la besé despacio, mordisqueando sus labios y lamiéndolos antes de perder mi lengua dentro de su boca, mi sabor favorito después del de su coño—; te prometo que, antes de que entres en el último trimestre del embarazo, iremos de viaje a algún sitio sólo los dos... ve pensando a dónde quieres que te lleve.

—Te tomo la palabra, tigre. Ahora ve, tu vuelo te espera.

—Estaré de vuelta en cuatro días, ya han reprogramado el vuelo de regreso para hacerlo antes.

—Voy a extrañarte.

—Yo también a vosotras.

Me incliné y besé su vientre.

—Cuídate.

—Lo haré, no te preocupes; además, por más que quisiera no hacerlo, hay demasiada gente a mi alrededor recordándomelo. Tú también cuídate.

—No te separes de Liam si es que vas a algún lado.

—Poppy vendrá a quedarse aquí tal y como estaba previsto, así que no estaremos solas.

La cogí de la mano y me acompañó hasta el recibidor del apartamento. Hiqué mis dedos en su cintura y la atraje hacia mí; me estaba resultando muy difícil alejarme de ella, me había ilusionado mucho con llevarla conmigo.

Nicole se aferró a mi nuca y volvimos a besarnos; su beso fue una dosis instantánea de lujuria, provocando en mí una sensación de desgobierno absoluto.

Desde que la conocí, nunca tuve una oportunidad de tener dominio de mis sentimientos, ya que, cuando mi boca entraba en contacto con la suya, mis pensamientos no tenían control. Me recorrió el pelo con las manos, mientras yo bajaba las mías para cogerla de las nalgas y apretarla más contra mí.

Profundicé más el beso y le comí la boca, succionándola lenta y pausadamente; quería llevarme su sabor para que me durara durante todo el viaje. Gemí descontrolado en su boca; estaba ya tan empalmado que sólo me tomaría cinco minutos tumbarla sobre la mesa del recibidor para follarla por última vez.

Sin poder apartarme de ella, le metí una mano bajo la falda y busqué desesperado su coño. ¡Joder, era tan sedosa y estaba tan húmeda! Aparté el encaje de su ropa interior, abriéndome paso para introducir mis dedos en su vagina; le metí dos y con el pulgar tracé círculos en su clítoris.

—Luka —se le escapó un gemido mientras mis dedos ya estaban hurgando en ella—, se te hará tarde.

—Eres jodidamente perjudicial para mí, y también eres extremadamente irresistible. Déjame echarte un último polvo.

—En cualquier momento llegaré Poppy.

—Shh...

Me aparté a regañadientes para cerrar la doble puerta que daba a la sala, también cerré la que daba al pasillo.

Regresé de inmediato y volví a apresar su boca; me mordió y apoyó sus manos, sosteniéndose de mis bíceps.

—¿De verdad quieres que pare?, mira cómo me tienes. —Cogí una de sus manos e hice que acariciara mi ansiosa polla, que estaba dura como una roca—. Déjame tenerte una vez más antes de irme, déjame llevarme tu sabor en mis labios.

La giré y levanté su falda, amontonándola en su cintura; desde que sabía que ella estaba embarazada intentaba ser más cuidadoso, pero a veces fallaba en el intento. Le arranqué las bragas y, al instante, me abrí el cierre del pantalón; mi polla saltó, ávida por enterrarse en su sexo, pero necesitaba llevarme su sabor antes de penetrarla.

Me incliné para chupar su vagina; parecía un sediento incapaz de saciarse. Abrí sus pliegues con mis dedos y enterré la lengua en ella, lamiendo toda su humedad.

Quería seguir chupándola, hasta hacerla correr, pero no tenía tiempo, así

que me puse de pie y la observé una última vez.

—Estás jodidamente mojada, y no sólo por mi saliva, cariño.

Nicole

Deslizó el brazo a través de mi cintura y se inclinó contra mi espalda.

—¿No sé cómo haré durante estos cuatro días sin tenerte? —susurró roncamente en mi oído mientras su polla se frotaba con mis nalgas.

Follar y desactivar mi mente durante el acto era algo que yo siempre había hecho en el pasado; siempre había entregado mi cuerpo, pero no mi alma, y en el transcurso el proceso se había llevado mis sentimientos.

Con Luka, sin embargo, cada fibra de mi cuerpo se involucraba en el acto; él me daba todo lo que yo jamás imaginé merecer tener, y me enseñaba a que amara mi cuerpo, y a amar el suyo sin restricciones tampoco; eso había sido así casi desde la primera vez que lo vi, mi tigre era irresistible e imposible de no admirar.

Me di la vuelta, necesitaba hacer contacto con sus ojos, verme en ellos y sentir la pasión y la entrega con que él me adoraba cada vez que me hacía el amor. Luka era el único que había llegado a lo más profundo de mi corazón; él tocaba sentimientos que yo nunca creía que sentiría por nadie.

Entorné los ojos y bajé lentamente la cabeza para disfrutar de su erecta polla. Recorrí con mi dedo medio las abultadas venas que la surcaban hasta llegar a la punta, hinchada y violeta; recorrí su entrada y recogí la gota que amenazaba con caer. Al hacerlo me lamí los labios y me llevé el dedo a la boca para chupar su anticipación.

Levanté la vista mientras lo hacía; nuestras miradas se entrelazaron y me fascinó ver esa sonrisa ganadora y genuina que me indicaba que sabía muy bien lo que yo quería.

—No hay tiempo para una mamada también. Sabes que amo ver tus labios envueltos en mi longitud, pero no hay tiempo, cariño.

Me tomó de las axilas y me sentó sobre la mesa.

—Te follaré de frente, quiero que veas cómo mi verga se pierde por completo dentro de ti.

Tragué saliva mientras lo miraba lujuriosa; su polla era perfecta, él era perfecto y caliente, muy caliente, y tan atractivo que te quitaba el aliento, una sensación a la que creía que jamás me acostumbraría.

Me apoyé con las palmas en la mesa y me recliné ligeramente para darle acceso. Luka agarró su carnosa polla, la dirigió a mi entrada y luego empezó a penetrarme lentamente, enterrando sus veinticuatro centímetros en mí. Tenerlo en mi interior siempre me hacía sentir muy expandida, casi atravesada por dentro, y, aunque desde que sabíamos que estaba embarazada él era más cuidadoso, consciente de su tamaño, mi vagina se abrazaba agónicamente a su duro tronco.

Luka sostuvo mis piernas, enredándolas en su cintura, y me miró como siempre, de forma oscura y prometedora. Luego comenzó a bombearme despacio.

Lento o rápido, como quisiera follarme, siempre aguijoneaba mi deseo; él sabía exactamente cómo tocar ese lugar mágico que me hacía estallar y ver estrellas mientras me corría.

—Cariño, ¡cómo me gusta joder tu coño!, las veces que pueda hacerlo nunca son suficientes para mí.

—Necesito que me digas que me amas. —Mis inseguridades aparecían sin remedio, pero a él no le importaba con tal de complacerme.

—Sabes que lo hago, cariño, lo amo todo de ti... amo tu coño mojado, amo cómo me abraza, cómo me vuelves loco de placer.

Sin querer que ese momento terminara, levanté una mano y le acaricié el rostro, llevé mi mano a su boca y él chupó mis dedos. Todo era muy intenso, siempre era así entre nosotros. Él siguió arremetiendo contra mí, y enterró su cara en mi pelo, resopló contra mi cuello y luego se volvió a apartar para encontrar mi mirada.

—Eres tan jodidamente apretada, nena.

Continuó estimulando mi interior con su miembro; se movía dentro y fuera, obligándome a aceptar cada centímetro de placer.

—Luka, más rápido, más fuerte, por favor, estoy bien.

—Déjame a mí, cariño; sé muy bien cómo hacerte llegar.

—Te necesito descontrolado aunque sólo sea por hoy, sólo para saber lo que te provoco, necesito saber que sólo me deseas a mí.

—Soy tuyo, cariño, me tienes; no quiero que pienses cosas raras. Pasaré los cuatro días deseando tu coño, y esperando regresar para volver a enterrarme

nuevamente así en ti.

—Fuerte, Luka, fuerte, mi amor.

Su boca reclamó la mía, su lengua se movió sin piedad dentro de mi boca, y lo sentí gruñir; sabía que se estaba conteniendo, pues conocía las señales de su cuerpo, había aprendido a reconocerlas.

Me aparté para que pudiéramos coger aliento y lo agarré por la nuca.

—Fuerte —le ordené mirándolo fijamente—, como nos gusta a los dos.

—Mierda...

Maldijo, pero él también perdió toda sensatez y comenzó a espolearme con fiereza. Su polla se enterraba bien profundo, y me llenaba por completo. En segundos, juntos escalamos la pendiente del póstumo placer; contuve la respiración y las paredes de mi coño se aferraron a su polla. Un aleteo de mariposas en el estómago y un nuevo empujón rompieron toda resistencia. Nos besamos absorbiendo los gritos del otro, mientras nos entregábamos al placer que juntos conseguíamos tan bien.

Luka se quedó sumergido en mi interior por unos instantes, una de sus manos acarició mi rostro y luego mis labios; después bajó la cabeza, se estrelló una vez más contra mi boca y movió las caderas por última vez; me encantaba cuando tenía esas réplicas del orgasmo.

—¿Y aún dudas? —me dijo abandonando mis labios—. Mira cómo me dejas, siempre queriendo más de tu sexo. Me pides que te diga que te ame, pero cómo puedo creer que sientes realmente mis palabras cuando tú no te amas a ti misma. Cariño, ¿hasta cuándo vas a autodestruirte?, ¿cuándo vas a dejar de luchar contra los fantasmas del pasado?, ¿qué más tengo que hacer para que te sientas merecedora del amor que te doy?

Aún permanecía dentro de mí, volvió a inclinarse y su lengua dibujó un sendero por toda mi garganta.

—No voy a romper tu corazón, cree en mí.

—Lo hago, te juro que lo hago. Lamento agobiarte con mis inseguridades y te doy las gracias por ser tan paciente.

Odié la desesperación en mi voz, detesté que el dolor y la angustia todavía arruinaran esos momentos. Se me quedó mirando, y yo a él; amaba ese rostro cálido y perfecto que poseía una belleza deslumbrante, una belleza que tenía lo justo y necesario para seguir siendo muy varonil... su mentón cuadrado, su hoyuelo en el mentón, el lunar en su labio, la heterocromía parcial en su ojo izquierdo, los rizos de su oscuro cabello.

Intenté trasmitirle todo lo que sentía, e intenté también despojarme de mis inseguridades.

—Esperanza.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Esperanza es lo que estoy advirtiendo ahora mismo en cómo me miras. Quiero que nunca dejes de mirarme así.

Tragué saliva, lágrimas de felicidad se amontonaron en mi garganta.

—Quiero que, durante estos cuatro días, pienses en este momento, en cómo nuestros cuerpos se unen de forma perfecta. Porque te aseguro, nena, que jamás en toda mi vida sentí tanta perfección envolviendo mi polla. Pero eso no es lo único, tú me complementas en todo. Tú llenas el espacio de mi corazón que había quedado vacío después de que la otra mitad la llenara Mila, y, ahora, he hecho un compartimento nuevo, esperando para recibir a nuestro hijo.

Hubo un momento de silencio y luego volvió a hablar.

—Luciano, quiero que lo llamemos Luciano Bandini, si estás de acuerdo; significa luminoso, brillante... porque él será el encargado de traer luz a nuestras vidas.

—Me encanta.

»Luciano se llamará, aunque a Mila no le guste y prefiera que lo llamemos Gyro Gearloose, como su personaje preferido de Super DuckTales.⁹

Nos reímos al recordar la sugerencia de la niña, y después nos besamos lentamente, saboreándonos una última vez antes de que él saliera de mi interior.

Veintidós

Luka

Escoltado por Aos, llegué al Westchester County Airport cerca de las ocho de la noche.

Cuando viajaba al exterior, prefería, partir desde ese lugar, puesto que de esa forma evitábamos el mayor tráfico aéreo comercial de Nueva York.

De inmediato nos trasladamos al hangar del operador de base fija, donde con rapidez cumplimentamos todos los trámites de rutina para abordar el avión privado de Renewables Bandini, un Airbus ACJ319.

—Bienvenido, señor Bandini.

—Buenas noches, capitán Fellner. —Le tendí la mano al entrar en la aeronave.

—Todo indica que tendremos un vuelo muy tranquilo, señor.

—Perfecto.

Tras ese corto intercambio, saludé al copiloto, el oficial Pursey, y luego a la auxiliar de abordó.

—Aquí tiene su café con doble crema, tal como a usted le gusta.

—Muchas gracias, Fanny. —Cogí el vaso térmico que me ofreció y avancé por el pasillo para dirigirme al compartimento donde ya estaban sentados los escoltas que nos acompañarían.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches. Permanezcan sentados. —Los detuve cuando hicieron el amago para ponerse de pie al verme llegar.

Continué caminando hasta alcanzar la sala principal del avión, donde divisé a mis compañeros de vuelo, acomodados en torno a la mesa que allí había.

Tras saludarlos, no tardó en oírse la voz del capitán por los altavoces, dándonos ciertas indicaciones.

—Buenas noches, soy el capitán Fellner. En pocos minutos entraremos en pista para realizar el despegue, volaremos con destino a Bromley, municipio al sudoeste de Londres. La duración estimada del vuelo es de siete horas, y el parte

meteorológico indica que lo haremos con buen tiempo. Cualquier cosa que necesiten, Fanny los asistirá. Les ruego que se abrochen los cinturones de seguridad y apaguen sus aparatos electrónicos durante el despegue; les recuerdo, de manera adicional, que no está permitido fumar a bordo. Gracias, señor Bandini, por confiar en mí y en el oficial Pursey para llevarlos a destino, les deseo a todos muy buen vuelo.

Había mucha actividad alrededor del avión por parte del personal de rampa, así que todo hacía suponer que el despegue ocurriría de forma inminente.

Dicho y hecho, los motores no tardaron en encenderse y el Airbus, con prontitud, se puso en movimiento, dirigiéndose a la pista 16/34, la adecuada por su longitud para que nuestra aeronave hiciera un ascenso seguro.

Tras un tranquilo vuelo, el avión entró en el espacio aéreo de Biggin Hill, el aeropuerto más popular del Reino Unido destinado a la aviación privada, y que sólo quedaba a una hora del centro de Londres.

El personal de rampa aún ejecutaba maniobras de seguridad para nuestro avión cuando descendí por la escalerilla. Miré hacia el cielo y cerré mi abrigo, observando cómo las nubes tímidamente daban paso al sol en esa fría mañana. Con celeridad, nos trasladamos a la terminal privada para cumplir con los trámites migratorios. Hecho esto, en la entrada ya estaban esperándonos los vehículos que nos trasladarían al hotel.

Por lo general, no acostumbraba a viajar con tantos hombres encargados de mi seguridad, con Aos siempre había sido más que suficiente, y además confiaba plenamente en él, pero éste había insistido en que el protocolo de la cumbre así lo marcaba, así que, Owen y un nuevo escolta, llamado Trevor Jackson, que se había sumado recientemente al equipo y era un ex-SEAL compañero de Liam, nos acompañaban. Así mismo lo hacían Drake, Kevin y Max, quien no sólo era mi secretario, pues cumplía una doble función, ya que también era un guardaespaldas encubierto, al igual que Madisson, detalle que Nicole desconocía, puesto que no quería que sus problemas de inseguridad se profundizaran.

Por suerte había hecho mis reservas con tiempo; la ciudad pronto empezaría a verse colapsada, puesto que en tan sólo dos días llegarían las delegaciones oficiales de los diferentes países que asistirían a la cumbre petrolera, y Londres se vería claramente amenazada con convertirse en un hervidero donde los ojos del mundo se centrarían.

Como había proyectado hacer ese viaje en compañía de Nicole, y era el

primero de los muchos que planeaba hacer con ella, quería impactarla y que fuera inolvidable, así que había reservado un espacio muy lujoso en el no menos lujoso Four Seasons Hotel London at Ten Trinity Square, uno de los principales lugares de interés de la metrópoli. El increíble hotel de estilo neoclásico estaba emplazado en la antigua sede de la Autoridad Portuaria de Londres, frente a los jardines de Trinity Square Gardens.

Personal del hotel nos recibió en la entrada y cargó con nuestro equipaje; también nos guio hasta la fastuosa recepción para que nos anunciáramos, y de inmediato nos fueron asignadas las habitaciones reservadas.

Trasladándome hasta el sexto piso, entré en la residencia de seis habitaciones. Aos y Owen eran mis escoltas asignados en el hotel; Max y Trevor, los que custodiaban la seguridad de Drake y de Kevin; no quería ni imaginar que pudiera pasarle algo a mi cuñado, no era tan estúpido como para correr el riesgo de que mi hermana me capara.

Mientras el personal auxiliar se ocupaba de acomodar mis pertenencias, me descalcé, estiré los brazos por encima de la cabeza e hice crujir mi cuello de lado a lado; mi cuerpo estaba empezando a sentir el cansancio del viaje y del cambio de huso horario, pero le resté importancia; mi agenda estaba demasiado ajustada esos días como para pensar en hacer una siesta.

Mientras escudriñaba los espacios, llegué a la cocina y busqué en el refrigerador un agua con gas. A la vez que me la bebía, cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón, pues quería hablar con Nicole, aunque en Nueva York fuera de madrugada y probablemente la despertara. Le había prometido que, tan pronto como me instalara en el hotel, la llamaría, y quería cumplir mi palabra.

—¿Luka?

—Hola, cariño.

Su voz amodorrada fue música para mis oídos; hacía apenas nueve horas que no la veía y ya la extrañaba.

—Espera que me levante de la cama, así no despierto a Mila; quiso dormir conmigo —me dijo entre susurros—. Listo, ya estoy en el baño. ¿Cómo te ha ido el viaje?

—Muy tranquilo, ya estoy en el hotel. ¿Cómo está Mila?

—Ha pasado la noche bastante inquieta; ha tenido fiebre hasta hace un rato, pero ahora duerme. Pronto la medicación hará que los síntomas empiecen a ceder; no te preocupes, lo tengo todo bajo control.

—Lamento mucho que no estés aquí conmigo, ¡deseaba tanto poder

compartir contigo las vistas de esta habitación! Había pedido una desde donde se ve el Támesis y la Tower Bridge.

—No te preocupes, ya me llevarás en otra ocasión.

Hablamos durante un buen rato; quería que se fuera a descansar, pero era evidente que ella me extrañaba tanto como lo hacía yo, y no le apetecía que la comunicación terminara. Sin embargo, mi agenda no me permitía continuar con la conversación.

—Cariño, lo siento pero debo colgar; necesito darme una ducha, ya que en unas dos horas despegamos hacia Chad.

—¿Te vas a Chad? No me habías dicho que irías allí, creí que la reunión era en Londres.

—Cambio de planes en medio del vuelo. El presidente de la República de Chad no puede viajar a Londres para reunirse con Jassim y conmigo, así que, como no pudimos cambiar el plan de vuelo en el aire, salimos en dos horas para Yamena, la capital del país.

—¡Cómo me hubiese gustado hacer ese viaje contigo! Desde que me describiste ese proyecto, fantaseo con la ayuda que será para esa gente la creación de todos esos nuevos puestos de trabajo en la petrolera.

—Regresaremos juntos, te lo prometo.

Ni loco pensaba llevarla a ese país tan inestable y peligroso, donde los ataques terroristas de Boko Haram habían empeorado las condiciones de vida tanto de los refugiados como de los chadianos que los acogían, pero no iba a decírselo, para que no se pusiera a sufrir por mi seguridad, aunque, si se ponía a investigar mínimamente en Internet, no tardaría en descubrirlo por sí misma.

—Si tienes ganas de hacer alguna obra de caridad en Chad, podemos pasarla por la Fundación Bandini; hay mucha gente necesitada en ese país. La región del África subsahariana necesita que más ojos se posen sobre ella.

—¿De verdad? Eso sería fabuloso.

—Ponte a ello, entonces; crea una causa a tu medida, tienes todo mi apoyo.

—Gracias, Luka. Prométeme que te cuidarás mucho.

—Tú también, cuida de mi hijo en tu vientre, y descansa, y... gracias por cuidar de Mila, cariño. Te llamaré cuando aterrice en Yamena, el vuelo dura aproximadamente seis horas.

* * *

No me sentía nada feliz de tener que ir a ese sitio del planeta, pero el jefe de Estado de la República de Chad no nos estaba poniendo las cosas nada fáciles en la concertación para firmar el contrato para la explotación de los pozos petroleros en la región de Doba.

Alrededor de las cinco de la tarde, hora local, aterrizamos en Yamena, la capital.

El calor y los insectos nos arrasaron tan pronto como pusimos un pie fuera del avión y, junto con nubes de polvo, ése fue el recibimiento que tuvimos al llegar.

Drake y Kevin se quejaron, fastidiados.

Todos vestíamos pantalones chinos en la gama de los caquis y los oliva y camisas manga corta; se nos había recomendado que lleváramos sombreros de ala para protegernos del sol, y que nos rociáramos la piel y la ropa con repelente para evitar picaduras.

—Capitán Fellner, gracias por traernos. Asegure el avión y espere aquí; apenas termine la reunión, regresaremos a Londres.

—Vaya tranquilo, señor Bandini. Me ocuparé de que todo esté listo para despegar en cuanto regresen.

El transporte enviado por el Gobierno nos estaba aguardando, pero era sólo un M151, un vehículo ligero todoterreno de uso militar.

—Buenas tardes, soy el general mayor Muhammad Dibo. —Se comunicó conmigo en árabe chadiano, un dialecto del árabe, pero que comprendí muy bien—. No se me informó de que llegaría acompañado de tanta gente.

—Sé muy bien quién es, mayor Dibo. Lamento que su padre no le haya informado de que vendría con mi seguridad personal y parte de mi equipo de trabajo. Él es mi gerente comercial, Kevin MacLeod, y además es mi cuñado, y él es Drake Olson, mi gerente de certificaciones y contratos —dije presentando a mi equipo.

El militar simplemente los miró, pero no les tendió la mano para saludarlos. Al parecer, en esa parte del planeta los buenos modales no estaban incorporados al plato del día.

—Lo esperábamos con el príncipe Jassim Al-Thani.

—El caso es que la reunión estaba pactada en Londres, un lugar seguro para el príncipe, pero ustedes han cambiado los planes... imagino que no pensarían que su alteza vendría hasta aquí, donde los ataques terroristas de Boko Haram

están a la orden del día, y mucho menos ahora, que se rumorea que son financiados por Arabia Saudita, los enemigos directos de Qatar.

—¿Qué pasa?, ¿no confían en la protección que podemos darle desde el Gobierno de Chad? Si ustedes no confían en nosotros, ¿por qué nosotros tenemos que confiar en ustedes?

—Porque estamos invirtiendo en su país, y porque tienen todas las cuentas bloqueadas por el Banco Mundial y dependen de nosotros.

El chadiano se rio con sorna.

—Malditos yanquis, que se creen los dueños del mundo.

—No se trata de que nos creamos los dueños del mundo, se trata de que estamos acostumbrados a pensar a largo plazo, tenemos visión de futuro.

El militar me miró con odio.

—Supongo que ustedes también están demostrando tenerla —añadí, suavizando el momento—, por eso nos están permitiendo la entrada en su país; somos la solución a sus préstamos congelados.

El mayor se mostraba soberbio y quería demostrar a toda costa su poder, pero yo no tenía pensado amedrentarme ante él. Conocía perfectamente los tejemanejes del Gobierno para quedarse con los fondos acordados con el Banco Mundial en otras negociaciones con petroleras que habían intentado desembarcar antes en Chad.

Un silencio tenso se extendió por unos instantes, pero no pensaba ceder; debía demostrarme que era un mejor anfitrión si querían negociar conmigo.

—Bien, mi padre nos está esperando —dijo finalmente el chadiano—, pero, como verá, no hay sitio suficiente en el vehículo para todos.

—El señor Bandini no se moverá de este aeropuerto sin toda su seguridad —acotó con voz firme Aos, demostrándole al militar que no íbamos a ceder a sus caprichos.

—Y usted, ¿quién es? —le preguntó el africano de forma despectiva.

—Mi nombre es Aos MacGregor, mayor Dibo —Aos le ofreció un saludo militar en actitud de respeto, tocándose con la punta de los dedos juntos de la mano derecha la sien—, exsargento del Quinto Regimiento de Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos en la región del Cuerno de África, también conocidos como boinas verdes. En la actualidad soy el jefe de seguridad del señor Bandini —continuó explicándole.

—Guárdese sus títulos; como he dicho, no hay sitio para todos.

—Me extraña... su poder debería ser superior —replicó Aos; no me gustaba

nada la forma en que esos dos se estaban midiendo—; si no puede conseguir con prontitud otro vehículo que traslade a nuestra gente, empiezo a dudar de su rango.

El africano se aproximó a Aos y, alzando el mentón, lo miró de manera intimidante.

Tomándonos a todos por sorpresa, ambos hombres desenfundaron sus armas con una rapidez que nos puso a todos en alerta, provocando que Owen me tirara hacia atrás, a la vez que desenfundaba su arma, al igual que Max. Trevor protegía a Drake y a Kevin, que estaban pálidos. Por su parte, el personal militar que acompañaba al mayor Muhammad también preparó sus AK-47, listos para disparar contra mis hombres.

Ni siquiera el vuelo de una mosca era admisible en aquel momento. Sin embargo, sorprendiéndonos más aún, ambos hombres bajaron sus armas y empezaron a abrazarse y a reír, palmeándose la espalda.

—Aos, creí que nunca volvería a verte.

—General mayor del Ejército, ¡los años y el cargo sólo te han hecho más soberbio, maldición!

—Hay cosas que con el correr del tiempo se potencian; ya sabes, las mañas jamás se pierden. Tú mejor que nadie para demostrarlo: aún continúas siendo un yanqui apestoso que no respeta los rangos, ahora entiendo por qué terminó tu carrera militar.

Al comprender que esos bastardos se conocían de otra época, lentamente todos fueron deponiendo sus armas. ¡Mierda!, por suerte mi corazón funcionaba muy bien, porque casi me había quedado seco segundos atrás.

Cogí una bocanada extra de oxígeno y me pasé la mano por la frente, instándome a tranquilizarme.

El idiota del mayor Dibo y MacGregor se conocían de la época en que Aos había prestado sus servicios para la fuerza de élite del Ejército de Estados Unidos.

Finalmente, tras impartir algunas órdenes, fuimos trasladados a Yamena en un transporte acorazado de tropas, un ZFB05.

Veintitrés

Luka

Estábamos de regreso en el aeropuerto, ya a punto de despegar hacia Londres, ya que el general mayor Dibo había hecho todos los arreglos para que se despejara la pista 3/21 y pudiéramos salir de inmediato de Chad. Esa orden había sido impartida por su padre, el jefe de Estado, Khamiss Dibo.

La negociación había sido muy cerrada, y ahora pretendían que construyéramos pozos de agua en las cercanías del lago Chad; nos exigían ese requisito adicional para cedernos la explotación de los pozos, puesto que esa zona del lago estaba viéndose seriamente afectada por la sequía, la pobreza, las epidemias y el ataque continuo del grupo terrorista Boko Haram. Los insurgentes arrasaban los poblados y sus tierras, secuestrando a cientos de niñas y mujeres para venderlas y también para obligarlas a procrear niños para ser utilizados como bombas humanas. Ese conflicto llevaba años en Nigeria, y en ese momento también se había trasladado a esa región, puesto que los refugiados se escondían en Bongor, una ciudad colonial y un paso obligado para llegar a los pozos de petróleo de Doba, en el que instalaríamos, además, fibra óptica para agilizar las comunicaciones. Esa región vivía estaciones climáticas extremas de sequía y humedad, rodeado por el Sahara al norte y la sabana al sur.

También se había negociado el pago de los *royalties*. Ésa era la principal complicación, pero a cambio nos garantizaban la custodia, por parte del Ejército Nacional, de la zona donde se construiría el oleoducto de más de mil kilómetros que debía conectar los campos petrolíferos del sur de Chad con la terminal de Kribi, en el puerto de Camerún, donde las negociaciones eran más flexibles que aquí.

—¿Qué opinas, Aos? —Estábamos todos recostados en los sofás del avión tras el despegue; me dolía cada músculo del cuerpo, sentía el *jet lag* auestas y tenía la cabeza a punto de estallarme, y no sólo por los cambios de husos horarios, sino también por la presión que había comportado toda esta negociación—. Estás muy callado.

—Supongo que lo que me estás preguntando es qué opino de la seguridad del emplazamiento.

—Sí, has estado presente durante toda la negociación.

—El lugar es una mierda.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero... bueno... verlo en vivo y en directo hace saltar más las alarmas. No puedes confiar en la seguridad que dicen que te proporcionarán. Me he sentado delante a propósito, para tener visibilidad dentro del acorazado, y estudiar así el camino. Por supuesto, el recorrido del aeropuerto hasta Yamena no es ni la mitad de peligroso que la zona donde los hombres deberán trabajar en la construcción del oleoducto; en el informe que te entregué cuando me pusiste a cargo de esta tarea, te lo detallé muy bien.

—Lo he leído, pero es un riesgo que estamos dispuestos a asumir. No nos queda otra salida.

—Lo sé; entonces habrá que asegurar muy bien el perímetro de la construcción. Estaremos metidos en el corazón del floreciente conflicto con Boko Haram.

—Esos tipos son unos incivilizados; el presidente no tanto, él tiene un poco más de tino —dijo mi cuñado—, pero el hijo cree que todo se soluciona a punta de pistola.

—En esos sitios a menudo es así —intervino Aos.

—Creo que el mayor Dibo odia a los yanquis.

—No los odia, pero tiene sus reservas con la gente del primer mundo, tal vez por apreciaciones como la que acaba de hacer el señor MacLeod.

—¿Acaso no son unos incivilizados? Aos, ¿no has visto cómo nos han recibido?

—Su poder no está precisamente en la palabra; nos han tratado de la misma forma que están acostumbrados a tratar los problemas en esta región, pues la fuerza es lo que hace la diferencia; por eso la excesiva curiosidad no es bien recibida. En este lugar las preguntas se contestan, pero van siendo derivadas de personalidad en personalidad, su vida está marcada por los toques de queda.

—Visteis que en el palacio presidencial todo estaba cubierto con envoltorios, pero se notaba que no era nuevo, pues el polvo se había metido ya debajo del recubrimiento —dijo Kevin sin ocultar su asombro.

—Leí que los chadianos sufren una atracción por mantener las etiquetas, como si las cosas se acabaran de estrenar —acoté.

—Lo siento, amigo, pero espero que no haya que volver a venir a negociar nada más, o creo que me enfermaré para no poder subir al avión —señaló Drake.

* * *

Aterrizamos a las siete de la mañana en Bromley.

Me sentía apaleado, ya que dormí muy poco durante el vuelo; aunque me había tirado un rato en la cama del avión, di mil vueltas sin conseguir pegar ojo por más de media hora. Creo que estaba sobrepasado de problemas.

Miré al resto de mis acompañantes. Drake y Kevin lucían tan cansados como yo; mis guardaespaldas, en cambio, estaban frescos como una lechuga, a pesar de que la presión que ellos acarreaban no era menor que la mía.

Llegué al Four Seasons cerca de las ocho y media de la mañana. A pesar de ser temprano, el sol se filtraba por las ventanas e iluminaba parte de la sala. Vací mis bolsillos y me dirigí directo al baño; a las diez debía encontrarme con mi primo Jassim, que ya estaba en Londres.

Cogí mi móvil y calculé rápidamente la hora en Nueva York; allá eran sólo las tres y media de la madrugada y, por supuesto, no quería interrumpir el sueño de Nicole, por lo que decidí enviarle un mensaje para que lo leyera cuando se despertara; después de todo, habíamos hablado antes de que el avión despegara de Chad.

Luka: Hola, Nic, ya estoy en Londres. Acabo de llegar al hotel y en un rato salgo para encontrarme con Jassim. Te extraño, nena. Sólo nos quedan tres días para vernos.

Mi teléfono empezó a sonar en mi mano, y no pude dejar de sonreír cuando vi que era ella quien me llamaba.

—¿Por qué estás despierta y no descansando?

—Mila me pidió agua, no me regañes.

Puse el altavoz mientras me quitaba la ropa polvorienta y la hacía a un lado.

—Está bien, no te sermoneo, si es así. ¿Cómo está?

—Continúa sin fiebre, y más tranquila desde que pudo hablar contigo. Ya está mucho mejor, pero sigue usurpando tu sitio en la cama mientras tú no estás.

—¿Me imagino que el perro no dormirá sobre mi cama?

—Ehhh... literalmente sólo están sus dos patas traseras, porque las otras, en este instante, están colgando, al igual que su cabeza. Tienes voz de cansado.

—No cambies de tema, y baja el chucho de mi cama.

—No seas aguafiestas, *Jor-El* nos cuida mientras tú no estás. Se oye ruido de agua.

Negué con la cabeza, era inútil seguir despotricando por los pelos del perro, que estaban por todo el apartamento.

—Estoy llenando la bañera, iba a darme una ducha, pero necesito un baño de inmersión para sacarme el cansancio de tanto viaje. —Me apoyé en el tocador del lavabo y me miré al espejo; tenía el contorno de los ojos surcado por profusas manchas violáceas y mi pelo estaba descontrolado; me pasé la mano por los rizos, que estaban duros y polvorientos.

—Mmm, lamento no estar para darte unos masajes.

—También lamento que no estés aquí conmigo.

No le mentía. Extrañaba la tranquilidad que su olor me daba, sus besos, el calor de su cuerpo amoldado al mío para dormir. Desde que estábamos juntos era la primera vez que nos separaban tantos kilómetros de distancia; habría querido tenerla allí conmigo y follarla apenas la viera. Nicole era la única que podía sacarme el estrés acumulado, funcionaba mejor que una sesión de ejercicios. Ella se había convertido, junto a mi hija, en mi cable a tierra, mi lugar seguro, mi paz.

* * *

Estaba tan cansado que, después de la reunión con Jassim, dormí gran parte de la tarde; no obstante, planeé ir de compras y llevarles algunos regalos a Mila y Nicole, así que puse la alarma para levantarme y hacerlo.

Aos, mi fiel escolta, me acompañó a todas partes. Cogimos un coche de alquiler del hotel para hacerlo. Cuando llegué de hacer las compras, me encontré con Kevin y con Drake para cenar.

Lo hicimos en el restaurante asiático que había en el hotel. Durante la cena, ellos continuaron hablando de Chad; aún seguían impactados por la pobreza del país. Me dio la sensación de que justo empezaban a tomar verdadera consciencia del esfuerzo que significaría llevar a cabo las obras en ese emplazamiento.

Tenía pensado irme a dormir temprano, ya que al día siguiente empezaba la cumbre petrolera, que se llevaría a cabo en Lancaster House, en el distrito St. James, en el West End de Londres; sin embargo, cuando decidimos retirarnos del

restaurante, Drake propuso que fuéramos a tomar una copa.

—No, yo paso, id vosotros.

—No seas antisocial. —Drake me palmeó la espalda e insistió—: Es sólo una copa, nada más. Vayamos hacia Mayfair, es una zona con muy buenos bares.

—No quiero salir; en todo caso, tomemos algo aquí en el hotel, en el Rotunda.

—Para eso nos vamos a dormir y sanseacabó —replicó mi cuñado.

—No hemos venido de gira, estamos en Londres por trabajo.

—Mañana empieza el trabajo, hoy tenemos la noche libre. Vamos, Luka, tomamos una copa, vemos un poco la ciudad y luego regresamos. —Drake parecía tenerlo todo resuelto.

—Nos merecemos una noche de chicos, después de que ayer nos llevaras a ese país lleno de insectos.

—Noche de chicos te va a dar mi hermana en la cabeza si se entera.

—Shh, no la nombres, que por suerte está muy lejos. ¿Sabes cuánto hace que no salgo a beber algo con amigos? Además, voy contigo, cuñado.

—Está bien. Llamaré a Aos para que nos acompañen y, de paso, que nos traiga abrigo a los tres.

—Luka, no vamos a salir con todos los escoltas. —Drake se quejó—. Estamos en Londres; relájate un poco, no pasará nada.

Estábamos saliendo del hotel y aún no podía creer que hubiera cedido a esa locura.

—Cálmate, cuñado, el Mahiki nos espera.

—Al Mahiki, no; hemos dicho un bar, no un club donde van todas las celebridades de la alta sociedad londinense.

—¿Quieres quedarte? —preguntó Drake mientras esperábamos conseguir transporte en la salida del hotel—. Porque, si vas a estar todo el rato con esa cara de culo, mejor nos vamos solos.

—Voy con vosotros; no me fío de vosotros dos solos. Mañana debemos ir a la conferencia, así que, cuando diga vamos, es vamos, ¿de acuerdo?

—Sí, papá —contestaron los dos, burlándose de mí.

Cuando llegamos a Dover Street, los advertí.

—Tomamos un cóctel y volvemos —intenté que mi voz sonara muy firme—, mañana tenemos que levantarnos temprano.

Entramos y fuimos recibidos por una camarera que nos preguntó si ya habíamos estado allí antes; los tres asentimos, y nos acompañó hasta otra

camarera que nos preguntó si preferíamos bajar a la planta inferior, donde se servían las copas. Accedimos; eran más de las diez de la noche, así que ya no se servía comida, de todas formas, nosotros ya habíamos cenado.

Cuando entramos en el área del bar, de inmediato nos acomodaron en una mesa y nos entregaron la carta de cócteles. La decoración era temática, al estilo hawaiano; había estado allí algunos años atrás, pero no me había quedado mucho para admirar el local con detenimiento; ese día me había ido muy rápido con una conquista.

De pronto advertí a alguien de pie junto a mí, así que me giré para descubrir de quién se trataba. El camarero, en ese momento, acababa de traernos las exóticas bebidas que habíamos pedido.

—Luka —posó su mano sobre mi hombro—, ¿eres tú?, ¿o estoy alucinando?

—Darleen —dije reconociendo a mi antigua gerente de certificaciones y contratos. Me levanté y le di un beso en la mejilla, y ella enredó sus brazos en mi cuello, dándome un afectuoso abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Vivo en Londres, ¿acaso has olvidado que me mudé aquí?

—No, por supuesto que no.

—Kevin, que alegría verte.

—Igualmente. ¡Qué casualidad encontrarte acá! Estás estupenda.

—¿Te acuerdas de Drake?

—Oh, sí, claro que sí. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Por qué no llamas a tus amigas y nos sentamos todos juntos?

Quería saltar la mesa y ahorcarlo allí mismo, pero tuve que conformarme con soltarle una mirada letal.

—Me parece genial, así nos ponemos al día. Luka, qué contenta estoy de verte. ¿Ya estás bien?

—Sí, gracias; ya todo ha quedado atrás.

Darleen se refería al atentado.

—Me alegro de que estés mejor. Me asusté mucho, ¿sabes? A os me dijo que te estabas recuperando y quise ir a verte antes de viajar, pero me pasó tu mensaje; supongo que te lo contó.

—Sí, sí, lo hizo; gracias por preocuparte. Disculpa que no te atendiera, pero fueron días muy complicados.

—No te preocupes, lo importante es que estás bien.

Asentí.

—Estáis en Londres por la cumbre de mañana, ¿verdad?

—Exacto —afirmó Kevin, desviando su atención a él, y se lo agradecí con la mirada.

—Llama a tus amigas, Darleen —insistió Drake—. Preséntame a la rubia de pelo más largo.

Ella se rio y tocó su hombro.

—Ahora vuelvo.

Cuando fue a por ellas, me incliné sobre la mesa y le espeté a Drake:

—Empieza a correr cuando salgamos de aquí, porque te destrozaré la cara a puñetazos.

—¿Qué he hecho?

—Vete a la mierda, Drake; no te hagas el inocente, ellas son tres y nosotros también. No estamos aquí de conquista.

—Tú no lo estarás, yo sí.

Miré a mi cuñado.

—Yo tampoco —dijo éste rápidamente.

Las tres mujeres finalmente se unieron a nuestra mesa, pero una de las amigas de Darleen se disculpó en seguida y dijo que tenía que irse; se despidió y quedamos nosotros tres, Darleen y el rubio interés de Drake.

Él y ella, simplemente, nos ignoraron, por lo que Kevin, Darleen y yo continuamos conversando sin prestarles demasiada atención.

—¿Te has adaptado bien a la vida en Londres? —preguntó mi cuñado sin calcular lo que ella podía contestar; es más, yo tampoco imaginé por dónde irían los tiros, simplemente pensé que comentaría las diferencias entre la sociedad londinense y la neoyorquina.

—Bueno, al principio me costó mucho... Me fui de Manhattan huyendo de una relación que fue un maravilloso desastre —me miró mientras sorbía un trago y Kev casi se atragantó—, pero lo estoy superando. —Clavó sus ojos color café en mí—. No es que esa persona me hubiese prometido una relación muy comprometida —siguió explicándole; aunque no me nombraba, todos allí sabíamos que hablaba de mí—, pero, ya sabes, Kevin, las mujeres a veces somos un poco idealistas y soñamos, y lo hacemos más de la cuenta —dijo apartando la vista de mí y fijándola en su bebida.

Estaba seguro de que esa respuesta no era la que Kevin esperaba, y yo me sentía muy incómodo; el aire se había puesto muy denso y sólo anhelaba que la charla cambiara su rumbo.

Drake, entonces, que no había participado de nuestro intercambio, se puso de pie y anunció que él y la amiga de Darleen se iban; ninguno indagó a dónde, eran adultos y no hacía falta ser muy imaginativo para deducirlo. En el pasado también me había gustado salir de cacería por los bares, así que no iba a cuestionar su *modus operandi*.

Continuamos hablando, aunque de nada en especial; en realidad, la oradora fue ella principalmente, ya que nos contó lo que extrañaba de no vivir en Nueva York, pero por suerte no hizo ninguna insinuación más de nuestro pasado juntos.

—¿Me has dicho que estás hospedado en el Four Seasons? —preguntó entonces mientras me tocaba el brazo, y vi la oportunidad clara de marcharnos.

—Sí, ¿qué te parece si nos vamos yendo? —le dije a Kevin—. Mañana nos espera un día complicado.

—Yo también iré a la cumbre —anunció ella.

—¿Ah, sí?

—Sí, formo parte de la comisión de Premier Oil que disertará.

—Cierto que ahora trabajas para ellos.

Llamé al camarero y pedí la cuenta; tras pagar, empezamos a caminar hacia la salida. Le sostuve el abrigo antes de que saliéramos para ayudarla a que se lo pusiera. En la esquina estaba el Ritz, así que propuse ir hacia allí, pues les dije que era un poco más probable que pudiéramos coger un taxi.

—Oh, no te preocupes; conseguir un taxi aquí es muy fácil. —Darleen sacó su móvil y solicitó un *black cab*, nombre que se da a los taxis en Londres, mediante una aplicación creada para pedirlos—. ¿Os importa si voy con vosotros? Es que el Four Seasons queda de camino a mi casa.

—Por supuesto que no; además, aquí los taxis se caracterizan por poder viajar en ellos hasta cinco personas —acotó Kevin, y yo agradecí que fuera él quien contestara.

Durante el trayecto nos resultó inevitable enzarzarnos en una conversación sobre valores del mercado petrolero y temas que al día siguiente discutiríamos en la cumbre. Cuando llegamos a nuestro destino, la charla había quedado a medias.

—Casi había olvidado lo bueno que es hablar contigo de todo esto. ¿Qué tal si bajo y tomamos un café en tu hotel y conversamos un poco más? —Creo que advirtió mi duda—. Como viejos amigos —aclaró—, creo que a los tres se nos ha ido el sueño.

Pagué el viaje y bajamos en el Ten Trinity Square, habíamos acordado tomar algo en el Rotunda.

Tan pronto como entramos, Darleen miró obnubilada el majestuoso interior; la cúpula con vitrales en ese palacio de finales de siglo dejaba sin aliento a cualquiera.

—Guau, nunca había estado aquí; era un sitio demasiado romántico como para venir solo.

—Nunca creí que tuviera el poder de ser invisible, Darleen, acabo de enterarme, —bromeó Kevin.

Ella se rio mientras nos acercábamos a la barra.

—Lo siento, señores, el bar ya está cerrado —indicó el barman antes de que nos acomodáramos del todo.

—Subamos a tomar algo a mi *suite*. Algo debe de haber en el refrigerador, o pidamos servicio de habitaciones —sugirió Kevin.

—Vayamos a mi residencia. —Me pareció que sería menos íntimo que estar en una habitación de hotel; allí había más espacio, era como estar en un apartamento. Después de todo, se trataba exclusivamente de una inocente charla, una charla de negocios, prácticamente.

Subimos al sexto piso, nos despojamos de los abrigos y caminamos hacia la cocina. Kevin se sentó en la barra del desayuno y Darleen cogió otro asiento. Abrí el refrigerador y miré el contenido.

—¿Cerveza o champán?

—Prefiero el champán — eligió Darleen a la vez que arrancaba una uva del racimo colocado en el cuenco de fruta que estaba sobre la encimera.

—Al pasar por la sala he visto una botella de Macallan;¹⁰ no seas tacaño, es la edición Lalique. Tráela, sabes que es mi debilidad.

—¿Cuándo te he escatimado una medida de whisky?, si en mi despacho entras y te la sirves solo. Ve a por ella; no pretenderás que, encima de que tendré que pagar un Lalique 64, vaya también a buscártela.

Descorché la botella de champán y ella leyó la etiqueta mientras lo hacía.

—The Charles Heidsieck Blanc des Millenaires Millésime 1995 Vintage. Nunca sencillo en tus gustos.

—No hay necesidad de serlo.

En ese momento Kevin caminó hacia nosotros con la botella en la mano; traía además dos vasos.

—¿Supongo que tú me acompañarás con el whisky?

—Supones bien.

Cuando quisimos darnos cuenta, los tres estábamos riendo como idiotas. La

botella de whisky se había acabado.

—Pediré otra.

—No; yo mejor me voy a dormir, ya hemos bebido demasiado.

—Fue idea tuya beber whisky, yo sugerí algo más suave.

—Dios, creo que el whisky, definitivamente, os ha pegado fuerte.

—Y a ti, el champán, Darleen. —Quería disimular, pero arrastraba las palabras.

—Seguid bebiendo vosotros, yo me voy a mi habitación.

—Espera; no te vayas, Kevin. —Lo seguí por la sala, y me percaté de que evidentemente había bebido de más, los sofás daban vuelta a mi alrededor.

—Lo siento, Luka —dijo pillando su chaqueta—. Ya estoy cansado de ser tu maldita niñera esta noche. Haz lo que tengas que hacer, eres un adulto consciente de las consecuencias de tus decisiones.

* * *

Los golpes en la puerta de mi dormitorio me despertaron.

Aos entró y de inmediato se encargó de las persianas.

—Tienes quince minutos para levantar tu culo y ponerte decente; luego tenemos otros quince minutos para llegar a Lancaster House, y así no llegarás tarde al primer día de debate en la cumbre.

»Tómame un Advil.¹¹ —Me tendió, junto con el analgésico, un vaso de jugo de pepino y limón.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras bajaba los pies al suelo, moviéndome a cámara lenta.

—Lo suficientemente tarde como para que dejes de permanecer en la cama.

—Puedes dejar de gritar, no eres mi madre. Dame eso que me has traído para que me lo beba y deja el sermón para otro, me estalla la cabeza.

—No es extraño después de haberte tomado dos botellas de Macallan. Bébete el jugo, te hará bien; el pepino te hará orinar para que elimines los desechos y el limón tratará tu hígado.

—Una botella la compartí con Kevin —le expliqué, aunque no tenía por qué hacerlo.

—Por suerte, él parece más sensato que tú, ya que se lo ve en muy buenas condiciones esta mañana.

Caminé hacia el baño; no tuve que desnudarme porque ya lo estaba, así que abrí el grifo y no esperé a que saliera el agua caliente; necesitaba el impulso del agua fría cayendo en mi cuerpo para despertarme de la resaca.

Quería quedarme a vivir bajo el agua, pero no había tiempo, así que tomé una ducha relámpago y salí. Enrosqué una toalla alrededor de mis caderas y fui hacia la mesilla de noche para hacerme con el móvil, pero no lo había puesto a cargar y no tenía batería, ¡lo que me faltaba! Salí a la sala, donde recordaba que había dejado el cargador, y me encontré con que todos me estaban esperando allí. Kevin leía *The Telegraph*, mientras que Drake hojeaba el *Financial Times*.

—¿Alguien tiene una batería extra con carga? Si no me equivoco, creo que tenemos el mismo móvil; el mío está muerto y no tengo otra batería llena.

Kevin me estudió unos minutos y luego se metió una mano en el bolsillo.

—En mi habitación tengo una, voy a buscártela.

—Deja, Drake, yo tengo una aquí.

—Gracias.

Regresé al dormitorio y, mientras encendía mi teléfono, fui al vestidor en busca de mi ropa y luego me vestí en tiempo récord.

Estaba atándome los zapatos, sentado en el borde de la cama, mientras llamaba a Nicole; tenía el móvil acunado entre mi clavícula y mi oreja, cuando vi una tarjeta junto a mi reloj en la mesilla de noche.

Gracias por una noche diferente. Lo pasé muy bien.
Darleen

—Hola, cariño.

—Hola, nena. Lamento despertarte, pero quería avisarte de que estoy saliendo para la cumbre. Voy con un poco de retraso, pero quería oír tu voz antes de irme. No sé a qué hora me desocuparé hoy, pues después de la conferencia hay un cóctel y no creo que pueda evitarlo.

—No te preocupes, todo va muy bien por aquí. Mila pasó toda la tarde de ayer sin fiebre, y así sigue. Tal vez hoy la deje con Celeste y con Poppy y vaya a trabajar.

—Ibas a tomarte estos días libres de todas formas, no es necesario que vuelvas a la empresa.

—No pasará nada en tu ausencia, Luka, no hay por qué temer. Lo que pasó no volverá a pasar, y Liam estará conmigo.

—Prefiero que te quedes en casa.

—No puedo vivir encerrada.

—No, tienes razón... pero necesito estar concentrado en la disertación y no pensando en tu seguridad.

—Luka, las obsesiones no son buenas; deberías plantearte pedir una cita con un terapeuta, me estás preocupando.

—Luego hablamos, no tengo más tiempo, debo irme, pero antes prométeme que te quedarás en casa.

Ella no contestaba.

—Nicole...

—De acuerdo, pero a cambio, cuando regreses, irás a ver a un terapeuta. Promételo también.

—Estaré bien.

—Promételo.

—Ok, lo haré.

Veinticuatro

Nicole

Me daba cuenta de que la esperanza era el sentimiento que últimamente me invadía cuando lo pensaba, y es que, a su lado, poco a poco iba encontrando el camino de vuelta; atrás parecían haber quedado los días oscuros y en soledad. De pronto, junto a él, tenía todo lo que a menudo veía que tenían los demás.

—¿Cuánto falta para que llegue papá?

—Me has preguntado lo mismo hace cinco minutos, Mila —le dije levantando la vista de los papeles. Le había pedido a Liam que me llevara al trabajo a recoger el informe de la planta de biomasa. En teoría no había faltado a mi palabra, estaba en casa trabajando—. Falta una hora, aproximadamente, para que su avión aterrice; nos avisará cuando lo haga. ¿Qué te parece si hacemos bisutería con el material que te compró Poppy?

—¡¡Síiiiií!! Iré a buscar todas las cosas.

Le agradecí mentalmente a mi amiga su idea de distraer a la cría haciendo todas esas baratijas; según ella, el método infalible para entretener a las niñas era comprarles una variedad de cuentas de colores, hilo encerado y cierres para hacer collares y brazaletes... ¡y había tenido razón!

Incluso la había instruido para que no regalara sus creaciones; le había dicho que su creatividad merecía ser pagada, y Mila estaba muy convencida de eso, porque ya había empezado a ponerle precio a todo; había transformado el juego en su primer microemprendimiento.

La cría estaba fascinada con la idea de que, en adelante, haría mucho dinero diseñando joyas, como las llamaba, y no había parado de fabricarlas después de que su fiebre cediera.

Mientras Mila subía a su dormitorio, mi móvil sonó; era mi madre.

—Mami, qué ilusión oírte. ¿Cómo estás?

—Hola, Nicole... lamento llamarte para molestarte.

—¿Qué sucede? ¿Eloise está bien? ¿O acaso te pasa algo a ti?

—No, no es nada verdaderamente alarmante. ¡Ay, hija, no sé cómo decírtelo!

—¿Qué ocurre, mamá? Suéltalo de una vez, sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Es que no me gustaría que Luka se enterara, sería muy vergonzoso para mí.

—¿Se trata de dinero? Luka me contó que te asignaron una mensualidad muy considerable.

—Oh, sí, pero es para Eloise, y yo de eso no toco nada si no es para sus necesidades. Como sabes, la pensión de tu padre cada vez alcanza para menos, pero para mis gastos resulta más que suficiente... pero... simplemente... me ha surgido una oportunidad y... ¿te acuerdas de la floristería de doña Berta?

—¿Qué tiene que ver la floristería de doña Berta en todo esto? —Me mordí el interior del labio.

—Es que ella murió y sus hijos no quieren seguir con la tienda; traspasan el negocio. Ya sabes que Carol, mi mejor amiga, siempre ha trabajado allí y conoce muy bien el sector. Además, también se encargan de la planificación y decoración de todos los eventos del pueblo y... bueno, pues, le han ofrecido quedarse con la floristería. El problema es que ella no cuenta con la totalidad del capital, y los hijos de doña Berta quieren un único pago, todo junto, así que me ha ofrecido ser su socia.

—Mamá, qué buena oportunidad. Además es un negocio que ya está montado y con una clientela muy buena.

—Sí que lo es, por eso quería saber si tú podrías prestarme el dinero; yo te lo devolvería poco a poco con las ganancias.

—Y... ¿cuánto necesitas?

—Doscientos veinte mil.

—Mamá, yo no tengo ese dinero; eso es mucho para cualquiera, es casi un cuarto de millón.

—Nicole, di mejor que no quieres ayudarme. Luka es muy rico; no me puedes negar que tienes acceso a ese dinero cuando él gana millones a diario. He visto tu vestidor; creo que, entre zapatos y ropa, lo que contiene suma esa cantidad.

—Que mi pareja sea generosa conmigo no tiene nada que ver con mi liquidez bancaria. Mami, yo no tengo ese dinero en mi cuenta personal.

—Está bien. Perdona por molestarte; siempre es lo mismo, sólo piensas en

ti.

—Eres injusta, siempre te he ayudado.

—Con migajas. Resulta que Steve era dueño de una empresa de bienes raíces y el tiempo que estuviste casada con él ni siquiera me lo dijiste. Siempre te avergonzaste de tu familia, llamabas y jamás decías dónde estabas.

—Mami, tus palabras me lastiman. Sabes que no fue así, sabes perfectamente por todo lo que pasé, yo sólo quería protegeros. Y la empresa de bienes raíces no es de Steve solamente, es de su familia, y ya te expliqué cómo fueron las cosas con él.

—Resulta que desde hace años vives dándote la gran vida en Nueva York y tú eres la víctima. Ahora vas a tener un hijo con Luka, que es el CEO de una petrolera, así que no estamos hablando del tendero de la esquina, y me quieres hacer creer que no tienes acceso a sus cuentas. Yo vi la tarjeta negra que tienes en tu billetera.

—Mamá, ¿¿hurgaste entre mis cosas?!

—¿Cómo puedes decirle una cosa así a tu madre? Mientras estaba en Nueva York, ¿cuántas veces me has hecho coger tu billetera para pagarle a algún repartidor?, ¿ya no te acuerdas? Pero, claro, es más fácil humillarme.

—Lo siento, mamá, no ha sido ésa mi intención. No llores, no he querido ofenderte.

—Olvida que te he llamado para pedirte ayuda. A ti no te interesa que tu madre prospere.

—Espera... te conseguiré el dinero; pediré un préstamo al banco, tal vez me lo concedan.

—No, no quiero que te endeudes por mi culpa. Y, además, eres tonta, ¿Por qué no coges ese dinero de la cuenta de Luka? Eso, para él, es la propina que deja, y lo sabes.

—Mamá, no quiero coger de su dinero; no es mi esposo para que tenga que andar pagando todas mis cosas. Además, me has dicho que no quieres que se entere.

—Está bien, sólo era una sugerencia, es que no quiero que te endeudes.

—Tú no te preocupes; en cuanto tenga el dinero, te llamaré.

—¿Cuándo crees que tardarás?

—Supongo que para la semana que viene te tendré novedades.

—¿Y no podrías darme algo ahora? Es para no perder el negocio y que nos esperen...

—Está bien; cogeré dinero de Luka y luego lo repondré con el préstamo.

—Pero ¿estás segura de que no se enterará?

—Déjame a mí, mami.

—Está bien, hija. ¡Eres tan buena! Te quiero.

—Y yo a ti, mamá.

No estaba segura de eso, probablemente sería dinero tirado en saco roto, ya que mi madre jamás había sido constante en nada que alguna vez hubiese emprendido, pero no podía decepcionarla; era su hija y mi deber era ayudarla. Por supuesto tampoco deseaba involucrar a Luka; él no tenía ninguna obligación de hacer caridad con mi familia.

«Sí, cogeré el dinero prestado del que él, tercamente, depositó en mi cuenta personal y que hasta ahora no he tocado más que para cosas de la casa, y luego haré lo que le he dicho a mamá, lo repondré con el préstamo que solicitaré al banco.»

Suspiré abatida al comprender que resultaba más fácil cuando podía fingir que mi madre no existía. Ella siempre parecía ser una Erinia¹² para mí. Su llamada me devolvió al punto de partida, y todos los pensamientos de una vida que quería enterrar salieron de nuevo a la superficie. Me masajeeé la frente y cerré los ojos con fuerza. Luego presioné mi mano sobre mi vientre al darme cuenta de que ella ni siquiera había preguntado por mi estado; me dolía pensar que yo no le importaba, que sólo me utilizaba; me resistía a creerlo.

—¿Qué te pasa, Nicole?, ¿te duele la cabeza?

No había oído que Mila había regresado.

—Un poquito, pero no es nada. Ven aquí. —La subí a mi regazo y la acuné entre mis brazos, llenándola de besos—. No te preocupes, ya se me pasa.

Veinticinco

Nicole

Hacía media hora que Luka había llamado para avisar de que su avión ya había aterrizado, y estaba demasiado ansiosa por verlo.

Tenía la mesa preparada, esperándolo con la cena lista, y, en el rato que había pasado desde su llamada, había subido dos veces para cambiarme de ropa. Quería estar atractiva para él, quería gustarle, y esperaba que me hubiese extrañado tanto como yo a él.

Estaba de pie frente al espejo del vestidor mirándome de perfil. Tenía claro que mi vientre ya no se veía tan plano como antes; estaba a punto de entrar en los cuatro meses y, con el vestido tubo estilo suéter en color gris que me había puesto, se podía advertir el crecimiento de mi barriga. Acompañé mi atuendo con unas medias opacas en color negro y unas botas altas de ante, que me llegaban casi hasta la altura de los muslos. Me gustaba porque me hacía ver sexy. Aunque estaba perdiendo mis curvas, debía reconocer que Charlie tenía talento en lo que hacía y simplificaba muchísimo la tarea de pasarse un día entero en el probador. Ella y yo no habíamos tenido un buen comienzo, pero planeaba seguir usando sus servicios; incluso esa misma noche, al irse de casa, me mandó un mensaje disculpándose por la ayuda que le había prestado a Luka para gastarme una broma.

Estaba sentada en la sala. Mila jugaba con sus muñecas y yo intentaba concentrarme en unos informes que me habían llegado del laboratorio; se trataba de una muestra de agua que se había analizado en uno de los pozos petrolíferos de Bandini, pero, aunque mis ojos leían línea tras línea y valor tras valor, mi oído estaba centrado en percibir su entrada.

Mi corazón dio un brinco, comiéndose un latido, cuando oí el cerrojo de la puerta al abrirse, y de inmediato Luka entró, sonriente y cargado de paquetes. A os apareció detrás de él, portando su maleta.

—¡¡Papiiii!!

Mila también estaba atenta, por lo que saltó del sillón y corrió hacia él. Me hubiera gustado hacer lo mismo y ganarle la carrera, pero no podía ponerme a la altura de la niña.

Luka dejó los paquetes en el suelo y levantó en sus brazos a su hija para llenarla de besos.

—Te he echado mucho de menos, cariño... mucho, pero mucho mucho.

—Yo también, papi.

—Hola, grandullón —lo saludé cuando llegó mi turno, y de inmediato cogió a Mila con uno de sus fuertes brazos para, con el otro, cobijarme en un abrazo.

Estampó sus labios en los míos.

—Te he extrañado —le dije cuando nos apartamos, y estoy segura de que tenía una sonrisa boba dibujada en mis labios. De todas formas, si mi inteligencia no me fallaba, él se veía tan bobo como yo.

—Yo también, demasiado.

La cría lo cogió de la cara para que apartase su vista de mí e hizo que la mirara, acaparando toda la atención.

—Mila, cielo, estoy saludando a Nicole.

—Lo sé, pero es que tengo que contarte algo muy importante.

—Ah, ¿sí?, ¿y de qué se trata?

—Tengo un microemprendimiento: hago joyas y las voy a vender. Tienes que llevarme a casa de la abuela y a casa de la tía para venderles a ellas mis joyas. Tú tienes que comprarme también, te he hecho una pulsera. Nicole ya me ha comprado.

—Sí, las estoy estrenando, como puedes ver.

Le enseñé mi collar de cuentas de colores y mi brazalete.

—¿Te gusta, papi?

—Es muy bonito.

—Bájame, iré a buscar el tuyo; lo tengo arriba.

—Mila, despacio, te puedes caer.

Tan pronto como nos quedamos solos, me besó desmesuradamente; hundió su lengua en mi boca y su polla de inmediato me recordó con un latido dónde quería estar. Hundió sus dedos en mi culo y me lo apretó para aplastarme más contra él.

Rompí nuestro beso y, jadeante, le dije:

—Mila vendrá en un momento.

—Lo sé, pero necesitaba tanto este contacto...

Me apartó para mirarme, su vista recorrió mi cuerpo entero.

—Guau, ¡cuánto ha crecido esa barriga!

—¿De verdad lo notas? Creí que eran imaginaciones mías.

—No, cariño; ya está empezando a percibirse. Es asombroso lo que ha aumentado en estos cuatro días.

—Papiiii, aquí está el tuyo.

Le guiñé un ojo a Luka, e intenté contener la risa, porque su pulsera tenía todos los colores imaginables, y Mila no iba a desistir de vérsela puesta.

—Dame tu mano, que te la pongo —dijo la pequeña mostrándose muy eufórica.

—¿No te parece demasiado colorida para mí que soy hombre?

—No, así es como se usa. —Contuve una carcajada—. Y la tienes que llevar todos los días. Poppy me dijo que, cuando te la vean a ti, todo el mundo querrá comprarlas. Tienes que ayudarme a que mi negocio prospere. Bien, ahora tienes que pagarme.

—Ok. —Luka, buscó su billetera—. ¿Cuánto cuesta?

—Veinticinco dólares.

—¿Veinticinco dólares?

—Sí, la tía Poppy dijo que era un precio justo.

—Pero la mía salió a quince, ¿por qué la de tu padre es más cara?

—Shh, mi papá tiene pasta —expresó casi en secreto, cubriéndose la boca para que Luka no la oyera— y la suya es más grande... —puso los ojos en blanco —... mi papá tiene la muñeca más grande que la tuya —explicó rápidamente— y he gastado muchos más material.

—Me parece justo, entonces. ¿Puedo pagarte con tarjeta?

—No, sólo efectivo.

—En ese caso... ¿tienes para darme el cambio?, porque sólo tengo cien dólares.

—Bien, dame —la pequeña le arrebató el billete de la mano—. Ya te lo daré.

—Pero así no funciona cuando vas a un negocio.

—Mira, papi, debes comprender que justo estoy arrancando mi negocio. Cuando venda más pulseras te daré tu cambio. Tienes que llevarme a ver al tío Drake, al tío Maverick y al tío Spencer, también he hecho para ellos. Y al tío

Drake le he elaborado también un collar, porque he visto que él usa, y además la tía Poppy me dijo que sí, que se lo vio puesto.

—Y no te olvides de decirle que lo tiene que usar con el traje y por fuera de la camisa, para que se vea bien. —Le propiné un codazo cuando oí sus instrucciones. Mila no iba a descansar hasta ver a Drake con el collar puesto; la niña podía ser un gran grano en el culo cuando se le metía algo en la cabeza.

—¡Oh, sí!, así la gente comprará. Iré a guardar el dinero.

—Y lávate las manos; así, cuando regreses, cenamos.

—Está bien, Nicole.

—¿Que ha pasado en mi ausencia? Veo que mi hija está hecha toda una negociadora.

—Tiene a quién parecerse, ya ves con qué facilidad te ha sacado cien dólares.

—Demasiado fácil. Por lo visto Poppy tiene mucho que ver en esto, la ha instruido muy bien.

—Fue ella quien trajo los materiales. El caso es que, cuando le propusimos que se quedara con ella mientras estábamos en Londres, fue a comprar todo eso para mantenerla ocupada en nuestra ausencia. No sabes lo que se ha entretenido desde que su fiebre cedió.

—Bueno, veremos cuánto le dura; ya sabes que Mila se aburre muy rápido de todo.

»Ven aquí, déjame abrazarte; estás muy hermosa y muy sexy.

—¿Aunque esté perdiendo mis curvas?

—Las mujeres reales tienen curvas pronunciadas, cariño.

—¿Tienes hambre? —pregunté zafándome de su agarre y caminando hacia el comedor, pero me tironeó de la mano y volvió a aplastarme contra él, cogiéndome esta vez por el culo.

—Mucha, pero de ti, así que cenemos rápido, mandemos a dormir a Mila deprisa y luego déjame comerte completa.

—Papiiii.

Luka puso los ojos en blanco cuando oyó la vocecita de Mila.

—Quédate quieto; guarda tus garras, tigre.

—Aquí estamos, en el comedor.

—Ya me he lavado las manos, Nicole.

—Muy bien.

—Nosotros haremos lo mismo —dijo Luka, besó su naricita y tiró de mí

hacia el baño.

—¿Y mis regalos, papi?

—Están en esas bolsas —Luka señaló los paquetes que había dejado en el suelo en la entrada al llegar—, pero... no los abras hasta que regresemos.

—Está bien, no tardéis.

Luka

Estaba desesperado por tener a Nicole sólo para mí, así que, con la excusa de lavarnos las manos antes de cenar, la metí en el baño y la arrinconé contra el lavabo, subiéndola luego a la encimera de éste.

—Luka, espera... no es prudente con la niña abajo, esperándonos.

—Si algo conozco a mi hija, estoy seguro de que estará investigando cada paquete, empeñada en averiguar cuáles son los suyos. Déjame hacerlo rápido, necesito recordarte a quién pertenece tu coño.

Trabé la puerta del baño y entrecerré los ojos, prometedor.

Con una sonrisa comprensiva, me dio un fuerte abrazo, amoldando su cuerpo al mío. Su boca dio paso a mi lengua, para dejarme hurgar en su húmeda calidez. De inmediato le bajé las medias, pero entonces me di cuenta de que mejor le daba la vuelta para tomarla por detrás; de esa forma no tendría que quitarle el calzado, así que reformulé el plan rápidamente y la bajé, inclinándola luego contra el lavabo. «No hagas ruido», le indiqué mientras desfundaba mi polla. Aparté hacia un lado sus bragas, y coloqué en su entrada mi punta violeta y tirante, que me dolía por lo dura que estaba. Toqué su entrada, cerciorándome de que estaba lo bastante húmeda como para recibirme, y la penetré, con una mano aferrada a sus caderas y nuestros ojos encontrándose en el espejo. Agónicamente, la bombeé duro y con vastas estocadas. Necesita perderme en su calor y sentir que nuevamente estaba en casa; necesitaba volver a entender que sólo con ella todo era mágico y único, y necesitaba aceptar una vez más que nada de lo que pudiera tener podría compararse con lo que ella me daba.

* * *

Tras haber cenado y haber hecho el amor dos veces después de que nos fuéramos a acostar, retozábamos en la cama sin poder dejar de tocarnos.

Siempre me había llamado la atención lo sedosa que era su piel; había pasado horas buscando en ella imperfecciones y no las había hallado, salvo la cicatriz del tatuaje mal borrado que estaba en su omóplato. Aunque aún no le había dicho nada, estaba haciendo averiguaciones y al parecer había un lugar que utilizaba una técnica que daba muy buenos resultados, sólo que no era aconsejable realizarla durante el embarazo; así que, cuando pariera a nuestro hijo, si ella lo quería, la alentaría para que lo hiciera. Sabía que eso era algo que siempre le recordaba una parte de su vida que ansiaba enterrar y estaba dispuesto a ayudarla a que lo consiguiera.

Nuestras piernas estaban entrelazadas y yo dibujaba suavemente círculos en su piel mientras Nicole acariciaba mi brazo.

—Al margen de que no hubo consenso en la cumbre, ¿cómo ha ido todo?

—El panorama no es muy halagüeño; si bien hace dos días el precio del barril subió por la expectativa de la cumbre, ahora se espera una fuerte bajada debido al resultado de la misma. Rusia y Arabia Saudita tendrán que ceder en algún momento. Pero... oye, no quiero hablar de trabajo, hace cuatro días que mi cabeza no descansa, y tú eres eso, mi descanso, mi paz, mi hogar. Además, tengo algo para ti que aún no te he dado. Ya vuelvo.

—Oh, no, no más regalos Luka... El brazalete, el collar y los pendientes ya son demasiado, seguro que te has gastado en ellos una pequeña fortuna, y tú sabes que yo soy muy sencilla.

—Sé muy bien lo que es suficiente para ti, y esto es algo que te debía.

Salí de la cama y fui en busca de lo que había reservado para entregárselo una vez que estuviéramos solos. Cuando regresé, me senté en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero, y la arrastré para ponerla a horcajadas sobre mí; de inmediato le entregué el paquete, que ella miró expectante.

—Es pesado.

—Ábrelo, es para ti. Dicen que hay que romper el envoltorio de los regalos porque da suerte.

—Rompámoslo, entonces. ¡Guau, un joyero de carey! Es hermoso.

—Para que tengas dónde guardar las joyas que planeo regalarte.

Se cubrió la cara.

—No diré nada, sé que es inútil y no quiero ser desconsiderada con tus obsequios.

Le guiñé un ojo y, con la barbilla, la animé a que abriera la caja.

—Luka, más cosas... —Se tapó la boca y sacó la caja roja que había en el

interior. La abrió, para revelar un magnífico anillo de la colección House of Garrard, que fue la joyería oficial de la Corona británica durante más de siglo y medio. Cuando abrió el contenedor se encontró con un hermoso zafiro azul de Ceilán de casi ocho quilates, que tenía una garra engastada en una montura de platino de estilo bombé, finamente hecha a mano, con filas superpuestas de zafiros de alternativos calibres, y brillantes diamantes redondos.

—Bien, di algo.

—¿Acaso pretendes matarme hoy?

Nos reímos.

—Por supuesto que no, planeo vivir muchos años a tu lado; creo que esto demuestra lo imperecedera que quiero que sea nuestra relación. Aunque en verdad no creo que haga falta aclararlo, pues ya lo había expresado antes, cuando te regalé el otro anillo de compromiso.

—No tenías que volver a gastar.

—Sí, tenía que hacerlo. Tu mano está desnuda y eso me recuerda continuamente que no llevas un anillo porque te lo robaron durante el ataque.

Estiró su mano para que se lo colocara, le iba perfecto.

—La piedra es enorme.

—Como mi amor por ti.

Se retorció entre mis brazos.

—¿No habrá historia de lo que significa la elección de esta piedra?

Me reí al recordar lo que le había dicho cuando le entregué el anterior anillo.

—La historia es un poco cursi, pero no me importa, así que aquí va: los diamantes y los zafiros son las piedras que usa la realeza, y tú eres mi reina.

—Realmente eres cursi.

—Lo sé, tú provocas que me vea así.

Nos besamos; cuando se apartó de mí, miró su mano.

—Me encanta; es muy fastuoso, es muy de tu estilo.

—Genial, porque yo soy tu estilo. Pon una fecha.

—Luka...

—Basta de darle vueltas: pon una fecha o la pongo yo, y en ese caso será la semana que viene.

—Quiero algo sencillo, algo íntimo. ¿Crees que tu madre estará de acuerdo?

—Somos nosotros los que debemos estar de acuerdo, el resto no importa.

Sólo debemos estar tú y yo para hacerlo, así que los demás, simplemente, que vengan si así lo desean. La que no creo que esté de acuerdo es Mila. —Nos carcajearnos.

—Ten por seguro que no, ella querrá una boda como las de sus cuentos.

—¿Y tú no quieres una boda como la de los cuentos de hadas?

—Tengo mi propio cuento de hadas a diario.

—Eso también ha sonado cursi.

Volvimos a carcajearnos, aparté el joyero, que había quedado en medio de ambos, y la aplasté contra mi cuerpo; la abracé tan fuerte que casi la dejé sin aliento.

—Quiero una fecha, Nicole.

—¿Y si esperamos a que nazca el bebé?

—No, quiero una fecha como máximo de aquí a dos meses.

—Está bien, que sea dentro de dos meses.

—Déjame estudiar mi agenda, me fijaré en los compromisos inamovibles que tengo... —fui en busca de mi tableta, regresé y volví a ponerla sobre mi regazo; necesitaba estar todo el tiempo en contacto con ella— ... Mmm, la última semana de marzo la tengo muy tranquila.

—De acuerdo, que sea la última semana de marzo, entonces.

—¿Algún día en especial?

—El día que sea será especial.

—Perfecto. ¿Quieres encargarte personalmente de la organización o prefieres que le diga a Max que busque a alguien para hacerlo?

—Yo me ocuparé. Y tú también debes ocuparte de algo.

—¿De qué?

—Me prometiste que verías a un terapeuta.

Me tensé bajo su cuerpo.

—¿Aún sigues con eso? Sé perfectamente cómo manejar mis recursos internos para arreglar lo que no está bien.

—Luka, lo prometiste.

—Nicole, no me va sentarme frente a un desconocido y contarle mis intimidades.

—Lo que ocurrió ha dejado de ser una simple situación del pasado, y te está limitando. Pruébalo, por favor.

—Está bien, me ocuparé de eso si así te quedas tranquila, pero que conste que sólo lo hago por ti.

—No se trata de mi tranquilidad; se trata de que dejes de esconder, tras una fachada de superioridad, lo que te hace sentirte débil. No eres el único que sale dañado con tu actitud.

—Está bien, ya te he dicho que me ocuparé de ello.

Veintiséis

Nicole

Retomábamos nuestra rutina diaria, pues Mila regresaba al colegio y nosotros, a la empresa. Estábamos saliendo de casa y, sobre la mesa del recibidor, vi los periódicos y las revistas de actualidad financiera; había más cantidad de la habitual, e incluso había ejemplares de otros países.

—¿Puedes cogerlos, por favor? —me pidió Luka mientras contestaba algo en su móvil—. Quiero hojearlos en el camino.

Su mañana estaba siendo un poco enredada; no había dejado el teléfono desde que se había levantado... hasta le había llevado su café al despacho, porque hablaba con Jassim y luego con Drake. Creo que estaba liado con lo de Chad.

Cuando llegamos al Montessori, la escuela de Mila, sólo bajé yo para acompañar a la pequeña, pues él estaba de nuevo al teléfono.

Al regresar, Luka continuaba enzarzado en la misma conversación; al parecer lidiaba con un conflicto en uno de los pozos petroleros.

Al poco rato, cogí una de las revistas para ocupar mi tiempo mientras llegábamos al Bandini Heart; estábamos metidos en un atasco de tráfico y sólo Dios sabía cuándo íbamos a movernos.

En la portada de *Fortune* había una foto en la que aparecían todos los asistentes a la cumbre petrolera en Londres; de inmediato lo busqué entre ellos y, al encontrarlo, lo devoré con la mirada. Mi hombre resaltaba en medio de todos los jefes de Estado, representantes y productores independientes. Le mostré la imagen, mientras él seguía razonando al teléfono.

Busqué la noticia en las páginas interiores de la revista y la leí. Luego hojeé el resto de los ejemplares, hasta que toda mi atención se centró en el magacín europeo de *Fortune*; en la portada había una foto con los cinco CEOs de las petroleras independientes más destacadas. Luka estaba en esa fotografía, por supuesto; lucía monstruosamente atractivo y excelso. Busqué la noticia, era un reportaje muy extenso. Tras leer todas sus respuestas, seguí hojeando la revista; a

continuación me topé con una nota de prensa que detallaba toda la actividad desarrollada durante los dos días que duró la cumbre en Londres, con fotografías de los momentos más destacados de ésta. De pronto un escalofrío me recorrió el cuerpo, comprobando cuánto de verdad hay en que todas las mujeres tenemos nuestro detector de arpias incorporado, y el mío, al parecer, funcionaba a la perfección.

Lo reconocí en seguida en una foto en la que se lo veía de lejos en el cóctel que me había comentado que se ofrecería. La mujer que estaba junto a él no pasó desapercibida para mí, la reconocí al instante. En aquel momento Luka colgó la comunicación.

—Estuviste con Darleen. —No era una pregunta; yo lo estaba mirando y advertí de inmediato que su mirada buscó rápidamente en las fotografías de la página que yo tenía abierta.

—Trabaja en Premier Oil —su voz sonó calmada, pero percibí cómo su nuez se movió bajo el cuello de su camina; tragó saliva—, integraba la comisión que fue a disertar a la cumbre. Coincidimos por casualidad.

—Si estaba en la cumbre, no es casualidad, así que no entiendo por qué te empeñas en marcar «la casualidad» —indiqué con los dedos unas comillas imaginarias en mis palabras.

—En realidad, no quiero mentirte. —Intentaba mostrarse tranquilo, pero yo sabía que no lo estaba—. La primera vez que la vi fue antes de la cumbre; Drake, Kevin y yo fuimos a tomar una copa después de cenar, para despejarnos un poco.

—Ah, saliste de noche —estaba sonando patéticamente celosa, y no quería; estaba comprometida con ese hombre, me iba a casar en breve con él, así que se suponía que tenía plena confianza en Luka, pero era imposible no suponer que, si me estaba explicando eso con tanto ahínco, lo que oiría no sería algo de mi total agrado.

—No salí de fiesta, como estás queriendo insinuar. Sencillamente estábamos en Londres y la noche antes del inicio de la cumbre salimos a tomar algo a un bar, y encontramos por casualidad a Darleen, que estaba en ese local con unas amigas. Drake se fue con una de ellas, ya sabes cómo es él... además, está soltero y no tiene por qué rendirle cuentas a nadie, y Kevin y yo, después de terminar nuestras copas, regresamos al hotel. No tengo nada que ocultar, ése fue el fin del encuentro.

—Bueno, fin del encuentro no, porque luego la viste en la cumbre y se nota que estáis conversando muy animados.

—Estábamos en una conferencia, rodeados de cientos de personas.

—Yo no estoy insinuando nada, sólo te he visto en la fotografía y te lo he comentado. —«Basta, Nicole», me amonesté en silencio, pero era imposible detenerme—. Sin embargo, debo decirte que hubiera sido mejor que tú me lo explicaras y no que tuviera que descubrir tu encuentro con ella por medio de una revista que, seguramente, todo el mundo estará viendo ahora mismo. Aún recuerdo cuando en varios medios locales te relacionaban emocionalmente con ella.

—No se trata de un encuentro que hayas descubierto, porque no fue un encuentro pactado como estás queriendo sugerir.

—¿Qué susceptible que estás con las palabras, cariño? En definitiva: pactado o no, fue un encuentro que parece que te gustó mucho, porque te ves muy sonriente.

—Estaba allí por trabajo.

—Por supuesto, ¿por qué otra cosa ibas a estar allí? Claro que, cuando tomaste el cóctel en aquel bar, no estabas trabajando, y supongo que ella tampoco, pero ya me has dicho que fue una casualidad... aunque obviamente, para que Drake se fuera luego con su amiga, no fue un encuentro nada casual, de hola y adiós... No te sulfures, sólo estoy conjeturando en voz alta, creo que incluso puedo imaginarme el momento: debió de tratarse de un intercambio bastante fluido, puesto que tu amigo se fue con su amiga... digo, pues uno no cabecea y se va a acostar con una mujer, así que asumo que conversaron durante un rato antes de decidir irse juntos, y seguramente tú estabas con ellos y Darleen también.

—Si tuviera algo que ocultarte, no te habría contado lo del bar.

—No, por supuesto, y si yo no hubiera visto la fotografía, tal vez tampoco me hubieras dicho que la viste, pero, claro está, sigo conjeturando.

—¿Vamos a pelear por este estúpido encuentro?

—No, claro que no.

Nos volvimos incómodamente silenciosos. Inspiré hondo y expulsé el aire de forma audible.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tus encuentros casuales y los míos? Que tú siempre te enteras de todo porque me tienes vigilada en todo momento por uno de tus empleados; en cambio, yo sólo tengo que confiar en tu palabra, pues ¿quién de todos tus lacayos se atrevería a desdecirte?

»Aos, ¿tú también fuiste esa noche? Puedes contestarme, sé que estás

escuchando toda la conversación, aunque siempre finjas que no lo haces. ¿Fue tan casual como lo relata? —El escolta se había vuelto mudo oportunamente, aunque no esperaba otra cosa; ni siquiera apartó la vista del camino. Me giré hacia Luka y volví a enfrentarlo—. Porque supongo que, si yo tengo que ir a todos lados con mi guardaespaldas, tú no te has separado de los tuyos, aunque estuvieras en Londres.

—¿Ahora también vas a inmiscuir a nuestro personal de seguridad en nuestros problemas?, ¿eres consciente de lo patética que sueñas? ¿Por qué no te controlas?

—No, si estoy muy controlada, cariño. Aos, con su silencio, ya ha dejado muy claro a quién es fiel y a quién responde; no lo culpo, tú eres quien firma su cheque cada mes. Pero, claro, si la pregunta la hubieras hecho tú, no me cabe duda de que hubiera contestado.

—No te contesta porque no hay nada que contestar.

—Hazlo tú, entonces —grité—: ¿fue Aos contigo? A ver si tienes las pelotas de negarme que tú haces lo que quieres.

—¿Que mierda tiene que ver si Aos fue o no? Pensaba que estabas gritando por mi encuentro con Darleen y resulta que ahora pareces molesta por la compañía de un escolta.

—Tiene mucho que ver, por supuesto; sólo estoy poniendo en claro que, estés con quien estés, nadie va a atreverse a contradecir tus palabras, ni tus empleados ni tus amigos.

Llegamos al Bandini Heart y me bajé sin aguardar a que Aos me abriera la puerta; sentía mi corazón hundido dentro del pecho.

Luka

—¿Por qué mierda no contestaste algo?

—¿Qué querías que le dijera?, ¿que tiene razón y que omitiste una parte de la historia? No soy tu coartada, soy tu guardaespaldas.

—Vete a la mierda, te pago para que seas lo que a mí me dé la gana que seas. Ten cuidado, Aos. Baja a abrirme la puerta y tráeme todas las revistas.

—De acuerdo, señor.

Entré tras ella, pero no pude alcanzarla. Estaba subiendo por nuestro elevador privado, así que tuve que aguardar a que el ascensor volviera a bajar. Cuando llegué a mi oficina, la puerta se abrió en mi despacho, pero usé la llave que llevaba conmigo y abrí la otra salida que desbloqueaba las puertas, abriendo la que daba al suyo. Estaba sentada tras su mesa y lloraba.

—Te estás comportando como una tonta. No te lo dije por esto mismo, porque tú no confías en mí.

—Déjame tranquila, Luka. Quiero estar sola. Aprende a respetar mis tiempos y aprende también a aceptar las consecuencias de tus actos, porque estoy cansada de que tus reglas sólo valgan para mí.

* * *

Pasamos todo el día sin hablarnos. Ella seguía furiosa y yo, liado apagando miles de incendios en la empresa.

Se hizo la hora de salir y la vi hablando con Max fuera de mi despacho, así que me levanté y abrí la puerta.

—Pasa.

Entró, y percibí que su cuerpo estaba en tensión; me dio la sensación de que había entrado sólo para no montar un espectáculo frente a mi asistente.

—Es la hora de salida.

—Estoy muy liado aún, ¿puedes ir tú a buscar a Mila?

—Pues tendrás que pedirle a Aos que lo haga él. Tengo cosas que hacer; ya avisé a Celeste de que hoy se quedara más tiempo.

—Está bien, llévate a Liam contigo.

Me acerqué a despedirla, pero giró la cara y mi beso fue a parar a su mejilla.

—Ábreme la puerta, se me hace tarde.

Minutos después me enteré de que le había pedido a Liam que la llevara a hacer compras y, mientras éste la esperaba fuera de la tienda, se encargó de despistarla, saliendo por otra de las puertas. Nunca lo había hecho antes, así que Liam no esperaba ese comportamiento por su parte. Por supuesto ya habíamos rastreado su ubicación, pero no iba a desvelar que yo podía localizarla sin problema.

Luka: ¿Se puede saber dónde mierda estás? Envíame tu ubicación para ir a buscarte. ¿Pretendes volverme loco, eso es lo que quieres?

Nicole: No, sólo intento tener una vida normal... caminar y moverme por la ciudad como hace cualquier persona. Tú sí que vas a volverme loca a mí, que es muy diferente. Bien, Luka, como yo debo confiar en ti, de ahora en adelante tú también tendrás que empezar a confiar en mí, cariño.

Luka: Mándame la puta dirección de donde estás, para enviar a alguien a recogerte, es tarde.

Me llegó la ubicación de Healthy life.

Nicole: Tranquilízate, mi encuentro con Brock también ha sido casual, no sabía que estaría aquí.

Junto con el mensaje, envió una fotografía de un grupo de niños a su lado, y también se podía ver a Brock Dalhaus. Estaban realizando algún tipo de actividad en la que trabajaban con masa.

Veintisiete

Nicole

La puerta del aula se abrió y una corriente de aire helado se hizo paso de inmediato. Mila entró corriendo, abalanzándose hacia mí.

Levanté la vista para atrapar a Luka, que avanzaba tras ella. Se quedó de pie junto a la puerta. Su pose arrogante de manos en los bolsillos debería ser ilegal. Iba vestido con unos pantalones chinos de color verde oliva y una chaqueta que llevaba abierta, permitiendo ver el suéter en un tono melocotón que se le ajustaba al torso, revelando perfectamente cada músculo de su cuerpo. Me quedé con los ojos clavados en él, y me percaté de que, cualquier fuerza de voluntad, con sólo mirarlo, se disipaba. Deseaba desesperadamente que no siguiéramos discutiendo, pero sin duda algo no estaba funcionando. Me echó una mirada y, aunque intenté descifrar su estado de ánimo, no pude hacerlo; él era muy bueno ocultando sus emociones, muy discreto, y estaba claro que, estando Brock delante, no iba a demostrar nada.

—Hola, Nicole, ¿por qué has venido sola y no me has traído contigo?

—Hola, cariño, ¡qué suerte que estés aquí! Tienes la nariz roja por el frío — dije cambiando de tema y obviando contestarle. Besé a Mila y le desajusté la bufanda.

—Fuera está nevando.

—Ven que te quito el abrigo y así te sientas junto a los demás. Estábamos haciendo pan. Brock te ayudará a preparar tu masa mientras yo voy a hablar con tu padre, ¿quieres?

—¡¡Síííí!! Hola, Brock.

—Hola, Mila. ¡Qué bien que hayas vuelto!

—Esta vez me ha traído mi papá.

Brock levantó los ojos y miró por primera vez a Luka desde que había llegado, aunque obviamente ya lo había visto entrar, pero había disimulado.

La tensión entre ambos resultaba evidente. La última vez que se habían visto se habían liado a golpes en el *nightclub* de Spencer. Por fortuna, como había niños a nuestro alrededor, estaba segura de que ninguno de los dos se descontrolaría. Luka alzó la barbilla en señal de saludo y Brock hizo lo mismo.

Mila y Brock chocaron las manos y de inmediato la niña se integró en el grupo. El intercambio entre ellos no le pasó desapercibido a mi grandullón. Brock tenía muy buena química con todos los críos y era muy querido por todos ellos; lo veían como si fuera un gigante invencible, con sus más de dos metros de estatura.

Me acerqué a Luka y cogí mi abrigo, que estaba colgado en el perchero junto a la salida; ipso facto, agarré el pomo para abrir la puerta y, sin mediar palabra, él me siguió fuera.

Al salir, el frío nos arreboló el rostro. Permanecimos en la galería y el silencio se apoderó por unos instantes del momento.

—No creí que vendrías.

—Te dije que lo haría.

—Pero luego también me dijiste que enviarías a alguien.

—Pero decidí venir yo, y de paso he traído a Mila. La otra vez, cuando vinisteis juntas, lo disfrutó mucho y no paró de hablar de todo esto durante semanas. Soy consciente de que el contacto con la naturaleza es algo que falta en la vida de mi hija.

Asentí con la cabeza; aparentemente estaba dispuesto a firmar una tregua e intentarlo, así que tomé ventaja de su aparente buena disposición.

—¿Tienes prisa? Los niños se han puesto muy contentos al verme, así que me gustaría terminar la actividad del día con ellos y luego irme.

—¿Siempre será así entre nosotros? ¿Un desafío continuo?

—Luka, no te desafío. Simplemente estoy cansada de ser sólo yo la que se adapta a tu vida. Ésta era mi vida antes de conocerte, una vida que me encantaba; disfruto muchísimo haciendo esto, y creo que tú también deberías hacer un esfuerzo para que mis cosas encajen en nuestras vidas de alguna forma.

»Soy consciente de que llevas una vida complicada, y sé que acepté jugar tu juego, pero en una pareja las cosas deben ser siempre de a dos. Tal vez, si te relajaras un poco, si no estuvieras siempre tan tenso queriendo controlarlo todo...

—El encuentro con Darleen fue del todo inocente —me interrumpió—; no te lo dije porque ella es alguien a quien no tomo en cuenta. Te centras en cosas que no valen la pena.

—Tenemos que hallar un equilibrio, porque no podemos desconfiar por todo. Ambos hemos demostrado que somos capaces de dar la vida por el otro. Vamos a tener un hijo en común, estamos a punto de formar una familia.

—Un vínculo que ansío que sea para toda la vida. No escapa a mi entendimiento la forma confusa en la que actúo, y hasta yo me desconozco —respondió tratando de mantener su voz monótona, pero falló—. Santo cielo, todo lo que me pasa contigo son sensaciones difíciles de manejar... Siento que tú eres mi responsabilidad; sin embargo, sé que estoy fallando en esto de la convivencia. No quiero que lo único que haga bien contigo sea hacerte correr en la cama. Te prometo que intentaré ser más flexible; sé que vivir rodeada de guardaespaldas no es algo a lo que tú estés acostumbrada, pero no puedes ignorar con quién estás. Hay muchas personas que saben que pueden hacerme daño a través de ti. El poder que otorga el dinero hace que las cosas se vuelvan descabelladas. No soy un hombre corriente, y hay mucha gente que quiere sacar a Renewables Bandini del tablero de juego. Desde que me conociste sabes que mi vida no es como la de cualquier persona de las que tú solías frecuentar.

—Luka, no quiero ser una mujer florero. Estoy segura de que hay mucho más que tú y yo podemos compartir, además de la cama.

—Tampoco quiero una mujer florero a mi lado. Si quisiera una así, ten por seguro que sé muy bien que no la encontraría en ti.

»Tus agallas, la forma en que defendías tus ideales, tu soberbia y tozudez fue lo que me enamoró cuando te conocí. No quiero cambiarte.

—Pues no se nota.

—Las mujeres florero eran las que antes me servían para ocupar momentos en mi vida, sólo eso. A ti te quiero en toda mi vida, y en cada momento. Antes no tenía que preocuparme por el bienestar de la mujer que tenía al lado; sólo importaba cumplir con ellas en la cama, todo se resumía a ese simple hecho. Simplemente tenía que preocuparme en mantener una buena conversación para conseguir follármelas, y listo; luego cada uno por su lado y fin de la historia. Siempre he sido bueno con las palabras, sobre todo para convencer a la gente. Pero contigo, a veces, siento que nada de lo que digo o hago alcanza, y creo que me pasa eso porque no sé cómo ser este hombre que intento ser para ti.

—Me gusta que hayas venido para que puedas ver por ti mismo la forma en que se desarrollan aquí las cosas; aprecio que intentes compartir un momento como éste.

—Ya te dije que pondré todo de mí, pero dame un respiro. —Hizo una

pausa y, de inmediato, me reclamó—: ¿No puedes venir en días en que ése no esté?

—Los voluntarios venimos cuando tenemos tiempo, esto no es un trabajo en el que hay que fichar y cumplir horarios. Tenemos un grupo en WhatsApp y a través del chat avisamos de cuando podemos pasar. —Me miró entrecerrando los ojos—. ¿Qué?

—No es extraño, entonces, que él siempre esté aquí cuando tú avisas de que vienes.

—Utilizaré tus palabras: te centras por completo en cosas que no valen la pena, en lo incorrecto. Brock tiene una vida al margen de la ayuda que brinda a Healthy life. Es *personal trainer* e instructor de muay thai; sólo viene por aquí cuando no tiene clases que impartir, y en verano trabaja como socorrista y pasa casi toda esa época en California.

—Pareces conocer muy bien sus hábitos y horarios.

—Hace dos años que lo conozco, pero también sé a qué se dedican mis otros compañeros, no sólo él.

—Yo no he visto a nadie más por aquí hoy.

—Me acabas de decir que no me centre en lo incorrecto, y creí entender que me estabas pidiendo confianza en ti. Pero luego te comportas así...

—Como un idiota —concluyó él por mí.

—Sí, como un idiota celoso.

—Darleen está en Londres; tus celos por ella no son algo con lo que tendrás que lidiar. ¿Qué has hecho conmigo? Hasta he perdido mi orgullo y no me importa admitir que ese idiota desgredado me pone celoso.

Tomé posesión de sus labios, lo besé devorando su boca y él me recibió de la misma forma.

—Sólo tengo ojos para ti. Usted no tiene competencia posible, señor Bandini. Eres el dueño de mi corazón.

Cuando regresamos, no había nadie en el aula, así que imaginé que se habían trasladado hacia donde estaban nuestras mascotas, mientras el pan se horneaba. Guíé a Luka hasta allí y, cuando entramos, casi le da un síncope, pero lo frené.

—Tranquilo, *Blanquita* es inofensiva. Brock jamás pondría a Mila en peligro.

Mila tenía a nuestra boa envolviendo su cuerpo y su cuello; Brock la sostenía.

—Cálmate, es inocua, es una serpiente de leche que fue criada en cautiverio. Es curiosa, pero no representa ningún peligro; se alimenta de presas congeladas, y la tenemos para que los niños entiendan las cadenas alimenticias.

—Papi, ven, tócala —le dijo Mila tan pronto como advirtió nuestra presencia—; se llama *Blanquita* y está muy calentita.

—Eso es porque, en su terrario, duerme sobre una piedra que irradia calor —le expliqué—; las serpientes que viven en cautiverio como *Blanquita* necesitan que las ayudemos a mantener su temperatura corporal para que lo que coman no les caiga mal al estómago. Cuando están en su hábitat natural cazan sus presas, pero aquí el alimento se lo damos nosotros. Sobre todo, tened en cuenta que, si alguna vez os encontráis con una serpiente, no debéis acercaros, porque hay especies que son muy venenosas y podrían causaros mordeduras y poner vuestras vidas en peligro.

—Pero, como ya os he dicho, *Blanquita* pertenece a una especie que es inofensiva —intervino Brock.

—Yo también quiero tener a *Blanquita* —espetó otro de los niños.

—Ven, Jason —lo llamó Brock—; ponte junto a Mila para que la serpiente repte hacia tu cuerpo.

Después de eso bañamos a *Chilli*, nuestro bebé puercoespín, y le dimos leche sin lactosa. Mila estaba fascinada de tener contacto con los animales, y acariciaba la pancita del erizo. La pequeña lo experimentaba todo con mucho asombro.

—¿Y qué más comen los puercoespines, Brock? —se interesó Mila sin despegarse del lado de éste.

—Bueno, comen verduras, pollo, frutas, huevos... y un alimento preparado que, además, sirve para alimentar a los hurones; lo que nunca hay que darles es ni chocolate ni galletas. Siempre que queráis alimentar a alguno de nuestros animales, debéis preguntar a los instructores antes de darle algo, puesto que, lo que normalmente comemos nosotros, a ellos puede sentarles mal y enfermarlos.

Empezó a sonar la campanilla del temporizador del horno, así que nos trasladamos a la cocina para sacar la bandeja con el pan.

Todos los críos estaban asombrados por el resultado; mientras Brock ponía las piezas recién horneadas sobre la encimera, para que éstas se enfriaran, le pedí a Luka que me ayudara a preparar chocolate caliente para todos.

—Veo que te llevas bien con todos los niños. No me extraña, Mila tuvo una fascinación inmediata contigo desde que te conoció.

—Los críos no tienen maldad, por eso los adoro; su inocencia es algo que nadie debería robarles jamás. Jason, el niño que ha pedido tener a *Blanquita*, es una víctima de su padre, pues abusó de él. Brock lo conoció en el Walmart; lo pescó robando panecillos para alimentarse él y su hermana —le expliqué a Luka.

—¿Y su mamá?

—Es adicta al crack. Hoy ha aparecido solo, pero por lo general viene a diario con su hermana; a menudo pasan todo el día aquí.

»En invierno, las actividades no se realizan tanto al aire libre, por el frío —continué contándole—, así que debemos buscar tareas para llevar a cabo dentro. A veces hacemos artesanías, o los niños pintan, leemos cuentos, montamos obras de teatro y las representamos entre todos... Como te expliqué cuando nos conocimos, este sitio se transforma, en muchas ocasiones, en una extensión del aula, y muchas veces también del hogar.

—Sabes que en la Fundación Bandini también puedes bregar por estas causas por las que merece la pena luchar, por las que uno puede sentirse orgulloso de defender. De hecho, te ofrecí que estudiaras cómo llevar ayuda a la República de Chad, pues hay muchas necesidades en ese país.

—¿Estás intentando engatusarme con la Fundación Bandini para que no venga más aquí? —Le di un codazo en el brazo.

Luka

—Nooo, por supuesto que no. No puedo creer que no atine con nada de lo que digo —reliqué mientras le alcanzaba una de las tazas para que ella sirviera con el cucharón el chocolate recién hecho—. Sólo intento hacer lo que me sugeriste: que ambos nos involucremos en las cosas del otro. Me encantaría que trabajaras en la Fundación, y también me gustaría colaborar aquí con lo que fuera. Sólo procuro encajar en tu mundo, y sentar precedente en algo que nos identifique a los dos. De hecho, la planta de biomasa está enfocada en ti; quiero que mi empresa haga algo de lo que tú te sientas realmente orgullosa.

—Oh... *The Best!*, qué ganas de darte un beso, pero va contra las reglas; las demostraciones de afecto delante de los niños no están permitidas.

—Me voy llevando el chocolate; en un rato empezarán a llegar los padres para recoger a los niños —dijo el melenudo, interrumpiéndonos.

Cogimos una bandeja cada uno y nos dirigimos a servir a los veinticinco críos que ese día andaban por allí.

—Felicidades —expresó Dalhaus cuando nos alejamos de Nicole—. Nic me ha contado que estáis esperando un bebé.

—Gracias —dije de manera torva. Quería ser amable, él estaba intentando serlo, pero sabía muy bien que al gigantón le encantaría estar en mi lugar—. Somos muy felices —afirmé, para que no le quedaran dudas.

—Lo sé; cuando habla de ti, sus ojos se iluminan.

* * *

Sólo quedaba un chiquillo, Jason, pues Dalhaus no dejó que se fuera solo.

—Jay, te llevaré a casa, espérame.

—Brock, tengo un regalo para ti —anunció mi hija, sorprendiéndome, mientras Nicole la abrigaba para que nos fuéramos—. Te he hecho un brazalete.

—¿Es para mí?

—Sí, los hago yo.

—Guau, ¡qué bonito es! Muchas gracias, Mila. —El desgreñado se acuclilló frente a ella y le tendió su brazo—. ¿Me lo pones?

¡Lo que me faltaba!, que mi hija se convirtiera en una ferviente partidaria del gigante peludo.

«Joder, a mí me cobró cien dólares y a él le regala el brazalete.»

Miré a Nicole y negué con la cabeza, y aunque no formulé palabra alguna, entendió perfectamente que era mejor no reírse, así que se tocó la frente y luego me dio la espalda: al parecer no podía aguantar no hacerlo.

Nos despedimos de Brock; a regañadientes, volví a ofrecerle un saludo, adusto, con un movimiento de cabeza, pero le prometí a Nicole que empezaría a comportarme de forma civilizada, aunque no olvidaba que él, además, había sido aliado de Andrea. Nic podía habérselo perdonado, pero yo no.

El melenudo se quedó cerrando todo el centro y nosotros empezamos a caminar hacia el aparcamiento. Mila iba cogida de nuestras manos y no dejaba de hablar de todo cuanto habíamos hecho esa tarde en Healthy life.

—Nicole, ¿cuándo regresaremos?

—Pronto; tal vez la semana próxima, ya veremos —contestó ella fijando la vista en mí.

—Papi, ¿tú también vendrás con nosotras como hoy?

—Si puedo, sí.

Continuamos caminando y, cuando llegamos junto al Galibier, advertí el desconcierto de Nic al no ver a Aos ni a Liam para abrirnos la puerta.

—¿Quieres conducir tú?

—¿Qué?

—Me has dicho que aspiras a tener una vida más normal a mi lado.

—¿Has venido sin guardaespaldas?

—Al parecer también tengo que empezar a manejar mejor mis problemas de inseguridad.

Me enmarcó el rostro y me dio unos cuantos besos en los labios.

—Conduce tú, grandullón, la próxima lo haré yo. Nunca me he sentado a tu lado mientras conduces.

—Mi papá conduce muy bien, sólo que Aos o Liam nos llevan siempre para que él pueda trabajar mientras vamos de un sitio a otro —intervino mi hija.

—Estoy segura de que lo hace estupendamente; ya me he dado cuenta de que es muy exigente en todo lo que ejecuta, y nada lo hace a medias.

—*The Best!*, recuerda.

La agarré por la cintura, le besé la sien y luego abrí la puerta para que se sentara en el asiento del copiloto; mientras ella se acomodaba, abroché el cinturón de seguridad de Mila en el asiento trasero y luego partimos.

Me sentía muy contento de llevar a mi familia a casa.

Veintiocho

Nicole

Poco a poco parecía que íbamos encontrando un equilibrio en nuestra pareja, incluso algunos días volvíamos solos desde el trabajo; Aos o Liam nos esperaba con el Galibier en la salida para entregarnos la llave y Luka o yo conducíamos de regreso a casa o íbamos a buscar a Mila al colegio o a ballet. De todas formas, siempre nos seguía un guardaespaldas.

Uno de esos días incluso me atreví a proponerle a Luka que cogiéramos el metro; sin embargo, en eso no había tenido éxito.

* * *

Los días fueron pasando y ya casi hacía una semana desde que Luka me había entregado el nuevo anillo de compromiso, dándome un ultimátum para que pusiera fecha a nuestro casamiento.

Le había asegurado que me encargaría personalmente de toda la organización de la boda, pero por una cosa o por otra todavía no había solicitado siquiera la licencia de matrimonio. Cada vez que abría la página del City Clerk de Nueva York para completar la solicitud en línea, algo pasaba y debía interrumpir el proceso.

Era la hora del almuerzo y había quedado en encontrarme para hacerlo con Isabella y Cala; ellas tenían mucha más experiencia que yo en las tareas de caridad y quería saber si podían orientarme con la ayuda que quería llevar a la República de Chad. En dos semanas Luka viajaba de nuevo allí a firmar los contratos y estaba muy entusiasmada con poner mi plan en marcha.

Me colgué el bolso del hombro y cogí mi móvil; estaba lista para salir de la oficina cuando vi a Luka tocando a mi puerta.

—¿Vas a algún lado?

—Como con tu madre y con tu hermana en Ai Fiori.

—¿Puedo unirme a vosotras? Me han cancelado una reunión y tengo unas horas libres.

Sonreí; no siempre tenía tiempo para pasar un rato conmigo en horario laboral, así que le tendí la mano para que me la cogiera y, de inmediato, entrelacé mis dedos a los suyos.

—Vamos, no perdamos más tiempo.

Bajamos en nuestro elevador privado. Liam nos esperaba estacionado en el bordillo, pero el restaurante quedaba tan cerca que no era mi intención ir en coche.

—¿Podemos caminar? Luka, por favor, se me están empezando a hinchar los pies debido a la falta de actividad física; voy de la oficina a casa y de casa a la oficina, y siempre me traslado en coche a donde quiera que vaya. Tú al menos usas el gimnasio del apartamento, pero yo nada de nada.

—Mañana empezaremos tai chi; ya te comenté antes de irme de viaje que sería una disciplina muy beneficiosa para ti.

—Sí, por favor, necesito hacer algo urgentemente. Paseemos ahora; el día está bastante bonito y no hace frío, son sólo unas pocas manzanas. Estaremos bien.

Pude oír los engranajes trabajando en su cabeza; tenía que deshacerse del miedo y empezar a tener una vida más normal, no podía estar siempre alerta por si alguien pretendía abordarnos para hacernos daño.

—De acuerdo, vamos.

Informó a Liam de que lo llamaría para que nos fuera a recoger después del almuerzo y, de la mano, comenzamos a andar en dirección a la Quinta Avenida. Desde que estaba con él mis hábitos habían cambiado tanto que, hasta una cosa tan sencilla como caminar por las calles de Manhattan, me parecía extraña; algo tan simple y cotidiano como eso había pasado a ser la cosa más fuera de lo común.

Al principio lo noté muy alerta; miraba hacia todos lados, con el cuerpo en total tensión. Los problemas de inseguridad siempre habían sido míos, pero desde que estaba con él ya no me sentía así. Sin embargo, un hombre que me enamoró, sobre todo, por lo muy pagado de sí mismo que estaba, ahora se mostraba inseguro, y eso no era fácil de ver. No sabía a ciencia cierta lo que sentía, porque se cerraba y hacía un esfuerzo por parecer sólido como siempre, pero quien lo conocía podía advertir claramente que estaba fallando malditamente en el intento.

Solté su mano y me aferré a su cintura, acercando más mi cuerpo al suyo, intentando darle calidez para que se relajase; pasó su brazo por encima de mi hombro y me cobijó, y también besó mi sien. Nunca habíamos caminado abrazados por la calle, eso era nuevo y me sentía bien. Quería una vida normal, disfrutar de buenos momentos como ése a su lado; cosas simples, cosas que para otras personas eran muy cotidianas.

Le sonreí.

—No hay de qué preocuparse, los malos ya no están para hacernos daño.

—Lo sé.

—Diviértete entonces, disfruta de este momento.

* * *

—¿De verdad que ya hay fecha? —preguntó Isabella entusiasmada, sin dejar de admirar mi sortija de compromiso.

—Será el 30 de marzo.

Luka me miró, imaginé que suponiendo que yo ya tenía la licencia matrimonial. Él, al igual que su madre y su hermana, estaba enterándose de la fecha en la que había decidido que me convertiría en su esposa.

—¿En serio? Luka, ¿te casarás el día del aniversario de boda de mamá y papá?

Los ojos de Cala de pronto se humedecieron, pero no llegaron a derramar las lágrimas acumuladas. Extendí el brazo y la cogí de la mano.

—Podemos cambiar la fecha.

—No, de ninguna manera; me encanta que hayáis elegido el mismo día.

—La eligió Nicole, ella no sabía que coincidía —explicó Luka.

Cala extendió la otra mano y cogió la de su hijo.

—Seréis muy felices, tanto como lo fuimos tu padre y yo.

—Lo sé, mamá.

—Pero para eso falta muy poco, solamente un mes y medio. ¿Has empezado a mirar vestidos? ¿Tenéis reservado el lugar donde se celebrará el banquete? ¿Ya habéis contratado a un *wedding planner*? ¿Cuánta gente hay en la lista de invitados?

—Detente, Isabella. —Luka la frenó cuando advirtió que yo me sentía aturdida.

—Aún no he empezado a organizar nada —expresé, cayendo en la cuenta de que necesitaba empezar a planificar algo.

—¿Quééé? —soltó horrorizada, y Luka la miró de una forma que me hizo creer que en cualquier momento iba a agarrarla del cuello para hacerla callar—. Bueno, calma, no hay problema, puedo pasarte el contacto de Bryan Rafanelli, es el mejor planificador de eventos que existe; él te conseguirá todo lo que desees, ya que tiene todos los contactos necesarios. Tú sólo tendrás que ocuparte de tu vestido... y si quieres él también puede ponerte en contacto con los mejores diseñadores de moda. Bryan fue quien organizó mi boda y por lo general también es quien nos ayuda en la planificación de los eventos de la fundación. Es muy afamado en el ámbito político, y el preferido de muchos famosos. Su equipo es el responsable de innumerables eventos corporativos, galas de recaudación de fondos, fiestas privadas... y también fue quien planeó el enlace de Chelsea Clinton.

—Queremos una boda sencilla —me atreví a decir, con timidez—. Simplemente un brindis con la familia y los amigos.

—Sí, Nicole lo organizará ella misma.

Mi cuñada se quedó observándome como si de pronto me hubiera crecido un tercer ojo en la frente; estoy muy segura de que lo que dije no era para nada lo que esperaba escuchar.

Cala le palmeó el brazo y sonrió, pero noté que su sonrisa también era forzada.

—Es su boda, Isabella; tú ya tuviste tu momento.

—Pero yo pensaba que...

Cala intentó disimular su desilusión con mucho ahínco, pero deduje que ella también había imaginado una boda por todo lo alto cuando su hijo mayor se casara. Los Bandini estaban acostumbrados al *glamour* y la ostentación.

—Tenemos familiares de la realeza, Luka, ¿has pensado en eso?

—Isabella, creo que demasiado pública es nuestra vida ya. No veo qué tiene de malo que este momento que es tan nuestro sea algo íntimo; queremos que sea algo para compartir sólo con nuestros seres queridos.

—¿No invitarás a los miembros de la familia de mamá? Renewables Bandini sigue en el mercado gracias a ellos.

—No hemos decidido aún a quién invitaremos.

—No quiero que esto provoque un conflicto familiar; tal vez no lo pensé bien.

—Realmente creo que no lo pensaste, Nic.

—Isabella, basta, hija. Nicole, es tu boda, y lo que te haga sentir feliz y cómoda ese día es lo que nos hará también felices a todos nosotros.

—Opino que a tus tíos hay que invitarlos, Luka, y a tu primo. —Me toqué la frente, me sentía sobrepasada.

—Cálmate, cariño, haremos esa lista juntos y lo resolveremos. —Él estaba sentado a mi lado y acarició mi espalda, consciente de que su tacto siempre me daba confianza y tranquilidad.

—Quizá se pueda hacer algo sencillo de todas formas; yo me refería a no transformar nuestra boda en un evento empresarial.

Luka

—Es lo que interpreté, Nicole, no tienes que darme explicaciones. Y, por favor — miré a mi hermana, amonestándola por incomodar a mi mujer, y luego volví a fijar mis ojos en ella—, no le hagas caso a Isabella; como de costumbre, se está metiendo donde no la llaman, como hace siempre.

Estaba agradecido de haberme enterado de que Nic había quedado para almorzar con mi madre y mi hermana; sabía que, en cuanto vieran su anillo y ella les comunicara que nos casábamos la última semana de marzo, empezaría a volverla loca queriendo inmiscuirse en nuestros asuntos.

—No seas así —Nicole acarició mi brazo—, seguro que Isabella sólo intenta ayudar.

—Ves, ella comprende que le estoy echando un cabo; no como tú, que siempre intentas hacer ver que invadimos tu privacidad.

—¿Acaso no es así? ¿Por qué no puedes, simplemente, aceptar que lo que a ti te parece correcto y adecuado no siempre lo es?

—No me parece mal que hagáis algo íntimo —intervino mi madre, intentando disipar el momento tenso entre Isabella y yo, y creo que también aprovechando la vacilación de Nicole—, pero tú sabes que, en nuestros estándares sociales, eso es un poco improbable. —Sé me quedó mirando y luego volvió la vista a Nicole; estiró el brazo y tomó su mano, admirando la sortija de compromiso que le había regalado—. Zafiros y diamantes... —dijo en tono

reflexivo, y yo, que la conocía muy bien, supe que venía un gran discurso de Cala—... ¿quién no querría tener la posibilidad de regalarlos?, pero, por supuesto, que no todos pueden.

—Mamá... —quise frenarla, pero mi madre era una experta acaparando la atención, y por supuesto tenía a Nicole subyugada con su profunda voz y su intensa mirada color azabache.

—La gran mayoría, cuando va en busca de un anillo de compromiso, no puede darse el lujo de comprar zafiros y diamantes, y termina conformándose con obsequiar un brillante. Mi hijo no es alguien común, y evidentemente tú no lo eres tampoco. Luka acaba de salir en la portada de la revista *Fortune*, considerado como uno de los cinco CEO más poderosos de las petroleras independientes del planeta. Entiendo que él quiere complacerte en todo, y no lo culpo por eso, eres un ángel y él está enamorado de ti; pero... ¿crees realmente que puedes ir al City Clerk y nadie se va a enterar?

—Creo que ya es suficiente, mamá.

—Déjame terminar, no estoy diciendo nada que no sea cierto.

»Cariño —Cala me ignoró y siguió dirigiéndose a Nicole—, sé que no estás acostumbrada a nuestro estilo de vida, pero deberás empezar a hacerlo, porque estás por aceptar convivir durante toda tu vida con él, y con todo lo que acarrea ser Luka Bandini. Algunos nacemos con una carga a cuestas que no podemos evitar. Luka nació para ser el director ejecutivo de Renewables Bandini; es un legado que recibió de nuestra familia. Aunque Luka quiso negarlo durante un tiempo, es para lo que estaba preparado; por eso, cuando tuvo que asumir la responsabilidad, supo cómo hacerlo.

»Nicole, tesoro, no estoy cuestionando tus deseos de hacer algo en la intimidad, todo lo contrario, lo aprecio, porque eso demuestra lo importante que es para ti esta circunstancia; uno se vuelve mezquino cuando quiere que nada empañe el mejor momento de su vida, y eso ocurre cuando los sentimientos que tenemos son muy fuertes.

—Deja el discurso, mamá; haremos algo íntimo, le disguste a quien le disguste.

—Espera, Luka, creo que tu madre tiene razón; podemos encontrar un equilibrio entre lo que yo deseo y algo protocolariamente correcto, pero que no sea desmedidamente ostentoso.

—Yo también quiero algo íntimo, fin de la conversación. Nicole, te dije que, si por mí fuera, nos iríamos de inmediato al City Clerk los dos solos y listo.

Mi matrimonio no será un *show*.

—Nadie dice que hagas un *show*, pero sí que, por lo menos, nos dejes festejar vuestra unión.

—Deja, Isabella; tu hermano, como siempre, nos privará de poder compartir las alegrías de su vida.

Puse los ojos en blanco; no cedería, nadie obligaría a Nicole a hacer algo que no la hiciera sentirse cómoda.

—Podéis dejar de dramatizar las dos, ¿no os dais cuenta de que estáis haciendo sentir mal a Nicole?

—Lo siento, de verdad, no quería crear un conflicto.

—No es culpa tuya, cariño. —Colgué el brazo en su silla y le acaricié el hombro—. Mira, no sientas presión.

—Lo que sucede es que estoy tan poco acostumbrada a compartir en familia... Puede que tu madre y tu hermana tengan razón. —Nicole me acarició la mejilla—. Tal vez deberíamos pensarlo mejor.

Nicole

Por la noche, Luka y Mila ayudaban a preparar la mesa.

—He pedido una cita con Rafanelli —le espeté mientras dejaba la ensalada sobre la barra de la cocina.

Luka se tocó el puente de la nariz y me miró, evaluándome, mientras sostenía los tenedores que estaba dejando encima de la barra.

—No tienes que hacer algo que no desees; creía que eso había quedado claro en el almuerzo.

—Es que, después de hablar con Isabella y tu madre, no estoy segura de que algo sencillo sea lo que quiero. Hoy, al regresar de la comida, le he pedido a la doctora Carter si podía atenderme, pero tenía todas las horas de consulta ocupadas, así que hemos hablado un rato por teléfono... El caso es que he llegado a la conclusión de que te había pedido algo muy sencillo debido a... ya sabes, mis problemas con que tú creas que lo que a mí me interesa es tu dinero. —Luka ladeó la cabeza y me miró elevando una ceja—. Hay aspectos de nuestra vida en común que todavía me cuesta manejar, tú ya me entiendes. —No iba a hablar de mi pasado delante de Mila, sabía que Luka me entendía perfectamente.

—¿De qué habláis? —preguntó la niña, puesto que no podía descifrar el tema de conversación.

—Cuando te enteraste de que tendrías un hermanito —le contesté, mientras me volvía a buscar el pan de pita crujiente que había comprado de camino a casa —, nos preguntaste si nos casaríamos... y, bueno, tu papá y yo hemos decidido hacerlo la última semana de marzo.

—¿De verdad? —preguntó la cría, abriendo mucho los ojos y mostrando una expresión boquiabierta. Luka le sonrió de lado y asintió—. ¿Y te pondrás un vestido largo con una cola enorme y un velo en el rostro? —continuó interrogándome. Su imaginación, por supuesto, había volado y ya estaba suponiendo una boda como la de las princesas de Disney—. ¿Y yo me podré poner un vestido largo también? Papi, ¿podré ser la niña de las flores?

Me carcajeé sin poder parar; la pequeña estaba muy entusiasmada con la idea de un enlace tradicional, y yo, simplemente, estaba echando por tierra las ilusiones de todos, por negarme a aceptar mi destino junto a ese guapo hombre. Incluso en ese momento ya creía que Luka también lo deseaba; la doctora Carter me había hecho caer en la cuenta de que un hombre que regala un anillo tan ostentoso es porque desea una boda por todo lo alto, y me hizo dar cuenta también de que no había por qué privarse de mostrar lo felices que éramos realizando un gran festejo.

—En cuanto a lo de ser la niña de las flores —miré a Luka mientras le alcanzaba los vasos—, no creo que haya problema con eso. —Él asintió—. Ahora... con respecto a mi vestido, aún no he decidido cuál usaré y, por lo que concierne al tuyo, seguramente encontraremos uno que sea apropiado para el momento.

Nos acomodamos para cenar en la barra de la cocina. Luka subió a Mila a una de las banquetas altas.

—Volviendo a Rafanelli —dije mientras Luka servía vino para él y jugo de arándanos para la cría y para mí—, me tomé la libertad de pedirle a Max que me dijera cuándo tenías un hueco en tu agenda, y luego concerté una cita con el planificador para pasado mañana, en la empresa —le aclaré—, para que no se nos compliquen los horarios teniendo que salir de ésta —añadí al tiempo que me encargaba de servir la ensalada de quinoa, atún, tomates cherry y aguacate.

—¿Quieres que yo también participe en esto de la organización? —Vi la ilusión en sus ojos y palpé la alegría en su voz.

—Bueno, es la boda de ambos, ¿no? Tiene que ser un enlace que creemos

entre los dos, y que tenga mucho de los dos también. —Nos quedamos mirando, la electricidad estallando entre ambos. La calidez de su mirada, entonces, reemplazó el ardor que transmitía su cuerpo, y supe que lo estaba haciendo feliz, porque me sonrió y hasta su mirada lo hizo, y eso me hizo sentir inmensamente feliz a mí también.

—¿Y yo no puedo opinar? —preguntó Mila, haciéndonos caer en la cuenta de que no estábamos solos.

Veintinueve

Nicole

Lo teníamos todo bastante claro, y con la ayuda de Rafanelli no tardamos en definir lo que haríamos para nuestra boda; algo tradicional, pero nada ostentoso, solamente familiares y amigos; no queríamos invitar a nadie por compromiso, pues a esa gente ya la invitábamos a los eventos empresariales. La entrevista fluyó en seguida y Bryan me cayó muy bien; se mostraba seguro y al parecer sabía muy bien de lo que hablaba. Durante el transcurso de la conversación y los planes, Luka mencionó una casa que la familia poseía en Sands Point.

—Como sabes, es un sitio muy romántico.

—Oh, sí, claro; es donde organizamos la ceremonia civil de tu hermana. Si no me equivoco, ese día también eran aproximadamente cien personas.

—Por supuesto que, como era en verano, se utilizó el exterior; en este caso, creo que vaciando el gran salón se podría conseguir el espacio que necesitamos, ¿o te apetece poner una carpa que se conecte con la casa?

Miré a Luka, calculando el tamaño de esa casa; el estupor en mi rostro era imposible de disimular.

«Por Dios, ¿él acababa de decir que en ese salón cabían cien personas, o había oído mal?»

Me palmeó la mano al captar mi aturdimiento, y siguió hablando.

—Además, si lo conectamos con el otro salón, el secundario, obtendríamos de esa forma una pista de baile.

Bryan creo que se dio cuenta de que yo estaba en ascuas.

—¿Tal vez Nicole tenga en mente otra cosa?

—No conozco la casa —admití tímidamente—, pero estoy segura de que debe de ser un sitio soñado, una carpa tampoco me disgustaría.

—Espera, Nicole —ya habíamos acordado que nos tutearíamos—, me parece que en mi teléfono tengo fotografías de la boda civil de Isabella —anunció el organizador.

Cuando vi las imágenes, al instante quedé prendada del lugar. Efectivamente el sitio era bellísimo, y enorme. Una mansión de estilo mediterráneo que se encontraba emplazada sobre casi cuatro acres de propiedad frente al mar, me explicó Luka.

—Iremos el fin de semana para que conozcas la casa.

Asentí muy entusiasmada, casi no podía esperar a que llegara el sábado para ir a Sands Point.

—Bien, crearé un chat para nosotros tres —comentó Rafanelli— y, apenas tenga el plan de boda estructurado, os los enviaré. Además, todo lo relacionado con ese día lo trataremos por este chat, y así podremos subsanar cada duda que surja sobre la marcha. Me llevo anotadas todas vuestras preferencias; en breve os enviaré mi propuesta. Como conocemos el lugar, mis asistentes y yo corremos con ventaja para la planificación.

—Confiamos en ti, Bryan. Nicole no te conoce, pero sabe, por las referencias que le hemos dado, que eres la persona adecuada para conseguir que ese día sea inolvidable para nosotros.

—Gracias, Luka, por confiar en mí una vez más; es un honor que me permitáis organizar este día tan importante para vosotros.

Cuando terminamos de pactar todo lo de la ceremonia, Rafanelli se refirió a la otra razón por la que también lo había contactado. Después de que Cala e Isabella me pasaran todos los contactos que necesitaba, estaba de lleno abocada a la organización del evento destinado a que la Fundación Bandini recaudase fondos para llevar ayuda a la República de Chad.

—Bien, Bryan, te invito a que nos traslademos a mi oficina, así no entretendremos más a Luka y podrá seguir con su agenda.

—Oh, por supuesto; te sigo.

* * *

Me sentía feliz, y de camino a casa no podía parar de contarle a Luka todo lo que ya tenía en mente para poner en marcha la causa de Chad. Liam era el encargado de llevarnos; habíamos trabajado hasta tarde y Celeste se había encargado de ir a buscar a Mila.

—Hoy Madisson consiguió una cita con representantes de UNICEF y de la ONU; tan pronto como les informó de qué se trataba, de inmediato me hicieron un hueco en su agenda. También pacté un almuerzo con uno de los dirigentes de

Doctors without borders (Médicos sin fronteras). Iré mañana, con Cala; ella me acompañará en calidad de presidenta de la Fundación Bandini; tú madre está entusiasmada con este nuevo proyecto.

—Y por lo visto tú también.

—Es que siento que llevaremos esperanza a mucha gente. Obviamente no podremos subsanar todas las necesidades que los chadianos padecen, pero al menos estaremos sembrando ilusión en sus almas.

»Por cierto, Luka, el lugar es muy peligroso... estuve investigando y espero que no tengas que ir muy a menudo.

—Cariño, no debes preocuparte por eso; mi trato es directo con el Gobierno, no estuvimos en ninguna zona en conflicto y, en cuanto a las enfermedades endémicas, estoy vacunado. Además, Aos y su equipo nos acompañaron.

—Ayúdame a decidirme con el nombre para la causa. «Misión: Esperanza para Chad» o sólo «Esperanza para Chad».

—¿Y qué te parece ponerle a tu causa «Cree»? —tocó mi colgante, el que Joss nos había regalado a todas—. Me parece que ese nombre te identificaría mucho a ti con ese proyecto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Luka, oh, Dios, eres muy inteligente. El nombre es perfecto.

—Soy *The Best*, cariño.

—Y un gran presumido.

—Ven aquí —me abrazó—; confiesa que te gusta tener al mejor a tu lado. —Mordió mis labios y luego me dijo—: Escucha esto: «Sólo tienes que creer y conseguirás que todo ocurra».

—Definitivamente eres el mejor.

Le estampé un beso en los labios y él no me dejó apartarme, introdujo su lengua en mi boca y me besó hasta que nos dimos cuenta de que era mejor parar, porque Liam estaba en el asiento delantero.

Luka

Llegamos a la torre Walker y Liam bajó a abrirme la puerta del coche. Nicole esperaba para que le abriese la suya, así que nuestro escolta aprovechó para decirme rápidamente:

—Te llamaré en un rato, trata de estar solo; es acerca de lo que me pediste que investigara de la madre de Nicole, acaba de llegarme la información.

—¿Vienes?

Miré a Nicole; no me había dado cuenta de que ella se había apeado sin esperarme. Asentí y la cogí de la mano.

—Claro, cariño. Gracias, Liam.

—Que tengáis una buena noche —se despidió nuestro guardaespaldas, y él y yo asentimos con la cabeza, acordando tácitamente mantener esa conversación telefónica.

—Hasta mañana, Liam —contestó Nic.

—Hasta mañana, señorita Nicole.

* * *

Nicole estaba cansada, así que le sugerí que pidiéramos comida.

—Métete en la bañera, eso te relajará.

—Sí, eso haré; no te invito a acompañarme porque Mila anda dando vueltas por aquí.

—Por mucho que quisiera meterme en el agua contigo, no podría: me han quedado algunos asuntos pendientes, así que iré a trabajar un rato a mi despacho.

—Muy bien, grandullón; pediré la cena y me meteré en la bañera.

* * *

—¿Estás seguro, Liam?

—He contrastado a fondo la información.

—Continúa, por favor.

—Bueno, como te contaba, la persona con la que hablé formaba parte de la escudería del padre de Nicole, y me dijo que su madre era una *groupie* muy conocida en el mundo de las carreras. Incluso, antes de atrapar a su padre, intentó pillar a otros pilotos, pero ninguno le dio mayor oportunidad de hacerlo; por el contrario, su papá cayó rendido a sus pies y ella lo manipuló como quiso. También me explicó que el señor Pearson no se hablaba con su familia por ese motivo, porque no querían que se casara con ella cuando quedó embarazada; al parecer los padres hasta dudaban de la paternidad del bebé, porque Donna no tenía buena reputación por los circuitos.

—Intenta contactar a los padres del señor Pearson, a ver qué puedes obtener por ahí.

—Ok. El contacto que conseguí estaba muy hablador, así que también pude averiguar que había un mecánico, pero no recordaba el nombre, que se jactaba de ser el verdadero padre de Nicole. De todas formas, cuando el señor Pearson tuvo el accidente, los padres de él intentaron impugnar el testamento y al parecer ahí se comprobó la filiación de Nicole y nada pudieron hacer. Este tipo me contó que la madre de Nicole despilfarró en pocos meses el dinero heredado, y que luego también manipuló el fideicomiso de la niña.

»Erwan, el tipo este que me lo contó todo, quedó en ponerme en contacto con uno de los mecánicos que ponían a punto el monoplaza del señor Pearson; me dijo que él insistía en que en ese accidente hubo gato encerrado, porque el coche estaba en perfecto estado, no tenía ningún fallo, contradiciendo lo que figuró en las pericias que hicieron los peritos a cargo de la investigación. La madre de Nicole estuvo mucho tiempo desaparecida, y luego regresó a Detroit cuando la niña tenía dos años; cuando lo hizo ya no tenía un centavo. Y ahí empezó su camino por volver a atrapar a otro pez gordo, pero, claro, con una niña auestas que criar le resultó más difícil encontrar a otro buen ejemplar, y sólo consiguió engatusar a mediocres que únicamente le facilitaron una vida sin tener que trabajar.

* * *

Tras haber cenado, ya estábamos en la cama, su cuerpo amoldado al mío de forma perfecta; le acariciaba la cadera y luego desplazé la mano y empecé a trazar círculos en su barriga.

—Mmm, ¿cuando crees que empezará a moverse?

—Mila empezó a hacerlo a los cinco meses de gestación. Al menos ahí fue cuando yo pude sentirla, pero fueron muy pocas veces, pues yo no veía casi nunca a su madre.

—A veces siento como un aleteo dentro de mi vientre; no sé si será el bebé, pero es una sensación que nunca antes había experimentado. ¿No te intriga saber a quién se parecerá? Espero que tenga el color de tus ojos y el hoyuelo en el mentón.

Se dio la vuelta y me dejó un beso en la barbilla.

—Dicen que es un rasgo mayormente europeo, y es hereditario, mi padre también tenía la barbilla partida.

—Es muy varonil, me encanta.

—Nunca me contaste cómo se conocieron tus padres.

—Mi madre me explicó que se conocieron en una fiesta. Ella había ido con otra amiga y ahí se encontró con mi padre. Me dijo que fue amor a primera vista, y que nunca más se separaron. Se casaron cuando quedó embarazada de mí.

—Y con la familia de tu padre, ¿no tienes contacto? Quiero decir, ¿nunca más has vuelto a ver a tus abuelos?

—Mamá me contó que ambos murieron trágicamente en un accidente después de que mi papá falleciera, así que no llegaron a conocerme.

—Un trágico final.

—Sí; tengo algunas fotografías tuyas, pero nada más.

—¿Y tus abuelos no tenían propiedades?, ¿no heredaste nada, ni de tu padre ni de ellos?

—No, supongo que no, porque nunca recibí nada.

—¿Qué raro que, siendo tu padre un piloto tan conocido, no dejara nada a tu nombre?

—Mi madre dice que no ganó grandes premios y que todo lo que ganaba lo invertía en mantener su forma de vida; tú sabes, el automovilismo es un deporte muy caro, y en ese entonces él no tenía muchos *sponsors*. La verdad que nunca me puse a pensar mucho en ello. Sin embargo, de haber existido alguna propiedad, no tendríamos que haber vivido alquilando apartamentos. Mi madre siempre se mantuvo con su pensión. Es lo único que le quedó de él. Eso y la ayuda que yo le enviaba. Cuando vivía Serena, ella también colaboraba.

—¿Y los otros maridos de tu madre?

—En realidad legalmente sólo se casó con mi papá. Luego estuvo con el padre de Serena; era un artista fracasado, que vivía de sueños y que, además, tenía problemas con la bebida.

—¿Está vivo todavía?

—Sí, pero se fue a vivir a Portugal cuando se separó de mi madre y nunca más lo volvimos a ver; al principio enviaba dinero por mi hermana, pero luego dejó de hacerlo y mi madre no tuvo forma de localizarlo. Su última pareja era dueño de una ferretería, pero yo no llegué a convivir con él; fue cuando estuve en la universidad y luego me fui, huyendo... La verdad, sólo sé que se llama Bob.

—¿Y la familia de tu mamá, Nicole?

—Siempre fuimos mi madre y yo solas, hasta que llegó Serena. Mi familia materna nunca estuvo presente. Cuando mamá se fue de su casa al cumplir los dieciocho, perdió todo contacto. Nunca ha hablado mucho de ellos... sé que tiene un hermano, que su madre murió cuando Donna tenía siete años y que su padre se volvió a casar un tiempo después, pero su madrastra nunca la trató bien, por eso se fue apenas pudo hacerlo.

»Es extraño, nunca antes había pensado en mi ascendencia. Siempre me he sentido tan sola en la vida... Creo que eso se debe a la forma en la que fuimos educadas por mi madre.

—¿No te gustaría buscarlos?

Se encogió de hombros y se quedó pensativa; yo acariciaba su espalda.

—Brrr, me ha dado frío. Aún sigue nevando fuera, ¿podríamos encender la calefacción extra del dormitorio?

—Ya lo hago.

—Ve y enciende también la de Mila, no quiero que pase frío.

Me levanté de la cama y fui a hacer lo que me había solicitado; mientras tanto, repasé todo lo que Nicole me había contado. Ella no parecía estar al tanto de que sus abuelos no la querían, y me extrañó que nunca le hubiese intrigado el desapego de su madre por su familia.

—¿Tú nunca tienes frío?—me preguntó cuando regresé y me metí bajo las sábanas; la abracé.

—Tú me calientas, cariño; siempre estoy ardiendo por ti.

* * *

—Luka, abróchame este brazalete, que no puedo hacerlo sola, por favor.

Estábamos a punto de salir de casa rumbo al trabajo. Esa mañana al despertar nos quedamos holgazaneando en la cama, y luego terminé follándola ahí, y más tarde también en la ducha. Por tal motivo, en ese momento no era de extrañar que todos estuviéramos corriendo, puesto que íbamos con retraso; yo tenía un desayuno de trabajo a primera hora y odiaba ser impuntual.

—Vamos, Mila, apresúrate; hoy tengo los minutos contados.

—Ya voy, papá; tú siempre con prisas.

Puse los ojos en blanco; mi hija nunca iba a dejarme tener la última palabra.

—Iré a por mi bolso y mi abrigo, y ya me acabaré de maquillar en el coche. Hoy se nos ha hecho tardísimo —intervino Nicole.

Le guiñé un ojo, recordando todo lo que habíamos hecho.

—No me quejo, ha valido la pena que nos demorásemos. —Me acerqué a su oído—. Aún siento tus uñas clavadas en mi espalda, cariño.

Le dejé un beso en la comisura de los labios y se retorció; creo que ella también recordaba muy bien cómo había bombeado en su interior.

Se estaba colocando unos zarcillos, con la cadera apoyada en la encimera; luego pilló la taza y sorbió de su té de canela, terminándoselo de una vez.

—Ya estoóooy, papi. —Mi hija apareció en la sala cargando su mochila.

—Muy bien, déjame encasquetarte bien ese gorro y ajustarte la bufanda; en la calle hace mucho frío. Ponte también los guantes, no quiero que vuelvas a enfermarte.

—Yo también estoy —anunció Nic, que apareció enfundándose el abrigo.

Como todos los días, tras pasar a dejar a Mila en el colegio, llegamos al Bandini Heart. Esa mañana sólo Nicole se quedó allí, pues luego Aos me llevó hasta Oceana, un restaurante que estaba a tan sólo unas pocas manzanas de la empresa, donde tenía mi *meeting* de trabajo. Cuando llegué ya me estaban aguardando.

Cerca del mediodía me desocupé. Kevin y Drake estaban también en la reunión, así que los tres regresamos andando al trabajo. El Bandini Heart quedaba tan cerca que no valía la pena llamar a Aos; además, de esa forma evitábamos el caos circulatorio que siempre hay en la ciudad.

Cuando llegué al edificio y a mi planta, me topé con Nicole, que salía.

—¿Adónde vas?

—Eeeh... Me han llamado del banco para decirme que tengo que ir, para registrar mi firma; la verdad es que no he entendido demasiado bien para qué es. Como tengo un hueco en mi agenda, prefiero ir ahora, así no tengo que cortar luego mi almuerzo.

—¡Qué raro!, creía que tus cuentas estaban todas en orden.

—Cuando llegue y me entero bien de qué se trata, te llamo y te lo cuento.

Cuando entré en mi despacho, todavía seguía pensando en lo que había dicho Nicole. Me parecía sumamente extraño, ya que jamás nos hacían ir al banco. En el momento en que abrí todas sus cuentas, nos enviaron a un mensajero para que ella lo firmara todo aquí, así que levanté el intercomunicador y le hablé a mi asistente.

—Max, comunícame con el gerente del Bank of America; pásame la llamada tan pronto como la consigas.

—Muy bien, señor, en seguida se la paso.

Habían transcurrido cinco minutos cuando Max me llamó.

—Señor, el gerente en este momento está en una reunión; he dejado el recado y me han dicho que, en cuanto se desocupe, lo llamará.

—Muy bien; muchas gracias, Max.

Revisé mis tareas pendientes en Trello, la aplicación que utilizaba para organizar mis actividades, moví algunas tarjetas, añadí otras, organicé asuntos pendientes y lo compartí con Max para que estuviera al tanto de lo que necesitaba, pero, aunque quería concentrarme en el trabajo, no podía dejar de pensar en esa firma que Nicole había tenido que ir a registrar, había algo que no encajaba.

Más tarde, mientras examinaba un informe de flujo de efectivo, mi teléfono volvió a sonar.

—Señor, tengo al gerente del banco en la línea dos.

—Pásamelo, Max; gracias.

»Atkinson, muchas gracias por devolverme la llamada.

—Bandini, siempre es un placer hablar contigo.

—Lo mismo digo. ¿Cómo van esos torneos de golf?, ¿aún sigues participando?

—Oh, sí, son mi cable a tierra; ahí es donde desconecto de todo.

—Sí, te comprendo perfectamente; en mi caso lo es el muay thai, aunque ahora estoy practicando thai chi.

—Las artes marciales y las disciplinas milenarias no son lo mío, yo prefiero el aire libre.

—Oye, calculo que nos veremos en la gala de recaudación de fondos para la Fundación amfAR por la lucha contra el VIH y tendremos oportunidad de charlar.

—Oh, sí, mi esposa y yo iremos, desde luego. Pero supongo que tu llamada se debe a otra cosa; dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—En realidad es una tontería, sólo quería recordaros que Nicole Aroa Pearson es mi mujer, y comentarte que la han hecho ir al banco para verificar una firma; me ha parecido extraño, puesto que siempre nos enviáis a alguien

para ese tipo de trámites. De más está decirte que por supuesto estoy más que agradecido por tal deferencia, sé reconocer muy bien ese trato preferencial con nosotros.

—La verdad, Bandini, no tengo conocimiento de por qué la han citado, pero, si me das unos minutos, lo averiguo y vuelvo a llamarte.

—Perdóname por molestarte, Attkinson; tal vez no tienen claro en el banco que Nicole es mi mujer y por eso la han hecho ir hasta allí. Sé que es una tontería, pero tú mejor que nadie sabes lo que es mover la agenda para hacerse un hueco ante un imprevisto como ése.

—Bandini, yo me ocupo; no te preocupes, no volverá a pasar.

—Muchas gracias.

Tras recibir una nueva llamada de Attkinson, estaba en mi despacho pendiente de que Nicole llegara, deseoso por ver qué nueva mentira me iba a soltar.

Mientras esperaba, me puse a revisar sus cuentas. Esa semana había extraído una fuerte suma de dinero de golpe y esa mañana, con el préstamo que acababa de solicitar en el banco, la acababa de reponer.

«¿En qué mierda andas metida? ¿Y por qué me has mentido?»

Tenía una leve idea de a dónde había ido a parar ese dinero, pero esperaba que ella me lo confirmara.

Quería tranquilizarme, pero no me gustaba que se burlaran de mí; Nicole tendría que darme una explicación.

Tan pronto como Max me avisó de que ella había llegado, me dirigí como toro contra el capote hacia su despacho; reduje la velocidad cuando estaba a dos pasos de su puerta, y antes de entrar me insté a permanecer calmado.

—Hola, cariño; entra.

—¿Qué tal todo?

Estaba sentada en su mesa, así que giré su sillón y la enjaulé con mis brazos, apoyándolos en el escritorio, mientras le daba un beso.

—Genial. Me encontré con Poppy y hemos almorzado juntas en STK Midtown.

—¿Has ido a un restaurante en el que la especialidad es la carne asada?

—Bueno, no es lo único que sirven; yo me he pedido una ensalada de mariscos.

»Mañana empieza Poppy en la empresa y está muy ilusionada; trabajaremos juntas en la página web de «Cree», la causa de Chad, y también tenemos muchas

ideas para captar inversores para la planta de biomasa.

—No paras, ¿eh? Estás a *full*, cariño.

—Estoy feliz con mi trabajo en Bandini, creo que no me cansaré de darte las gracias por traerme a trabajar contigo.

—Bueno, puedo pensar en unas cuantas formas de cómo puedes agradecerme... Oye, este fin de semana en Sands Point, cuando te lleve a conocer la casa, podemos implementar alguna que ya se me está ocurriendo.

—Aprovechado —dijo palmeándome en el pecho.

Por esa misma poderosa razón que hacía que no pudiéramos estar apartados, nos volvimos a besar; la puse de pie, aprisionándola contra mi cuerpo, y se aferró de la solapa de mi chaqueta, hasta que a desgana separamos nuestros labios. La miré, era pecado puro, y entonces le pregunté:

—¿Cómo te ha ido en el banco? —Advertí claramente cómo su cuerpo se tensaba ante mi pregunta.

—Al parecer, cuando lo trajeron todo a firmar aquí, me salté una firma. Era eso, una tontería. Entré y salí.

La miré a los ojos y pensé en dejarle pasar la mentirilla, pero, en ese punto, mierda, no me aguanté.

—¿Por qué me mientes? Fuiste a pedir un préstamo. —Palideció y suerte que estaba sosteniéndola, porque creo que hasta le flaquearon las piernas—. ¿Para qué necesitabas ese dinero, si ya lo habías sacado de tu cuenta?, ¿por qué lo has repuesto?

—¿Me estás controlando?

—En vez de hacerte la ofendida, ¿por qué mejor no me explicas la razón que has tenido para mentirme? Y no, no te estoy controlando; me he enterado por casualidad. Ese dinero es tuyo, y puedes gastarlo en lo que quieras. Es cierto que me llegó un informe con los movimientos de tu cuenta porque se trataba de una suma considerable, pero lo que ha llamado mi atención ha sido que te hicieran ir al banco a firmar algo; tenemos trato preferencial por ser uno de sus mejores clientes, así que he llamado para reclamarles que te molestaran, y entonces me he enterado de lo del préstamo. Obviamente he quedado como un estúpido. ¿Vas a explicármelo?

—¿Por qué me avergüenzas de esta forma?

—No estoy avergonzándote. Sólo quiero saber qué ocurre. Somos una pareja y, si tienes un problema económico, debemos resolverlo juntos. ¿Acaso no te he contado todos los problemas que tiene la empresa?

—Es mi problema y lo resolveré yo.

—No dudo de que puedas hacerlo, pero me gustaría saber por qué me has mentido, eso es todo.

—Porque sé que es dinero tirado en saco roto.

—Ven. —Recogí con mi pulgar una lágrima que se le escapó de sus ojos y la llevé al sofá para que nos sentáramos.

—No quiero que estés angustiada, y menos aún por cuestiones de dinero, porque no tenemos ninguna necesidad de crearnos problemas por ello. ¿Para qué es ese dinero?

—Es para mi madre —confesó sin mirarme a la cara; la cogí del mentón y levanté su rostro para que me enfrentara.

—Cariño, ¿cuál es el problema? Sigo sin entender por qué me has mentido.

—Porque me avergüenzo de que lo único que le interese sea el dinero. Me llamó y ni siquiera me preguntó por el bebé, no fue capaz de interesarse por cómo está mi barriga. Pero es mi madre, Luka, por eso la ayudo.

—Shh, está bien, no te angusties. —La subí a mi regazo y ella se acurrucó en mi pecho.

—Así ha sido siempre... tanto cuando no sabía lo que yo tenía que hacer para conseguirle dinero como ahora que lo sabe todo; todo sigue igual. —Acaricié su espalda y besé su coronilla—. Imagino lo que debes de estar pensando ahora mismo... no es que yo lo desconozca, no soy tonta, Luka, pero es una prueba de la resistencia que es mi vida; incluso en las peores circunstancias siempre la he ayudado.

—No está mal que ayudes a tu madre.

—Sí lo está, cuando sé que ella, simplemente, despilfarrará el dinero. Mi madre es una experta haciéndolo, a su último marido casi le funde la ferretería. Ay, Luka, me siento fatal; yo no quería mentirte, pero ella me pidió que no te enteraras.

—Bien, cálmate, porque esto no le hace bien a nuestro bebé. No quiero regañarte como si fueras una niña pequeña, no ha sido ésa mi intención, pero creo que debes cortar el cordón. —Hubo una pausa en nuestra conversación; ella seguía lloriqueando—. ¿Para qué te pidió el dinero?

—Entrará en una sociedad con su mejor amiga, están a punto de adquirir la floristería de doña Berta; es un negocio que, además, se dedica a la planificación y decoración de eventos.

—Parece un plan viable, por lo visto se trata de un buen negocio.

—¡Qué va a serlo! En cuanto tenga que mover *esto* —levantó un dedo—, dirá que no es para ella, que es demasiado sacrificio, y encontrará mil y una excusas.

—Entonces... si sabes todo esto, ¿por qué sigues accediendo a...?

—Que me utilice —terminó la frase por mí—. No lo sé. A veces creo que todo cuanto me ha pasado en la vida ha sido por ella, por dejarme manipular, pero no puedo evitarlo, no quiero defraudarla. Ella es mi única familia.

—En algún momento deberás decir basta; eres consciente de ello, ¿no?

—Sí, lo sé, pero, mientras pueda ayudarla, lo haré.

Sequé sus lágrimas con mi pañuelo y besé sus mullidos labios, que estaban hinchados por haber estado llorando; luego apoyé mi frente contra la suya.

—No tenías que pedir ese préstamo, ¿lo sabes, verdad?

—Luka, yo...

—Déjame acabar. No quiero que nunca más permitas que haya mentiras entre nosotros a causa de un tercero, sea quien sea. El dinero que hay en esa cuenta, cariño, es tuyo, y no me importa en qué lo emplees; es más, si sólo me hubiera llegado el informe y no hubiera ocurrido lo del banco, ni siquiera te hubiese preguntado en qué lo gastaste.

—Es que de eso se trata: tú no tienes por qué cargar con mi madre. ¿Dónde se ha visto que, cuando uno se casa, tenga que lidiar también con la familia de su pareja?

—No tenías necesidad de solicitar ese préstamo. ¿Tienes idea de cuánto factura esta compañía al día?

—No, y no quiero saberlo.

—Pues yo sí quiero que lo sepas: los ingresos de esta compañía son de ciento quince mil millones anuales, algo así como unos trescientos quince millones diarios.

Nicole

—No me interesa —me tapé los oídos—. Mi madre es problema mío, y la ayudaré en la medida de mis posibilidades. —Alejando esos pensamientos, me incorporé de su regazo; lo único que tenía que hacer era perdonarla una vez más y seguir—. Aprovechando que estamos hablando de dinero —mascullé

cambiando bruscamente de tema— y que nuestra boda está muy próxima, quiero que hablemos de las cláusulas que una vez te mencioné que tenía para casarme contigo.

Me miró sin entenderme, y yo seguí hablando.

—Quiero que redactes un contrato matrimonial en régimen de separación de bienes, donde quede estipulado que, si alguna vez nos separamos, yo no me llevaré nada de tu dinero. Si no, no me casaré.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? —Luka se puso de pie y, alcanzándome, me agarró del brazo—. Nos casaremos y formaremos una sociedad ganancial.

—Creo que el que está loco eres tú. Hasta ahora no había tenido oportunidad de mencionarte el tema, pero me parece que es el momento adecuado.

—No haré nada de lo que pretendes, todos nuestros bienes serán comunes a los dos.

—Entonces no habrá boda.

—¡¡Es ridículo!! —gritó con su voz irritada pero sensual, profunda e intoxicante.

Admiré su vigoroso cuerpo: su presencia siempre era abrumadora y hacía la mayor parte aunque él no hablara. Me encantaba el traje azul con raya diplomática que llevaba puesto, era uno de mis predilectos. El delicado material confeccionado a medida se prolongaba sugerente sobre sus cincelados bíceps y sus anchos hombros; su pulcra camisa era de color blanco, resaltando la trama de su corbata plata y azul. Cada centímetro de él se veía refinado y excelso.

—Es lo más normal, Luka. No sería justo que compartiésemos el patrimonio sólo por el hecho de casarnos; yo no he hecho nada para conseguirlo, eso es tuyo y de tu familia.

—Tú también pasarás a ser mi familia. Kevin y mi hermana no han firmado nada parecido a lo que me propones cuando se casaron, y nosotros tampoco lo haremos. Además, ¿vas a casarte conmigo con la idea de que fracasaremos?

—Nooo, claro que no... No espero eso, quiero que estemos juntos para toda la vida, que envejecamos cuidándonos y amándonos como lo hacemos ahora.

Me tomó por los hombros y se inclinó para quedar a mi altura.

—Todo lo mío es tuyo, no hay nada que separar. Quiero compartirlo todo contigo, cada cosa inmaterial y material.

—Yo me sentiría más tranquila si firmamos eso que te pido.

—Dame una razón para hacerlo. Me acabas de decir que no esperas nuestro

fracaso, ¿entonces?

—Mi razón es protegerte, a ti, a tu hija y a los hijos que tengamos. Es la única manera en que siento que puedo hacerlo. —Despejé el rizo que siempre caía, rebelde, sobre su frente—. Desde que nos conocemos, tú has hecho eso por mí, así que déjame ahora hacerlo a mí. Mira, eres muy inteligente y sabes perfectamente que firmar un contrato matrimonial no significa que ambos esperemos fracasar. Adoro y valoro mucho que quieras compartirlo todo conmigo, pero... ¿qué tal si a quien se le termina el amor es a ti? Ahora nuestro amor es sólido y lo sentimos verdadero, pero, ya sabes, la razón no siempre manda, el que lo hace es el corazón. Sé que no suena nada romántico que te diga esto a las puertas de casarnos, preparando boda y planeando juntos un futuro, pero no eres tú quien lo está pidiendo, soy yo, y ya me ha quedado más que claro que tú no quieres hacerlo, así que, si lo que te preocupa es lo que yo pueda pensar, en cuanto a si confías en mí o no, sé que lo haces.

—¿Todo esto es porque te he preguntado sobre los movimientos en tu cuenta bancaria?

—No, cariño, no. —Acuné su rostro con las manos y él apoyó las suyas sobre las mías; nos besamos—. Lamento mucho haberte mentido, siento haber permitido que alguien interfiriera en nuestra confianza. No volverá a pasar.

—¿Crees que no te seré fiel?

—Tampoco es eso. Esto es simplemente un acuerdo, que nada tiene que ver con nuestros sentimientos. Dame el gusto, por favor.

—Esto es una completa idiotez.

—Bueno, señor Bandini, no todos somos tan perfectos como usted. Algunos cargamos con exceso de estupidez. ¿Harás redactar ese acuerdo?

—¿Y convertirme en un idiota también?

—Se supone que somos una pareja y lo hacemos todo juntos, así que volvámonos idiotas los dos.

—¿Qué otra opción tengo?

—Amarme toda la vida y que ese contrato que firmemos quede en el olvido. Lo mismo haré por mi parte: en vez de considerarlo como algo detractor de nuestro amor, tomémoslo como un desafío para que el acuerdo que firmemos quede sin efecto.

—A veces creo que estoy dejando de llevar los pantalones en esta relación. ¿Qué estás haciendo conmigo?, ¿en qué me estoy convirtiendo?

No podría decir con seguridad cuántos segundos mantuvo el contacto visual

conmigo, pero no resultaba ningún secreto que, así fuera sólo por un instante que él me mirase, siempre conseguía hacerme sentir que mis pulmones colapsarían por el peso de su mirada azul grisácea.

Asentí y me encogí de hombros.

—Simplemente en el hombre que amo.

Luka

Entré en mi despacho, dejé escapar un suspiro fatigoso y me hundí en mi sillón. Tenía dos cosas en mente antes de volver a concentrarme en el trabajo, llamar a Liam y al abogado de la familia. ¡Maldita mujer, que siempre terminaba saliéndose con la suya!

—Liam, no pierdas de vista a mi suegra, conviértete en su sombra, porque presiento que hay mucho gato encerrado en esta mujer. Además, busca información de la familia paterna de Nicole. Quiero que regreses a Detroit, donde ellos vivieron cuando ella era tan sólo una niña. Reúne toda esa información cuanto antes y, también, investiga un negocio en el que supuestamente va a entrar Donna, una floristería en Petoskey, al parecer es una tienda que ya existe y pertenecía a una tal Berta.

Treinta

Nicole

Me sonrió y sus ojos color plata brillaron con orgullo cuando me tendió una mano al salir del elevador. Mis labios se elevaron en una sonrisa, al ver que poco a poco nuestra vida empezaba a ser nuevamente normal.

Salíamos de la torre Walker, Luka me había invitado a cenar.

—Que tengan una excelente noche, ambos están muy elegantes. —El portero nos despidió al pasar.

—Muchas gracias, Casper —contestamos los dos a la vez.

Cerré mi abrigo con la mano libre, fuera hacía un frío de morirse, y, tan pronto como pisamos la calle, me extrañó ver a un nuevo escolta esperándonos en el bordillo junto al Galibier. Cuando le pregunté a Luka por Liam y Aos, me dijo estaban ocupados en otras tareas.

—¿Y Owen?

—¿Qué pasa con Trevor? —Me encogí de hombros; en verdad no tenía nada en contra de ese hombre que simplemente hacía su trabajo... sólo que, no sabía el porqué, pero... había algo en su mirada que me hacía sentir insegura, como si a su alrededor hubiera un halo de oscuridad que no me permitía relajarme—. Está en el equipo desde mi viaje a Londres. Te caerá bien; relájate, también es muy discreto... y fue compañero de Liam cuando estuvo en el cuerpo Marines.

Llegamos al hotel Marriott Marquis, en Broadway, cerca de Times Square; estaba ilusionada con la salida. La elección se debía a que le había comentado que nunca había montado en los famosos elevadores panorámicos del Maquis, así que, temprano, hizo que Max consiguiera una reserva para cenar en The View, el icónico restaurante giratorio con vistas de trescientos sesenta grados de la ciudad de Manhattan, ubicado en el piso cuarenta y ocho del hotel.

—¿Tienes hambre? —me preguntó cuando bajamos del coche.

—Creo que tengo más nervios que hambre.

Luka se carcajeó y posó su mano en la parte baja de mi espalda, invitándome a caminar.

Subimos hasta el tercer piso, donde estaban los elevadores que debían llevarnos al restaurante.

—Bien —dije cuando nos montamos en uno; solté un profundo suspiro y empezamos a ascender cuando Luka oprimió el botón del piso cuarenta y ocho en el panel—. Esto es mágico, es un viaje en ascensor único.

—Me alegra que sea todo lo que esperabas.

—¿Es que tú nunca te asombras por nada?

Se tocó el puente de la nariz y se encogió de hombros.

—Claro que lo hago. —Bajó la mirada y se quedó observando mis tacones de aguja; luego volvió a subir, recorriéndome las piernas—. Me asombra el poder que tienes de ponerme la polla a latir con tan sólo mirarte.

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió para ir rumbo a la segunda aventura de la noche.

Entramos en el restaurante, donde fuimos atendidos de maravilla; no sabía si era porque conocían a Luka o porque, simplemente, el trato, al igual que la comida, era exquisito, pero lo cierto es que lo pasamos genial.

La noche prometía seguir siendo magnífica, y por eso no quería ir a casa; aunque me muriera de ganas de llegar y hacer el amor con Luka, no quería que la noche acabara tan pronto. Ansiaba que siguiéramos siendo una pareja común, que pudiéramos pasear de la mano por la calle, felices y despreocupados.

—Caminemos por Times Square —le sugerí tras salir a la calle después de cenar.

—¿En serio?, ¿con esos tacones? —dijo mirando mis pies.

—Sólo algunas manzanas; si me canso, me llevas a caballito.

—Mira que lo hago.

Empezamos a andar y llegamos a la plaza peatonal.

—Saquémonos una foto junto a la estatua del padre Duffy.

—No somos turistas para hacer eso.

—No seas aguafiestas, intenta divertirte como la gente normal.

—Yo me considero una persona normal.

—Normalmente almidonado.

—Almidonado, ¿yo?

—¡Aaaaaaaaah, ¿estás loco?! Todos nos miran —grité cuando me cargó sobre su hombro y palmeó mi culo.

—Para que veas que no soy almidonado.

Me bajó fregando mi cuerpo contra el suyo. Sus ojos se encontraron con los míos y mis entrañas se comprimieron ante la resolución que llameaba en esa mirada de acero y zafiro.

—Qué más tienes para ofrecer, aparte de los veinticuatro centímetros de dureza que estoy sintiendo contra mi vientre.

Levantó una ceja y me sonrió de lado, un gesto que a menudo hacía de manera muy natural y que me encantaba, estiró los labios y me hizo un mohín. Había sacado su móvil, no me había dado cuenta de ello hasta ese momento, y nos tomó unas *selfies*. Luego miró a nuestro alrededor, me cogió de la mano y me dijo:

—Vamos.

—¿Adónde me llevas?

—Al paraíso del placer.

—¿Adónde?

De pronto estábamos parados frente a la tienda de M&M's World. Tres plantas donde venden los famosos dulces de todo tipo y color, y también objetos de toda clase con el logotipo de la marca.

—Oh, Dios, creo que voy a morir de placer, quierooooo.

—Sabía que no te ibas a resistir.

En cuanto entramos, el olor a chocolate invadió nuestras fosas nasales. Miré hacia arriba y hacia los costados, y todo eran tuberías de colores repletas con M&M que dibujaron en mi rostro una boba sonrisa, así como unos incontrolables deseos de coger bolsas y empezar a llenarlas con los chocolates.

—Deberíamos haber venido con Mila, se habría vuelto loca.

—Ten por seguro que no la sacaríamos más de este establecimiento.

—Tenemos que traerla.

Tras llenar suficientes bolsas con una intrincada selección de colores, empezamos a deambular por los pasillos, mirando todo lo que allí había.

—Sin almidón, Nic; lo que no va para mí, tampoco va para ti, así que empieza a coger todo lo que te guste, yo también lo haré.

Nos separamos y, al encontrarnos al final del pasillo, ambos íbamos sumamente cargados, con nuestros brazos rebosantes con todo lo que habíamos elegido: muñecos, camisetas, tazas, carameleras...

—Esto es para ti —dijimos los dos a la vez, y nos encasquetamos mutuamente una gorra tipo béisbol con las iniciales de los dulces.

—Esta me la llevo para Mila —anuncié enseñándole una en color rosado.

—Yo también le llevo una. —La que él había elegido era de color rojo.

Pagamos las compras y salimos de allí cargando varias bolsas.

—¿Y ahora? ¿Qué quieres hacer?

—Ahora quiero ir a casa y enseñarte cómo se comen los M&M.

—¿Hay una manera especial de hacerlo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Oh, sí, ya verás. Casi que no aguanto las ganas de enseñártela, tigre, pero creo que aquí, en medio de Times Square, no sería muy decente y daríamos mucho que hablar.

Entrecerró los ojos y me miró fijamente durante varios segundos, tomó una inhalación para estabilizarse, abriendo las aletas de sus fosas nasales, y me dijo:

—Estoy realmente intrigado por saber cómo te comerás esos chocolates.

Llegamos a casa. En cuanto entramos, los besos y las manos volaron por el cuerpo del otro y empezamos a desnudarnos. Estábamos solos, ya que habíamos llevado a Mila a que pasara la noche en casa de Isabella. Fuimos regando de ropa todo el camino hasta nuestro dormitorio, pero no había olvidado llevar conmigo la bolsa de M&M.

—Acuéstate en el medio de la cama y abre los brazos.

—Como usted mande. —Su voz sonaba particularmente divertida.

Subí al colchón y me arrodillé junto a él; lo miré reconociendo cada recoveco de su escultural cuerpo. Mi corazón latía con fervor a un ritmo inconstante; siempre era así cuando estábamos juntos. Mi pulso martilleó; él era mío, su cuerpo y su alma me pertenecían... pensarlo incluso hizo que mis hombros se tensaran.

«Él es todo lo que jamás imaginé tener —me dije a mí misma—; lo conseguiste, tienes a tu lado a un hombre que te ama de manera incondicional y que te quiere por lo que eres y no solamente por el placer que tu cuerpo puede darle. Él te ama desinteresadamente.»

—¿Y?

—Ya va, no seas impaciente.

—¡Joder! Cuando me miras así, provocas un puto descontrol en todo mi cuerpo. No puedo esperar para tenerte, así que haz tu trabajo o simplemente te tumbo y me entierro en ti.

—Santo infierno, Luka; eres tan caliente...

Empecé a trazar caminos de M&M en su cuerpo, y descubrí que entre la segunda y la tercera costilla tenía cosquillas, así que, cada vez que ponía un

chocolate en esa zona, empezaba a reírse y todos los dulces saltaban y había que volver a empezar.

—Es culpa tuya; si quieres que me dé prisa, no te rías.

—Estoy por arruinar tu diversión y follarte como un loco, saltándome eso que intentas hacer.

Lo miré fingiendo odio.

—No te atrevas, o tendrás que vértelas conmigo.

Su intensa mirada sostuvo la mía, manteniéndome cautiva; el peso de sus zafiros azules era muy sensual, mezcla de plata y marrón intrincado.

Dios, eran los ojos más bellos que había visto en toda mi vida.

Cuando terminé, empecé a recoger con la lengua los M&M de su clavícula, de su esternón, de sus labios, de su ombligo, de sus piernas, de sus costillas y, por último, del feliz camino de vello que me llevaba al codiciado tesoro, que ya estaba erguido y expectante por mi boca. Lo chupé con fuerza, lamí el recorrido de sus venas una y otra vez, hasta que su abdomen se contrajo.

—Basta. —Me cogió del pelo y me apartó de su polla—. Quiero derramarme en tu boca, pero planeo bombear mucho tu coño, nena, así que necesito mi verga bien dura para hacerte sentir todo lo que anhelo.

La sangre se agolpó en mis mejillas y mi sexo palpitó, sintiéndolo en mi interior antes de que estuviera allí, invadiéndome, llenándome. No discutí, lo dejé hacer. Él era un experto dando placer y yo, una agradecida a la vida por tenerlo.

Me tumbó y los pocos M&M que quedaban esparcidos sobre su cuerpo cayeron. Luka tomó el poder, pero, cuando estábamos por corrernos, lo empujé.

—¿Qué haces?

—Es mi juego; yo lo empiezo, yo lo termino.

Lo tumbé en el colchón y me subí sobre él para montarlo de manera incansable hasta que ambos gritamos nuestros nombres, hasta que ambos nos quedamos ordeñados de placer.

* * *

—Tengo algo para ti —me anunció cuando regresamos a la cama, tras asearnos después de follar hasta quedarnos secos.

Desdobló un pliegue de papeles y me entregó un bolígrafo.

—¿Qué es esto?

—Lee.

ACUERDO PRENUPCIAL

El señor Luka Bandini, en lo sucesivo llamado futuro esposo, y la señora Nicole Aroa Pearson, en lo sucesivo llamada futura esposa, convienen en este día, 2 de febrero, en el año 2017, de la siguiente manera:

- 1. El futuro esposo y la futura esposa contemplan el matrimonio en un futuro próximo y desean establecer sus respectivos derechos y responsabilidades con respecto a los ingresos y los bienes que puedan ser adquiridos, ya sea por separado o en conjunto, durante el matrimonio.*
- 2. El futuro esposo y la futura esposa han hecho una divulgación completa entre sí de todos sus activos y pasivos financieros; se adjuntan estados financieros de ambos, como Anexos A y B.*
- 3. Salvo que se disponga lo contrario a continuación, el futuro esposo y la futura esposa renuncian a los derechos siguientes:*
 - a. Compartir las propiedades de cada uno, tras la muerte del otro.*
 - b. Tener participación del aumento del valor de los bienes, durante el matrimonio.*
 - c. Participar en el reparto de utilidades, u otras cuentas heredadas por el otro.*
 - d. Cualquier reclamación basada en el período de convivencia de las partes.*

DISPOSICIONES ADICIONALES:

El futuro esposo y la futura esposa se comprometen a cuidar y velar por el bienestar del otro y de la descendencia que surja de su unión, así como también de la que el futuro esposo tiene de una relación anterior.

El futuro esposo, por voluntad propia, depositará, en una cuenta que abrirá a nombre de la futura esposa en cuanto se celebre el matrimonio, la mitad de lo que posee en su cuenta personal como regalo de boda, acto que seguirá haciendo año tras año, como celebración de dicha unión y mientras la misma perdure.

EXCEPCIONES:

Todo lo de los incisos a, b, c, y d se invalida si existe engaño por parte del futuro esposo.

Este acto constituye el acuerdo de las partes y no puede ser modificado.

Este acuerdo se realiza de acuerdo con las leyes del estado de Nueva York, y cualquier controversia relativa a su ejecución será resuelta por referencia a las leyes de ese estado.

Este acuerdo entrará en vigor inmediatamente después de la solemnidad del matrimonio de las partes.

He leído el acuerdo anterior, me he tomado tiempo para considerar sus implicaciones, he entendido totalmente su contenido y estoy de acuerdo con sus términos, y firmo de forma VOLUNTARIA para su ejecución.

Futuro esposo

Futura esposa

—Esto no es lo que pactamos.

—Lo que pactamos fue firmar un acuerdo prematrimonial; tú lo querías, así que aquí lo tienes.

—Esto es una completa estupidez. Me estás dando la mitad de todo de todas formas.

—Estás hiriendo mis sentimientos. Estoy honrando nuestra unión con este acuerdo. Es mi regalo de bodas, los esposos se obsequian cuando celebran su alianza.

—Estás mofándote de mí.

—Jamás, cariño; estoy haciendo tu voluntad. Querías un acuerdo prenupcial y aquí lo tienes, firma. Y si no lo haces por mí, lo harás por Mila y por todos los hijos que tendremos. Simple semántica, yo cuido, tú cuidas.

—Luka...

—Es lo que estoy dispuesto a firmar. Querías que redactase un documento, y aquí está. Me dijiste que la opción que tenía era amarte toda la vida; bueno, estoy sentando precedente de ese amor que durará por siempre.

—¿Siempre harás lo que te da la gana?

—Ambos estamos consiguiendo lo que queríamos, Nicole. Firma, cariño, demuéstreme tú también lo mucho que amarás a nuestros hijos y lo mucho que amas a Mila.

—Siempre haces trampa.

—Te lo advertí cuando me conociste. Soy un romperreglas —frunció la nariz—, y a ti te encanta que lo sea.

Luka Bandini era el hombre más arrogante, y exasperante, que alguna vez había conocido, pero también era el más intenso, y adorable, y era al que elegía cada día para compartir mi vida. Era, simplemente, el hombre que amaba.

Cogí el bolígrafo y firmé las tres copias que me tendió.

Treinta y uno

Nicole

Estábamos a menos de un mes de nuestra boda. Sólo faltaba ultimar algunos detalles, pero entre los preparativos y las miles de actividades en la empresa, ya no tenía más energía extra; estaba agotada, y a eso había que sumar que desde que estaba embarazada sólo pensaba en echarme la siesta.

A veces me preguntaba cómo se lo hacía Luka para no parecer nunca exhausto; él era todo negocios y siempre estaba a tope de sus capacidades y dispuesto a sacudir mercados con sus acciones.

Entramos en el apartamento y lo primero que hice fue quitarme los zapatos, tenía los pies destrozados; creo que estaba reteniendo líquidos, así que me dije que cuando fuera a consulta se lo comentaría a Cecy. Luka se inclinó y los cogió para que no quedaran tirados en la sala.

—Señor orden, ¿nunca te cansas?

Se encogió de hombros, besó mi nariz y me dijo:

—Me gusta mimarte; sé que estás fatigada y, además, hoy ha sido un día de locos en la empresa. —Se inclinó y besó mi barriga—. Llevas un bebé en tu panza y seguramente eso te quita energía.

Me dio un duro beso en los labios.

—Ve a darte un baño; trabajaré un rato más desde mi despacho. Pediremos comida, así que no te preocupes por la cena.

Hice un mohín.

—Pensaba que te unirías a mí. Estamos solos, Mila está en casa de tu madre.

—Tenemos toda la noche por delante.

—¿Qué comeremos? Me muero de hambre. Mmm, lo que daría por el carpaccio de salmón y trufas negras en salsa ponzu del Koi. —Me refería al plato que preparaban en el restaurante japonés que estaba muy cerca del Bandini Heart—. Desde que estoy encinta adoro todos los mariscos y la comida oriental, ¿te has dado cuenta?

—Y yo te amo a ti —dijo atrapándome en un abrazo—. Será el carpaccio de salmón y trufas negras en salsa ponzu del Koi, entonces.

—Allí no hacen comida a domicilio.

—Yo me ocupo de conseguírtelo. ¡Dios no quiera que mi hijo salga con antojo de carpaccio!

* * *

Cerré la puerta y encendí algunas velas. Luego me hundí en un baño de burbujas que estaba exageradamente caliente, pero quería relajarme. Solté un suspiro, era muy reparador.

Perdí la noción del tiempo que estuve sumergida; no obstante, el entumecimiento de mis músculos, milagrosamente, había desaparecido.

El sonido del timbre hizo que saliera de mi amorío con el agua, pero además ésta había comenzado a perder temperatura, así que me sequé, me puse una bata de seda y bajé.

—Nuestra comida ha llegado, cariño —me anunció Luka cuando nos encontramos al final de la escalera—. Acuérdate de darle las gracias a Trevor por ir a buscarla. —Me hizo una guiñadita—. Carpaccio del Koi, para mi antojadiza mujer embarazada.

Terminábamos de cenar cuando la pantalla de su teléfono destelló.

—Deja un rato el móvil —puse mi mano sobre el aparato—, cariño, por favor —le rogué. Había días en que no se despegaba de ese maldito aparato para nada, y ése era uno de ellos.

—Sólo veo el mensaje, y contestaré luego.

Pero no hizo lo que dijo. Su rostro palideció mientras leía, y de inmediato comenzó a teclear en su móvil; sus dedos volaron sobre el aparato. Acto seguido, se levantó de la silla junto a la barra de la cocina y salió de allí.

—¿Qué ocurre, Luka?

Se tocó la frente y giró hacia mí diciéndome:

—Termina de comer, cariño; no te preocupes por nada, necesito atender esto.

Al ver que no regresaba, y en vista de la expresión que había puesto mientras leía el mensaje, abandoné mi cena y fui tras él. Estaba segura de que algo malo ocurría, a pesar de que quiso disimular. Lo busqué en la sala, pero Luka no estaba allí, así que fui hacia su despacho.

—Joder, ¿cómo que no te cuidaste? Antes siempre lo hacías, siempre tomabas la píldora. ¿Sabes las implicaciones que traerá que estés embarazada? Darleen, esto no puede estar pasando... ¿Tienes idea de lo que significa que estés esperando un bebé? Mierda, mierda... —se restregó la nuca, lucía muy agobiado —... esto no puede ser posible... no puedo creer lo que me estás diciendo... Ya, ya... cálmate, no llores, por favor; de alguna forma lo solucionaremos.

Mi cerebro, tras oír todo aquello, dejó de funcionar, y mi pecho de pronto comenzó a dolerme. Estaba segura de que mis pulmones se habían congelado, pues me faltaba el aire y todo giraba a mi alrededor, mientras mi pulso zumbaba en mi cuello. Cerré los ojos. Forzando a mis piernas sostenerme, realicé una respiración muy profunda... creí que me caería redonda al suelo. En ese momento Luka se dio la vuelta y me vio y se quedó mudo; observé su pecho subir y bajar, a él también le faltaba el aliento. Mi corazón seguía bombeando por inercia.

—Luego te llamo. —Su voz salió temblorosa, aunque él nunca sonaba dubitativo. Bajó el móvil de su oreja, finalizando la comunicación.

—Termina de hablar —la imagen de ella entre sus brazos dañaba mi mente; no quería imaginar, pero me resultaba imposible no hacerlo—, no vas a interrumpir tu conversación por mí.

—¡Déjame explicarte!

—No necesito ninguna explicación, lo que he oído es más que suficiente. ¡¡Eres un mierda!! —le grité—. ¿Cómo pudiste hacerme una cosa así? Creí en ti, te creí cuando me dijiste que fue sólo un encuentro casual. —Nos quedamos en silencio durante un instante, pero luego seguí chillándole—. ¡Ocúpate de tu otro hijo que también viene en camino, haz lo que tengas que hacer, pero no cuentes conmigo! Acabas de destrozarme el corazón. ¿Ahora qué cojones me dirás, Luka?, ¿qué es producto de mis celos?, ¿qué estoy alucinando?

No quería llorar y estaba consiguiendo contener las lágrimas, pero, si me quedaba más tiempo, sabía que no podría retenerlas mucho más, aunque me esforzara.

Mi mundo estaba roto, sentía que no podía lidiar con nada. Resultaba evidente que él había seguido acostándose con Darleen mientras estaba conmigo. Mis uñas se clavaron en mi palma; quería mantenerme calmada y no derrumbarme delante a él.

Por muy extraño que parezca, sentí como si un rayo me hubiera golpeado; por suerte, no se trataba del impacto de un verdadero rayo, pues en ese caso

ahora sería un fantasma reencarnado en mí misma, pero así es como me sentía, como si un rayo me hubiese atravesado y partido en dos.

Intentó cogerme del brazo, pero no se lo permití.

Podía imaginar sus gemidos, podía ver sus ojos perdidos en los de ella mientras se corría.

—¡No me toques! —seguí gritándole, y lo miré con mucho desprecio—. No quiero saber nada más de ti.

Levantó un dedo en señal de clara advertencia, y su hermoso rostro estaba desfigurado por la ira. ¡¡Ja!!, él estaba furioso, ¿y cómo mierda creía que me sentía yo, además de destrozada y humillada?

Mi mente rápidamente empezó a hacer cábalas...

—¿Te la follaste como despedida o acaso nunca dejaste de tirártela? Se la metiste cuando estuviste en Londres, hijo de puta... —me di cuenta de pronto, y exploté de pura rabia, lo golpeé en el pecho—... me dijiste que la habías encontrado por casualidad.

Apretó los puños con fuerza a sus costados, pero no dijo nada; de todas formas, no me hacía falta escuchar ninguna explicación, pues no necesitaba que me explicaran cómo queda una embarazada.

Me di media vuelta y salí del despacho dando un portazo. Mi corazón retumbaba formando un maldito estruendo. De inmediato sentí la ráfaga que formó la puerta al abrirse, pero no me volví a mirarlo.

—Si sacas un pie de esta casa, te prometo que no iré tras de ti.

—Me considero debidamente advertida —le chillé sin volverme—, pero no te preocupes porque, después de lo que he oído, te quiero bien lejos de mí.

* * *

Aunque anhelar lo que en ese instante estaba anhelando no era lo más lógico, mi estúpido corazón pisoteado aún esperaba que apareciera tras de mí y que intentara detenerme. Incluso, por un momento, imaginé que lucharía por mí, que al menos vendría a darme una magra explicación, pero no lo hizo, y entonces comprendí que no había justificación posible, ya que esa vez no estaba alucinando y lo que había oído era concluyente: Luka hablaba con Darleen del bebé que ella esperaba, y le reclamaba que no hubiera tomado medidas anticonceptivas.

Miré a mi alrededor y, como una cobarde, mi vista, estúpidamente, se detuvo en la cama en la que tantas noches habíamos hecho el amor; me reí sin ganas, «el amor»... no se destruye un amor verdadero de esa forma.

Levanté los ojos y miré hacia la ventana dejando que mi mente se perdiera en las luces de la ciudad; no podía moverme. Desde ahí podía verse la aguja del Bandini Heart; sacudí la cabeza, intentando no dirigir mis pensamientos a todo lo que estaba por cambiar, así que, sin detenerme, fui al vestidor en busca de mi pequeña maleta y el bolso en los que había traído mis pertenencias cuando me mudé al ático con él. Mientras recogía mis cosas, *Jor-El* se echó a mis pies, y de vez en cuando lloriqueaba; el caso es que mi perro era muy perceptivo y notaba perfectamente cuándo no me encontraba bien; pensé en ir a buscar su collar y la correa de paseo, pero no podía ser tan desalmada de llevarme al perro conmigo, no podía herir aún más los sentimientos de Mila, la niña estaba muy apegada al animal.

En ese momento me faltó el aire, ¡extrañaría tanto a esa pequeña a quien amaba como si fuera de mi propia sangre! Al menos estaba segura de que ella sí tenía un sentimiento puro por mí.

«Te olvidará, él se encargará de que lo haga.»

Quería ser fuerte y que no me viera rota, no quería llorar, pero las lágrimas eran unas condenadas idiotas que no se detenían; aunque me las secaba con el dorso de la mano, intentando que no anegaran mi rostro, rebasaban mis ojos sin que pudiera detenerlas.

Me alegré de que esa noche Mila no estuviera en la casa; lo sé, era cobarde por irme sin despedirme de ella, pero tal vez era lo mejor... seguramente él encontraría una explicación que darle, ¿qué podía decirle yo?, ¿que su padre era un malnacido que me había engañado?

Imágenes enfermizas plagaron mi mente de nuevo, y mi cabeza se llenó de fotografías que no podía evitar.

Jor-El volvió a lloriquear y acaricié su cabeza enterrando los dedos en su doble capa de pelo, me incliné y besé su hocico.

—Debes quedarte a cuidar de Mila, ella te necesitará, ya que le prometí que nunca me iría y sin embargo...

Mi llanto amenazaba con salir a borbotones; hubiera sido balsámico para mi conmocionado corazón dejarme llevar y dejar de contenerme, pero no lo hice, seguí aguantando.

El perro me miró con sus oscuros ojos, que parecían delineados de negro

azabache, y pareció comprenderme, porque, aunque no se separó de mí mientras terminaba de recoger mis cosas, no lloró más.

De pronto la puerta se abrió y Luka permaneció de pie, mirándome con dureza. Le sostuve la mirada y recrudecí la mía, él se veía cabreado. ¡Que se fuera a la mierda!, yo estaba desgarrada; su mirada paseó de mis cosas a mí, pero no dijo nada. Hurgué en mi bolso buscando las llaves que una vez él me entregó y las dejé sobre la cama, luego fui hasta el baño para recoger mis artículos personales, ignorándolo. Cuando regresé a la habitación, Luka ya no estaba.

Me quité la bata de seda, que cayó en el suelo del vestidor, me puse unas bragas y un sujetador, y me cambié a unos pantalones vaqueros, aunque ninguno de los míos me abrochaba, así que dejé la cinturilla abierta y los sostuve con una goma del pelo que até desde el ojal al botón. No quería llevarme nada de la ropa que él me había comprado, me iría sólo con mis cosas, las pocas que había traído. Luego me puse un suéter de abrigo, botas, me enfundé una cazadora, y cerré la maleta y el bolso.

Cuando bajé a la sala, Luka estaba recostado en uno de los sofás.

Leía un libro.

Sentí que el corazón se me fracturaba un poco más si eso era posible, ya que no levantó la mirada para verme marchar, ni mucho menos hizo nada para detenerme, aunque sabía muy bien que me había visto... así que caminé hacia la salida arrastrando no sólo mis maletas, sino también mi desilusión y mi humillación.

Llevaba entre mis manos el contrato. «Contrato de mierda —pensé—, me lo paso por el culo.»

Lo rompí y dejé los pedazos en la mesa del recibidor; además me quité la sortija y la dejé también sobre el mueble.

Ya en la calle, me encontré con Aos; debí suponer que estaría advertido. ¡Maldición!, no iba a dejar que me llevara a ninguna parte, ¿ahora se hacía el que se preocupaba por mí?

—Suba, señora. La llevo a donde me pida —me indicó éste abriéndome la puerta del Galibier negro.

—No soy señora de nadie, y gracias —me sequé con rabia las cálidas y salobres lágrimas que estúpidamente derramaba y caían por mi mejilla. Luka no merecía ni una sola de mis lágrimas, no después de lo que había hecho, pero yo era una tonta y mis hormonas aún más—, pero cogeré un taxi.

Miré hacia arriba; si bien desde la entrada el ático no podía verse, le eché

una última mirada al edificio. No sabía para qué me molestaba en mirar hacia el cielo, cuando el suelo se hendía bajo mis pies.

—No sea terca, señorita Nicole; permítame llevarla. Además, la noche está fría y han anunciado que nevará.

Negué con la cabeza y caminé hasta la Séptima Avenida; allí me quedé aguardando que algún *yellow cab*¹³ apareciera, pero mierda, ninguno pasaba; de pronto Aos estacionó frente a mí y bajó, insistiendo en que subiera.

—Sólo dígame a dónde la llevo. Necesita ir a un lugar seguro; permítame sugerirle su antiguo apartamento.

Comenzaba a sentirme sin fuerzas; a esa altura de los acontecimientos ya nada me importaba, así que finalmente asentí y dejé que me llevara allí; después de todo, lo único que quería era marcharme a algún sitio donde poder llorar hasta que el dolor de mi alma, de mi mente y de mi cuerpo dejaran de aniquilarme.

El silencio podía ser intolerable, y verdaderamente lo era; me acurruqué en el asiento y abracé mi pequeño vientre, y dejé de contenerme, y lloré. Lloré casi hasta quedarme seca, y no me importó que el guardaespaldas me oyera.

Aos condujo en completo mutismo por las calles de Manhattan rumbo al puente de Brooklyn, y agradecí haber mantenido el apartamento que Steve me había cedido; aunque pensaba venderlo y devolverle el dinero, ahora era agradable tener un techo bajo el que dormir al menos por esa noche. Cuando bajé del Galibier, no esperé a que Aos me abriera la puerta.

—Señorita Nicole... —me gritó, pero no me detuve.

Cogí la pequeña maleta que había llenado con mis cosas, y que no había permitido que Aos guardara en el maletero, y también colgué el bolso de mi hombro; sin embargo, el hombre era terco y se apresuró para aliviarme del peso.

—Puedo sola, Aos; gracias por traerme hasta aquí.

—Si necesita algo más... ¿Por qué no me permite subir con usted? El equipaje es pesado, y en su estado no debería cargarlo.

Lo pensé brevemente y acepté que me echara una mano por el bebé; en verdad el bolso y la maleta pesaban bastante.

Cuando llegamos a la puerta de mi piso, lo abracé y le di un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Aos; nunca olvidaré que a ti y a Liam os debo mi vida y la de mi hijo.

—No sé lo que ha pasado, pero espero que lo puedan resolver.

Negué con la cabeza.

Levanté la vista; no sé qué esperaba encontrar mirando el techo; aunque el techo esa noche parecía estar cayéndose sobre mi cabeza, lo cierto es que mirándolo esperaba encontrar la fuerza suficiente para que mis lágrimas no continuaran derramándose, pero de pronto reparé en algo que nunca había advertido antes allí, y entonces comprendí por qué Aos había sugerido llevarme allí. No lo culpaba, el hombre sólo hacía su trabajo, pero evidentemente me tenían vigilada.

Me horroricé pensando desde cuándo lo hacían. Cogí mi bolso y como una desquiciada empecé a darle porrazos a la camarita, que era muy discreta, instalada en la entrada de mi apartamento. Aos se mostró extrañado al principio; no es de extrañar si imaginó que el bolsazo iba destinado a él, pero entonces se tocó la nariz al comprender lo que estaba destruyendo; cuando logré derribarla, la cogí del suelo y se la puse en la mano.

—Dile a tu jefe que se meta la cámara en el culo. Le sigues siendo fiel, y no te reprocho, debes cuidar tu trabajo, pero ahora entiendo tu insistencia para traerme aquí.

—Señorita Nicole, yo... disculpe, pero no debería haber hecho eso. Sólo era para su protección, por eso estaba colocada ahí, no por otro motivo.

—No necesito nada de Luka, dile que se olvide de que existo, y espero no veros más... ni a ti, ni a Liam, ni a Owen, ni a nadie de su equipo de seguridad, cerca de mí, porque os denunciaré por acoso.

Arranqué mis cosas de sus manos y entré en el apartamento, cerrando luego la puerta de un puntapié.

Joder, Luka no tenía límites. Había pasado de la angustia a la ira en un tris, no iba a permitir que continuara manejando mi vida a su antojo.

Empecé a escudriñar en mi piso en busca de más cámaras, pero no hallé ninguna. Cuando quise darme cuenta, parecía que en el lugar habían entrado ladrones, pues todo estaba patas arriba. Creo que, en el fondo, destrozarlo todo también se convirtió en algo catártico.

Mi móvil empezó a sonar con *The Best*. No podía creer que estuviera llamándome cuando momentos atrás ni se había molestado en detenerme. «¿Es que no me dejará en paz?» Seguramente su lacayo ya lo había puesto al tanto de todo.

—¿Por qué cojones has roto la cámara? —me ladró tan pronto como descolgué—. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente y no pensar en la seguridad de mi hijo?

—Vete bien a la mierda, Luka; púdrete, capullo.

Lancé el teléfono contra la pared, haciéndolo añicos.

Como lo conocía un poco, estaba casi segura de que él aparecería en breve, ya que había desatado la furia del señor Bandini. Pero que se jodiera, no me encontraría allí.

En la época en la que huía de Lezek siempre tenía preparado un dinero extra por si el malnacido daba conmigo; de esa forma no me vería obligada a usar mi tarjeta, evitando así que pudiera seguirme la pista. Cuando él reapareció, no pude regresar a mi casa para recoger ese dinero, pero ahora era el momento de usarlo.

Quitó la tapa del depósito del baño y saqué la bolsa con cierre hermético que había escondido allí, y que contenía suficiente dinero como para subsistir bastante tiempo.

Bajé con mi equipaje tal cual los había traído y lo dejé en el recibidor del edificio, pues antes de salir quería comprobar que realmente no hubiese nadie vigilando mis pasos.

Me paré bajo el voladizo de la entrada, y miré en todas las direcciones, estaba agazapada tras las plantas. Descendí la escalerilla y rodeé la construcción hasta aparecer por el otro lado de la calle, donde no me costó identificar el Galibier que estaba estacionado en la esquina.

—Maldición, ni siquiera se molestan en ocultarse, me vigilan de forma descarada.

Mi furia se había desatado y era incontrolable.

Regresé a la entrada del apartamento pensando en qué podía hacer para eludirlo; mientras meditaba, vi la cámara instalada ahí. Sabía que en el edificio no había ninguna cámara de seguridad, porque me hubieran informado, así que estaba casi segura de que también se había colocado allí siguiendo las órdenes de Luka. Saqué mi dedo medio y se lo enseñé, seguido de un corte de manga. En aquel momento hice el amago de coger mi móvil, pero entonces recordé que lo había destrozado. Definitivamente, quedaba claro que la suerte no estaba de mi lado.

Subí a mi apartamento de nuevo y llamé a la policía desde el teléfono fijo; en cuanto colgué, volví a bajar.

Aprovechando el momento en el que la patrulla policial se acercó al Galibier, librándome de la mira de AOS, corrí hacia la esquina, rogando que no me viese; forcé a mis piernas a ir más rápido. Miraba cada tanto aunque lo tenía

a mi espalda, y me dije que lo más probable era que no me hubiese visto. Me apresuré a girar en la calle Adams y caminé todo lo rápido que pude para llegar hasta la calle Front, donde sabía que tenía más posibilidades de coger un taxi. Giré rápidamente hacia Washington, y allí, como por arte de magia apareció un *yellow cab* libre.

—Al Aeropuerto La Guardia —le indiqué en cuanto me subí. No tenía ni idea de hacia dónde ir, estaba segura de que antes de salir de la torre Walker había cogido toda mi documentación, pero por las dudas revisé que lo tuviera todo conmigo.

—¿En qué entrada la dejo, señora?

—En la de los vuelos internacionales, por favor.

Cuando el coche entró en la terminal, aflojé los hombros, dándome cuenta por primera vez en toda la noche de lo agotada que me sentía.

Treinta y dos

Luka

—No es posible que no hayas visto cuándo salió.

—Lo lamento, Luka; tiene que haber sido cuando llegó la patrulla policial.

Pateé una silla que estaba tumbada en el suelo; en el apartamento todo estaba derrumbado, todo se veía fuera de sitio, revuelto y roto, como si fuera otra torre de Babel. Si no hubieran estado instaladas las cámaras para comprobar que, hasta el momento en que ella entró y lo destrozó todo, el piso estaba impecable, cualquiera hubiese pensado que habían entrado a robar.

Miré a mi alrededor, pasándome la mano por el pelo y sosteniéndola luego tras mi nuca. Me sentía abatido; rara vez me sentía tan descentrado, pero ahora lo estaba. Nicole se había ido, se había alejado de mí, y no quería que la encontrase. Había tardado más de la cuenta en vencer mi orgullo y salir a buscarla, y ahora ella había desaparecido, se había puesto fuera de mi alcance.

Llamé a cada una de sus amigas, pero ninguna la había visto. Probé a llamarla de nuevo, pensando que tal vez hubiera encendido el teléfono, pero no, me saltaba directamente el contestador.

—Aos, quiero que pongas gente a vigilar las entradas de las casas de sus amigas, también envía personal a casa de su madre, por si le da por ir para allá. No olvides tampoco a Steve, Healthy life, y al desgredado. ¡¡Jodeer!! —grité—, ¿dónde mierda se ha metido?

De pronto seguí con la vista a Aos, que se acercaba a la encimera; a continuación me mostró que el móvil de Nicole estaba hecho pedazos sobre ésta.

—No te canses más en llamarla, no te contestará: ha roto su móvil y, lo que es peor, con ello hemos perdido toda posibilidad de poder rastrearla, porque incluso te devolvió el anillo de compromiso, que tenía un localizador incorporado como el de tu sello.

Nicole

—Déjeme aquí —le indiqué finalmente al taxista.

Pagué el trayecto y me bajé próxima a la entrada de Air Canada.

No tenía ningún plan, sólo desesperación y vacío, pero algo sí sabía: no quería que nadie me encontrara, deseaba vivir mi duelo sola, lejos de todos, acompañada solamente por el ser que estaba gestándose en mi interior y del cual tenía que cuidar más que a mi propia vida.

Por un instante vacilé el destino que tomar; frente a mí estaban las entradas de las terminales de Frontier Airlines, también la de Southwest, pero de pronto coger un pasaje hacia Canadá me sonó perfecto.

Entré en la terminal y, una vez más, mis traicioneras lágrimas se apoderaron del momento. Miré las pantallas tratando de estudiar los destinos disponibles, me refregué los ojos para deshacerme de la humedad y dejar de verlo todo nublado, leí «Toronto» y decidí que iría hacia allí.

Me acerqué al mostrador y me dispuse a comprar mi billete, pero, cuando estaba pagando en efectivo, me di cuenta de que de todas formas él me rastrearía por el uso de mi pasaporte.

—Joder...

Me toqué la frente, debía decidir rápidamente qué hacer, no podía detenerme demasiado a pensar.

—¿Va a querer el pasaje o no? —me preguntó impaciente la empleada, así que busqué en mi billetera y le entregué la tarjeta para pagar con ella, pues necesitaba dejar rastros falsos. Luego salí de allí y entré en la terminal de Frontier Airlines, donde compré otro pasaje, pero esta vez con destino a Reno. Hice la facturación. Mientras aguardaba a que se hiciera la hora de embarcar en el vuelo con destino a Canadá, salí de allí, entré en la terminal de Southwest y compré otro billete, esta vez con destino a El Paso, con la finalidad de que Luka creyera que había llegado hasta allí y crucé a México. También hice la facturación.

Finalmente miré la hora en el reloj de la terminal y me di cuenta de que con toda probabilidad ya estaban llamando a embarcar a los pasajeros del vuelo a Toronto, así que me apresuré todo lo que pude. Joder, ¡aún tenía que facturar, esta vez sí, la maleta! Fui al baño y metí algo de ropa en mi bolso de mano, lo más necesario, luego salí y fui a hacer la facturación; entré en la zona de preembarque y realicé todos los pasos como cualquier pasajero. Tenía el corazón entumecido, y sólo pensaba en todos los pasos que debía seguir para salirme con la mía, puesto que Luka contaba con todos los medios para encontrarme con

rapidez, gente y dinero... pero yo iba a demostrarle que no era la estúpida mujer que él creía que tenía a su lado. Iba a demostrarle, además, que era capaz de cuidar de mí y de mi hijo, y que no lo necesitaba.

Finalmente embarqué en el avión de Air Canada y me senté a esperar. La tripulación de cabina no tardó en empezar a contar a los pasajeros; tuve que aguardar a que hicieran el recuento y que cuadraran los dos, y entonces anunciaron que estaban a punto de cerrar la puerta; ésa fue mi señal para saber que empezaba a desaparecer de la faz de la tierra. Lo había logrado una vez, y volvería a hacerlo.

Mi corazón se disparó en mi pecho como una condenada explosión; retumbó en mis oídos, pero estaba decidida a conseguirlo, así que me puse de pie y salí disparada hacia la salida antes de que cerraran la puerta y presurizaran el avión.

—¿Adónde va, señora? Un momento, no puede bajar. —me grito la sobrecargo, la ignoré.

—Espereeen, quiero bajarme, pareeeen —grité al personal de rampa antes de que cerraran y alejaran la escalerilla.

Sin pensarlo dos veces, di un gran paso sobre la plataforma y comencé a descender.

Corrí desoyendo todos los gritos; estaba convencida de que creían que me había vuelto loca.

Volví a entrar en la terminal y me dirigí a un baño. En ese trayecto, había tratado de evitar las cámaras de seguridad, ya que un rato antes había tratado de memorizarlas. Ya en el baño, me cambié de ropa y modifiqué mi apariencia: me cubrí el pelo con un pañuelo, me enrosqué una bufanda al cuello para intentar tapar en lo posible mi rostro y también me puse unas gafas oscuras.

Mi corazón comenzó a latir más despacio, más tranquilo, cuando fui consciente de que estaba lográndolo. Me dispuse a salir del aeropuerto; estaba segura de que me había cubierto lo suficiente la cara y me había cuidado bastante bien de no ser captada por las cámaras de seguridad. Conocía a Luka y las imágenes de dichas cámaras serían lo primero que le solicitaría a AOS cuando advirtieran los movimientos de mi tarjeta. Aún recordaba muy bien lo poco que le había costado conseguir las del metro de Nueva York. Al parecer no había nada imposible para Luka Bandini, pero veríamos si esa vez sus contactos serían suficiente como para dar conmigo.

Caminé hasta la salida del aeropuerto; allí me alejé un poco más de los

alrededores y entonces cogí un taxi; necesitaba ir hacia una terminal de autobuses.

En Port Authority Bus Terminal compré un billete con destino a Nueva Orleans. Cuando se hizo la hora, me subí al bus de Greyhound Lines y me puse los cascos de mi iPod; la canción que saltó no ayudó mucho a mi ánimo, pero la escuché de todas formas. Dua Lipa cantaba *I'm not the only one*.

Iba a ser un largo viaje, de casi treinta y cuatro horas y media. Por suerte a mi lado no iba nadie sentado, así que me acurruqué en el asiento dispuesta a deshacerme de toda la angustia durante el viaje. Lloré la mayor parte del tiempo.

Treinta y tres

Luka

Intentaba centrarme en el trabajo, pero me resultaba imposible hacerlo, porque sólo podía pensar en ella, en Nicole; se había ido, me había dejado, y yo lo había permitido... Además, parecía que la tierra se la había tragado.

El telefonillo de mi mesa repiqueteó, así que, como hacía siempre, miré hacia los monitores que me ofrecían las imágenes de las cámaras, y vi a mi hermana en el recibidor de mi despacho.

—Max, ahora no puedo recibir a nadie, estoy muy ocupado —le dije a mi asistente, pero Isabella cogió el aparato y empezó a chillar como la perra que era.

—Abre la maldita puerta o te monto un escándalo aquí mismo y todo el mundo se enterará de lo despreciable que eres.

¡Joder!, al parecer tendría que lidiar con la perra, aunque no tuviera ganas. Le abrí la puerta y no esperó a cerrarla para empezar a gritarme.

—¿Qué has hecho?

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué no te calmas?, me duele la cabeza para tener que soportar tus berridos.

—Luka, ¿qué mierda has hecho? ¿Cómo has podido cagarla de esta manera?

—No sé de qué cojones hablas.

—De Nicole, de Darleen.

Fabuloso, otra más que se creía juez.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Nicole se pudo en contacto conmigo para pedirme que le dijera a Mila que, cuando pueda, la llamará y le explicará por qué se ha tenido que ir. Empecé a indagar, se derrumbó y me lo contó todo.

—Qué raro metiéndote donde no te llaman.

—¿Qué raro pensando con tu verga en lugar de con tu materia gris? Dime, ¿acaso te saltaste todas las clases de educación sexual en la escuela? ¿No te enseñaron que hay métodos anticonceptivos? Virgen santa, eres un idiota, por

supuesto que no apruebo que te revuelques con cuanta puta se te cruce, pero lo peor es que, encima, a ésta le hiciste un hijo.

—Supongo que lo de puta va por Darleen, pero te equivocas.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿qué es?, porque ella sabía que tú y Nicole estabais juntos y que ibais a tener un bebé. Todo el mundo habla de tu boda y del niño que vais a tener. Aun así, Darleen intentó engancharte, y lo logró; eres tan indecente que ni preservativo te preocupaste de usar. Me das asco.

—¿Has terminado? —le pregunté, harto de escuchar sus sermones—. Dices que Nicole te llamó, ¿desde dónde lo hizo?

—No lo sé, no quiso revelarlo. Sólo dijo que no nos preocupáramos, que estará bien, que necesita tomar distancia, y que volverá a llamar.

—Se fue llevándose a mi hijo en su vientre —vociferé.

—¿¿Cómo mierda pretendías que no se largara, si le hiciste un hijo a otra?!

—¿Cuándo te llamó? —volví a gritar, cortándola.

—El viernes por la noche.

—¿Y me lo dices ahora? —Me agarré la cabeza, no podía creer lo estúpida que era mi hermana.

—Es que estaba de acuerdo en que te abandonara, te lo tienes bien merecido por bragueta floja. Luego... cuando me puse a pensar en ella, Kevin no me dejó que me metiera.

—Claro, porque tú siempre le haces mucho caso a tu marido.

—De acuerdo, sí: no te he avisado a propósito, para que te carcomiese la conciencia pensando dónde está.

Quería retorcerle el pescuezo; Isabella, definitivamente, era una perra y me estaba informando casi tres días después de la llamada de Nicole.

—Necesito encontrarla.

—Por supuesto que necesitas encontrarla. La pobre lloraba y estaba desconsolada. Está sola y lleva un bebé en su vientre. Tengo ganas de molerte a palos, Luka.

Cuando volví a quedarme solo y pensé en todas las malditas falsas pistas que Nic había dejado, mi corazón se estrelló contra mis costillas, y me reí sin ganas al entender lo hábil que había sido. Por supuesto que sabía muy bien cómo desaparecer, había vivido como una sombra durante años.

Como un idiota, me subí al avión privado de la compañía y me fui tras ella a Toronto, pero Nicole nunca bajó de ese avión de Air Canada que se suponía que la había llevado allí; entonces comprobé su escala en Montreal, pero allí

tampoco había bajado... era como si la tierra se la hubiera tragado. También hice que investigaran los destinos de los otros pasajes que compró, pero no había embarcado en ninguno de esos vuelos.

Blasfemé y empecé a arrojar todo lo que estaba sobre mi escritorio. Estaba desesperado; no sólo la había perdido a ella, sino también a mi hijo.

Cogí el teléfono y empecé a ladrarle a Aos. Todo el fin de semana me lo había pasado así; por suerte Liam y Aos me soportaban, porque ya ni yo mismo lo hacía.

—Dime que tienes alguna puta pista de dónde está, porque estoy a punto de volverme loco.

—Te dije que, cuando hubiese novedades, te llamaría, si no lo he hecho es porque nada se sabe. Liam cree que no salió de Nueva York, que está aquí, en alguna parte, que sólo nos hizo creer que había salido de la ciudad.

—Me importa un carajo lo que Liam crea, quiero datos certeros. Quiero que me deis el nombre de un jodido lugar donde poder ir a buscarla. Llamó a mi hermana, rastrea desde donde narices lo hizo.

Levanté mi ordenador del suelo, ni me molesté en comprobar si se había estropeado, guardé todas mis cosas y salí de mi despacho. En el camino a la planta baja, marqué el número de Max, para avisarlo de que me iba.

—Señor, su próxima cita está aquí ya, y además acaba de subir una señorita que dice llamarse Darleen Harper; justo estaba por contactar con usted para ver si la recibía.

—Dile que no estoy, que la llamaré apenas pueda. Cancela toda mi agenda, reorganízala para... no sé... no sé cuándo volveré.

Tenía a todo mi personal de seguridad en jaque. A la mayoría de los hombres los había asignado a la búsqueda de Nicole. Owen estaba conmigo, pero lo ignoré. No bajé al garaje y ni siquiera lo avisé de que me marchaba, me importaba todo una mierda. Salí a la calle y el frío me ajó la cara. Vi la entrada del metro y recordé cuando ella pretendía que viajáramos en ese transporte y yo me negué... cuando quise darme cuenta, me encontré metiéndome en ese sitio. El calor del lugar al menos calmó el frío que sentía en todo el cuerpo. Miré lo que los demás hacían; no tenía ni puta idea de cómo viajar en esa cosa, pero supuse que no sería tan difícil... me paré frente a la máquina donde todos metían una tarjeta y me puse a estudiarla.

—¿Va a recargar su MetroCard, amigo? —me preguntó el hombre que estaba detrás de mí.

—Si supiera cómo cojones se hace para conseguir una, tal vez lo haría.

—Tienes que meter tu tarjeta de crédito aquí y la máquina te dará una MetroCard por ahí —me señaló una rendija—; teclea cuánto dinero le quieres cargar, además.

—No sé, ¿cuánto sería correcto cargarle? ¿Quinientos dólares te parecen bien?

—Si eso es lo que quieres. —Marcó el monto por mí y luego dijo—: Con cinco con cincuenta hubieras podido viajar durante una hora y veinte minutos, pero resulta evidente que, para ti, quinientos dólares no son nada. —Me miró de arriba abajo—. Es fácil deducir por tu ropa que jamás te has subido a un vagón de metro; será una buena experiencia... tienes suerte de que no es verano, así hay menos olores a bordo.

Levantó una mano para que se la chocara.

—Gracias —le dije.

—Buen viaje.

—Igualmente.

Estaba a bordo del metro, esto se parecía a una lata de sardinas o a una compactadora de chatarra donde todos estaban apilados unos con otros.

De pronto me percaté de que el hombre que me había ayudado a adquirir la tarjeta de metro estaba junto a mí.

—Hoy no hay demasiada gente, este horario es más tranquilo. —Asentí con la cabeza—. ¿Hacia dónde vas?

—A donde esto me lleve.

—Ah, bueno... tú sí que no tienes ni puta idea de nada.

—¿Me lleva a Brooklyn?

—Tienes que hacer combinación con el C. Tienes suerte, yo voy para allá.

—Te sigo, entonces.

Cuando bajamos, le estreché la mano a aquel servicial hombre y le dije:

—Si alguna vez necesitas trabajo, ven a verme; pide personalmente por mí. Espera... —cogí una tarjeta de presentación y se la entregué—, di que eres el tipo que me ayudó a viajar en metro.

—Luka Bandini —leyó—. ¿Eres tú? —Silbó—. Joder, el de los combustibles.

Asentí.

—Has sido muy amable.

Chocamos los puños y nos separamos.

Cuando me quedé solo, no supe qué narices hacía ahí, pero, sin duda, ver cómo viajaba el resto de la gente por la ciudad había resultado muy constructivo. Sin embargo, eso no me había ayudado a dar con Nicole. De pronto me encontré frente a su antiguo apartamento; estaba seguro de que ella no había regresado a su piso, pero subí de todas formas. Entré... allí follamos la primera vez, aunque sin duda fue mucho más que follar, porque salí de allí hecho un idiota, con ganas de vivir permanentemente enterrado en ella.

Mi teléfono sonó, era Aos.

—Dime.

—Llamó a tu hermana desde el aeropuerto. Lo siento.

Apreté los ojos, y maldije una vez más a mi hermana por no haberme avisado a tiempo; quizá podría haberla interceptado antes de que se fuera.

—Dile a Owen que venga a buscarme al apartamento de Nicole en Brooklyn.

—¿Qué haces ahí?

—¡Qué mierda te importa!

—¿Cómo estás? Por favor, qué paciencia tengo por suerte.

—Con lo que te pago, no deberías ni mencionar nada. Una cosa más: te paso el contacto de Darleen; ha llegado de Londres y, cuando salía del Bandini Heart, la he dejado allí tirada. Llévala a mi apartamento en el Baccarat, comprueba que se instale y provéela de todo; luego la llamaré.

—¿Al Baccarat?

—Sí, al Baccarat. Si has oído mi orden, ¿por qué vuelves a preguntar?

—Como usted mande, señor, pero, si me permite, no creo que a la señorita Nicole le guste saber que la puso a vivir ahí.

—No te he pedido tu opinión, y mucho menos tengo que explicarte mis decisiones.

Nicole

Era lunes cuando bajé en la terminal ubicada en el 1001 de la Avenida Loyola en Luisiana, donde una nueva vida comenzaba para mi hijo y para mí. Lo primero que debía hacer era encontrar un lugar donde hospedarme; tenía que ser un sitio donde no indagaran mucho acerca de mi identidad, así que consideré que

lo mejor era obtener un modesto apartamento que arrendaran de forma privada, pues no quería a ningún empleado de una inmobiliaria husmeando. Necesitaba tomar un baño y descansar de forma adecuada.

—Estaremos bien —dije mientras tocaba mi vientre.

Me trasladé hasta el centro de la ciudad, al barrio francés, el epicentro de la cultura mestiza y transgresora del lugar, un sitio ubicado en el delta del Misisipi, sitio donde habita una gran mezcla de etnias, blancos, negros, ingleses, franceses, estadounidenses, españoles... y cuna de la sacerdotisa Marie Laveau, la reina del culto vudú y donde descansan sus restos mortales. Allí todo era muy pintoresco, y reflejo de ese revoltijo de razas era su arquitectura, su música y su gastronomía; la cultura cajún, la llaman, un vestigio del colonialismo francés, con balcones de verjas, artistas callejeros tocando jazz en cada esquina a cambio de una buena propina, tiendas de vudú, iglesias...

Bajando por la calle Dauphine, entré en una tienda de comestibles y compré algo para comer; había pasado demasiadas horas sin probar bocado y mi bebé necesitaba que me alimentara.

En la caja registradora había una señora de color que en seguida me inspiró confianza; le di conversación y le comenté que buscaba hospedaje, pero que no quería un hotel, sino un lugar familiar. De inmediato me habló de un pequeño apartamento en la calle Dumaine.

—Queda justo aquí a la vuelta.

Me indicó que hablara con el joven que vivía allí, un músico que al parecer era el encargado de arrendar el piso.

Caminé hasta allí; estaba rota, pero necesitaba hacer un último esfuerzo. Miré el papel donde Laurette me había anotado la dirección y llamé.

Me atendió un hombre muy joven, que llevaba una barba candado recortada muy cuidada, de ojos azul verdoso y cabello rubio oscuro. Iba en cueros de cintura para arriba; su torso musculado y armonioso contrastaba con la belleza de su rostro.

—Hola, busco a Sébastien.

De pronto todo empezó a dar vueltas y un agujero negro me tragó.

Cuando volví en mí, estaba recostada en una cama y el chico que me había atendido me mojaba los labios y la frente con un paño húmedo.

—¿Cómo te sientes?

Me incorporé en la cama y me senté contra el cabecero.

—Estoy bien, gracias.

—No lo pareces, aún estás muy pálida. Bebe un poco de esta agua con azúcar, seguramente te ha bajado la presión; hoy hay mucha humedad y hace un poco de calor.

Me toqué la panza; él frunció el entrecejo y fijó la vista en mi mano.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo que estoy sin comer. He pasado casi dos días sin hacerlo.

—¿Estás loca?

—Es decir —sorbí del vaso que me tendió—, he viajado muchas horas y no he comido de forma adecuada. Sólo he picoteado... ya sabes, galletas, barras energéticas y cosas así. Eres Sébastien, ¿verdad?

—¿Se puede saber para qué me buscas?

—Me dijeron que tú tienes apartamentos en alquiler. Me envía la señora Laurette, del mercadillo de la calle Dauphine.

—Aaah, mi querida Laurette... no pudiste caer en mejor sitio que Matassa; así se llama la tienda de comestibles —me aclaró—. Y más suerte tienes, porque sólo queda libre el apartamento de aquí al lado, es de un solo ambiente. ¿Hasta cuando tienes pensado quedarte?

—Voy a buscar trabajo aquí, pretendo instalarme. Tengo dinero para pagarte algunos meses por adelantado.

Vi que mi bolso estaba junto a mí en la cama y rebusqué en su interior.

—Guarda el dinero. Luego hablaremos de eso. Lo primero es que lo veas y decidas si te gusta. Es un apartamento modesto... Ya sé que estamos hablando de negocios, pero... —ladeó la cabeza—... tú sabes mi nombre, pero yo aún no sé el tuyo.

—Aroa. —Por alguna razón no le di mi primer nombre.

—Encantado, Aroa. —Me tendió la mano.

—Igualmente.

De pronto me soltó una frase, supongo que en francés cajún, y no entendí ni jota.

—Si pretendes quedarte a vivir aquí, deberás aprender a hablar cajún. Lo que te he dicho es «bienvenida a NOLA»; NOLA es como llamamos a Nueva Orleans, por si no lo sabías.

—Sí, sí, eso lo sabía.

—¿Te sientes mejor? Deberías cenar algo antes de ir a ver el apartamento.

—He comprado aguacate, atún, huevos, mayonesa y pan para hacerme unos sándwiches en cuanto me pueda dar un baño; prefiero ver antes el apartamento y

así me instalo.

—Eso no es una cena decente, es más de lo mismo de lo que vienes comiendo.

Me encogí de hombros.

Me miró sonriente, tenía una bella sonrisa y parecía sincero y servicial.

—Ven.

Bajé los pies al suelo y, cuando me puse de pie, volví a tambalearme.

Luka

Era temprano cuando llegué a casa; encontré a Celeste en la cocina.

—Señor.

—Tranquila, quédate sentada. No me encuentro bien, me voy a meter en la cama. ¿Crees que te podrás quedar a dormir hoy?, para atender a Mila.

—Claro, yo me encargo. ¿Quiere que le prepare un té u otra cosa? ¿Qué le duele?

«El alma.»

—Me meteré en la cama y se me pasará; me duele un poco todo el cuerpo.

—Tal vez esté incubando la gripe, este frío no ayuda.

—Quizá.

No sabía cuánto había dormido, pero me despertaron los besos de Mila y los lengüetazos de *Jor-El* en todo el rostro.

—Mila, ¿cuántas veces hemos dicho que el perro no tiene que subirse a la cama?

—*Jor-El* está preocupado por ti al igual que yo, no lo regañes. ¿Cuándo vuelve Nicole, papi? La extraño.

—Yo también; pronto, pronto estará de regreso.

—Celeste me ha dicho que estás enfermo. ¿Qué tienes?

—Aaah, no es nada, no debes preocuparte; sólo me duele la cabeza.

—¿Quieres que te ponga paños fríos, como esa vez que tenías fiebre y te cuidé?

—Ahora no tengo fiebre, pero que te quedes a mi lado creo que va a ayudar.

—Ok, te daré un beso en la frente para que se te pase. ¿Papi?

—¿Qué?

—¿Adónde me dijiste que tuvo que irse Nicole?

—A Canadá. —Prefería pensar que estaba ahí, en el lugar donde de entrada la había ido a buscar.

—Voy a decirte algo: no me parece bien que, con un bebé en la barriga, la hagas ir sola a trabajar a Canadá. ¿Por qué no me llama?

—Llamó, pero tú estabas en el colegio. Dijo que, si podía, luego volvería a llamar. Me pidió que te diera muchos besos de su parte y añadió que te dijera que ella también te extraña.

—Ok. Si vuelve a llamar y yo no estoy, dile que vuelva pronto.

—Se lo diré, cariño, descuida.

Nicole

¡Qué vergüenza! Era la segunda vez que Sébastien me salvaba de darme un porrazo contra el suelo.

—Definitivamente, tú no estás bien. Te prepararé algo de comer, y no discutas. Vayamos a la cocina.

—No es necesario, de verdad, se me pasará.

Puso un dedo sobre mi boca y me hizo callar.

—Siéntate.

Me acercó una silla, y después de que me sentara, se apartó de mí, cogió un delantal de cocina, se puso un gracioso gorro de chef y empezó a buscar los ingredientes en el refrigerador.

—Si acabas de llegar a Nueva Orleans, lo primero que tendrás que probar es el gumbo,¹⁴ una receta que conjuga a la perfección las múltiples influencias culturales de este lugar.

—Sébastien, te lo agradezco, pero no tienes que molestarte.

—Seremos vecinos, pues me has dicho que piensas quedarte a vivir aquí, así que déjame darte una buena bienvenida.

Mientras iba sacando todos los ingredientes, los nombraba para mí. De inmediato se puso a preparar el plato; parecía muy habilidoso en la cocina. Me sentía más fuerte, así que me puse de pie, dispuesta a ayudar.

—Siéntate, en la cocina de Sébastien nadie entra salvo para comer.

De pronto se oyó el ruido de una puerta y pasos que subían una escalera; el joven dejó todo lo que estaba haciendo de lado y salió de la estancia.

Oí voces, pero no pude escuchar con claridad la conversación. Sin previo aviso, volvió a irrumpir en la cocina, pero no estaba solo.

—Ven, Loreley; te presento a Aroa. Es nuestra nueva vecina.

—Hola. Bastien dice que te acabas de mudar, bienvenida. Puedes llamarme Lore. ¿Te encuentras bien? Me ha explicado que te ha bajado la tensión y te has desmayado.

—Es que he hecho un largo viaje y he comido muy mal últimamente. Seguro que, después de darme un baño, estaré mejor.

—¿Te animas a enseñarle el apartamento? Las llaves están colgadas allí. — Hizo un gesto con la barbilla, señalando un gancho junto a la puerta.

—¿Todavía no lo has visto?

Negué con la cabeza.

—Es que planeaba conquistarla con mi comida para que no quisiera irse de aquí.

—¡Qué pavo! —Loreley le golpeó el brazo y él fingió que le había pegado muy fuerte—. Ven, Aroa, yo te acompaño.

El apartamento era chiquito pero acogedor, suficiente para mí sola. Cuando naciera mi bebé tal vez tendría que buscar algo más grande, con una habitación normal y no una mera cama en una buhardilla... pero todavía había tiempo para eso. Mientras tanto, el lugar me parecía perfecto.

Regresé al apartamento de Bastien, dispuesta a arreglar el precio del arrendamiento. Loreley nos dejó solos, alegando que se iba a asear y que regresaría un poco más tarde para cenar con nosotros.

No nos costó mucho ponernos de acuerdo con Sébastien, así que le pagué el mes por adelantado; quise pagarle dos meses más, pero no quiso.

—Me iré a dar una ducha también.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí; gracias por preocuparte.

—No tardes, el gumbo pronto estará listo.

Desde mi llegada, había sido toda una vorágine de sucesos, así que no había tenido tiempo de pensar en mi soledad, ni en todo lo que me estaba pasando.

* * *

Sébastien y Loreley me recibieron de manera tan reconfortante que me sentí como si los conociera de toda la vida. No les había contado aún que estaba embarazada. Durante la cena se mantuvieron muy discretos y no indagaron demasiado en los motivos que me llevaron a tomar la decisión de dejar Nueva York, sencillamente dejaron que mis respuestas fueran cómodas y sin sentir nada de presión. No es que quisiese negar a mi hijo, sólo que tal vez todavía no era el momento de hablar de todo eso, no estaba preparada para hacerlo.

Les conté mi participación en Healthy life y les hablé sobre mi profesión de ingeniera ambiental, y se mostraron realmente interesados en toda mi tarea altruista y ecológica.

Ellos, por su parte, me explicaron cómo era vivir en NOLA y me contaron algunas de las costumbres de la ciudad, así como de las festividades que a lo largo de todo el año atraían a miles de turistas.

Loreley hacía tres años que vivía en Nueva Orleans; era de Misuri, y un año decidió ir a conocer el Mardi Gras, el famoso carnaval de la ciudad, y quedó tan fascinada por la forma de vida del lugar que nunca más se fue.

«Qué pena que no hayas llegado antes; este año las fiestas fueron en febrero, pero hay años que caen en marzo», había dicho Lore durante la cena.

En la actualidad trabajaba en una cafetería como encargada y, al saber que necesitaba un empleo, no dudó en decirme que pasara para hablar con el dueño, ya que había un puesto vacante.

Sébastien, por su parte, me contó que había crecido en Jackson, la capital del estado de Misisipi, un sitio muy diferente a donde nos encontrábamos. Cuando sus padres se separaron, decidió irse a vivir a Nueva Orleans con sus abuelos maternos. La propiedad donde estábamos la había heredado de ellos, y se encargaba de todas las reparaciones y del mantenimiento, para que el edificio siguiera siendo habitable y confortable. También hizo referencia a su pasión, el saxo; tocaba en una banda de jazz, y tras la cena salimos al patio y tocó para nosotras, demostrando que lo hacía de maravilla. Con todo, ésa no era su única pasión, ya que también adoraba cocinar; por tal motivo los fines de semana trabajaba en un restaurante como chef. Al enterarme entendí por qué el gumbo me supo tan exquisito. Sin embargo, aunque mi futuro al lado de estas personas que acababa de conocer parecía prometedor, no podía dejar de pensar en todo cuanto había perdido.

En ese instante, recostada en la cama en silencio, recordé a mis amigas; debía llamarlas y hacerles saber que estaba bien. También debía llamar a Steve y

a Mila. Quería hablar con mi pequeña y explicarle de alguna forma que en algún momento nos volveríamos a ver.

Fue imposible no pensar en Luka, sin duda en algún momento también tendría que verlo a él. Me acaricié mi vientre. Llevaba un hijo suyo en mis entrañas, y no podía negar que él era su padre y los derechos que tenía como tal.

Isabella y Cala también se habían portado muy bien conmigo, por supuesto que tenían derecho a conocer a mi bebé cuando naciera.

La frustración llenó de repente mi corazón, y empecé a respirar tan pesado como si hubiera estado corriendo sobre una cinta durante horas. No estaba preparada para nada de todo cuanto estaba imaginando hacer. Necesitaba tiempo para asumir que el mundo que creía perfecto otra vez se había derrumbado. Él me había engañado con tal descaró que aún me costaba creerlo. En los días previos a descubrir la verdad, nuestra vida parecía inigualable y hasta creía que la verdadera felicidad existía, pero todo había sido un espejismo. Darleen y Luka continuaron siendo amantes y ahora ella también estaba esperando un hijo suyo.

Me dolía la espalda y me dolían los pies; necesitaba descansar, necesitaba dormir.

Treinta y cuatro

Luka

—No es posible que no haya pistas de ella, en algún lado se tiene que haber metido. Aos, Liam, si vosotros no sabéis cómo hacer el trabajo, contratad a quien haga falta, pero encontradla, ¡se llevó a mi hijo en su vientre!

Les gritaba a mis empleados en el despacho de mi casa; hacía dos semanas que no pisaba la empresa y estaba manejándolo todo desde allí. No quería ver a nadie, vivía recluido en mi habitación o en el despacho.

—Nicole no puede haber desaparecido así como así. Revisadlo todo de nuevo; en las cámaras del aeropuerto algo tiene que haber.

—No hay nada, Luka, supo cubrir muy bien su huida sin dejar huellas. Sabe cómo hacerlo, recuerda que logró escapar durante tres años de sus proxenetas, imagínate si tiene experiencia.

Levanté un dedo y advertí a Liam.

—No vuelvas a referirte nunca más al pasado de Nicole.

—Lo siento, no he pretendido ofenderte, ni lo he dicho de forma despectiva. La señorita Nicole merece todo mi respeto.

Mi mano apretó el vacío que sentía en mi pecho, un dolor que tenía dentro desde que ella me había dejado.

—Lo siento yo también, Liam; estoy muy susceptible y cualquier cosa me saca de quicio.

Desde hacía catorce días mi vida se había convertido en un infierno. Lo hice todo mal, fui descuidado, orgulloso y soberbio, y ahora, simplemente, estaba pagando el precio por mis errores.

Me quedé solo, mis empleados se habían marchado. El sonido del teléfono me sacó de la miseria continua en la que me encontraba.

—Poppy, ¿tienes alguna novedad?

—No, y te llamaba para eso, para saber si tú la tenías.

—No, nada; simplemente se ha esfumado.

—No puedo creer que, por muy enojada que esté contigo, ni siquiera se haya puesto en contacto con nosotras, ni aun menos con Mila.

—Es obvio que no quiere que la encontremos.

—¿Qué mierda ha pasado, Luka? ¿Qué es tan grave como para que ella decidiera tirarlo todo por la borda y se fuera así, cancelándolo todo? Porque no me cuadra la explicación que nos diste.

—Es como te conté; no le busques tres pies al gato, porque no los tiene.

Cuando colgué la comunicación, sentí que las fuerzas me abandonaban. Estaba de pie junto a la ventana y me dejé caer al suelo; doblé las rodillas, que tocaron mi pecho, y mis brazos se envolvieron de inmediato alrededor de mis piernas. Entonces empecé a llorar, y no pude dejar de hacerlo, hasta que sentí dos brazos que se abrazaban a mi espalda.

—No estés triste, papi. Ya sé que lloras por Nicole, pero ella me dijo que pronto nos veremos.

Levanté la cabeza y me sequé los ojos con mis antebrazos.

—¿Qué has dicho, Mila? ¿Cuándo has hablado con ella?

—Llamó a casa ayer. Tú estabas durmiendo y Celeste estaba sacando la ropa de la lavadora, así que yo atendí el teléfono. Dijo que era nuestro secreto, que no te dijera nada porque te quería sorprender cuando volviera, pero a mí no me gusta verte triste.

Nicole

Estábamos en Springfield, Misuri. Sébastien y yo habíamos acompañado a Loreley a su casa porque ésta tenía que arreglar algunos asuntos del restaurante familiar que ellos poseían frente a la plaza central de esa ciudad. Estábamos a punto de iniciar el regreso a Nola.

La madre de Lore nos había preparado un paquete con provisiones para el viaje; la señora Bianchi sin duda creía que íbamos a morirnos de hambre durante el trayecto, porque había preparado una vianda como para un batallón.

Nos montamos en el camión de Bastien; pensábamos turnarnos para conducir igual que habíamos hecho a la ida. Teníamos diez horas de viaje, pero habíamos decidido hacer una parada en Memphis.

Estábamos ya a unos pocos kilómetros de ese lugar y en el reproductor sonaba *Black Velvet* y cantábamos a toda pastilla los tres. Lore y yo bromeábamos acerca de que la canción estaba hecha para Sébastien, que él era el chico con sonrisa de niño.

Iba sentada en el asiento de atrás, y estábamos llegando a nuestra parada cuando mi estómago se empezó a descomponer.

—Detén el camión, Bastien; para, por favor, para, que quiero vomitar.

Cuando terminé de volcar mi estómago, una angustia se apoderó de mí. Antes él siempre estaba junto a mí cuando tenía estos episodios, pero Luka ya no estaba más en mi vida, él lo había arruinado todo.

Lore me alcanzó un botellín de agua para que me lavara la cara y me enjuagara la boca.

—¿Ya pasó? —preguntó Loreley.

—Sí, estoy mejor.

—Mañana mismo vamos a buscar un obstetra en la ciudad —anunció Bastien—. ¿Es normal tanto vómito?

—Estoy en eso, Bas. De todas formas, quédate tranquilo, porque justo antes de irme de Nueva York había tenido el control mensual, y todo estaba genial. Y sí, es normal tener estos malestares, y te aseguro que antes eran peores, ahora son muy esporádicos.

—¿Cuándo llamarás al padre de la criatura? —me preguntó Lore cuando entrábamos de nuevo en el vehículo para reemprender el viaje.

—Ayer en Casey's, cuando fuimos a la gasolinera, compré una tarjeta SIM de prepago y llamé, pero sólo hablé con su hija. —Me encogí de hombros—. Aún no he encontrado el valor para oír su voz.

—Sabes que tienes que hacerlo.

—Sí, Bas, ya hablamos de eso y os comenté que en ningún momento tuve intención de desaparecer para siempre. Es sólo que me resulta difícil; quiero que de alguna manera pague lo que ha hecho con la incertidumbre de no saber dónde estoy. Lo que me hizo es horrible, ya os lo conté; aún no he asimilado todo lo que pasó. Se suponía que el 30 de marzo sería el día de mi boda con él y sin embargo...

Luka

—¿Qué has averiguado? ¿Desde dónde llamó?

—Lo hizo desde una gasolinera en Springfield. Ya he mandado gente hacia allá, a ver si la reconocen y podemos ubicarla, aunque ese número no se ha vuelto a utilizar desde entonces.

—Está haciendo lo que me dijo que hacía con su madre cuando la llamaba mientras huía. Nicole se iba a otras ciudades para que no rastrearán sus llamadas.

—Es muy probable que en Springfield no encontremos nada, pero tal vez está en Misuri, en alguna otra ciudad cercana. Al menos ahora tenemos un sitio desde el que empezar a buscar.

—Sigue haciéndolo, Aós, agota todas las probabilidades.

Mi corazón volvió a estrujarse.

Aunque en el fondo sabía que ella no iba a dejarse encontrar tan fácilmente, cuando Mila me contó que la había llamado, por un instante pensé que podríamos dar con ella.

Mi estómago se tensaba cada vez que pensaba en ella, no quería imaginar la angustia que estaba pasando, seguramente desamparada y sola. Pensar en su condición me desesperaba.

—Es cuestión de tiempo, Luka; la encontraremos, tarde o temprano lo haremos, va a descuidarse en algo y la hallaremos.

—Quiero que sea cuanto antes, Aós. Sé que estáis trabajando sin descanso, pero necesito dar con ella.

* * *

Había pasado otra semana y todo volvía a comenzar en el punto de partida; no había señales de Nicole en ninguna parte y yo no podía seguir paralizado. De alguna forma tenía que reencauzar mi vida, y también la de Mila, pues no podía seguir delegando en extraños su bienestar. Por otra parte, estaba convencido de que en algún momento la iba a encontrar, o simplemente ella iba a reflexionar y se iba a dar cuenta de que, por mucho que quisiera, no podía dejarme fuera de su vida. Aunque ya no deseara que estuviera a su lado, Nicole era una persona razonable y entendería que no podía privarme de mi hijo, de verlo crecer y de que tuviésemos un vínculo. De momento estaba actuando así porque estaba cabreada, pero quería creer, o más bien necesitaba hacerlo, que entraría en razón.

Me levanté esa mañana dispuesto a retomar mi rutina. Basta de sentirme pisoteado como una alfombra, Luka Bandini tenía que resurgir de entre las cenizas donde Nicole Pearson lo había dejado.

* * *

El día había resultado particularmente largo. Retomar mis actividades normales no resultaba fácil, pues mi cerebro aún no funcionaba al ciento por ciento y a menudo me perdía en mis pensamientos, pero lo iba a lograr.

Por la noche mi madre nos invitó a cenar. La había rechazado tanto esos días que, aunque me preguntara por Nicole, prefería ir a su casa a que volviera a invadir la mía, como había hecho semanas atrás cuando se enteró de que a duras penas si me levantaba de la cama.

—Hola, mamá. —Me incliné, tomé sus manos y apoyé mi frente en ellas; luego Cala me acunó el rostro y estudió mi semblante.

—Déjame darte un beso. —Me incliné un poco más y me besó en la mejilla, luego pasó su mano por mi frente—. Tienes mejor aspecto. ¿Supongo que sigues sin novedades?

—Así es.

—Nicole no es una mala persona, sólo que está muy enfadada, y no es para menos, pero recapacitará y te llamará.

Se lo conté todo a mi madre cuando se presentó en mi casa, y me sentía más aliviado después de hacerlo.

—Hola —dijo Isabella entrando en la sala—. Parece que ha vuelto el hijo pródigo al nido. —Llegó acompañada por mi cuñado y Aerin, mi sobrina.

—No empieces con tu sarcasmo, tengamos la noche en paz.

—Está bien, hermano, hoy te daré una tregua.

—Tíoooooooooo... —La niña corrió a mis brazos.

—Hola, princesa.

—Y Mila, ¿dónde está?

—Aún no ha llegado; Aos la traerá en un rato, hoy tenía ballet.

Aún no había terminado de contestar cuando Aos y mi hija entraron. Mila se soltó de su mano y corrió hacia donde estaba su abuela.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Aos —contestamos todos.

—Señor.

Me acerqué al escolta, pues había comprendido que quería decirme algo.

—Dime, ¿alguna novedad?

—Se trata de la señorita Darleen. Cuando he ido a llevarle los encargos, me ha dicho que ha estado llamándolo, pero que usted no le coge el teléfono; dice que le urge hablar con usted.

—Sí, es cierto, la he estado evitando todo el día —bufé hastiado—. Luego la llamo.

Las niñas se fueron a jugar y Kevin preparó unos cócteles mientras esperábamos a que Anita nos indicara que podíamos pasar al comedor.

Había terminado mi copa y me acerqué a la barra donde estaban las bebidas a rellenar mi vaso, y mi cuñado se me acercó.

—Hoy en la empresa no quise preguntarte nada, pero supongo que no tienes novedades de Nicole.

—No, ninguna; es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Fue en Londres, esa noche que tomamos unos whiskys, cuando te la follaste, ¿no? Cuando yo me fui ya ambos estábamos como una cuba, y recuerdo muy bien que al día siguiente, cuando fuimos a despertarte para ir a la cumbre, todavía te duraba la borrachera; estabas desparramado en la cama, completamente desnudo.

—¡¡Bastardo!! Sabía que tú estabas al tanto de todo. Me lo negaste, me dijiste que no sabías nada de ese asunto, pero resulta que tú fuiste su cómplice, ¿o acaso te quedaste a la fiestecita tú también?

—Déjame explicarte...

Isabella empezó a pegar gritos; era indudable que la sangre italiana de mi padre corría por sus venas. Kevin y ella terminaron discutiendo airadamente, y al final se fueron sin cenar. Aerin se quedó con nosotros, pues les dije que la llevaría a su casa más tarde.

* * *

Habían pasado unos cuantos días desde la cena en casa de mi madre y no la había vuelto a llamar. En ese momento mi teléfono destellaba sobre mi escritorio con una llamada entrante de ella.

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás, cariño?

—Trabajando, a punto de entrar en una reunión. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Yo bien. Te llamo para decirte que Nicole me ha enviado un correo electrónico. —Mi corazón se aceleró cuando oí que Cala la mencionaba—. Ha adjuntado una foto de su barriguita. ¡Está tan bonita! Me dice que está muy bien, que mi nieto está creciendo fuerte y sano y que ya pesa trescientos veinte gramos. Añade que no me preocupe, que ella también está bien, y que cuando asuma todo lo que ha ocurrido se pondrá en contacto con nosotros, que entiende que tenemos derechos sobre su hijo y que no pretende negarlos.

Inhalé una respiración rápida, intentando estabilizar mi corazón.

—He intentado contestarle, Luka, pero, cuando le doy a «Enviar», me salta un aviso que dice «La entrega al siguiente destinatario fracasó de forma permanente». No sé si me ha bloqueado o bien ha cerrado la cuenta, o yo qué sé. Te envíé la foto por WhatsApp, hijo.

—Mamá —tragué saliva, intentando calmar mi voz temblorosa—, necesito entrar en tu cuenta de correo para ver si podemos rastrear la IP.

—No sé qué es eso, pero por supuesto que sí. Si quieres te envíé por mensaje los datos de mi cuenta. ¡Ay!, ya imaginaba que esto podía darte esperanzas, por eso te he llamado en seguida. Dios quiera que los encuentres.

Había pasado una hora, las manos me sudaban y ya no aguantaba más la espera. Los minutos parecían interminables, Liam estaba trabajando con los técnicos en sistemas y todo eran putos problemas. Lo que parecía ser tan fácil de pronto se había complicado cuando descubrimos que el *e-mail* que había enviado estaba cifrado.

—¡¡Mierdaaa!!, mierda, nena, no me puedes estar haciendo pagar esto de esta forma, ¡me vas a volver loco, Nicoooooooooole! —grité en mi despacho. Ya no tenía más fuerzas, estaba tan desesperando que yo mismo me desconocía.

Treinta y cinco

Nicole

Hacía más de un mes que había llegado a NOLA.

Aunque las náuseas matutinas cada vez eran más espaciadas en el tiempo, de vez en cuando regresaban; por lo general lo hacían cuando durante la noche me dormía llorando y recordando al *fuckboy*.¹⁵

No quería pasar mis días angustiada, sabía que eso no le hacía ningún bien a mi bebé, pero todo era muy difícil. En algún momento debería enfrentar la situación y llamarlo; en mi vientre estaba su hijo y yo no era una perra capaz de negárselo, ni tampoco deseaba hacerle eso a mi pequeño... pero aún no había encontrado las fuerzas suficientes como para hacerlo, aunque sin duda esperaba que alguna vez realmente lo hiciera.

Había llegado tarde al trabajo, porque un rato antes me había parecido imposible alejarme del váter del pequeño baño del apartamento de un ambiente donde vivía en Warehouse District, en Nueva Orleans; aún me temblaban las piernas, y no podía dejar de llorar. Mi bebé esa mañana se había movido por primera vez y no lo había podido compartir con nadie. Me sentía miserable, humillada y sola, muy sola, pero debía deshacerme de ese sentimiento y seguir adelante; cada día era un nuevo desafío y estaba segura de que, al final, iba a superarlo. Debía superar a Luka; por mi bien, debía hacerlo.

Odiaba que me tocara el turno de la mañana; prefería cubrir siempre los de la tarde debido a mis malestares matutinos. Mi cuerpo parecía no funcionar adecuadamente durante las primeras horas del día; sin embargo, después del almuerzo era como que todo se estabilizaba en mi interior, y mi hijo se calmaba.

Entré saludando a Loreley, que me cubría en mi puesto en la caja cuando yo no estaba; ella era la única que sabía de mi estado en el trabajo, y me guardaba el secreto. Aún recordaba el día que llegué a ese trabajo, recomendada por ella, pues cuando me conoció en casa de Sébastien me vio tan abatida que no dudó en ayudarme. Loreley Bianchi era la encargada del local, mi vecina y, además, sospechaba que estaba enamorada de mi casero. Al principio sólo me hizo cubrir

turnos de mañana, horario en el que ella estaba, pues quería echarme un ojo y ver cómo me desenvolvía, así que no tardó mucho en darse cuenta de que estaba encinta.

Me acordaba claramente de cuando, vacilante, insinuó que me había oído vomitar varias veces; la pobre pensaba que sufría un trastorno alimentario. Por un momento, ante sus insinuaciones, en aquel momento dudé en mentirle; sabía que estaba a prueba y, si se enteraban de que estaba preñada, lo más probable era que no me cogieran. Sin embargo, no podía negar a mi hijo por más tiempo; además, tanto Lore como Bastien se habían mostrado muy solidarios conmigo desde el primer momento, y por otra parte yo me sentía orgullosa de llevarlo en mi vientre; así que, aunque necesitaba el trabajo para seguir subsistiendo y no gastarme todos mis ahorros, me arriesgué y se lo dije. Ella se apiadó de mí, y convinimos en que no diríamos nada hasta que pasara el período de prueba. Lore haría ver que no lo sabía y, si no lo sabía, no había que informar a los gerentes.

—Hola, Lore; me cambio y ya vuelvo —le dije cuando pasaba volando por su lado—. Lo siento. —Me cubrí la boca para que entendiera lo que me había pasado.

—Descuida. ¿Estás bien?

—Sí, ya estoy mejor.

Desaparecí en la trastienda del local y abrí mi taquilla; me cambié para ponerme la camiseta negra, holgada, que llevaba estampadas en blanco las letras con el nombre de la cafetería sobre mis generosos pechos, que habían crecido mucho con la maternidad; la prenda, al ser ancha, oficiaba de aliada para disimular mi abultada barriga, que ya con cuatro meses empezaba a notarse.

Me puse los cascos que llevaban un micrófono incorporado y fui a ocupar mi puesto.

—Ya estoy, Lore, puedes irte, y disculpa por el retraso.

—Tranquila, ¿de verdad que estás bien? —Tocó disimuladamente mi barriga, y me acerqué a su oído.

—Hoy he notado que se movía por primera vez.

Ella abrió los ojos como platos y me sonrió, incrédula.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza; me dolía la cara de tanto sonreír.

—Ve, ya es tarde; luego hablamos. —Estoy superemocionada, quiero notarlo. —Creo que ya no es sólo perceptible para mí. ¡Estoy tan emocionada! Me dio un beso en la mejilla y me abrazó. —Te quiero, sabes que cuentas

conmigo.

* * *

La mañana pasó volando, PJ's Coffee era una cadena de cafeterías muy conocida en Nueva Orleans; ese local permanecía abierto las veinticuatro horas y estaba ubicado a una manzana de la catedral de St. Louis.

—¿Qué desea, señor? —pregunté sin mirar a la cara al siguiente cliente en la cola, lista para introducir su pedido y repetirlo al micrófono para que lo prepararan.

Una voz profunda que conocía muy bien me dejó congelada al instante, incluso antes de que hablase. Su perfume ya me había hecho sentir mareada; era un olor muy añorado y podía reconocer a la persona aún sin levantar la cabeza.

—¿De verdad pensaste que podías esconderte de mí y desaparecer con mi hijo en tu vientre?

Tragué saliva y levanté lentamente la vista para enfrentarlo. ¡Joder!, estaba increíblemente atractivo... y quería tirarme encima de él. Mi corazón hizo un patético pataleo. Él era como un bistec jugoso al que no te puedes resistir aunque estés a dieta. Nos quedamos mirando, estudiándonos el uno al otro. ¡Cuánto lo había añorado, cuánto lo había imaginado!, y en ese instante lo tenía allí, frente a mí.

Luka tenía el aspecto de estar realmente cabreado y me había cogido por sorpresa, así que me faltaba el aire y tenía miedo de desmayarme; creo incluso que se me veía muy pálida.

—Iba a llamarte —dije con la voz entrecortada—, lo prometo; no pensaba desaparecer eternamente, sólo necesitaba espacio y pensar. Soy consciente de que tienes derechos, y no pretendía negártelos, pero... ¡mierda!, tendrás un hijo con otra y resulta que tú eres el ofendido.

—Regresas ya mismo a Nueva York, conmigo —me ordenó sin titubear. Yo, en cambio, estaba hecha un completo lío.

—¿Qué? Ni lo sueñes. Vete al carajo, Luka. Estás en mi trabajo, no puedes llegar y darme órdenes.

—Un trabajo de cajera en una cafetería —escupió de forma despectiva.

—No tiene una mierda de malo, es un trabajo como cualquier otro. Señor todopoderoso, megaempresario, dios del universo, rey Midas —le solté todos los apodosos que se me ocurrieron—, no estás en tu torre de marfil para tratarme como

si fuera uno de tus peones —le dije burlándome de él.

—Señor —una anciana le tocó el hombro—, si no va a comprar nada, ¿por qué no se hace a un lado y deja que la señorita nos atienda a los que verdaderamente queremos pedir algo?

Luka la miró con cara de perro rabioso y la ignoró.

—¿Así es cómo cuidas a mi hijo? —Instintivamente me llevé una mano sobre el vientre—. ¿Todo el tiempo de pie, y en contacto con personas que no sabes qué peste pueden transmitirte?

—Claro, porque detrás de un escritorio estoy exenta de contagiarme de algo.

—Aquí estás en un lugar público, es diferente.

—¿Diferente? ¿Qué me dices de con quién te revuelcas tú? En ese caso no te preocupa lo que me puedas transmitir, ¿verdad?

Estaba a punto de coger el lapicero y tirárselo por la cabeza, estaba perdiendo los nervios con rapidez.

—Oiga, que no somos apestosos como está insinuando. ¿Quién coño se cree que es? Vaya a saber dónde metió su instrumento y ahora viene a reclamarle a la pobre chica —le espetó la anciana, y el murmullo en la cola fue generalizado.

De pronto escaneé rápidamente a mi alrededor y vi a Liam de pie en la puerta de entrada; llevaba puestas sus Ray-Ban espejadas de aviador y vigilaba la calle, mientras que Aos permanecía junto a Luka, pero algo más alejado de mí; tenía las piernas separadas y ambas manos unidas al frente, la chaqueta abierta, siempre alerta, con mirada de lince y gesto imperturbable.

—Sal de detrás del mostrador para que podamos hablar y negociar nuestros términos.

«Joder, ¡qué triste acaba de sonar; soy una simple negociación para él —me dije—. Sí, estúpida, por supuesto, y así es como debe ser, ¿o ya te has olvidado de que dejó embarazada a otra mientras estaba contigo?»

—Estoy trabajando, ahora no puedo. —Podía pedirle a uno de los chicos que me cubriera por unos minutos, pero no quería ponerle las cosas fáciles, así que le dije—: Mi turno termina en dos horas; si quieres volver más tarde, quizá acceda a conversar contigo, pero sólo si me lo pides como corresponde. Aquí no estás en tu trono y no soy uno de tus súbditos. —Alcé el mentón y continué—: Tenemos que negociar, desde luego, pero cuando te dignes bajarte del pedestal en el que has venido montado.

La gente en la fila, que no se perdía ni media palabra de nuestro intercambio, comenzó a aplaudirme. Elevé un poco más el rostro, enfrentándolo, y enderecé la espalda para parecer más alta sobre mis deportivas; rogaba que no advirtiera que estaba temblando y que mis piernas estaban a punto de fallarme.

—Estás provocando que me cabree, he venido a buscarte cuando te dije que no lo haría.

Me encogí de hombros.

—¿Qué quieres?, ¿que me arroje a tus brazos por eso?, ¿que te lo agradezca tal vez? «Hola, ¿cómo estás?, ¿te encuentras bien?», ¿podemos hablar?», hubiese sido la forma correcta de iniciar una conversación cuando has llegado, comportándote adecuadamente. Con esa soberbia que has empleado, no me dan ganas de escucharte.

Miré a Aos por el rabillo del ojo y vi que estaba intentando esconder una sonrisa. Los labios le temblaban.

—Volveré a buscarte cuando termine tu turno.

—¿Algún problema? —Frank, mi compañero, advirtió que algo no andaba bien en la cola y se acercó.

—Todo está bien, Frank. —Toqué su brazo, acariciándolo para que bajase la guardia, y no perdí la dirección de la mirada de Luka a mi mano, así que tomé ventaja de su cabreo provocándolo aún más, y dejé mi palma descansando en el hombro de mi compañero—. Gracias, el señor ya se iba.

—¿Seguro que todo está bien? —Frank miró a Luka y a mí, y apoyó su mano en mi espalda.

—¿Acaso no la has oído? —Luka miró la mano que me sostenía.

—Sí, la he oído perfectamente, y estoy seguro de que me ha dicho que ya te ibas, pero no veo que te muevas, ¿necesitas que te indique la salida?

Sabía del temperamento de Luka, y también del daño que podía hacer cuando golpeaba a alguien; lo último que quería era que destrozara el local, y todavía menos que lastimara a mi compañero.

—Gracias, Frank, de verdad, pero todo está bajo control. Te llaman de aquella mesa, mira. —Lo empujé ligeramente para que se dedicara a sus quehaceres—. Luka, te espero cuando salga del trabajo —concluí para apaciguar los ánimos.

Fijó su vista en mí unos segundos más; parecía odiarme, sus ojos me traspasaban. ¡Mierda!, ¿por qué tenía que aparecer cuando él quisiera? ¿Por qué, simplemente, no podía aceptar mis tiempos?

Había estado muy mal cuando me alejé de Manhattan. Lloré durante noches enteras, y aún lo hacía cuando lo recordaba... es que, ¿cómo iba a olvidarlo, si dentro de mi vientre llevaba a su hijo? Y ahora él estaba aquí, jodidamente a mi alcance, y me destrozaba saber que me afectaba tanto.

Me lamí los labios y sus ojos atraparon el movimiento; no me pasó desapercibido que tragó saliva, y en el fondo me sentía feliz de que yo también lo afectara, aunque a la vez me sentí miserable por sentirme así. Joder, iba a tener un hijo con otra, y yo poniéndome contenta de que deseara la punta de mi lengua. Definitivamente era patética.

Miraba a cada rato la hora. ¡Maldición!, la mayoría de los días, cuando quería que el tiempo pasara rápido, no lo hacía; ese día, sin embargo, los minutos y segundos parecía que corrían una carrera. Quería controlar mis nervios, pero la verdad era que, desde que lo había visto, no había dejado de temblar. Incluso había equivocado varias veces los pedidos de los clientes.

Aún recordaba verlo marcharse, su ancha espalda, su seguridad al caminar y el poder que desprendía; era una imagen que no había podido alejar de mi mente.

Dios, tenía que dejar de pensar así. Debía dejar de añorar lo que creí que teníamos, porque Luka Bandini no era más que un fiasco.

La frustración me inundó el corazón cuando vi a Vincent, mi reemplazo; acababa de cruzar la puerta de entrada y eso significaba que mi turno había terminado.

—Hola, Aroa. Me cambio y vuelvo.

—Tranquilo, no hay prisa.

Salí al salón después de cambiarme y miré hacia todos lados, pero no había ni rastro de Luka. Dejé caer las manos a los costados de mi cuerpo; mi corazón se hundió al ver que no estaba.

Me despedí de mis compañeros y me preparé para salir a la calle. Apenas lo hice, advertí un Cadillac XTS estacionado en el bordillo, y a Aos que descendía del mismo.

Mi corazón se aceleró.

—Señorita Nicole.

—Hola, Aos.

Me abrió la puerta de atrás para que subiera, pero yo no tenía intención de hacerlo. Me incliné y busqué la mirada de Luka; lo observé con atención, mis ojos apenas parpadeando. Sus fosas nasales estaban dilatadas y su pecho se

expandía con dificultad, como el mío.

—Sólo hay cinco manzanas hasta mi casa, y siempre las recorro caminando; es el único ejercicio que hago, así que no pienso subir al coche. Si quieres hablar conmigo, sígueme.

Dije eso y me enderecé para empezar a caminar, sin esperar para saber si me seguía. Oí cómo soltaba una maldición y, acto seguido, la puerta del coche se cerró.

—Sería más cómodo si fuéramos a la habitación del hotel donde me hospedo — dijo mientras apresuraba su paso para alcanzarme y empezar a andar junto a mí.

—Sería más cómodo para ti, sin lugar a dudas, pero no para mí; además, es bueno que veas dónde vivo para cuando tengas que venir a visitar a tu hijo.

—¿Hasta cuándo pensabas permanecer oculta? Hace más de un mes que te fuiste de casa.

Toda su atención estaba centrada en mí, pero no quería mirarlo, no quería dejarme obnubilar por su grácil cuerpo deslizándose por las calles del barrio francés de Nueva Orleans. No debía olvidar el motivo por el cual me alejé de él.

—Si hubiera querido permanecer oculta, como tú dices, lo hubiera hecho, y ten por seguro que no me habrías encontrado. Si lo has hecho es porque, en el fondo, nunca planeé desaparecer del todo. Cuando llamé a Mila sabía que podías rastrear esa llamada, lo mismo que cuando le envié la foto a Cala a través de ese correo electrónico. Encubiertamente también te estaba dando tranquilidad a ti, diciéndote que estábamos bien, aunque no te lo merezcas, así que no te sientas tan poderoso por haber descifrado un *e-mail* y rastreado el IP.

Me cogió del brazo y me detuvo; se me quedó mirando. Fue un simple toque, pero la sensación de la sangre arrastrándose bajo mi piel fue abrumadora. Mi corazón, que ya estaba acelerado, pareció latir a una velocidad desenfrenada. Fue imposible evitar mirarlo a los ojos.

—O sea, que planeaste que diera contigo.

—No te iba a llamar y darte la dirección; si te interesaba encontrarme, sabía que lo harías.

Me solté de su agarre con brusquedad y seguí andando, él me siguió.

—Buenas tardes, don Gaël.

Me incliné y le di un beso al anciano de raza negra que todos los días estaba sentado en el mismo lugar, junto a la canasta con las flores que vendía.

—Dichosos estos ojos que aún te pueden ver, mi querida Aroa. Toma, para

que perfumes tu hogar con mis flores.

—¿Cuánto es, don Gaël?

—Con tu beso diario me considero bien pagado.

—Tenga, don Gaël —le metí veinte dólares en el bolsillo de la camisa y olí la rosa que me acababa de entregar—, no es justo que trabaje por sólo un beso.

—A mi edad ni te imaginas lo que significa recibir uno. Supongo que aquí, el amigo —miró a Luka, que había permanecido en silencio estudiando mi intercambio con el anciano—, viene a llevarte con él, así que creo que hoy se acaba mi suerte.

—Se equivoca.

Lo miré por el rabillo del ojo y una leve sonrisa se dibujó en la comisura de Luka, pero no dijo nada. Comencé a caminar de nuevo.

—Necesito ir a hacer algunas compras, así que nos desviaremos un poco.

—¿A qué estás jugando?

—¿Yo? A nada, no es un juego ir a comprar provisiones para comer.

Luka

Llegamos a la calle Dauphine y giró hacia la izquierda; conté cada paso mientras nos movíamos en silencio. El corazón me retumbaba en los oídos, así había latido todo el día desde el momento en que la vi en la cafetería. Cada tanto tenía que cerrar los ojos, instándome a tranquilizarme, pero lo cierto era que sólo quería arrodillarme a sus pies y convencerla para que regresara conmigo.

Estaba hermosa, su piel perlada se veía ligeramente bronceada, quizá por el paseo que según ella hacía a diario. Tenía hecha una coleta alta, y su cuello fino y largo era una invitación. Calzaba deportivas y llevaba puestos unos *leggings* negros. Sus caderas se apreciaban mucho más anchas. Una camiseta holgada disimulaba parcialmente su abultado vientre; sin embargo, la brisa sureña que ese día corría le pegaba la tela a la piel, haciendo que sus pechos se vieran más llenos de lo que los recordaba.

Tan pronto como entramos en una tienda de comestibles, una señora de color le sonrió y me estudió sin disimulo, luego volvió a centrarse en ella.

—Buenas tardes, Aroa. —Todos la llamaban por su segundo nombre. Nicole se estiró sobre el mostrador y saludó con un beso a la mujer.

—Laurette, ¿lloverá hoy?

—Eso parece, mi niña. Noël, mira quién ha llegado, acaba de entrar el sol en esta tienda.

De inmediato el hombre al que la mujer había llamado se asomó tras la puerta que daba a la bodega del local.

—Hola, Aroa; tengo tu pedido preparado, en un rato te lo llevo.

—Gracias don Noël, pasaba para avisarlo de que ya voy para casa. —Me miró estudiándome y añadió—: Mejor deje, él lo llevará.

El hombre reparó en mí y contestó:

—Muy bien, como gustes.

Quise pagar la cuenta, pero se negó.

—Tómalo como parte de la pensión alimenticia que debo darte —insistí.

Me miró, el aire se había detenido entre nosotros. Apartó a un lado mi dinero y le entregó el suyo.

—Cóbrese, Laurette.

Cuando ésta le devolvió el cambio, le preguntó:

—¿Como está tu barriguita?

—Creciendo mucho, esta mañana el peque se ha movido por primera vez.

Nicole me miró por el rabillo del ojo y tuve que tragar saliva; contuve la respiración, pero no dije nada. Mis manos picaban por tocar su vientre y besarlo, por demostrarle cuánto la había extrañado. De inmediato, inseguras respiraciones se escurrieron de mis labios. La mujer que estaba tras la caja registradora dio la vuelta y tocó su vientre.

—Oh, qué emoción tan grande. Recuerdo cuando sentí moverse a mi Paulette por primera vez; es una relación tan estrecha la que una madre tiene con su hijo gestándose en su interior. A mi Paulette la hacía moverse mucho que comiera cosas dulces.

—Debe de haber sido eso, entonces —explicó Nicole, y me sentí fatal por no haber estado a su lado—, porque estaba con náuseas y me puse un dulce en la boca para intentar alejarlas.

El tal Noël me entregó varios paquetes y salimos de allí. Anduvimos una manzana más y luego giramos a la derecha.

—Aquí es.

Nos detuvimos frente a una puerta verde ubicada en una fachada bastante desvencijada; creo que advirtió mi extrañeza al mirar la precariedad del barrio.

—¿Qué pasa?

—No he dicho nada.

Nicole abrió y avanzó sin esperarme. Me las arreglé para cerrar la puerta de un puntapié, ya que tenía las manos ocupadas con los paquetes de la compra. Entramos en un patio vecinal, pues lo compartía con el resto de los ocupantes de la vivienda; conté rápidamente cuatro apartamentos, dos abajo y dos arriba.

Un tipo con el torso desnudo y un delantal de cocina puesto salió al patio desde uno de los apartamentos; llevaba un saxo colgado al cuello.

—Hola, Bastien.

—Hola, nena. Tengo el almuerzo listo.

Cuando me vio, entrecerró los ojos; entonces ella se percató de que yo venía detrás de él.

—Ah, Luka, él es Sébastien, el dueño del inmueble y mi casero. Sébastien, él es Luka, el padre.

—Mucho gusto, padre.

Le hice un gesto con la barbilla, pero no emití palabra.

Nicole se colgó de su cuello, lo besó en la mejilla y entró en el apartamento.

—Mmm, realmente sólo tú puedes lograr que mi apartamento huelga tan bien.

«Un momento, el tipo acababa de salir de ese apartamento, así que no podía ser el suyo, ¿acaso ella y él tenían algo?»

—Oh... —exclamó Nicole, y se cubrió la boca mientras se acercaba a una cuna de hierro en color peltre—... ¿y esto?

—El pequeño necesitará un lugar donde dormir cuando nazca —contestó el tipo, dejando a un lado el saxo que traía consigo.

«¿Quién se cree que es este idiota para comprarle cosas a mi hijo?»

Tan pronto como entramos, vi de un vistazo que el lugar era muy reducido; había una mesa pequeña con cuatro sillas, un minúsculo sillón, una cocina más diminuta aún y una cama en la buhardilla, sobre lo que parecía un lugar de almacenaje. En el otro extremo, una puerta que en ese momento estaba abierta y dejaba ver que ahí se encontraba el baño.

—Es hermosa.

—La cuna digna de un príncipe. Los inquilinos del apartamento cuatro me han avisado hoy de que la semana que viene se van, así que te podrás mudar ahí, y podremos montar el cuarto del bebé.

—Qué suerte que no tendré que irme de aquí.

—No lo hubiera permitido: me habría trasladado yo aquí y te habría cedido mi apartamento, si no se hubiese desocupado el otro.

—Gracias, Bas.

Parecía invisible; ellos hablaban y planeaban las cosas como si yo no existiera. Eso era más de lo que podía soportar y estaba empezando a cabrearme; me encontraba casi a punto de perder los estribos.

—Deja eso sobre la mesa, Luka, y siéntate. —Miró a su alrededor—. Hazlo donde quieras, en la silla o en el sofá.

—Estoy bien de pie.

—Bueno, creo que tenéis que hablar.

«Por fin te has dado cuenta, idiota.»

—Hay tiempo —replicó ella—. Almorcemos primero; me muero de hambre y mi bebé necesita alimentarse.

Había dos platos en la mesa; ella se acercó a los fogones y destapó un cazo.

—Mmm, ya me parecía, por el olor, que habías hecho *étouffée* de cangrejo.

—Me ha salido mejor que nunca; nena, vas a chuparte los dedos.

Estaba por romperle la cara si no dejaba de tratarla con tanta familiaridad.

—¿Te quedas a almorzar con nosotros, Luka?

«¿Qué mierda le pasa a esta mujer? ¿acaso cree que me voy a ir y dejarlos solos, para volver luego?»

—Sébastien es un gran chef; no podrás dejar de comer cuando pruebes.

—Ya he almorzado, pero esperaré a que tú lo hagas; como has dicho, mi hijo — miré a ese idiota que hablaba inglés con un acento muy marcado, supuse que a consecuencia del francés cajún del lugar—, debe alimentarse.

El cocinero sirvió un plato para mí de todas formas, y comenzó a insistir para que probara su comida.

—Esto está muy picante para ti.

—No, está suave; en Nueva Orleans se come más intenso aún, pero he sido precavido por su estado. No te preocupes, no le hará ningún mal.

—Oíd —una morena de pelo largo y muy buenas curvas acababa de entrar—, hay un coche de lujo en la puerta con un tipo que parece que tiene un palo en el cul... —Se detuvo un instante antes de concluir la frase cuando me vio—. Hola.

—Hola —contesté.

—Adelante, Loreley. ¿Quieres comer con nosotros? Te presento al padre del crío —dijo el infeliz neorleano, creyéndose muy gracioso. Nicole se apresuró a tragar y, advirtiéndome mi furia, me agarró por la muñeca, atajándome; clavó sus ojos en mí y me perdí en su mirada avellanada.

—Luka, te presento a Loreley.

Le tendí la mano.

—Necesitamos hablar, Nicole —dije inmediatamente; ya había esperado demasiado, o se iban y nos dejaban solos o la cogería del brazo y me la llevaría a otro sitio.

—¿Ya has visto la cuna, Lore? —preguntó Nicole a la recién llegada, levantándose a dejar su plato en el fregadero.

—Sí, ayer la fuimos a elegir juntos. ¿Te ha gustado?

—Es preciosa. Gracias una vez más, Bastien.

—Ha sido un gran placer hacerlo.

El tipo recogía las cosas de la mesa.

—Deja, Bas, yo luego lo hago.

—Ok; para cualquier cosa que necesites, llámame. Vamos, Loreley.

—No necesitará nada —solté ya sin paciencia—, ¡chao!

Lo empujé fuera y cerré la puerta.

Nicole

—Pero ¿quién mierda te crees que eres, para tratar así a Bastien?

—Aroa, ¿estarás bien?

—Sí, Bas, lo estaré, no te preocupes —le dije a través de la puerta.

—¿Qué tienes con ese tipo?, ¿por qué se toma tantas atribuciones contigo? Entra en tu casa cuando no estás, le compra cosas a mi hijo, te cocina, ¿qué más hace por ti?, ¿se entierra en tu coño también?

Mi mano voló a su mejilla, pero me detuvo.

—¿Quién te crees que eres para venir a insultarme así, después de lo que tú hiciste?

—¿Y qué es lo que hice?

—Vete a la mierda, Luka. Te desprecio... me engañaste, te revolcaste con ésa y ahora llegas aquí y eres tan soberbio que te crees con derecho a seguir humillándome.

—No me la follé.

—Estás en mi casa —seguí gritando— y aquí no mandas; te guste o no, voy a hacer mi vida aquí, donde he conocido gente que me trata con cariño, y me ayuda a pesar de no conocerme.

—¿Me has oído?! —gritó tapando mi voz—. No me la follé.

—Sí, te he oído, pero no te creo. Te has vuelto tan despreciable que ahora hasta niegas a tu hijo.

—Me conoces, maldita sea, y sabes que jamás negaría a un hijo mío. Desde que estoy contigo sólo me he acostado con una mujer y ésa eres tú. Nunca te he sido infiel.

—Claro, y ella quedó embarazada por obra y gracia del Espíritu Santo, ¿o acaso se fue a Londres embarazada ya?, ¿de cuánto mierda está?

—No es mío, Nicole; no soy el padre del bebé que espera Darleen.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—El bebé no es mío.

Me quedé inmóvil frente a sus palabras; mi pecho se insuflaba con dificultad, en busca de oxígeno. Me di cuenta de que quería acercarse a mí, pero hice un paso hacia atrás. Mi corazón se aceleró cuando volvió a hacer otro paso hacia delante.

Luka

Las paredes en aquel sitio parecían de papel. El idiota de al lado había puesto música y tocaba el saxo sobre la pista. Sonaba el clásico *Cocktail for two* y Nicole comenzó a llorar. Quise aproximarme a ella para consolarla.

—¡¡No te me acerques!! —me gritó, sorprendiéndome; su garganta parecía desgarrarse por la intensidad con la que vociferó.

—Nicole, amor, no hay motivo para que estés angustiada, nunca lo hubo.

—Me dejaste ir, no me detuviste aun sabiendo que estaba equivocada, te cagaste en mí y en tu hijo, Luka. ¿Sabes por todo lo que he pasado?, ¿tienes una idea de cuán rota me dejaste?

—Fui a buscarte, pero te habías ido.

—Me viste irme de casa y no hiciste nada para detenerme —seguía diciendo, horrorizada.

—¿Y cómo narices crees que he estado yo durante todo este mes en que no te encontraba? —bramé.

—Me importa una mierda cómo has estado, me importa una mierda cómo te has sentido, porque te lo merecías aun no habiéndotela follado.

Quise volver a acercarme.

—No me toques.

—Nicole, por favor.

—Hasta estos extraños que tengo hoy a mi alrededor se apiadaron más de mí que tú. ¿Cómo pudiste dejarme marchar?

Caí de rodillas frente a ella y me abracé de sus piernas apoyando mi mejilla en su vientre.

—Perdóname, por favor, perdóname. —No podía dejar de llorar—. Ha sido un puto infierno no poder hallarte. Darleen pidiéndome ayuda, tú desconfiando de mí... Reaccioné de la peor manera; tienes razón en estar enojada, pero perdóname y regresa conmigo.

—Deja de hablar, Luka, porque cada vez la cagas más, y ponte de pie. ¿Te das cuenta de que la preferiste antes que a mí?

—No es eso. Te juro que no; quise explicártelo, pero no me dejaste, y luego me cabreó que siempre pensaras mal de mí.

—Si tú hubieras oído lo que yo escuché, ¿qué hubieras creído?

—Probablemente lo mismo... pero había puesto mi mundo entero a tus pies, no sabía que más tenía que hacer y tú no dejabas de desconfiar, me enojé, lo sé, pero... —sorbí por la nariz e intenté tranquilizarme—. El bebé es de mi primo, el príncipe Jassim; su cultura le impide estar con una mujer que no sea musulmana y, sobre todo, el hecho de que sea un príncipe lo complica todo aún más. Si se enteran en palacio, le sacarán el bebé a Darleen; lo criarán ellos y a ella sólo le permitirán estar en la casa de las concubinas.

—No era tu problema. Mira lo que nos has hecho...

»¡¡Quiero que te vayas!!

Me estremecí cuando oí sus gritos.

—Nicole... —Quise alcanzarla, pero su espalda golpeó la puerta mientras volvía a chillarme.

—¡Quiero que te vayas, no te quiero aquí!

Me quedé en silencio tratando de controlar mi necesidad de ella, y la miré a los ojos, suplicándole, no sabía qué más hacer. Ella no quería perdonarme.

—¿Acaso has dejado de amarme?

—No puedes preguntarme eso, no tienes derecho a hacerlo.

—Yo te amo más intensamente aún.

—Un hombre que no tiene prioridades en el amor, no sabe amar; tú no sabes cómo hacerlo.

—Sé que no tiene justificación cómo actué, pero me vi en una encrucijada.

No podía no ayudarla, luego están los contratos de Chad y mi sociedad con Jassim, la empresa, el bienestar de la familia, tú, mis hijos. Soy humano, Nicole, también me equivoco. Sólo te pido una oportunidad más.

—Necesito estar sola. Vete.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para que yo saliera. Me sequé las lágrimas, sorbí mi nariz y me pasé la mano por el pelo.

—Voy a demostrarte que merezco otra oportunidad.

Dicho eso, salí de ahí y me marché.

Treinta y seis

Nicole

—Eres más fácil de leer que un libro, no me digas que estás bien, porque no lo estás. Anoche Bas y yo oímos toda la discusión.

—Necesito ir a trabajar, Lore; no quiero faltar.

—¡Qué terca eres! Puedo cubrirte por hoy y el dueño ni siquiera se enterará, los miércoles nunca va al local.

—No, ya me voy.

Agarré mi bolso y me hice una coleta alta, era lo más cómodo para ir a trabajar, abrí la puerta y esperé a que Loreley saliera de mi apartamento. Cuando ambas lo hicimos, Sébastien me esperaba en el patio con un botellín de agua de coco orgánica y un éclair¹⁶ relleno con nata y bañado en chocolate.

—Toma, anoche no cenaste y hoy sólo has picoteado en el almuerzo. Te iré a buscar en el camión a la salida, para que no te vengas caminando por la noche.

—Son sólo cinco manzanas, Bas.

—Te iré a buscar, no se discute.

* * *

Estaba tan cansada que ni me quité la camiseta de PJ's Coffee. Era la hora de la salida. Cuando cogí la calle, me topé con Luka apoyado en el mismo Cadillac en el que estaba el día anterior, pero esta vez iba solo.

—¿Puedo llevarte?

En ese momento Sébastien aparcó su camión junto al bordillo; iba acompañado por Lore. Miré a Luka y, sin contestarle, me dirigí hacia donde se encontraban mis amigos. Me monté en el asiento de atrás y Luka, entonces, antes de que el vehículo arrancara, me gritó:

—Estoy hospedado en el InterContinental, creo que ayer no te lo dije.

—Arranca —le indiqué a Bastien—. Cambia esa canción, por favor, o me corto las venas aquí mismo.

Sonaba *Photograph*, pero Loreley tocó un botón y empezó a sonar *Black Velvet*; este tema se había convertido en el himno de Bas y en la canción de los tres, así que subió el volumen de la música y comenzamos a cantar a viva voz mientras nos marchábamos.

—¿Por qué paramos aquí?

—Porque hoy toco en Good Friends con mi banda y, si te hubiese invitado a venir, me hubieses dicho que no.

—Oh, no, ni siquiera me he quitado la camiseta del trabajo. Estamos a menos de dos manzanas de casa, dejad que vaya a cambiarme.

—Toma, te he traído una camisa para que te cambies; agáchate en el suelo del camión y hazlo —me indicó Loreley.

—Vosotros dos no tenéis remedio.

Entramos en el local y, como era temprano, nos hicieron subir al piso de arriba, donde el resto de la banda estaba comiendo unos sándwiches de pollo al estilo sureño; luego, cuando el lugar se empezó a llenar, bajamos y Sébastien se acomodó en el pequeño escenario para comenzar a actuar. La banda tocó durante una hora jazz a la carta. Luego él se unió a nosotras en la barra.

—¿Ya habéis visto quién está ahí? Parece que tienes una sombra siguiéndote a todas partes.

Cerré los ojos por un instante y luego me giré; realmente me causó mucha risa ver a Luka Bandini, el magnate petrolero, tomándose un Bloody Mary en un vaso desechable, puesto doble para que no se rompiera. Él levantó su bebida y me saludó; después fue hasta la moderna rockola que estaba empotrada en la pared junto a la ventana, y en breve *Human* empezó a sonar en la voz de Christina Perri. Consciente de que estaba mirándolo, se tocó el oído, indicándome que escuchara la letra.

—Este hombre está loco por ti —acotó Loreley.

—Bah, pura payasada.

Luka

No estaba dispuesto a irme de Nueva Orleans hasta que consiguiera su perdón y ella regresara conmigo, así que seguía intentándolo a diario, no desistía.

Los primeros días en que empecé a esperarla a la salida del trabajo, no hablábamos; me conformaba con caminar a su lado, impregnándome de su olor y su presencia. A veces iba a hacer alguna compra y a regañadientes me permitía que cargara con los bultos.

—Mañana no iré a trabajar, es mi día de descanso —me anunció, sorprendiéndome, cuando llegamos a la entrada de su casa en la calle Dumaine —, pero... tengo consulta con el médico. Si te interesa venir, es a las cinco de la tarde.

—Por supuesto que te acompañaré, te paso a buscar.

—No es preciso. Tengo cosas que hacer, así que nos encontraremos allí. Tengo tu número de teléfono, te enviaré la ubicación de la consulta.

—No me cuesta nada verte a buscar, puedo llevarte a donde sea que necesites ir.

—Luka, te dije que no te negaría los derechos que tienes sobre tu paternidad, pero no me agobies. Te veo en el médico a las cinco, te mando un WhatsApp.

* * *

Llegué al centro médico Ochsner, en la Avenida Napoleon. Parecía un buen lugar y, por lo que estuve averiguando después de que Nicole me enviara los datos, era uno de los mejores de Nueva Orleans y estaba muy cerca de donde me hospedaba. Entré y pregunté en recepción dónde quedaba el consultorio de la doctora Felton, de quien también busqué referencias en Internet; supuse que Nicole había hecho lo mismo, o tal vez alguien se la había recomendado.

Cuando llegué a la sala de espera era temprano; estaba ansioso, y no quería llegar tarde ni sobre la hora. A los pocos minutos, Nicole apareció.

—Hola, iré a anunciarme a la recepcionista.

—Hola. ¿Supongo que tienes un seguro médico?

—Sí, no te preocupes, ya he cogido uno; tenía algunos ahorros y contraté un buen plan.

—Nicole, sé que no quieres mi dinero, pero debemos hablar de eso, se trata de mi hijo.

—Luego lo hacemos, Luka; ahora déjame registrar para que no pierda el turno.

Estábamos sentados en la sala de espera, aguardando a que nos llamaran.

—¿Es la primera vez que vienes?

—No, ya he estado aquí en otra ocasión, después le envié el *e-mail* a tu madre. Como era la primera vez que la visitaba, me mandó hacerme algunas pruebas por precaución. Lógicamente le expliqué que en Nueva York me hacía atender y le enseñé los estudios que Cecilia me había solicitado.

»Hoy vengo a traer unos análisis y me hará una ecografía de alto contraste.

—¿Se mueve a menudo?

—Sí, se mueve mucho por la noche cuando ya me acuesto, y por las mañanas cuando me despierto, también cuando como algo dulce.

—Me gustaría mucho poder poner mi mano en tu vientre y sentirlo.

—Dame —tomó mi mano y la apoyó sobre su barriga—, estaba moviéndose ahora, mientras hablábamos.

Esperé... esperé... pero no hubo señales de ningún movimiento. Dios, tenía tantas ansias de poder sentirlo, pero, al parecer, él no quería que lo hiciera.

—Señora Pearson, es su turno, puede pasar.

Tuve que apartar la mano.

* * *

Salimos de la consulta. La doctora me había caído muy bien, lo único que me tenía un poco preocupado era que Nicole tenía una bacteria que habían detectado en su orina. La ginecóloga nos explicó que era muy común durante el embarazo no tener síntomas y, sin embargo, tenerla, así que le dio un tratamiento con antibióticos; por supuesto, saqué fotos de los análisis cuando salimos, pues pensaba enviarle los datos a Cecilia cuando llegara al hotel para que me lo confirmara.

Durante la ecografía nos dejó tranquilos que no había ninguna anomalía evidente. Pudimos ver, además, que estaba mucho más grande; las imágenes eran muy nítidas y la emoción, en cierto momento, nos embargó a los dos. Por mi parte tuve que contenerme para no besarla de lo feliz que estaba.

—Creo que se parece a ti.

—Es un poco pronto para saber a quién se parece.

Caminábamos mirando las imágenes que la doctora nos había entregado.

—Te invito a cenar; creo que debemos hablar y pactar cómo haremos esto.

—Me vienen a buscar Sébastien y Loreley.

—Llámalos y diles que no lo hagan. Por favor. Podemos ir hasta el hotel donde me alojo, no está lejos, o comer allí donde tú elijas. Luego te llevaré hasta tu casa; alquilé un coche cuando llegué a la ciudad. —Señalé el Cadillac cuando salimos a la calle.

—Está bien, cenemos juntos, pero te invito a mi casa.

—Bueno, llama para que no te vengán a buscar, diles que yo te llevo.

—¿Y Aos y Liam? —me preguntó cuando bajábamos del vehículo, ya en su calle.

—Han vuelto a Nueva York.

—¿Y tú no deberías haber vuelto también? —Entramos en la propiedad, el patio estaba despejado.

—No me iré sin ti —le contesté al tiempo que cerraba tras de mí la puerta de su apartamento.

—No regresaré a Nueva York —me aseguró con la voz firme.

—Bueno, en ese caso... ya he estado mirando algunas propiedades en la ciudad que están a la venta; me mudaré aquí con Mila, compraré una casa para ti y otra para nosotros, porque sencillamente no pienso vivir sin ver crecer a mis dos hijos.

—Luka...

Advertí cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, pero las contuvo.

—Te amo, Nicole, y aunque tú no me quieras más en tu vida, no me resigno a perderte, soy tan patético que me conformo con el sonido de tu voz diciendo mi nombre.

Nicole

Quería ser fuerte, quería seguir manteniendo mi corazón a resguardo, pero no podía negar mis sentimientos por él, mi tonto corazón hacía piruetas sólo con verlo. Mis mejillas se avivaron con ardor. Dejé caer la mirada y le dije:

—Prepararé algo de cenar.

—Extraño tus rollos de lasaña con espinacas y champiñones.

—Creo que tengo todo para hacerlos. Lo que no tengo es ninguna botella de vino, para que acompañes la comida; no se me ocurrió que parásemos a comprarla.

—No te preocupes, no es vino lo que realmente quiero beber.

Ignoré su comentario y me lavé las manos. Luego cogí un botellín de agua y me tomé la medicación que habíamos comprado de camino, y seguidamente me puse con la preparación del plato. Luka me ayudó y rememoré el día en que juntos lo hicimos en mi apartamento de Brooklyn, la primera vez que él y Mila estuvieron en mi casa. Lo miré a mi lado, admiré sus antebrazos como ese día, las muñecas anchas, surcada por venas que ascendían y que se ensanchaban con el movimiento; me hizo recordarlo aferrado a mi cuerpo. Él era un hombre sumamente especial y complejo, guapo y feroz; su sonrisa podía derretir el hielo de las altas cumbres, pero también hacía añicos los corazones, todo en un mismo lote.

La mano de Luka acarició mi espalda, y entonces me di cuenta de que me había quedado inmersa en mis pensamientos.

—¿Estás bien?

—Sí —dije la única respuesta que podía dar y cogí el botellín para luego beberme todo el contenido de un tirón. La doctora Felton me había recomendado que bebiera mucha agua y que no me aguantara las ganas de ir al baño.

Arrastré mi lamentable ser para darle la espalda; el hombre podía reinar por el mundo como un maldito rey.

Me molestaba como el infierno que me atrajera tanto.

—Estaba pensando que tal vez podrías seguir trabajando con el proyecto de biomasa desde aquí. Hay muchas parejas que se separan pero siguen manteniendo vínculos laborales. Lo mismo podrías hacer con el proyecto de la fundación para llevar la ayuda a Chad. Por cierto, ya firmé el contrato, y la construcción del oleoducto para transportar el crudo de Chad a Camerún ya ha comenzado. —Miró hacia mí al ver que no le contestaba.

—Me alegro mucho de que las cosas en la empresa se empiecen a solucionar.

—Y de lo otro, ¿qué dices?

—No lo sé. Mi trabajo en la cafetería me deja bastante agotada, y cuando llego sólo quiero descansar; mi vientre empieza a pesarme.

—Mensaje recibido. No pretendo manipularte para que dejes la cafetería, ya he captado que te gusta estar ahí.

Necesitaba remendar mi corazón y pegar minuciosamente sus partes, para poder afrontar un futuro sin él. Lo que me proponía, aunque me resultaba sumamente tentador y él lo sabía, no era posible si quería dejar a Luka en el pasado.

—En realidad, sólo lo he propuesto porque tú y yo siempre tendremos un vínculo por nuestro hijo, así que sumar otro laboral no hará la diferencia.

No era tan fácil como él lo hacía ver. La herida aún estaba demasiado abierta como para ser empujada lejos. Trabajar codo con codo con él sabiendo que nada era lo mismo entre nosotros no podía resultar sencillo.

—No lo creo posible por el momento.

—Muy bien. Si te decides, la propuesta siempre estará en pie. Quiero comprar una casa para que vivas en ella con nuestro hijo. Sé que no quieres nada de mi parte, pero esto es una de mis obligaciones como padre que no pretendo pasar por alto. Acepto que trabajes en lo que quieras, entiendo que es tu forma de decirme que tu vida es tuya y que yo ya no formo parte de ella, pero necesito la seguridad de saber que sobre tu cabeza y la de mi hijo siempre habrá un techo. Quiero, además, que pactemos con los abogados una pensión alimenticia; no quiero que nada os falte.

—Para Luka, por favor. Detente. —La ira y la tristeza se adueñaron de mí.

Dejé el cuchillo, me enjuagué las manos y las pasé, húmedas, sobre mi rostro; luego me apoyé en la encimera. Mi piel hormigueaba, santa mierda, eso no iba a ser nada fácil.

—Deja de ser un bastardo. Estás hablando de abogados cuando hace poco más de un mes estábamos preparando una boda. Me duele que todo parezca una simple negociación.

—No he querido hacerte daño —sus torturados ojos me miraron—, lo lamento; sólo pretendo arreglar las cosas, hacer lo que tú quieras. Me dijiste que no había marcha atrás en nuestra relación, que ya no puedo soñar con un nosotros; por tanto, estoy intentando pactar una separación como hace todo el mundo que pasa por esta misma situación. Aunque no hemos llegado a casarnos, tendremos un hijo en común.

Apreté los labios con fuerza. Me giró para que lo enfrentara, me tomó del cuello y su pulgar acarició la parte posterior de éste, luego me soltó y jugó con mi pelo.

—Háblame, Nicole, dime lo que quieres y lo haré.

En mi parte inferior todo se tensó, mi entrepierna se volvió rígida y frágil, todo a la vez. Jodidas hormonas descontroladas que se revelaban a mi razón, jodido él. Cerré los ojos y luego los abrí y le dije:

—No puedo, no puedo...

—¿Qué cosa no puedes?

Maldición, eso era tan difícil. Me alejé de él. Caminé hacia el baño y me encerré dentro.

Cuando me tranquilicé, salí, y continué preparando los rollos de lasaña, comimos, casi no hablamos, y cuando terminamos de cenar me ayudó a recoger y a lavar los trastos, y luego se fue.

Luka

Los siguientes días continué yendo a la salida de su trabajo. Le llevaba jugo de arándanos, pues la doctora había dicho que tomara bastante porque era bueno para limpiar los riñones. Tras terminar con el tratamiento volvimos a la consulta y los nuevos análisis salieron correctos, así que, cuando salimos de allí, la llevé hasta su casa y antes de que entrara aproveché para ponerla al tanto de mis planes.

—¿Puedo pasar para que no hablemos en la calle? Necesito comentarte algunas cosas que están pasando.

—Claro, entra.

Nos sentamos junto a la mesa.

—¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien.

—Espérame, voy al baño; ya me estoy haciendo pis nuevamente.

Cuando regresó, sacó un botellín del refrigerador y entonces, antes de que se sentara, le solté:

—Pasado mañana llega Mila.

—¿Qué?

—Hace quince días que me fui de casa, así que estoy pensando seriamente en cambiar mi lugar de residencia. No puedo continuar dejándola con mi madre en Nueva York, la extraño, y ella también a mí. Mi madre vendrá a traerla; quiere verte. No te he avisado antes, pero supongo que no habrá problema. Mañana cierro la operación de la compra de una casa, no quiero vivir en un hotel con la niña.

Empezó a llorar. No sabía qué hacer, últimamente me enviaba señales contradictorias y, cuando creía que había cedido, de nuevo levantaba esa barrera entre nosotros. Sin embargo, escuché a mi corazón y me puse de pie, abrazándola. Odiaba jodidamente verla tan angustiada.

Sentí cómo deslizaba su mano por mi espalda y me tensé.

—No llores. Cuando te sientas con fuerzas veremos una casa para ti y el bebé. Sé que no quieres que esto sea como un frío negocio entre nosotros, pero debemos poner las cosas en orden.

—Me dijiste que no romperías mi corazón y lo hiciste muchas veces. Luka...

—Shh, no llores más.

—No es justo que Mila cambie su vida por mí. Ella es feliz en su colegio, y yendo a ballet.

—Encontraré todo eso aquí. —Besé su coronilla—. Ella se adapta pronto. Me gusta esta ciudad, es muy tranquila; nos hará bien alejarnos de la vorágine que es Nueva York. Podrá tener una vida más al aire libre, creo que has hecho una buena elección viniendo a Nueva Orleans.

—¿De verdad estás dispuesto a cambiar la vida de ambos?

—No hay nada que no esté dispuesto a hacer por ti y por mis hijos. Me equivoqué al dejarte ir, pero nunca más volveré a actuar como un bastardo arrogante.

No sé en qué momento pasó, pero estábamos besándonos. La atracción era demasiado grande, la resistencia a estar separados parecía inútil. Rocé mi pulgar por su mejilla; necesitaba sentir su piel, ella se apoderaba de todo mi cuerpo. Se apartó de mí y abrió lentamente sus ojos para mirarme; esperé, expectante y con temor a que volviera a rechazarme, pero cerró los ojos de nuevo, esperando a que la besara otra vez. La sangre hervía en mis venas, esa mujer era mi dueña.

La besé nuevamente, y aunque no quería espantarla, ya tenía mi polla sacudiéndose en mi bragueta y era imposible que ella no la sintiera. ¡Por los clavos de Cristo! Quería ahogarme en ella.

Me aparté.

—Decídetes, Nicole, dime si continúo —le pedí aplastándola más contra mí—. Algo debe cambiar entre nosotros... y espero realmente que sea el lugar donde se encuentra nuestra ropa.

Percibí sus manos cogiendo el borde de mi camiseta y levantándola; alcé los brazos para que me la quitara, y se me quedó mirando. Pasó sus manos por mi torso desnudo, enredando sus dedos en el vello de mi pecho. Cerré los ojos, ¡había anhelado tanto volver a sentirla acariciándome! Deseaba ir despacio y de forma cuidadosa; aún no podía creer que eso estuviese pasando, tenía miedo de que todo fuera sólo un sueño.

Nicole

No sabía lo que estaba haciendo, pero lo necesitaba tanto... podía sentir su engrosada erección contra mi barriga, enviando una descarga eléctrica a mi entrepierna, creando un intenso dolor que extrañaba.

Mi lengua se entrelazaba y bailaba rítmicamente con la suya, la camiseta negra que minutos antes se aferraba a su torso ya había volado. Sólo tenía que decidirme y hacer volar también su ajustado vaquero. Me aparté de él y miré la uve que se sumergía en sus pantalones, y empecé a trabajar con mis nerviosas manos su bragueta. Arqueó una ceja, y me regaló una sonrisa pícara. Luego se sacó las botas y me ayudó a quitarle el pantalón; todavía tenía el bóxer puesto, pero su abultada erección hizo que la piel de todo mi cuerpo se me erizara.

Asió el borde de mi camiseta, y levanté los brazos para que me la quitara. Su mirada, de inmediato, se posó en mis exuberantes senos, que desbordaban de la copa del sujetador. Vi lujuria en sus ojos; se lamió los labios y una mezcla de emociones afloraron en sus acerados ojos azules. Pasó sus manos por mi abultado vientre y nuestro hijo se movió, dejándolo sentirlo por primera vez. Sus ojos se agrandaron y sonrió.

—Estás preciosa —acaricié mis senos—; se ven turgentes y muy grandes — declaró mientras desprendía mi sujetador; lo apartó de mi cuerpo y mis pezones se tensaron, estaban más oscuros—. Tu cuerpo ha cambiado mucho, eres tan hermosa...

Creo que él advirtió mi timidez, mi cuerpo había perdido las curvas de la última vez que él lo había visto desnudo, pero Luka sabía perfectamente cómo darme confianza. Su toque podía calmar todas las dudas en mi cabeza.

Pateé mis deportivas sin desanudarlas y entonces él enganchó los dedos en el elástico de mis *leggings* y los arrastró hacia abajo, llevándose en el camino también mis bragas. Tragué saliva, y levanté las manos para despojarlo del bóxer; su erección saltó de sus confines, rígida, balanceándose, y tuve ganas de deslizar mi lengua por su brillante punta.

Me subió a sus caderas, haciendo que enredara mis piernas en su cintura, y me besó amoldando mi boca a la suya. Lo sentía irreal, y sorprendentemente familiar a la vez. Me llevó hasta la precaria escalerilla por donde se subía a la buhardilla y me dejó subir primero. Me acomodé de espaldas, esperándolo; la

cama era pequeña, pero nos arreglaríamos. Cuando subió, chocó con la cabeza en el techo y blasfemó. Intenté ahogar una carcajada, pero no lo hice muy bien. De inmediato se olvidó del golpe que se había dado y sus ojos pasaron a estar en todas partes, admirando cada detalle de mi piel. Abrió mis piernas y observó también los desnudos labios de mi sexo.

—Dios, ya estás tan húmeda...

Pasó su mano por mi vagina y mis caderas se sacudieron.

—Joder, cariño, quiero hacerle tantas cosas a tu coño, pero en esta cama no creo que pueda lograrlo sin acabar con un traumatismo craneal. Ábrete para mí.

Luka

Abrió más las piernas como le indiqué y, amortiguando mi peso con mis brazos a los costados, posicioné mi erección en su entrada y la penetré lentamente.

—Joder. —Había esperado tanto para tenerla así que sentía que si empezaba a moverme me correría en la primera estocada.

Tiré de sus caderas contra mi pelvis, y levanté una de sus piernas para enterrarme más profundo en su interior.

—Luka...

Arqueó la espalda al recibirme por completo; entonces me enterré más profundo aún y me puse más duro y más caliente, y empecé a bombear su coño lentamente, mi boca buscando su cuello... chupé y besé su piel, sabía que mi barba la iba a dejar marcada, pero igual me refregué en ella. Levanté mi cabeza de su cuello para verla extasiada, y entonces caí sobre sus pechos y los lamí con fuerza, sin dejar de bombear en ella. Ambos gemíamos, ambos escalábamos hacia el clímax, el punto máximo de nuestro placer.

—Nicole, eres terciopelo.

Con mi pene profundamente dentro de ella, mi mano buscó su clítoris y se lo froté. Todo era muy intenso; giré mis caderas empujando más profundo, combinando delicadas y rítmicas embestidas. Me incliné ligeramente para coger su pantorrilla y abrirla más para mí... su carne era resbaladiza y brillante, y sus músculos se empezaron a contraer, por lo que supe que estaba a punto de hacerla llegar; su hambriento coño se apretó más a mi alrededor, intentando mantenerme muy profundo en ella. Conocía muy bien las señales de su cuerpo; Nicole

empezó a jadear y a suplicarme, y juro por Dios que no existe sonido más hermoso que ella suplicando por más y diciendo mi nombre mientras evoca a Nuestro Señor.

Entonces todo se transformó en una sinfonía de gemidos y roces, porque yo también comenzaba a descontrolarme. Mis músculos se tensaron y muy pronto ambos nos dejamos ir; las paredes de su vagina drenaron hasta la última gota de mi semen y mi polla, enterrada en su interior, drenó hasta la última gota de su placer.

Estaba a punto de desmayarme. Me retiré lentamente y me moví cuidando de no aplastar su barriga.

Respiré profundamente, y me puse de lado para mirarla. El techo de esa buhardilla estaba muy bajo.

—¿Cómo haces para dormir aquí?, esto es realmente sofocante.

—Ya me he acostumbrado.

Nicole recorrió las facciones de mi cara y levantó la mano para acariciar mi barba a contrapelo; recorrió también el bigote que me había dejado por una cuestión de que no tenía ganas de afeitarme a diario.

Santo cielo, no sabía dónde estaba parado. Tenía tanto miedo de que me mandara a paseo, de que eso que había ocurrido no hubiese significado lo mismo para ella que lo que había significado para mí...

Mis pulgares empezaron a trazar pequeños círculos sobre su cadera. Me acomodé en la cama y la puse más cerca de mí, mi nariz rozando casi con la suya, mientras que sus manos empezaron a acariciar mis bíceps.

La besé, y luego me aparté, a la espera de que dijera algo, pero no lo hizo. Entonces decidí que debía ser yo quien tomara la iniciativa.

—¿Estás bien? —No se me ocurría qué decir, tenía tanto miedo a lo que pudiera contestarme.

—Hace poco leí un libro que decía que el tiempo es como el viento y, aunque quieras retenerlo entre tus manos, no puedes hacerlo. Creo que no quiero ni para mí ni para mi hijo vivir intentando retener el tiempo que podamos verte.

Mis costillas se apretaron contra mi piel, y tragué saliva.

—No sé cómo hacer para vivir sin ti.

—Yo tampoco sé cómo vivir sin ti.

—Si tienes algo más que contarme, si tienes algo más que me ocultas, es ahora el momento.

—Hay algo más. —Abrió sus ojos muy grandes—. Se trata de Cecilia;

tenías razón, sí, pasó algo entre nosotros. Ambos fuimos la primera vez del otro.

—Ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías?

—No te enfades con Isabella, pero se le escapó.

—Mi hermana es una perra.

—De todas formas, me pareció entender que había sido como una especie de pacto entre ambos.

—Sí; ambos éramos inexpertos y no queríamos hacerlo con desconocidos la primera vez, así que nos hicimos el favor, pero nunca más pasó nada. ¿No te cabreas conmigo por ocultártelo?

—Entendí que fue cosa de adolescentes tontos. No quiero más detalles. —Negué con la cabeza—. Algo más que tengas que confesar.

—No es una confesión, sólo quiero informarte de que Darleen está viviendo en el Baccarat, pero pronto lo resolverá. Estuvo escondida allí durante un tiempo, pero ahora Jassim ya lo sabe todo, y están arreglando sus cosas. —Estaba lo de su madre, pero no era el momento de decírselo, no quería empañar ese momento con tristezas—. Entonces... ¿me perdonas?, ¿me darás otra oportunidad?

Dejé besos en su clavícula y en su cuello mientras realizaba esa pregunta, hundiendo mi nariz en la fragancia de su piel.

—Haces trampa, no puedes preguntarme y besarme a la vez.

—Soy un romperreglas, cariño.

Con su ceño fruncido y una expresión muy seria, me miró y me dijo:

—No vuelvas a romper las reglas de la forma en que lo hiciste la última vez, porque yo te romperé la cabeza.

—Seré un santo para ti. Una cosa más: ¿nos quedaremos a vivir aquí o regresaremos a Nueva York?

—Me gustaría venir aquí de vez en cuando, pero comprendo que por la empresa tú debes estar allá.

—Entonces, compraré igualmente la casa que estaba por comprar, para que podamos venir cuando tengas ganas de hacerlo. De todas maneras, también tendremos que mudarnos de la torre Walker, necesitamos una habitación más, para el bebé.

Treinta y siete

Nicole

Estábamos de vuelta en Nueva York y no lograba que Mila se despegara de mi lado; había quedado con mis amigas para vernos, pero la cría se negaba a que me fuera; creo que, aunque no lo decía, tenía miedo de que no regresara.

—Mila, escúchame: te prometo que no tardaré mucho, sólo estaré fuera un par de horas. Voy a ver a Joss y a Chiara y luego, si quieres, vamos juntas a buscar a papá al trabajo.

Cuando llegué a la ciudad me extrañó mucho saber que Poppy había renunciado al trabajo y se había ido a vivir con sus padres a Colorado, pero al parecer su madre no estaba bien de salud.

—Sí, fue una decisión repentina —me puso al día Joss—. Llama cada semana, y dice que vendrá a visitarnos en cuanto pueda, pero cree que se quedará allí, ya que sus padres están mayores y no quiere volver a alejarse de ellos.

—Luego la llamaré.

Les ofrecí a mis amigas una versión reducida de los hechos; no se iban a quedar tranquilas hasta que les diera una explicación que les sonara creíble; obviamente no mencioné todo lo referente a Jassim y el embarazo de Darleen.

—Entonces, Chiara, ¿me ayudarás a buscar apartamento? Luka quiere que me ocupe yo. Luego, cuando haya encontrado algo que me guste, iremos a verlo juntos.

—Creo que tengo el apartamento perfecto para vosotros. Después te envío toda la información. ¿Te he contado que estoy trabajando para la empresa constructora de Maverick? Estamos decorando un edificio que recién acaban de terminar.

—¿Tantas cosas han cambiado en sólo dos meses?

—Es que le gustó mucho el estilo que le di a tu oficina y me propuso trabajar para su empresa.

—Yo tengo algo que contaros —nos interrumpió Joss—. Me voy de gira con mi padre y su banda.

—¿Cómo?

—Sí, me voy a Los Ángeles, a su casa en Beverly Hills y de ahí arrancaremos la gira. Me ha pedido que lo acompañe, parece que éste será el último año que la banda tocará junta; quiere dejar atrás los excesos y dedicarse el resto de su vida a disfrutar junto a mí.

—Joss, debes estar muy contenta, ¿no? Era lo que esperabas hace mucho tiempo. —Le cogí la mano para apretársela.

—Sí, por supuesto.

—¿Y por qué esa cara, entonces? —le preguntó Chiara.

—Bueno, voy a extrañar Nueva York, y voy a extrañaros a vosotras también.

—Te iremos a visitar a Beverly Hills —dijimos ambas.

—Eso sí: a mí espérame con Mila, el bebé... y tal vez la niñera también nos acompañe.

* * *

Por la noche acababa de bañarme y me encremaba el cuerpo, sobre todo la barriga y los pechos, para evitar que se me empezaran a formar estrías en la piel. Cecilia me había recomendado el uso de una crema para que mantuviera la piel elástica y estaba usándola por kilos.

Luka trabajaba en su despacho. Después de estar durante tres semanas fuera de la ciudad, estaba colapsado de trabajo. Mila ya estaba durmiendo.

Bajé a la cocina y serví un vaso de leche tibia para mí y un café grande para Luka.

Abrí la puerta del despacho y lo encontré inmerso en la pantalla de su ordenador.

—Te traigo café.

—Mmm, gracias; ven aquí.

Apartó su sillón. Cuando regresé me encontré con que había cambiado el de su padre y ahora tenía otro más moderno, también había cambiado el escritorio y la alfombra que eran suyos.

Me hizo sitio en su regazo y yo me acomodé encantada sobre sus fuertes muslos.

—Estaba por irte a buscar, necesitamos hablar —me anunció acariciando mi barriga, y nuestro hijo bailoteó dentro.

—Creo que al bebé no le ha gustado el tono que acabas de emplear.

—Ya deberíamos empezar a llamarlo por su nombre, ¿no crees?

—*Sip*. Bueno, dime, ¿qué pasa?

Se inclinó y abrió un cajón; sacó una carpeta de éste y de inmediato leí el nombre de mi madre en ella.

—Antes de que leas lo que contiene esa carpeta, quiero explicarte por qué investigué a Donna.

—¿Qué ha hecho mi madre?

—Cuando te pidió el famoso dinero a ti, para la tienda de flores, también extrajo fondos de la manutención de Eloise por adelantado. Me extrañó, porque se suponía que con el dinero que tú le habías dado era suficiente; entonces me enteré de que, cuando le pidió ese dinero al abogado, lo justificó diciendo que era para hacer arreglos en la casa.

—Pero si compraste una casa preciosa en Petoskey, junto al lago Pickerel, que no necesita ningún arreglo.

—Exacto, había algo que no encajaba.

—Ay, Dios mío, ¿qué ha hecho?

—No sé qué ha hecho con todo el dinero que obtuvo, aún estamos investigando en qué lo ha empleado... porque, la floristería esa que dijo no se traspasaba... la dueña no murió. Y hay otras cosas que he descubierto a raíz de esto.

—Dímelo, Luka, cuéntamelo todo de una vez.

—Donna dilapidó en nada la herencia que tu padre os dejó, tu parte y la suya, y también malversó el fideicomiso que tu padre había reservado para tu educación.

Me cubrí la boca pensando en los miles de préstamos estudiantiles que tuve que solicitar para pagar mis estudios.

—Lo siento, mi amor, pero nunca estuvo enferma como te hizo creer.

Empecé a llorar, sin consuelo; haber caído en las garras de Lezek era su maldita culpa.

—Dudé mucho en contártelo, porque no le hace bien a Luciano que te pongas así.

—Te prometo que me calmaré en seguida. Sólo quiero saberlo todo de una vez.

—Ella era... una *groupie* de las carreras automovilísticas, así conoció a tu papá, y al parecer tus abuelos no la querían porque...

—Lo embaucó para que se casara con ella —concluí la frase, no había que ser muy lúcida para darse cuenta de ello—. Se quedó embarazada a propósito de mí. Luka... —me volví a cubrir la boca—, ¿soy hija de mi papá?

—Sí, hay un estudio de ADN que se hizo cuando tus abuelos también dudaron.

»Cariño, tus abuelos viven.

—¿Qué?

Él asintió con la cabeza.

—Son ancianos, tienen un poco más de ochenta años, pero están vivos.

—Nunca me buscaron.

—Al parecer tu madre siempre les impidió que te vieran, alegando que no te merecían porque habían dudado de que fueras su nieta. Luego desapareció durante muchos años; gastaron mucho dinero con detectives para dar contigo, interpusieron demandas legales reclamando poder verte, pero Donna siempre te usó como rehén. Más tarde, cuando creciste, tus abuelos creyeron que tú eras la que no querías saber nada de ellos, y se resignaron a vivir sin ti. Lo siento, nena, pero dijimos que nunca más tendríamos secretos.

Me aferré a su cuello y lloré, lloré hasta quedarme seca. Me desperté a media noche y estábamos en la cama; ni siquiera me acordaba de en qué momento Luka me había traído arriba. Él dormía a mi lado, su mano sobre mi barriga. No podía creer todo lo que mi madre me había ocultado, por todo lo que me había hecho pasar sin ninguna necesidad... al saber la verdad sentía incluso como si ella me hubiera entregado a Lezek, a pesar de no haberlo hecho.

Luka

Dejé suaves besos a lo largo de su brazo y de su clavícula, hasta que abrió los ojos y me miró.

—Buenos días —me saludó con la voz amodorrada; era hermosa aun con el pelo enmarañado.

Seguí subiendo con mis besos y llegué a su oreja.

—Me voy a trabajar, no quería irme sin despedirme. Mila ya se fue con Liam al colegio. Si lo necesitas para algo, llámalo; sé que te sientes más cómoda con cualquiera de ellos dos, yo me voy con Aos. Quédate en la cama haraganeando.

—Suenan muy tentador, pero yo también necesito regresar al trabajo.

—Cariño, no hay prisa, anoche no descansaste bien.

Se sentó en la cama.

—Anoche me desperté y estuve pensando que quiero conocer a mis abuelos.

—Luego hablamos de eso, ¿de acuerdo? Ahora llego tarde a una reunión.

—Sólo una cosa más.

—Dime.

—¿Dejaréis a Eloise con mi madre?

Negué con la cabeza.

—Esta noche hablamos, ¿vale?

—Sí. Cuídate... y hoy me quedo, pero mañana iré contigo.

—Puedes trabajar desde mi ordenador si quieres, hasta que te sientas con ánimo de ir a la empresa. Entra con tus claves, no se han cambiado; puedes acceder a todo lo que tienes en tu ordenador del trabajo desde aquí.

Se esforzó en sonreírme, pero se notaba que no tenía ganas de hacerlo. Me extrañó que no dijera que quería hablar con su madre.

* * *

Estaba en el avión privado de la familia, camino de Míchigan para recoger a Eloise y llevarla con mi madre. Cala iba a hacerse cargo de la niña, pero, hasta que se acostumbrara a ella, la pequeña alternaría la casa de mi madre con la nuestra; el tema era que, a pesar de que Nicole era su tía, también era una desconocida para ella.

Donna aún no sabía nada, pensaba que sólo iba a buscarla para que pasara una temporada con nosotros, pero tan pronto como Aos se llevara a la niña de la casa, le aclararía muy bien que la queríamos muy lejos de todos.

Nicole lo había dejado todo en mis manos, no tenía ninguna intención de volver a ver a su madre. Descubrir todo lo que había descubierto no había resultado nada fácil, y saber que ella era en parte la culpable de la vida de mierda que había tenido era algo que no podía perdonarle.

* * *

—Maldito rico asqueroso, te crees con derecho a todo.

—Deja de insultarme, Donna. Toma el dinero que te doy y desaparece de nuestras vidas, y trata de no gastarlo muy pronto, porque no habrá más.

Donna no se esperaba que tuviera una orden del juez en mis manos y que estuviera ahí con mi gente para desalojarla.

—Estoy segura de que mi hija no sabe lo que me estás haciendo. Te crees impune porque tienes pasta, pero espera a que se entere y verás cómo hago que te deje y nunca más verás a tu hijo.

—Te equivocas: ella lo ha dejado todo en mis manos, no quiere saber más nada de ti. Cualquier animal tiene más instinto maternal que tú, que te has cagado toda la vida en tu hija. Nicole lo sabe todo, hasta que la ocultaste de sus abuelos.

Donna me lanzó un escupitajo a la cara, estaba furiosa y acorralada. Me limpié con un pañuelo y me contuve para no caerle encima a palos; maldita vieja zorra y ambiciosa, que había sido la causante de toda la desgracia de mi mujer.

—Toma el dinero antes de que me arrepienta, y lárgate, y entérate de que, si te estoy dando esto, es porque Nicole me lo pidió, porque, si por mí fuera, me importaría un carajo cómo te las arreglas para subsistir.

Después de que cogiera el cheque que le entregué, esperé a que hiciera sus maletas y se esfumara. Entonces cerramos la casa y me fui con Liam hacia el hotel donde mi madre y Eloise me esperaban; durante el camino llamé a mis abogados para que se encargaran de vender la propiedad.

Nicole

Hacía una semana que Luka había traído a Eloise a Nueva York. No le había preguntado nada de cómo habían sucedido las cosas con mi madre, y él tampoco me lo había contado, porque sabía que era algo que me angustiaba mucho. Por otra parte, Donna no dejaba de llamarme, pero yo continuaba sin contestar. Estaba pensando seriamente en cambiar mis números de teléfono, porque no quería volver a hablar con ella en toda mi vida.

—Decídetete, cariño, tienes todo este mes para hacerlo, luego ya no podrás subirte a un avión para ir a conocer a tus abuelos.

—Soy cobarde, lo sé, pero... es que tengo tanto miedo de enterarme de más cosas, y mi hijo en mi interior no tiene paz, vive de sobresalto en sobresalto.

—Déjalo para cuando nazca Luciano, entonces.

—No, quiero a mis abuelos en nuestra boda y eso es dentro de un mes. Aún no entiendo cómo me convenciste para casarme contigo con esta barriga tan enorme.

—Porque en el fondo, aunque te hagas la dura, lo que más deseas es llevar mi apellido.

Treinta y ocho

Nicole

No podía creer lo feliz que era, Luka era todo lo que jamás imaginé tener. Y no sólo era feliz a nivel personal, también me sentía realizada profesionalmente.

Con su apuntalamiento estaba consiguiendo todo lo que alguna vez soñé.

La semana anterior había tenido lugar la cena de gala de la Fundación Bandini en honor a la causa «Cree», para llevar ayuda a Chad, y ésta había sido todo un éxito; se recaudó una gran suma de dinero para empezar a ayudar a esa gente tan necesitada del África subsahariana, y todos los *sponsors* que se habían adherido a la causa parecían muy entusiasmados.

Además, me sentía plena porque había conseguido los inversores para la planta de biomasa, y la construcción ya había comenzado. Increíblemente, mi ayuda humanitaria y mi participación en la fundación habían sido el detonante para que ellos confiaran en mi proyecto e hicieran el aporte.

Era asombroso cómo todo a nuestro alrededor parecía encaminarse, aunque la construcción del oleoducto en Chad había estado un poco frenada por los continuos ataques a los trabajadores por parte de Boko Haram; por suerte habían logrado contener esos focos con el esfuerzo conjunto del Ejército de la República de Chad y la seguridad privada que Jassim y Luka habían contratado. Y eso también me producía alegría, porque sabía cuán importante era para mi hombre que eso se realizara.

Sin embargo, lo que más me llenaba de emoción era que el día había llegado, esa tarde por fin nos casábamos.

Hacía una semana que nos habíamos mudado al edificio residencial ubicado en el 432 de Park Avenue; después del One World Trade Center, era la segunda torre más alta del *skyline* de Manhattan, y era una construcción que llevaba la firma de Maverick O'Brien, uno de los mejores amigos de Luka. El diseño y la decoración interior habían corrido a cargo de mi querida y talentosísima amiga Chiara Delevigne, y todo se veía soñado.

Pero volviendo a la boda, estaba terminando de arreglarme... Por suerte nuestro apartamento quedaba muy cerca de donde iba a celebrarse el banquete, pues la lujosa ceremonia civil iba a tener lugar en los jardines del Rainbow Room, y luego en sus salones ofreceríamos el festejo. Había accedido a que fuera algo más importante de lo que en un primer momento habíamos ideado hacer en nuestro primer intento por llevar a cabo nuestro casamiento. Me sentía tan feliz, segura y honrada que ansiaba compartir ese momento con muchas más personas que ya formaban parte de mi vida.

Hacía dos días que Sébastien y Loreley habían llegado y estaban alojados en mi antiguo apartamento de Brooklyn; era lo menos que podía hacer por ellos, que habían sido tan hospitalarios conmigo. Lo único que lamentaba era que Poppy no iba a poder estar junto a mí; al parecer su madre no estaba nada bien y no quería dejarla sola. Joss, Chiara y Lore serían mis damas de honor, junto a mi cuñada Isabella.

Mila entró corriendo en mi habitación y se aferró de mi torso.

—Ayúdame, Nicole... mi papá me quiere hacer lavar la cara.

La miré y contuve la risa, realmente iba pintada como una puerta.

—¿Dónde estás, Mila? Te encontraré por más que te escondas.

—Shh, tú no digas nada, yo arreglaré esto, pero prométeme que te quedarás calladita.

La pequeña asintió.

—Eres una niña, no puedes ir toda pintarrajeada a nuestra boda —gritó Luka cuando entró en nuestra habitación.

Mila y yo estábamos sentadas frente al tocador, en bata, y fingíamos que estábamos acabando de arreglarnos; el pobre había estado todo el día con los nervios a flor de piel, y eso me hacía gracia, pues se supone que la novia es quien siempre está más inquieta, pero en este caso mi hombre estaba insoportable.

—Papá, pero si sólo es una sombra de color muy claro, un brillito en los labios y un poquito de rubor en las mejillas; no seas exagerado, es una fiesta y hay que arreglarse de forma especial, Nicole y tú no os casáis todos los días.

Él la miró asombrado, y es que esa niña, a veces, nos dejaba sin palabras con los planteamientos que nos soltaba; incluso nos llevaba a preguntarnos si realmente tenía sólo cuatro años o bien se trataba de un adulto reencarnado en el cuerpo de una cría.

—No me parece correcto —sentenció él, manteniéndose en sus trece—.

Nicole — me miró con un cabreo de puta madre, pero yo sabía muy bien que él era siempre pura cháchara y que en verdad no estaba tan cabreado como quería aparentar—, quítale eso ya mismo de la cara.

—¿Por qué no te calmas, cariño? —le dije con pasmosa tranquilidad—. Negociemos; ella también quiere verse diferente, hoy es un día especial para todos.

—¡Y una mierda! De aquí, pintada como una puerta, no saldrá.

—Papá, esa grosería no se dice.

La miró fulminándola y luego dirigió sus ojos hacia mí.

—Nicole...

Lo miré esperando que terminase la frase, pero, manteniendo el silencio, nos observó a ambas y entonces, finalmente, dijo clavando sus ojazos color plata en mí.

—Sólo el brillo en los labios.

Miré a Mila; sabía que mi pequeña era buena negociadora porque por sus venas corrían los genes de su padre, pero también tenía claro que ella sabía muy bien cuándo su padre no iba a ceder y, calculando los chispazos que salían en aquel momento de los ojos de Luka, y la tensión que veía en su cuello, estaba segura de que ese día mi grandullón no lo haría; con todo, por supuesto, ella era una Bandini de pura cepa, y era testaruda al igual que él, así que, poniendo los brazos en jarra, replicó:

—No es justo, yo también quiero verme hermosa como Nicole. Mira, nos peinaron a las dos iguales, con rizos.

«Mila, cállate —quería advertirla—, o te lo hará sacar todo», pero, cuando los Bandini se enfrentaban, era mejor no meterse y que arreglasen las cosas entre ellos. No obstante, y aunque sabía que era mejor mantener mi pico cerrado, no pude, pues esa niña lograba darme la vuelta como a una media y, por lo tanto, o salíamos victoriosas o las dos terminábamos quemadas en la hoguera; así que me metí de todas formas, aunque le había prometido a Luka que nunca más lo iba a desautorizar. En fin, en realidad no lo estaba haciendo, eso no era desautorizarlo, era bregar porque todos quedáramos conformes.

—Le quito la sombra, y un poquito menos de rubor para que sus mejillas se vean con un sonrojo más natural, ¿de acuerdo? —Le guiñé un ojo y le tiré un beso, a ver si así conseguía ablandarlo.

»Auuu... —Me llevé una mano al vientre y la otra a la espalda, pues no sabía dónde agarrarme primero. Mi pequeño se había movido y me había

pateado muy fuerte, haciéndome pegar un grito. El dolor no remitió de inmediato, duró algunos instantes, hasta que finalmente menguó—. Ves, estás enfadado, Bandini, y a tu hijo no le gusta y la pago yo.

—Joder, con vosotras dos es imposible o, mejor dicho, con vosotros tres, porque ese niño ya manda desde tu panza —gruñó rendido, y añadió—: Sin la sombra y con mucho menos rubor.

Mi tigre era un grandullón cascarrabias, pero lo adoraba; cuando entró en la habitación y encontró a su hija ahí escondida, puso el grito en el cielo; sin embargo, entre los tres lo habíamos convencido y me encantaba que se dejase convencer, que se dejase domesticar de esa manera, tan fácilmente; bueno, en realidad no siempre era así de sencillo, pero a menudo nos consentía.

—Bueno, vete ya por favor; se suponía que tú no debías verme hasta que llegáramos al Rainbow Room. Ahora, largo.

Me puse de pie y lo empujé fuera.

Cuando cerré la puerta, sentí otro tirón en la espalda que me quitó el aliento.

—¿Qué tienes, Nicole?

—Nada, Mila, sólo que tu hermanito ya no tiene espacio suficiente en mi vientre y, cuando se mueve, duele mucho.

Joss, Chiara y Loreley golpearon a mi puerta en ese momento.

—¿Qué te pasa? —preguntó Joss en cuanto entró.

—Estás pálida —acotó Loreley.

—Nada, que Luka anda como loco y ha entrado gritando, y Luciano oye su voz y empieza a moverse y, como cada vez tiene menos espacio, me hace ver las estrellas... pero ya estoy bien.

—No puedo creer lo enorme que se ve tu barriga.

—Es que acabo de entrar en los ocho meses —le informé a Lore.

—Igualmente, no sabes lo hermoso y sexy que le queda el vestido que eligió.

—Sólo lo he visto colgado del gancho, Joss, pero me encantó.

—Bueno, vayamos a cambiarte o se nos hará tarde. Luka ya se estaba yendo... ¡Guau —exclamó Chiara—, lucía como un muñeco del pastel de boda, el grandullón!

—No lo he visto vestido por completo, pero, cuando ha entrado aquí, he visto su apetecible culo enfundado en sus elegantes pantalones.

Mila carraspeó.

—Estoy aquí, por si no os habéis dado cuenta, así que no habléis obscenidades delante de una niña de cuatro años, a mi papá no le gustaría saberlo.

—¿De dónde habéis sacado a la pioja esta? Es terrible —dijo Loreley, y todas reímos.

* * *

Ya estaba lista en el vestidor de mi dormitorio, y salí para que pudieran estudiarme mejor. Giré sobre mis pies.

—¿De verdad que no es mucha piel la que se ve? —Me toqué los costados del vestido, que estaban unidos sólo por unas cadenitas doradas y dejaban ver parte de mis senos.

—Guau, eres la novia embarazada más sexy que he visto en mi vida.

—¿En serio, Lore?, ¿no es demasiado?

—Dios, ojalá que tú la puedas convencer, porque hace diez días que pregunta lo mismo.

—Joss, estará presente la familia de Luka; sabes que ellos son muy conservadores.

—Ay, pero si la jequesa se viste de Armani y usa Louboutin —replicó Chiara.

—Es una ceremonia civil, no una religiosa, así que basta —me regañó Joss.

—Sí, basta, me quiero ir —intervino Mila—. Nicole, a mi papá le encantará tu vestido, pareces una... bueno, no pareces una princesa, porque los vestidos de las princesas llevan cola, pero, con la barrigota que tienes, otra cosa no te iba a quedar bien.

—Me mata tu sinceridad, Mila. ¿Te he dicho ya que te quiero? —Me incliné y le di un beso, y volví a quedarme inmóvil cuando otra puntada en la zona lumbar fue muy intensa.

—Nena, no vas a ponerte a parir el día de tu boda.

—No, ya estoy bien, Joss.

En ese instante golpearon a la puerta y, cuando abrieron, comprobamos que era Steve, que venía a buscarme.

—¡Dios mío, estás bellísima! Menos mal que ese papanatas no te dejó ir, porque se hubiese arrepentido durante toda la vida.

—Shh... —Lo hice callar y le hice señas de que estaba Mila.

—Ya sé que el papanatas es mi papá.

Todos nos reímos, era imposible que a la cría se le escapara algo.

* * *

Llegamos al Rainbow Room. Rafanelli nos estaba esperando para acompañarnos hasta los jardines, desde donde se veía la cúpula de la iglesia de St. Patrick, así que, en cierto modo, yo sentía que Dios esa noche también nos iba a dar su bendición.

Entraron mis damas de honor primero. Mila estaba delante de mí; la chiquilla debía caminar regando pétalos a mi paso, así que, cuando el planificador de bodas nos indicó, me aferré del brazo de Steve y empezamos a avanzar.

Sonaba *Chasing Cars*; no queríamos la marcha nupcial, ni nada trillado, sino una canción cuya letra dijera mucho del momento que Luka y yo estábamos viviendo.

Miré a Luka, situado al frente, esperándome junto a Cala, quien me tiraba besos, y tuve que contener las lágrimas. Durante esos meses, ella había sido más una madre para mí que Donna en toda mi vida. Luka estaba guapísimo, enfundado en un traje de tres piezas azul, camisa blanca y corbata a juego. Respiraba con dificultad, estaba casi hiperventilando; le sonreí y le tiré un beso para que se tranquilizara, y entonces él también me sonrió.

De pronto una puntada en el bajo vientre no me dejó seguir caminando, y de inmediato sentí algo caliente que se me derramaba por las piernas. Entonces volví a mirar hacia Luka y vi cómo empezó a correr hacia mí. Steve no se había percatado de lo que me pasaba, pero Mila, que siempre estaba atenta a todo, al ver a su padre se dio media vuelta y gritó:

—¡¡Mamááááááá!! —Era la primera vez que la niña se atrevía a llamarme así.

Miré entonces lo que todos observaban horrorizados: mi vestido blanco estaba teñido de sangre, y cuando Steve se dio cuenta de ello y Luka llegó hasta mí, me desvanecí. Ya podía hacerlo, estaba en sus brazos, y él no dejaría que nada me pasara, ya me podía dejar caer.

Treinta y nueve

Luka

No quería que estuviera allí, quería llevármela a nuestra cama, en vez de que yaciera en esta fría y antiséptica cama de hospital. Quería reconfortarla como cada noche, envolverla con mis brazos y sostenerla contra mi pecho para hacerle saber que yo era su escudo. Toqué su mano; la enfermera en ese momento me acercó una silla y estaba tan roto que olvidé mis modales y ni siquiera se lo agradecí. Me dijo algo, pero mi mente estaba invadida por una bruma y no le presté atención, sólo me acomodé en la silla que me acababa de ofrecer, sin siquiera soltar la mano de Nicole.

Mi amor... mi vida se estaba muriend... No, no quería siquiera pensarlo, no quería asumir que no lo lograría. El médico me había dicho que su estado era muy delicado; me explicó que, a pesar de que le pasaron varias unidades de sangre, la hemorragia había sido muy intensa. Yo ya era consciente de eso, nadie tenía que decírmelo para saberlo, pues yo estaba ahí cuando todo ocurrió y sólo bastaba con verme. Mi ropa estaba totalmente impregnada con su sangre.

Le practicaron una cesárea de urgencia y sacaron a nuestro hijo de su vientre.

«Ni siquiera he ido a verlo y me siento una mierda; ella no me lo perdonará cuando se entere de que no lo he hecho, pero no tengo el valor suficiente para hacerlo.»

Llevé su mano a mis labios y dejé escapar un gemido; mis lágrimas bañaban su piel y, cuando vi las gotas caer, me di cuenta de que estaba llorando; estaba tan perdido en mi dolor que no sabía cuándo había comenzado a llorar, en realidad creo que no cesé de hacerlo desde que el médico salió para hablar conmigo.

Recuerdos llegaron a mi mente, del día en que ella, temerosa, me pidió que, si algo sucedía durante el parto, yo debía elegir al bebé por encima de todo. No pude prometérselo, por supuesto, y se enojó tanto que estuvo dos días sin hablarme.

Y sin embargo había tenido que pasar por eso; con todo, tampoco había tenido el valor para hacerlo, sólo le exigí al médico que los salvara a ambos, en un arrebato en el que sólo me faltó ponerle una pistola en la sien al hombre para que hiciera su trabajo; estaba tan desquiciado que Kevin y Maverick tuvieron que sacarme fuera de la sala de Urgencias para que pudieran atender a Nicole.

* * *

—Cálmate —mi cuñado intentaba hacerme entrar en razón, ya que yo quería romper toda la sala de Urgencias cuando me dijeron que no sabían cuál de los dos lo lograría o si en verdad alguno lo haría—, los médicos harán todo lo posible.

—¿No has oído al imbécil ese? No puede pasarle nada a ninguno, sencillamente no puede; ellos son mi vida, son mi mundo entero, Kevin, ellos me hacen feliz. ¿Qué haré si alguno no lo logra? Si le pasa algo al bebé, Nicole no me lo perdonará, y si le pasa algo a ella, yo...

—Ya verás como ambos estarán bien.

Miré a Maverick cuando me habló y vi su ropa impregnada con la sangre de mi mujer; ambos estábamos igual de manchados, ya que en un momento creo que fue él quien la cargó. Miré a Steve, que estaba en un rincón, consternado; él también estaba todo empapado de sangre, al igual que nosotros.

* * *

Estaba agotado, el sonido de las máquinas a las que Nicole estaba conectada taladraba mi cabeza.

Había imaginado muchas veces el momento en que nuestro hijo venía al mundo... creía que sería una fiesta para todos, un momento para recordar; me veía a mí mismo sosteniendo la mano de mi mujer y amortiguando su peso para ayudarla a pujar... ¡Dios!, sin embargo...

Creí tantas cosas que no pudieron ser... Imaginé que sería yo quien cortase el cordón, tal como lo hice con Mila. Imaginé que la primera vez que lo veríamos sería juntos y que lo sostendría entre mis brazos para ponerlo en su pecho; en lugar de eso, allí estaba, esperando un milagro, porque eso era lo que

me había dado a entender el médico cuando había hablado conmigo, que el estado de Nicole ya no estaba en sus manos, que habían hecho todo lo posible, pero no reaccionaba.

—Por favor, cariño, no te rindas, te necesito tanto...

Percibí pasos a mi alrededor, pero no me molesté en apartar mis ojos de ella. Sabía que estaba siendo egoísta, porque del otro lado estaban todas las máquinas que monitorizaban sus constantes vitales, así que no era posible acceder a ella. Aunque no me hubiese preocupado en mirar, sabía que era mi madre la que acababa de entrar; por suerte podía hacerlo, puesto que, cuando me dijeron que la llevarían a la UCI, supe al instante que allí no nos permitirían acompañarla, y antes muerto que dejarme alejar una vez más de su lado. Así que sólo miré a Aós, sin tener que decirle lo que necesitaba, y él se encargó de que prepararan una habitación especial para Nicole, con médicos sólo a su disposición. Ya lo habíamos hecho con mi padre, cuando estuvo en ese mismo hospital peleando por su vida; por eso sabía que mi jefe de seguridad tenía muy claro lo que debía hacer.

Joss, Chiara y Loreley entraron de inmediato también.

—Tienes que ir a cambiarte, hijo.

—Déjame en paz, mamá; no voy a ningún lado. ¿Dónde está Mila? — pregunté al ver que Cala estaba allí conmigo.

—Con tu hermana.

* * *

Nos habíamos quedado mi madre y yo solos, pues Cala tampoco se había despegado de nuestro lado. Pasaron casi veinticuatro horas y Nicole seguía sin despertar.

—Ojalá que el hijo de puta de Andrea se esté revolcando en su tumba, mamá.

—No sé qué decirte.

—Todo esto es por ese hijo de puta. Todo debido a los golpes que Nicole recibió cuando su embarazo justo se estaba iniciando.

El médico especialista de riñones había venido a hablar con nosotros, y se había ido hacía unos minutos.

La hemorragia se había debido a un fallo renal que había afectado su sistema inmune, sus niveles de potasio y de minerales, su sistema nervioso central, su corazón y también sus huesos. El estado de Nicole era muy delicado.

Lo que no se explicaba el nefrólogo era cómo nunca nadie se había dado cuenta de ello.

Le conté que Nicole había tenido dos veces una infección bacteriuria asintomática, pero que en ambos casos la habían tratado durante cinco días, repetían sus análisis y todo volvía a estar normal.

El médico me explicó que había un hematoma en su riñón que nunca sanó.

* * *

Pasaron otras veinticuatro horas y seguía sin reaccionar. La estaban tratando con los antibióticos más fuertes que existían en el mercado, pero nada surtía efecto.

—Luka, vengo de ver al niño y no deja de llorar. Las enfermeras dicen que vayas tú, a ver si se calma. Es un bebé prematuro y llorar tanto agota su corazoncito y sus pulmones, que no estaban desarrollados del todo.

—Iré cuando despierte Nicole.

—Luka, ¿qué te pasa? ¡Por Dios, te desconozco! Se trata de tu hijo.

Cala me zamarreó del hombro.

Me puse de pie, la miré a los ojos y me rompí. Caí en los brazos de mi madre, que me sostenía como podía.

—Se suponía que esto no sería así, nada es como lo soñamos.

—Lo sé, Luka, cariño, pero debes ser valiente. Ella no te perdonará cuando se despierte y vea lo que estás haciendo. Ve a ver al bebé, por favor, ve a conocer a tu hijo.

—Es que tú no lo entiendes... Nicole me pidió que lo eligiera a él si se daba el caso... y si me voy ahora y la dejo aquí, es eso lo que estaré haciendo, dejarla sola, y no quiero que deje de luchar.

—Dios, hijo, no puedes pensar coherentemente por el dolor, pero los dos te necesitan, tu bebé también te necesita. Yo me quedaré con Nicole, y le hablaré todo el rato para que sepa que no está sola, ¿de acuerdo?

—¿Y si le pasa algo mientras no estoy?

—No le pasará nada; ella está luchando, ya oíste al doctor.

* * *

Entré en la *nursery*.

—Señor Bandini, ¡qué bien que haya venido! Sígame —me dijo la enfermera que me vio entrar. Me pareció que era la misma que me había ido a buscar a la habitación de Nicole dos días atrás.

Me llevó para que viera la cuna de mi hijo; de inmediato noté que era muy pequeño, y berreaba como un loco.

—Hoy lo han sacado de la incubadora, sus pulmones están bastante fuertes, así que sólo lo mantenemos con oxígeno nasal, pero llora mucho y eso lo agota... y cuando se calma está tan cansado que no quiere succionar el biberón. Lo estamos alimentando por sondas nasogástricas, pero sería bueno que se alimentase por boca.

Me rasqué la cabeza y me acerqué un poco más al cristal.

—Venga conmigo; ahí puede lavarse las manos, si desea hacerlo.

—Sí, lo haré. —Me miré la ropa, por suerte esa mañana me había cambiado, así que llevaba puesta ropa limpia.

Me acerqué a la cuna y empecé a hablarle.

—Ey, campeón, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras tanto?

Mi hijo se calló tan pronto como percibió el sonido de mi voz.

—Lo ve, necesitaba oír a alguno de sus padres.

—¿Puedo cogerlo?

—¿Sabe cómo hacerlo?

—Sí.

—Bien, no se aleje mucho de aquí, porque está conectado al oxígeno.

—¿Se anima a darle el biberón? Se lo traigo.

—Bueno.

Lo cogí en brazos; se veía y sentía mucho más pequeño de lo que había sido cargar a Mila recién nacida, pero lo hice con confianza. Miré sus manitas, él me miraba sin perderme la mirada.

—Ya casi lo has logrado; tienes que estar tranquilo y comer, así te quitarán eso de la nariz, campeón.

Cuando la enfermera regresó con el biberón, me senté a dárselo; luego lo puse contra mi pecho y masajé su espalda para que hiciera el eructito, tal como lo hacía con Mila cuando era un bebé.

«Dios, no permitas que otra vez tenga que criar a un hijo solo; ella merece disfrutar de él.»

—¡Ah, pero si tenemos a un papá muy experimentado! ¿Tiene otro hijo?, porque lo veo muy suelto.

La enfermera, en ese momento, se dio cuenta de que yo estaba llorando cuando sorbí mis mocos antes de contestar.

—Tengo una hija de cuatro años.

—Tome, séquese las lágrimas —me dijo entregándome un pañuelo desechable.

—Gracias. Uy, creo que va a necesitar un cambio de pañal. No sé si mi madre trajo pañales.

—Sí, no se preocupe, la abuela ha traído todo. Ya voy por todo lo necesario y lo cambiamos.

* * *

Después de haber estado con mi hijo, regresé con Nicole.

—No te vayas, mamá.

—No me voy, hijo. Sólo voy a la sala de espera, a leer un rato.

—Así nos turnamos, en tres horas tengo que regresar a darle de comer a Luciano.

—¿Ha comido?

—Sí, lo he dejado cambiado y dormido.

—Lo has visto, cabezota, te necesitaba a ti.

—Gracias por estar siempre a mi lado.

—No hay posibilidad de que me saques de aquí.

Por la noche mi madre insistió tanto que me terminé recostando en el sofá, y ella me tenía la cabeza en su regazo.

—Se pondrán bien los dos; ya has visto que el médico nos ha dicho que hoy los valores de los análisis de Nicole han salido mejor.

—¿Será que es mi destino criar a mis hijos solo?

—Shh, te lo prohíbo, no quiero volver a oír que piensas de manera tan negativa.

Empecé a notar cómo vibraba el teléfono en mi bolsillo. Me enderecé y miré la pantalla, era mi hermana. Isabella a veces era una perra, pero tenía un corazón de oro y era la persona más justa que había conocido, y lo mejor de

todo, siempre podía contar con ella para lo que fuera.

—Hola.

—Hola, hermanito. Sé que no estás bien, pero Mila no deja de preguntar por vosotros y está muy angustiada, se asustó mucho.

—Le haré una llamada por FaceTime, déjame salir de la habitación.

—Hola, papi.

—Hola, hija; te extraño.

—¿Cómo está mi mamá?

—¿Te refieres a Nicole?

—Sí, ella dijo que cuando yo quisiera la podía llamar *mamá*.

—Se pondrá bien, sólo que ahora está durmiendo.

—Había mucha sangre en su vestido, papi. Me asusté mucho.

—Lo sé, cariño, yo también, todos nos asustamos.

—Y si está bien, ¿por qué no puedo ir a verla?

—Pronto la verás; el hospital no es un lugar para que vengan los niños, porque aquí se contraen muchas enfermedades.

—¿Y por qué mi hermano está ahí, entonces? Él es más pequeño que yo.

—Porque nació antes de hora; se tendría que haber quedado un tiempo más en la barriga de Nicole. ¿Quieres ver a tu hermano?

»Déjame ir a la *nursery* y te lo enseñaré a través del cristal.

* * *

Regresaba de tranquilizar a Mila cuando mi madre salió apresurada de la habitación; creí que el corazón se me detenía en el pecho.

—Ven, Luka, se ha despertado. ¡Nicole ha despertado!

—¿Cómo te sientes? —le pregunté cuando los médicos se fueron.

—Cansada, muy cansada. Quiero ver a mi bebé, Luka, quiero verlo para saber que está bien y que no me mientes.

—Te digo que está bien ¿cómo podría mentirte con algo así y que no te dieras cuenta? He ido a alimentarlo y a cambiarle los pañales cada tres horas, sólo que tiene oxígeno nasal, y por eso aún no te lo han traído.

—Permiso, nos han avisado de que la mamá de Luciano se ha despertado. Veníamos a ver si podíamos traerlo, ya le hemos sacado el oxígeno.

—¿Has visto?, no te mentía. Tráigalo, por favor, así se tranquilizará.

Elevé su cama para que se sentara.

—Tienes cara de cansado, las ojeras te llegan al suelo.
—No es nada... y ahora que has despertado y me estás hablando, definitivamente estoy mucho mejor.
La enfermera entró con el bebé, dejó la cuna y se marchó.
De inmediato levanté al pequeño en mis brazos y se lo acerqué.
—Oh, ¡pero si es igual a ti! Sostenlo, no tengo fuerzas para hacerlo, me siento muy débil.
—Pronto te sentirás bien. —Besé su frente y le acerqué el rostro de nuestro hijo para que ella también pudiera besarlo.
Entonces comenzó a llorar, así que dejé a nuestro bebé en la cuna y me senté a su lado para acurrucarla en mi pecho.
—Ya ha pasado todo.
Me habló de sus sueños.
—Todo está muy confuso en mi cabeza, se me mezclan los hechos con los sueños que he tenido. ¿Estamos casados?
—No, cariño, no llegamos a hacerlo.
—O sea que... todavía no te he atrapado.
—No, sigo siendo uno de los solteros más codiciados de Manhattan.
—En mis sueños me seguía viendo con la panza.
—Porque en tus últimos minutos de conciencia aún la tenías.
—Tú me gritabas que no te dejara.
—Corría contigo en brazos pidiéndote eso; no esperé a la ambulancia, te metí en el coche de Maverick y te trajimos. —Comencé a llorar, pues, aunque quería evitar hacerlo, las lágrimas desbordaban mis ojos—. Mi amigo, a quien quiero como un hermano, os salvó la vida. Tuve tanto miedo de perderos...

Nicole

A medida que los días pasaron, poco a poco me empecé a sentir más fuerte; mi hijo y yo estábamos vivos de puro milagro.

Ansiaba tanto amamantarlo, pero mi cuerpo había tenido tantas toxinas que no era posible. Aún me quedaban cuatro días más de tratamiento con antibióticos de los diez que me pautaron inicialmente y, según el médico, hasta dentro de un lapsus de tiempo que oscilaba entre los seis y los doce meses, mi cuerpo no funcionaría de forma normal.

Mila había venido a vernos y casi se me paró el corazón cuando la oí llamarme *mamá*. A pesar de que todavía estábamos todos asustados, nos sentíamos felices.

Por suerte, ya me sentía con fuerzas para sostener a mi hijo, lo que más ansiaba era recuperarme por completo y podernos ir los cuatro a casa.

Luka no se había apartado de nosotros en ningún momento, salvo un día que entre Cala y yo lo obligamos a que se fuera a dormir con Mila, puesto que ella también lo necesitaba. Sin embargo, esa niña siempre nos acababa sorprendiendo, porque, cuando él llegó, también lo regañó por habernos dejado en el hospital.

* * *

Después de doce días, me dieron el alta.

Cuando llegué a casa, me encontré con una fiesta de bienvenida en la que estaban todos nuestros amigos y familiares. *Jor-El* no se despegaba de mi lado, pues estaba muy curioso con el niño. Luka me miraba malhumorado, pero era preciso que el animal también se familiarizara con el bebé.

Cuando decidí ir a acostar al niño, me encontré con su cuarto terminado de decorar. La cuna principesca que Sébastien le había regalado refulgía en medio de la habitación, que combinaba a la perfección los acabados peltre y crema de las paredes, los empapelados y los muebles, mientras que la alfombra, los muñecos y la ropa de cama era todo en celeste pastel.

—Los muñecos de peluche los elegí yo.

—Son todos preciosos, Mila, ¡qué buen gusto tienes! —le dije a la pequeña.

—Toma, Nicole, éste es mi regalo para mi hermano; lo compré con la venta de las joyas que fabrico.

—¡Ni te imaginas lo que nos costaron esas joyas! —intervino Drake, y cuando lo miré me fijé en que parecía un arbolito de Navidad con todos los collares que llevaba en el cuello.

—Tío Maverick, tú no te has puesto tu collar —lo regañó de inmediato.

—Oh, sí, claro que lo tengo puesto.

Se lo sacó de debajo de la camiseta.

—Bueno, déjalo por fuera, porque se usa así.

Puse a Luciano en su cuna, y me senté en el sofá para abrir el obsequio que Mila le había comprado a su hermano.

Era una cadenita con un colgante que tenía grabadas unas letras, «BBITW». No quería herir los sentimientos de la pequeña, que me miraba ilusionada y orgullosa; por suerte, Isabella, que advirtió mi desconcierto, intervino.

—Mila, dile lo que eso significa.

—Mejor hermano del mundo.

—Qué significado más bonito. ¿Y a quién se le ocurrió?

—A mí solita. La tía me llevó a comprarlo.

—Y todos colaboramos comprando collares —acotó Cala.

Levanté la vista y comprobé que todos los presentes lucían los collares de Mila.

En ese momento Luka se acercó a su hermana y la besó en la sien.

—A veces eres una perra y tengo ganas de retorcerte el pescuezo, pero siempre reconfortas.

—Basta, estúpido, hoy es un día de alegrías.

Cuarenta

Ocho meses después...

Luka

Dicen que a la tercera va la vencida. Sólo esperaba que en esa ocasión fuera cierto, porque no había nada que ansiara más en la vida que el hecho de que Nicole fuera finalmente mi mujer ante la ley.

La primera vez planeamos una boda sencilla, y no pudo ser debido a que algunos malentendidos nos separaron, pero lo superamos y lo volvimos a intentar. En esa segunda oportunidad nos decantamos por una boda tradicional y con un festejo por todo lo alto; estábamos ansiosos por mostrarles a todos lo mucho que nos amábamos y la familia ideal que estábamos dispuestos a formar; sin embargo, tampoco fue posible, el parto de Nicole se desató de improviso aquel día, y ella y mi hijo casi que no salen de ésa. No obstante, todo pasó, y ahora ambos gozaban de buena salud.

Lo cierto era que sentíamos nuestra boda como una asignatura pendiente en nuestras vidas y queríamos concretarla, así que Nicole y yo decidimos volver a intentarlo; esa vez resolvimos hacer un festejo sólo para los más íntimos, para esos que nos habían acompañado en las buenas y en las malas; para la familia más cercana y para los verdaderos amigos, para los que sabíamos que estarían a nuestro lado a lo largo de toda nuestra vida.

Lo único que esperábamos era sorprenderlos. Esa boda que planeamos no era sólo una celebración por nuestra unión, sino que queríamos que disfrutaran y se sintieran tan agasajados como nos sentíamos nosotros por contar con ellos.

Elegimos marzo para hacerlo. Sébastien y Loreley eran los únicos que estaban al tanto de todo, porque necesitábamos dos cómplices en el lugar. Aos, Liam y el resto del personal de seguridad, por supuesto que también lo sabían, ya que no nos movíamos a ninguna parte sin ellos.

La excusa que les habíamos dado a nuestros seres queridos era ir a festejar el Mardi Gras, los carnavales de Nueva Orleans.

Bueno, en realidad todos creían que venían a eso.

Ya hacía una semana que Nicole, los niños y yo estábamos instalados en NOLA; por fin estrenábamos la mansión sureña que había comprado para ella, porque esa casa la había adquirido para complacerla, aunque no podía negar que le había tomado cariño a esa ciudad. Allí podíamos disfrutar de una vida muy apacible, lejos de la locura que es vivir en Nueva York.

Mi mujer estaba echada en el borde de la piscina tomando el sol, mientras que yo jugaba en el agua con nuestros pequeños. Luciano acababa de cumplir los ocho meses y estaba cursando lo que los especialistas definen como *angustia por separación*; es decir, quería estar todo el día colgado de su madre. Y eso no era lo único que notábamos en él: el crío estaba en esa etapa en la que quería tocar todo lo que veía, necesitaba experimentar sensaciones táctiles, y ya había empezado a gatear; por tal motivo había que estar todo el tiempo detrás de él, y mi bellísima mujer, entre el trabajo y el cuidado de los niños, andaba agotada.

El pediatra nos había recomendado una estimulación temprana, y lo apuntamos a natación; sin embargo, a nuestro hijo ni siquiera esa actividad física lo rendía.

A simple vista la piscina parecía un parque acuático para bebés, pues estaba llena de inflables, y Luciano en medio, dentro de su flotador con sombrilla.

—Papiiiii, yo también quiero jugar contigo.

—Espera que le toque el turno a mamá para cuidar a Luciano y jugamos — le contesté a Mila, que estaba un poco celosilla de su hermano, aunque ella lo adoraba y no lo descuidaba ni un solo momento; estaba manejando bastante bien el hecho de no ser la única en llamar la atención.

—Ya os he oído. Voy a meterme en el agua, porque el calor no se aguanta, así que aprovechad para jugar.

Mi mujer había recuperado su figura por completo e incluso estaba más apetecible que antes de parir; sus caderas se habían ensanchado y ese biquini blanco le quedaba de infarto. El problema residía en que, encontrar un momento para follarla, cada vez resultaba más complicado, los niños eran los amos absolutos de nuestro tiempo.

Se dio un chapuzón y luego se acercó a mí.

—¿Te he dicho que te amo?

—No me engatuses, Bandini, que nunca terminas tus turnos con el crío.

La tomé por el mentón y le encajé un besazo. Luego me zambullí y salí tras de Mila, levantándola sobre mis hombros para que ella saltara una y otra vez desde allí; la pequeña parecía no cansarse jamás.

Después de un rato... ¡Aleluya!, llegaron nuestros salvadores.

—Tío Sébaaaaaastien, tía Loooooore —gritó Mila al verlos.

—Hola, tesoro.

—Ven aquí, tío.

—Ok, ahí va el tiburón sureño de Nueva Orleans —dijo Bastien mientras se quitaba la camiseta y las chanclas para zambullirse en el agua.

Aprovechando la distracción de los niños, Nicole y yo salimos de la piscina e informamos a Mila de que nos íbamos de compras; lo cierto era que había pactado con nuestros amigos una hora de entretenimiento en la piscina, para follar a mi mujer sin interrupción.

—Ven aquí.

—¿Está puesto el cerrojo?

—Sí, lo he puesto; despreocúpate, nadie entrará, nadie subirá, nadie llorará... Loreley y Bastien no lo permitirán, seguro que lo tienen todo controlado.

Le quité el biquini y lo arrojé al suelo; de inmediato me apropié de sus tetas, Dios, cómo me gustaban sus pechos, amaba meter sus pezones en mi boca y mordérselos.

Mientras trabajaba sus puntas con mi lengua, me bajé el bañador; mi polla estaba ya muy dura y sólo pensaba en cómo iba a enterrarme en ella. La cogí en volandas y la tiré sobre la cama.

—Nic, si no hubiera conseguido follarte hoy, creo que de mis ojos habría empezado a derramarse el semen, porque se ha acumulado tanto que está llegando hasta mi cerebro.

Nos reímos, pero las risas no fueron suficientes para distraernos.

La puse a cuatro patas sobre la cama y pasé mi mano por su coño depilado, que ya estaba húmedo y preparado para mí; luego me incliné y le pasé la lengua, recogiendo su humedad, le di la vuelta abriendo bien sus piernas y volví a enterrar mi lengua en ella. ¡Mierda!, mi polla no dejaba de saltar, estaba preparándose para el festín. Continué lamiéndola, pasé mi lengua por los labios de su vagina y luego giré sobre su clítoris; finalmente, utilicé mi barbilla para hacerla saltar con el contacto de mi barba.

—Oh, Dios, Luka.

—Sí, Nic, soy tu dios, soy todo lo que quieras que sea.

Me posicioné en su entrada, necesitaba asegurarme el primer orgasmo, así que la follaría rápido y fuerte, y luego se lo haría despacio y suave. Todo era por prevención, pues estar rodeado de niños me había hecho volver precavido; los segundos eran muy valiosos en nuestro tiempo a solas. Ante la posibilidad de cualquier interrupción, siempre era bueno asegurarse el primero... pero mi mujer era una golosa y, cuando me quise enterrar en ella, me dijo:

—Acuéstate.

—Oh, no cariño, déjame follarte.

—Acuéstate —volvió a ordenarme, y yo no podía negarle nada que ella me pidiera, así que me tendí en la cama, dispuesto a ver cómo perdía mi polla en su preciosa y carnosa boca.

No había otra mujer que chupara mi verga como lo hacía ella. La agarré por la nuca y empecé a mover mis caderas follando su boca. Entonces paró y se subió a horcajadas sobre mí, empezando a cabalgarme; se enterró en mí gritando mi nombre.

—Madre mía, Luka, esto es maravilloso.

Me aferré a sus tetas; el bamboleo de éstas haría explotar mi cerebro. La dejé que montara un poco más mi dureza y luego le di la vuelta.

—Nic, ponte boca abajo.

Metí mi polla en su vagina y la bombeé hasta que la sentí apretarme con sus músculos; entonces saqué mi miembro y, lentamente, empecé a enterrarme en su culo, caliente y prieto.

—Joder, nena, esto es el paraíso. Amo tu culo, amo follarte, amo que me exprimas hasta la última gota de placer.

Seguí follándola, cada vez más fuerte; mi pelvis chocaba con sus nalgas y oía el chasquido de nuestras carnes frotándose... hasta que los dos alcanzamos la cumbre y nos dejamos ir.

Nos quedamos tendidos recuperando el aliento, pero ya listos para una segunda vuelta. Estábamos dispuestos a no desaprovechar el tiempo a solas. Adoraba que esa mujer poseyera mi cuerpo y mi alma; ella me hacía sentir domesticado, pero no me importaba porque me hacía muy feliz.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano. Los niños tenían un reloj incorporado y no importaba si eran vacaciones o días de fiesta, ellos continuaban despertándose siempre a la misma hora y eran nuestra alarma personal.

De todas maneras, ése era el gran día; por tal motivo, el madrugón no nos costó nada. Estábamos listos para que todo comenzara.

—Todo saldrá genial, ya verás —me dijo Luka cuando me alcanzó con los niños en la cocina; yo preparaba el desayuno para todos.

—Estoy muy emocionada.

—Lo sé, cariño; yo también lo estoy.

Mi tigre me dio un beso para tranquilizarme, diciéndome tácitamente que no tenía de qué preocuparme. Su aroma se filtraba por mi nariz y se metía en mi piel, en mis huesos, en mi alma, haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo. Lo miré cuando se apartó; era perfecto y cada día me hacía sentir más enamorada. Además, no sólo lo era estéticamente, Luka era el mejor padre y el mejor compañero que jamás hubiese podido elegir para compartir mi vida. Se veía tan fuerte, tan indestructible... adoraba su físico tanto como adoraba su bondadosa alma.

Cuando Luka estaba en casa disfrutaba plenamente de su rol de padre. En ese momento sostenía a Mila en su cadera y tenía a Luciano montado en su cuello; éste ya estaba estirando sus brazos hacia mí, pero no le hice caso.

Terminamos de desayunar y nos apresuramos para ir a esperar el avión privado de Bandini Group, el cual llegaría con nuestra familia y amigos.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto Louis Armstrong de Nueva Orleans, todos nuestros seres queridos vestían de blanco, acorde a las consignas que habían recibido de nosotros.

—Traed vuestro equipaje —les indicamos.

Después de saludarlos y darles una muy afectuosa bienvenida agradeciéndoles que aceptaran nuestra invitación, los llevamos a un estudio fotográfico, donde dejamos plasmado el momento en una sesión que compartimos junto a ellos; también hicimos algunas tomas durante el recorrido que dimos por la ciudad.

Tras sacar varias fotografías, nos separamos. Celeste se llevó a los niños y los adultos nos dirigimos hacia al barrio francés, donde ya habían comenzado los festejos por el inicio del Mardi Gras. Durante los siguientes cuatro días de fiesta, toda la gente salía a beber y a bailar por las calles, así como a ver el desfile de carrozas, mientras que éstas, a su paso, lanzaban los tradicionales collares. Las

personas más osadas, cuando los conseguían, se desnudaban el torso; por supuesto que los más entusiasmados ante el espectáculo eran Drake, Maverick, Spencer y Sébastien; a Kevin mi cuñada lo tenía atado en corto, manejándolo con la mirada... Isabella parecía un sargento de caballería.

A la hora en que empezó a bajar el sol, los llevamos a todos al hotel InterContinental para que se instalaran en las habitaciones que habíamos reservado a su nombre; pactamos un horario para volver a reencontrarnos y les indicamos que se vistieran con la ropa de cóctel que les hicimos traer para continuar con la velada que planeamos.

Nosotros también fuimos a cambiarnos y a recoger a los niños, que estaban al cuidado de Celeste en nuestra casa. Ella había venido de Nueva York para pasar con nosotros esos cuatro días.

Tras volver a reunirnos con nuestros familiares y amigos, nos dirigimos a uno de los salones del hotel, donde se ofreció un banquete con el que los agasajamos. Después de que todos estuvieran satisfechos, Luka pidió silencio y les preguntó:

—¿Os estáis divirtiendo? Nicole y yo realmente ansiamos que lo estéis pasando muy bien.

—Muchísimo —contestaron todos a la vez.

—Habéis pensado en cada detalle —agregó Cala—, y todo es exquisito y muy festivo desde que llegamos, un día muy diferente.

Mi mirada escaneó a cada uno de ellos; no faltaba nadie, porque incluso Poppy había podido venir.

También estaban Joss, Chiara, Loreley, Spencer, Drake, Maverick, Sébastien, Kevin, Isabella, Eloise, Aerin, nuestros hijos, Mila y Luciano, mi rechoncho bebé que en esos instantes dormía en brazos de su abuela; incluso estaban Steve, Jack, Aos, Liam, Max, Madisson, Celeste y mis abuelos, que, aunque eran mayores, igual participaban de todo.

Me acerqué y les di un beso a cada uno; desde que los había conocido intentaba verlos lo más a menudo que podía; los tres ambicionábamos recuperar de alguna forma el tiempo que nos habían robado. Lo mejor de todo era que a través de ellos por fin podía sentir que conocía a mi padre, porque ellos me hablaban siempre de él, recordándolo en todo su esplendor como piloto de Fórmula 1. Sentía que mis abuelos eran mi verdadera familia, la que nunca había tenido; adoraban a Luciano y también a Mila, aunque ella no llevara su sangre, y no era extraño, pues esa niña se hacía querer de inmediato, cautivando los

corazones de toda persona que la tratara. Ni hablar del cariño que le tenían a Luka, lo llamaban su genio escondido en la lámpara, pues decían que él nos había devuelto el vínculo que siempre soñaron tener conmigo.

—Nos gusta saber que lo estáis pasando muy bien —comentó Luka cuando volví a su lado. Me cogió por la cintura, pegándome a él, y me miró a los ojos. La emoción me embargó al saber que había llegado la hora, pero la contuve—. En realidad —dijo antes de dejar un beso en mi boca y luego mirándolos de nuevo a todos— tenemos planeado que la noche culmine con el verdadero motivo por el cual os hemos hecho venir.

En aquel momento las puertas del salón se abrieron y un juez entró.

—¡¡Sorpresaaaaa, nos casamos!! —dijimos los dos.

Nadie podía creerlo. Les explicamos que habíamos planeado un casamiento al revés, ya que todas las otras veces los intentos habían fallado; así que habíamos decidido disfrutar de un día de fiesta con ellos y con suerte, si nada ocurría, al culminar la noche nos casaríamos.

Después de que diéramos el sí, brindamos con champán y, finalmente, los dispensamos de todo compromiso para que pudieran irse a descansar; nosotros también queríamos estar a solas.

Cala e Isabella se ofrecieron para cuidar de los pequeños y que así tuviéramos nuestra noche de bodas. Luka quiso que nos quedásemos en el hotel, pero preferí que nos fuéramos a casa; quería disfrutar de mi esposo en nuestro hogar, y mi tigre me prometió una noche de sexo escandaloso.

* * *

Acabábamos de darnos una ducha después de hacer el amor; lo sentía más mío que nunca, por fin éramos esposo y esposa.

Permanecimos recostados en una tumbona; ambos estábamos en bata, en el balcón de nuestra habitación, mirando las estrellas del cielo de Nueva Orleans.

—Señora Bandini, ¿cómo se siente?

—Oscilando en una nube de felicidad, incluso creo que siento campanas sonando a nuestro alrededor. —Nos reímos, y me acurruqué más en sus brazos; no había mejor lugar donde descansar, él me hacía sentir perfecta. Levanté el rostro, perdiendo momentáneamente el contacto con su piel, y busqué su mirada color plata, aquilatándome en esos ojos cautivantes. Luka me miraba como si yo

fuera el premio mayor; encandilada, admiré una vez más esa heterocromía que tan misteriosa hacia su mirada y recorrí el hoyuelo que se le formaba en el mentón.

—¿Más champán, señora Bandini?

—Por favor, esposo.

Volvimos a brindar por nosotros, volvimos a besarnos, a saborearnos; éramos los mismos, pero nos sentíamos diferentes; por fin lo habíamos conseguido, por fin nos habíamos unido en matrimonio, haciendo que todos nuestros sueños se convirtieran en realidad.

—No puedo creer que finalmente seas mi esposa. —Mantuvo la mirada fija en mí hasta que moví una mano para acariciarle el cabello, corto a los lados pero largo en la parte superior; despejé los rizos de su frente y recorrí la barba y el bigote que desde hacía un tiempo usaba, un fetiche que mantenía para darme placer.

Me parecía imposible estar sin tocarlo; nuestros días jamás eran monótonos, ya que nos encargábamos a diario de que no lo fueran. Los niños ponían su cuota, por supuesto, y estábamos sumamente felices de la familia que juntos habíamos formado. Luka hacía que cada día me enamorase más de él, y él decía que yo hacía lo mismo.

—Ajá, ya te atrapé, grandullón —le dije mientras me subía a horcajadas encima de él; pasé las palmas abiertas de mis manos por sus pectorales abriéndole la bata y sintiendo cómo contenía la respiración; me encantaba saber que mi toque lo ponía a mil como la primera vez que estuvimos juntos. Aún recordaba como si hubiera sido ayer cuando arranqué los botones de su camisa y le acaricié el torso; su mirada ese día se había vuelto oscura, y su respiración se había tornado sibilante; no hacía mucho que me había confesado que esa vez se marchó asustado de todo cuanto había sentido al estar junto a mí. «Mi Trojan.» No pude evitar sonreír por el apodo que le había puesto Poppy.

—Cariño —cogió mi mano, me chupó los dedos y también los mordisqueó —, me atrapaste desde el día en que me rechazaste en el Palace; aún antes de darte la vuelta y ver que se trataba de ti. —Me miró entre las pestañas y levantó una ceja—. Tu culo ya se había adueñado de mi bragueta.

Un largo y dramático suspiro escapó de mis labios entreabiertos; estaba sedienta de él otra vez; al recordarlo con Mila entre sus brazos, lo protector que me había parecido esa noche, lo enorme y seguro que me había hablado, mi núcleo volvió a reclamarlo.

Luka esbozó una sonrisa victoriosa al darse cuenta de que ya me tenía otra vez caliente y hambrienta entre sus brazos, y su polla saltó bajo mi trasero.

—Eres mía, señora Bandini, por fin eres completamente mía.

—Hace tanto tiempo que lo soy...

—Mmm, pero ahora me encanta que hasta tu apellido sea el mío, eso me hace sentir absolutamente tu dueño.

Abrió un poco mi bata y mordisqueó mi hombro; mi espalda se estremeció y algo empezó a arder en mi pecho.

—Tu piel es tan perfecta...

Bajó más mi negligé y acarició la parte de mi omóplato, donde antes estaba la cicatriz del tatuaje que ahora había desaparecido por completo, gracias al trabajo de borrado de un centro de estética que Luka me recomendó. Estaba sumamente agradecida por poder mirarme al espejo y no ver más esa horrible huella que me recordaba un pasado que junto a Luka ya casi estaba consiguiendo enterrar.

Cerré los ojos y alejé mis pensamientos, no quería que éstos empañaran nuestra noche, y me dejé llevar por la maravilla que era sentir sus labios sobre mi piel; mi corazón siempre explotaba con su contacto.

—Gracias por ser todo lo que jamás imaginé, gracias por ser mi sueño hecho realidad, por mirarme cada día como si yo fuera tu premio mayor.

—Lo eres, que no te quepan dudas —dijo mientras chupaba mi cuello.

De pronto me sobresaltó un ruido que me llegó proveniente de la planta baja.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he oído nada. Ven aquí... te haré el amor bajo el cielo de Nueva Orleans, quiero que las estrellas sean testigo de cómo me entierro bien profundo en ti; voy a follarte muy duro y te haré tener varios orgasmos, señora Bandini; quiero que grites mi nombre muy fuerte y que toda la ciudad se entere de lo felices que somos.

—Espera, Luka, te aseguro que he oído ruido abajo. A os y Liam, ¿dónde están?

—Te dije que les di la noche libre. Quería hacerte gritar mucho y no podía arriesgarme a que nadie te oyera. —Me guiñó un ojo—. Cariño, estás sugestionada porque sabes que estamos solos, pero la casa es muy segura, no hay de qué preocuparse.

Dejé que me besara un pecho, pero yo seguía tensa.

Levantó la cabeza, estudiándome.

—¿Te quedarías más tranquila si voy a ver?

—Por favor, te juro que he oído ruidos.

—Muy bien, ahora regreso; iré a revisar las alarmas.

—Ok, no tardes; quiero que me hagas chillar otra vez, quiero gritar toda la noche por el placer que me da mi esposo.

—Quítate la bata y espérame desnuda, que ya vuelvo.

Luka tardaba y yo me estaba impacientando. De pronto se oyeron unos ruidos, como si algunas cosas se estuvieran volcando; grité, llamándolo, pero no me contestó. Me puse la bata y me aproximé, temblorosa, a la puerta. Dudé en abrirla; sin embargo, algo tenía que hacer... inmediatamente percibí pisadas y una especie de forcejeo más cerca, seguidos de puñetazos y quejidos.

Chillé atemorizada...

—Cariñoooooo, ¿qué pasa? Lukaaaaaaaaa.

—Traba la puerta, Nicole —gritó atropelladamente—. No vas a entrar ahí, hijo de puta, no lo harás —le espetaba, gritando, a alguien—. Llama a Aos o a Liam, Nicole, ¡¡y enciértrate!! —alcanzó a gritar mi marido, y entonces se oyó un puño estrellándose en él.

Estaba muy asustada, me sentía paralizada; era evidente que unos intrusos habían irrumpido en la casa, pero necesitaba tranquilizarme para poder ayudarlo.

Puse el cerrojo a la puerta tal como Luka me indicó y traté de alejar el pánico; resultaba muy difícil hacerlo. Mi mente de inmediato voló y pensé en nuestros hijos, y un escalofrío me recorrió el cuerpo y me sentí agradecida de que ellos no estuvieran en la casa. Fuera Luka seguía forcejeando con alguien, me llegaba el sonido de las trompadas contra los cuerpos.

—Lukaaaaa, háblame, cariño, háblame para saber que estás bien.

—Llama a Liam, llama a Aos —me contestó entre quejidos.

Me cubrí la boca y respiré con profundidad a la vez que buscaba atropelladamente el teléfono. Marqué, pero ni Aos ni Liam contestaron; probé con Max, ya sabía que él era además uno de nuestros guardaespaldas, e incluso lo intenté con Madisson, que también lo era, pero era obvio que todos se habían ido a los festejos de la noche del Mardi Gras. Busqué el móvil de Luka y llamé a Maverick, a Spencer, a Drake... pero nadie contestaba. Volví a coger el mío y llamé a Lore, a Bas, los llamé uno por uno a todos; había algo muy raro en todo aquello, porque ni siquiera Isabella o Cala contestaban.

Una idea se me pasó por la cabeza, así que marqué el número de Luka para

comprobar si era cierto lo que sospechaba... tampoco sonaba, era evidente que habían bloqueado nuestras líneas. Saber eso me asustó todavía más, ya que significaba que los que habían irrumpido en nuestra casa eran profesionales y que sabían lo que estaban haciendo, y que además tenían un plan. Cogí su móvil y marqué mi número haciendo un último intento, pero los teléfonos estaban muertos.

—Abre la puerta o lo mato; enviudarás el mismo día de tu boda, estúpida zorra — soltó de pronto una voz al otro lado.

«No —pensé—, esto no puede estar pasando otra vez.»

—No abras; llama a Aos o a Liam. —La voz de Luka me decía que estaba agotado.

—Los teléfonos no funcionan —grité. Mi cuerpo temblaba y no podía detener mi pánico.

Se oyeron más forcejeos y golpes.

—Idiota, deja de hacerte el héroe, de todas formas llegaré a ella. No tienes ninguna posibilidad, Bandini; éste es mi juego y yo seré el vencedor.

Me tapé los oídos, no quería oír esa voz, no quería dejar que me paralizara el terror. Cerré los ojos con fuerza y pensé en el rostro de mi hijo mirándome y también en Mila abrazándome y diciéndome cuánto me quería.

—Ábreme la puerta, puta; abre o, cuando te agarre, te follaré hasta que no puedas caminar y lo haré mientras él te mira.

Estaba paralizada; por desgracia conocía muy bien esa voz... era él, pero no podía ser cierto. Todo tenía que ser producto de mi mente enferma; intenté tranquilizarme y pensar.

—¡¡Abre la puertaaaaa!!

—No lo hagas, Nicole; pase lo que pase, no abras. —Luka parecía sin fuerzas.

Miré hacia el balcón y pensé en bajar por ahí; tal vez de ese modo podría llegar a la salida y conseguir ayuda. Pero era poco probable poder saltar desde ese lugar.

Corrí hasta allí y miré al vacío; realmente no estaba segura de poder lograrlo, ya que estábamos en una mansión sureña de doble altura.

Volví al dormitorio y busqué la tableta de Luka, pero no estaba por ningún lado; de todos modos, estaba casi segura de que tampoco habría conexión de Internet.

—Abre la puerta, puta de mierda; abre ahora mismo, porque estás

haciéndome enfadar y cuando te ponga una mano encima será peor.

—No lo hagas —vociferó Luka—. No lo escuches, Nicole; bloquea su voz y escúchame a mí.

—¡Luka! —grité hasta que la garganta se me desgarró—. ¡Luka! —volví a gritar una y otra vez, hasta que mi voz sonó errante y mis piernas flaquearon, cayendo de rodillas al suelo. Intenté ignorar el dolor que me traspasaba el pecho, la habitación se tornó borrosa y sentí las lágrimas derramarse de mis ojos.

—Nadie vendrá a salvaros, ¡puta!, nadie os ayudará. Abre y haz las cosas más fáciles, o seguiré golpeándolo hasta matarlo.

Luka ya no decía nada.

¡Dios!, mi corazón se estrellaba demasiado fuerte contra mi pecho, no podía respirar.

De repente se oyeron más y más golpes y quejidos; le estaban pegando a mi esposo, lo iban a matar y yo no sabía qué hacer para ayudarlo.

Mi peor pesadilla, entonces, empezó a aporrear la puerta; impactaba contra ésta intentando derribarla, y la madera temblaba, amenazando con ceder del marco. Mientras lo hacía, seguía diciéndome todas las cosas horrendas que me haría cuando me tuviera en su poder.

Volví a mirar hacia el balcón y éste me pareció mi única escapatoria; no estaba dispuesta a que él me volviera a atrapar, tenía que llegar a la salida y salvarnos, tenía que hacerlo por nuestros hijos, tenía que hacerlo por mi amor.

Trepé la baranda del balcón, y me puse del revés, con el cuerpo hacia el vacío; si lograba colgarme y balancearme, tal vez conseguiría no lastimarme tanto.

La cerradura de la puerta cedió, y él entró.

No estaba equivocada, era él, era Lezek.

Los músculos de su cuello y de sus hombros se abultaron, y su boca lucía asquerosamente brillante como siempre, empapada por su saliva; me dio mucho asco.

Me quedé aferrada del balcón, sintiendo el torrente de mi sangre bombear a través de mis venas. Lezek dio un paso al frente y, como un cataclismo en mi cuerpo, su olor invadió mis fosas nasales.

Transcurriera el tiempo que transcurriese, jamás podría olvidarme del olor que emanaba de su piel, jamás olvidaría la sensación de tenerlo sobre mí, violándome, y aunque no quería que eso sucediera, los demonios del pasado se erigían una vez más, paralizándome; podía sentir su aliento en mi cuello

mientras él se deslizaba dentro de mí, frotando su asquerosa y sudorosa piel contra la mía, gimiendo en mi oído mientras me apuntaba con un arma en la cabeza, luego sentí la sensación de él saliendo de mí, y riéndose.

Mi respiración se tornó más pesada, mi pecho se agitó con más fuerza y percibí la sensación de aquel día, cuando sus manos, después de violarme, me sostuvieron el brazo para inyectarme droga en las venas... el olor avinagrado de la heroína, la sensación de quemarme por dentro, la pesadez en mis extremidades. Mi mente adormecida como aquel día, mirando el techo mientras él y otros hombres se enterraban dentro de mí una y otra vez; asquerosos sádicos, enfermos violadores, el ruido de los obturadores de la cámara tomándome fotografías.

Estaba dentro de un *flashback* que no me permitía moverme... pero entonces algo me hizo reaccionar y la resolución se instaló en mí.

Como un niño asustadizo, mi corazón se aceleró y mis fosas nasales se abrieron intentando tomar más aire.

Algunas mentes, cuando se rompen, jamás vuelven a su estado normal y simplemente quedan dañadas para siempre. Lezek había tenido ese poder sobre mi cerebro, pero ya no lo tenía; no podía dejarme vencer, tenía muchas razones para luchar, él no me atraparía, tenía que intentarlo por mis hijos y por Luka.

Sentí cómo la sangre continuaba pulsando en mi cuello y ladeé la cabeza para mirar hacia atrás, hacia el vacío, mientras ese malnacido continuaba acercándose a mí.

Me arrojé sin importarme las consecuencias y mi cuerpo flotó en el aire en caída libre, experimenté una sensación de ingravidez sin fin, pero todo era preferible a que él volviera a ponerme las manos encima.

Luka

Estaba atontado por tantos golpes, pero logré ponerme de pie. Cuando Lezek derribó la puerta, me levanté cojeando y alcancé a abalanzarme sobre él. Sentía que mi cuerpo ya no tenía más fuerzas, pero por ella las sacaría de donde fuera; no iba a permitir que esa bestia volviera a ponerle una mano encima a mi esposa.

Lo golpeé en la nuca y logré derribarlo, y vi justo el momento en el que ella se lanzaba por el balcón. El otro hijo de puta que estaba con Baroswki, tras dejarme antes tirado en el suelo, había salido corriendo hacia abajo, quizá anticipando lo que ella podía hacer.

Me dolía muchísimo la pierna, estaba seguro de que la tenía rota. ¡Joder!, dolía como mil demonios, pero empecé a descender las escaleras, tenía que ir a ayudar a Nicole.

Nicole

Mi cuerpo se estrelló contra unos arbustos situados en la entrada y éstos amortiguaron levemente la caída. Estaba magullada por todo el cuerpo, incluso mis piernas y mis brazos chorreaban sangre por los arañazos de las ramas, me dolía todo el cuerpo; no obstante, logré ponerme de pie. Me ajusté la bata mientras comenzaba a correr. Grité pidiendo socorro, alguien tenía que oírme. Aunque era una finca muy grande, estaba convencida de que esos gritos en plena noche no pasarían desapercibidos. Sin embargo, nadie en el vecindario parecía oírme; era Mardi Gras y lo más probable era que la gente no estuviera en sus hogares, puesto que para esas fechas todos salían a festejar el carnaval hasta tarde, así que no era extraño que nadie hiciera caso de mis gritos.

Me temblaban las piernas, tenía las plantas de los pies lastimadas y me dolía el costado y el hombro izquierdo, pero continué corriendo sin hacerle caso a los malestares, necesitaba salir a la calle y conseguir ayuda.

Llegué a la verja de la entrada y sacudí el portón de hierro intentando abrirlo, pero mi mala suerte seguía acompañándome, pues el inmenso pórtico estaba cerrado a cal y canto. Sin tiempo que perder, comencé a treparlo; sólo tenía que escalarlo de ida y vuelta y encontrar a alguien que me auxiliara.

Hice una mueca cuando una fuerza me cogió del pelo provocándome dolor, un jadeo salió de mi garganta y luego escalofríos recorrieron mi espalda cuando dos brazos me sujetaron, tirando de mí y estrellándome contra el suelo.

—¿Adónde crees que vas?

Contuve el aliento cuando logré ver quién era el que me detenía. Por unos instantes la confusión me invadió; sacudí la cabeza y no tardé en entender que él me había obstaculizado el escape, comprendiendo entonces que efectivamente no venía a salvarme. Empecé a luchar con éste en el suelo, pero el bastardo tenía

mucha más fuerza que yo y, además, estaba muy bien entrenado. Me sentía agotada, pero continué gritando y forcejeando con él; tras una maniobra que casi no le costó esfuerzo, mi espalda se estrelló contra el suelo y mi captor se sentó a horcajadas sobre mí. Con una mano intentó inmovilizarme cogiéndome por ambas muñecas y, aunque logré morderlo en el brazo, no pude detener los puñetazos que lanzó contra mi rostro con la mano que tenía libre; me golpeó una y otra vez, hasta que empecé a verlo todo borroso, la sangre bañando mi cara, el dolor adormeciéndome los sentidos.

Luka

En el momento en que logré alcanzar el último escalón de la escalera, el malnacido de Trevor Jackson entró por la puerta principal arrastrándola; la tenía cogida por el pelo y tironeaba de ella, obligándola a que caminara junto a él.

¿Por qué mierda no le había hecho caso? A Nicole jamás le había gustado ese tipo.

La arrojó a mis pies, y luego metió la mano en el bolsillo para sacar una papelina de cocaína, que no tardó en esnifar mientras nos apuntaba.

Nicole estaba prácticamente bañada en sangre, su rostro con evidencias de haber sido golpeada repetidamente y sus piernas llenas de arañazos, lastimadas.

Me incliné sobre ella para acunarla en mis brazos, al tiempo que el cañón de un arma se apoyó en mi nuca.

—¿Quién es el perdedor ahora, Bandini? —me preguntó Baroswki, que había vuelto a aparecer.

A patadas, nos llevaron a la mesa del comedor y nos hicieron sentar. Nicole no dejaba de toser, estaba en muy mal estado y la sangre chorreaba de su nariz; había un ojo que no podía abrirlo bien, y todo su hermoso rostro estaba desfigurado por los golpes que Jackson le había propinado. Me sentía impotente; esos hijos de puta me habían cogido desprevenido, el cabronazo de Jackson sabía que estaríamos solos y había aprovechado el momento.

Lezek me apuntaba en la nuca y Trevor tenía un cuchillo apoyado en la arteria carótida de Nicole; la sangre bañaba mi rostro también y no me permitía ver bien; tenía un corte en la ceja izquierda que no dejaba de manar.

Baroswki se alejó y luego apareció con mi portátil y lo puso frente a mí; el asqueroso de Trevor no dejaba de esnifar cocaína. Cogió un dispositivo que parecía un mando a distancia y tocó algunos botones.

—No intentes nada estúpido, Bandini, o tu mujer morirá frente a tus ojos — me indicó mientras desbloqueaba la señal de Internet.

Inmediatamente sacó un papel de su bolsillo y lo desdobló; se podía ver una extensa numeración. Lo colocó junto al portátil y me di cuenta de que era una clave bancaria porque después se leía el nombre de un banco en las Islas Caimán.

—Haz una transferencia electrónica de cuarenta millones a esa cuenta.

—Púdrete, cabrón —le contesté, recibiendo un puñetazo en los labios por parte de Lezek; el sabor de la sangre explotó en mi boca.

—Cálmate —chilló Jackson—. Si sigues así lo dejarás inconsciente, y lo necesitamos despierto para que realice la transferencia.

Entonces, cuando menos me lo esperaba, se dio media vuelta y le cruzó la cara de un tortazo a Nicole, derribándola de la silla.

—No le hagáis daño —vociferé, y mi grito sonó desgarrador; no era capaz de soportar que la torturasen sabiendo que no podía hacer nada para impedirlo. Trevor la pateó una y otra vez, hasta que ella pareció quedar sin fuerzas para quejarse.

La pesadilla se repetía; ambos habíamos pasado ya por eso y teníamos claro que lo único que nos mantendría con vida sería aguantar, ya que, si les dábamos lo que querían, nos matarían de inmediato.

—Luka, no les des nada —me rogó ella sin aliento desde el suelo.

Trevor era el más calmado, el hijo de puta se veía muy profesional.

Cogió una silla, la puso de revés y se sentó montándola.

—Ves, Lezek, no me haces caso; te dije que teníamos que conformarnos con lo que me pagó Andrea antes de morir, pero, tú, dale con que podíamos conseguir mucho más... —Chasqueó la lengua—. Las torturas funcionan sólo en las películas; en la vida real, la gente, por más miedo que tenga, sabe que, si da lo que se le pide, acabará muerta.

Jackson se limpiaba las uñas con el cuchillo mientras hablaba sin mirarnos a ninguno, pero en aquel momento Nicole se movió en el suelo y, demostrando que sus reflejos eran perfectos, Trevor lanzó su daga, apuñalando su pierna.

—Noooooooooooooooooooooooooooo —aullé intentando levantarme, pero me caí.

En el suelo, Baroswki empezó a patearme la pierna que tenía rota y el dolor casi me desmaya.

Trevor, que era el más centrado de los dos, lo detuvo y me agarró de la ropa para volver a acomodarme en la silla.

—Haz la transferencia si no quieres ver cómo continúo apuñalando todo su cuerpo; la despedazaré ante tus ojos. Consigue una muerte rápida para ambos y sanseacabó.

Jackson se acercó a Nicole y, removiendo el cuchillo antes de sacarlo, lo extrajo de la carne de mi mujer, provocando que ella gritara, agonizante por el dolor.

—No lo hagas, mi amor —jadeó sin fuerzas—; por nuestros hijos, no lo hagas — me rogó entre gimoteos y quejidos.

Lezek se movió y me enfrentó, ordenándome de nuevo que hiciera la transferencia, pero volví a negarme.

Volvieron a golpearme y luego Jackson se inclinó, esta vez para clavar el cuchillo en el muslo de Nicole. Retorció la hoja, la sacó y entró, acuchillándola varias veces en diferentes partes. Debajo de ella había un gran charco de sangre, y ya casi no reaccionaba debido a tanto dolor.

—¿Así que no quieres hacerlo? Bien, ahora verás cómo logro que empieces a teclear.

Baroswki cogió a Nicole del suelo y la obligó a ponerse de pie; luego la tiró sobre el respaldo del sillón y empezó a bajarse la bragueta. Entonces, una fuerza interior se apoderó de mí y me levanté para intentar abalanzarme sobre ellos, pero Trevor se levantó y gatilló en la cabeza de Nicole.

—Ups, la bala no ha salido, pero la próxima podría no fallar —dijo el falso escolta, llevándome al límite.

—No, por favor, no la mates, no lo hagas: os daré lo que queráis, basta ya.

Lezek estaba exaltado y mostraba su polla erecta, sacándola por la abertura de su bragueta. El hijo de perra se excitaba maltratándola; frotaba su inmunda verga sobre las heridas de Nicole y con su sangre dibujaba en su piel como si su verga fuera un pincel; mi mujer estaba paralizada, y yo sabía todo lo que su mente estaba reviviendo.

—Ves, zorrita, tu marido es un cabrón hijo de puta que prefiere su dinero antes que a ti, así es cómo te quiere, no vales nada para él. Por salvar sus millones, dejará que meta mi polla en tu coño.

—Déjala, maldición, o no transferiré ni un solo centavo.

El cabronazo de Baroswki se burlaba de mí, riéndose y manoseándola. Su mano vagaba por sus nalgas, le había arrancado la bata y la sostenía desnuda contra el respaldo.

—No llores más, mi amor, no llores, no dejaré que te pase nada —intenté tranquilizarla.

Empecé a teclear en el portátil, consciente de que, si les daba lo que querían, ése sería nuestro fin, pero no parecía haber otra salida. Me tomé todo el rato que pude en rellenar el formulario con los datos; intentaba estirar el lapso de tiempo mientras buscaba en mi mente alguna forma para que pudiéramos escapar, pero, por mucho que me esforzaba en hallarla, sabía que no lo lograríamos. Los dos estábamos demasiado heridos como para intentar escaparnos. Hice un primer intento colocando algunos datos mal; necesitaba ganar tiempo, de esa manera tendría que volver a empezar.

—Deja de pasarte de listo o me la follaré en tus narices, y luego la mataré.

—Lo siento, estoy nervioso; déjame intentarlo otra vez.

En aquel instante la puerta principal se abrió y un disparo impactó en la frente del hijo de puta de Jackson, matándolo en el acto.

Lezek levantó a Nicole del sofá cogiéndola por el cuello, y usándola de escudo le apuntó con el arma en la sien.

Aos había acudido para salvarnos; mi fiel escolta no nos había abandonado, el milagro volvía a suceder.

Mi guardaespaldas tenía a Baroswki en el punto de mira, apuntándolo con firmeza desde la entrada; respiraba con fuerza por la nariz, como un toro preparado para embestir.

—Mátalo, Aos, mata a ese hijo de puta.

Sabía perfectamente que no fallaría; estaba al tanto de que podía hacer un tiro certero, pues había sido un gran francotirador mientras formaba parte de los boinas verdes.

Mi escolta descontracturó su cuello, haciéndolo sonar sin apartar la vista de ellos.

—Baja el arma o la mato —le ordenó la bazofia, pero estaba temblando. Él sabía, al igual que yo, que Aos no fracasaría.

—Mátalo, Aos, mátalo —le ordené de nuevo.

Todo ocurrió en segundos. Vi cómo su mano empezó a bajar y no podía creer que mi guardaespaldas se rindiera tan fácilmente; entonces quise abalanzarme sobre Lezek al tiempo que MacGregor dijo:

—Chao.

En ese momento, un tiro estalló, impactando en el brazo de Lezek, seguido de otro que le dio en pleno cráneo, provocando de esta forma que éste se desplomara en el suelo y arrastrara a Nicole con él.

Fue casi lo que dura un pestañeo el tiempo que Aos tardó en levantar el arma y dispararle en el brazo a Baroswki, desestabilizando el tiro que salió del arma de éste.

Aunque estaba atónito por la sincronización de los movimientos de mi escolta, estaba seguro de que había oído tres disparos. Miré aturdido a mi derecha y descubrí que Liam también estaba ahí. Había aparecido desde la cocina y era quien acababa de rematar al proxeneta destrozando su cabeza.

Me arrastré hasta Nicole desoyendo los dolores de mi pierna rota, la arranqué de encima del cuerpo sin vida de Lezek y la acuné contra mi pecho, cubriendo la desnudez de su cuerpo con su bata. Acaricié su espalda; mi mujer estaba en *shock* y no reaccionaba, así que comencé a hablarle, esperando que mi voz y mis besos la calmaran.

—Ya está, Nic, ya nunca más ese hijo de puta te va a volver a tocar; ya pasó todo, mi amor, ya está. Estás otra vez entre mis brazos y no me apartaré de ti; estamos a salvo, mi vida, y muy pronto estaremos junto a nuestros hijos.

»Llamad a una ambulancia, está perdiendo mucha sangre —les ordené, cuando vi su muslo apuñalado.

Liam desapareció durante unos instantes después de que se cerciorara de que ambos estuvieran bien muertos. Tras unos segundos, regresó rápidamente con toallas desde el baño para taponar las heridas de Nicole y tratar de detener la hemorragia mientras la ayuda llegaba. Mientras tanto, Aos llamó a la asistencia médica.

Lentamente Nicole empezó a salir del trance en el que estaba; comenzando a reaccionar, se aferró a mi cuello y se arrancó a llorar, al tiempo que nombraba a Luciano y a Mila entre gimoteos y sollozos. No se entendía muy bien lo que decía, pero creo que expresaba el temor que había sentido de no verlos más.

Cerré los ojos y la abracé con fuerza, y me lamenté en voz alta.

—Tendría que haber matado al hijo de puta de Baroswki el día que lo entregué a la policía. Perdóname por no haberlo hecho; lo siento, mi amor, perdón por no evitar que esto sucediera... pero ya todo pasó. No llores más, nada ni nadie puede separarnos.

Epílogo

Un mes después...

Luka

Regresamos a Nueva York.

Le hicimos creer a Mila que de nuevo habíamos tenido un accidente y que por eso estábamos magullados y yo, además, con una escayola en la pierna. Pobre cría, no ganaba para sustos con los padres que le habían tocado.

La madre de Nicole fue quien nos salvó. Al parecer, en un recóndito lugar de su corazón, le asaltó el instinto maternal, remordiéndole la conciencia, y entonces avisó a Aos.

Aunque lo había hecho, nada podía suavizar todo lo que habíamos descubierto; era demasiado tarde como para conseguir una exoneración por nuestra parte.

Tras realizar algunas investigaciones nos enteramos de que el dinero que había obtenido de nosotros lo había empleado para sacar a su antiguo amante de la cárcel, sobornando a funcionarios corruptos dentro del penal de máxima seguridad, y consiguiendo de esa manera que lo trasladaran a una cárcel común, desde donde el rufián luego se había fugado.

Fue un cubo de agua helada enterarnos de que Lezek Baroswki y ella se conocían, y más aún saber que Donna había sido quien entregó por dinero a su propia hija al proxeneta, cuando ella estaba en la universidad, inventando una falsa enfermedad.

Nicole estuvo muy mal cuando se lo dije; temí por su cordura, pero mi mujer necesitaba saber toda la verdad para manejar la incertidumbre de por qué su madre permanecía detenida.

Me alegraba malditamente saber que Donna se pudriría en la cárcel.

Nuestros hijos, y el amor que nos teníamos, fueron la razón por la que ella pudo superarlo todo.

Por otra parte, averiguamos también que el malnacido de Trevor Jackson se había convertido en un asesino a sueldo después de que lo dieran de baja en los Marines.

Liam lo empleó confiado en que aún mantenía su honor, el honor que compartían cuando eran miembros de esa fuerza de la Marina de los Estados Unidos de América, pero no era así; el tipo había sabido infiltrarse muy bien.

También averiguamos, gracias a sus palabras mientras nos torturaba, que Andrea había pagado por sus servicios antes de morir; el hijo de puta lo había planeado ante la posibilidad de que algo no le saliera bien y había sido quien lo puso en contacto con Baroswki.

¡Qué ironía!, el bastardo de mi hermano ni desde la tumba dejaba de joderme la vida.

Miré a Nicole, y no podía más que sentir admiración por ella. Aún estaba de pie después de todo lo que se había enterado, después de todo lo que le había tocado vivir a lo largo de toda su vida y después de todo por lo que habíamos tenido que pasar.

Mi esposa era más fuerte que un peñasco; ella, simplemente, era roca sólida.

Jugaba en el suelo con nuestro hijo y con Mila, pero sintió mi mirada acariciándola desde lejos y me miró, encontrándose con mis ojos, y no tuvo dudas. Definitivamente ella era todo lo que jamás imaginé querer.

Era mi tempestad y mi calma, mi fortaleza y mi debilidad, mi seguridad y mi incertidumbre.

Ella era mi amor, era mi todo.

Me acerqué a ellos y me tendí también en el suelo; mis hijos se me abalanzaron encima de inmediato. Los acuné entre mis brazos y tironeé de mi bella mujer para que se uniera a nosotros.

—Despacio, cuidado con la pierna de mamá —anuncié.

—Estoy bien —me aseguró—; entre tus brazos, ningún dolor se hace patente.

Se apoyó en mi pecho y nos miramos adorándonos.

—Gracias, por ser mi salvador, por enseñarme que el amor verdadero existe y la felicidad también.

—¿De qué te salvó mi papá?

—De todo. Algún día, cuando seas mayor y puedas entenderlo, te lo contaré, Mila, lo prometo. Ahora sólo puedo decirte que él me enseñó que nadie

debe conformarse con la vida que tiene, que anhelar más no es absurdo. Él me enseñó a creer...

La besé sin importarme que nuestros hijos estuvieran presentes; la amaba demasiado, ella era mi «para siempre».

Los acuné a los tres entre mis brazos y cerré los ojos con fuerza, agradeciéndole a Dios tanta felicidad.

Hay momentos en la vida en los que la fe es creer que se puede creer.
Recuerda: todo lo que necesitas es creer un poco más.
No permitas conformarte con menos de lo que anhelas, menos es nada.

FABIANA PERALTA

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Happen, ℙ © 2016 Virgin Records Ltd., interpretada por Emeli Sandé. (N. de la e.)

If I ain't got you, ℙ 2011 Interscope Records © 2011 A&M/Octone Records, interpretada por Maroon 5. (N. de la e.)

The Best, ℙ 1991 Parlophone Records Ltd., interpretada por Tina Turner. (N. de la e.)

I'm not the only one. © ℙ 2016 Limited under exclusive licence to Warner Music UK Ltd. (Sam Smith original versión ℙ Sam Smith original versión), interpretada por Dua Lipa. (N. de la e.)

Black Velvet, ℙ© 1989 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International for the world outside of the United States, interpretada por Alannah Myles. (N. de la e.)

Cocktail for two, ℙ 2009 Essential Jazz Classics, interpretada por Coleman Hawkins & Ben Webster. (N. de la e.)

Photograph, ℙ 2014 Asylum Records UK, a Warner Music UK Company, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

Human, ℙ 2013 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States. A Warner Music Group Company, interpretada por Christina Perri. (N. de la e.)

Chasing Cars, ℙ 2006 Polydor Ltd. UK, interpretada por Snow Patrol. (N. de la e.)

Biografía



Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En tus brazos... y huir de todo mal», formada por *Seducción* y *Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*, *Nací para quererte*, *Hueles a peligro*, *Jamás imaginé* y *Desde esa noche*.

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

www.fabianaperalta.com

Notas

1. Yuengling: la marca de cerveza más antigua de Estados Unidos. Su principal planta elaboradora se encuentra en Pottsville, Pennsylvania.

2. *Jaddati*: fonéticamente, mi abuela, en árabe.

3. *Jeddah*: fonéticamente, abuelita, en árabe.

4. Divest-Invest: movimiento creado con el fin de dejar atrás los combustibles fósiles, que tanto tienen que ver con el calentamiento global, y reemplazarlos por energía limpia y renovable.

5. *Doggy style*: posición sexual del perrito.

6. Ginger ale: bebida gaseosa de origen inglés, fabricada con agua mineral, jengibre, azúcar y limón.

7. SPM: síndrome premenstrual.

8. IQ: siglas en inglés que significan coeficiente intelectual.

9. Gyro Gearloose: nombre en inglés del personaje de Super DuckTales. También conocido como Giro Sintornillos o Ciro Peraloca, es el inventor más famoso de las Patoaventuras en el universo ficticio de Patolandia creado por Walt Disney Company.

10. Macallan 64 Lalique: whisky escocés de excelente calidad, de edición limitada, presentado en un decantador de cristal diseñado por la cristalería Lalique.

11. Advil: marca disponible en el mercado, que no es más que el analgésico ibuprofeno.

12. En la mitología griega, las Erinias son personificaciones femeninas de la venganza que persiguen a los culpables de ciertos crímenes.

13. *Yellow cabs*: nombre que se da a los taxis en Nueva York.

14. Gumbo: sopa con arroz blanco y diversidad de mariscos, carnes, y andouille, embutido típico de Francia que se usa mucho en la cocina cajún.

15. *Fuckboy*: literalmente, chico follador, en inglés. Se refiere a un mujeriego. Suele ser un hombre joven que se relaciona íntimamente sin intención de mantener vínculo más allá del sexo.

16. Éclair: pastelillo de origen francés de principios del siglo XIX, conocido en España como *pepito*.

Todo lo que jamás imaginé
Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: © Galina Tcivina / Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18272-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab S.L.L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

